LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA

1789 - 1848

[Selección de textos]

Introducción de Alberto J. Plá

Colección
SOCIALISMO y **LIBERTAD**

Libro 1 ***LA REVOLUCIÓN ALEMANA***
Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 ***DIALÉCTICA DE LO CONCRETO***
Karel Kosik

Libro 3 ***LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO INTERPRETACIÓN MATERIALISTA DIALÉCTICA DE NUESTRA ÉPOCA***
Silvio Frondizi

Libro 4 ***INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS***
Antonio Gramsci

Libro 5 ***MAO Tse-tung***
José Aricó

Libro 6 ***VENCEREMOS***
Ernesto Guevara

Libro 7 ***DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL***
Evald Ilienkov

Libro 8 ***LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE***
Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 ***GUEVARISMO: Un marxismo Bolivariano***
Néstor Kohan

Libro 10 ***AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE***
Julio Antonio Mella

Libro 11 ***FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur***
Madeleine Riffaud

Libro 12 ***MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista***
David Riazánov

Libro 13 ***ANARQUISMO y COMUNISMO***
Evgueni Preobrazhenski

Libro 14 ***REFORMA o REVOLUCIÓN- LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA***
Rosa Luxemburgo

Libro 15 ***ÉTICA y REVOLUCIÓN - ENSAYO DE LA LIBERACIÓN - ESTUDIO SOBRE LA AUTORIDAD y LA FAMILIA***
Herbert Marcuse

Libro 16 ***EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES***
Aníbal Ponce

Libro 17 ***LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE***
Omar Cabezas

Libro 18 ***LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA****. Breve historia del movimiento obrero en Francia. 1789 - 1848.* Selección de textos.
Introducción de Alberto J. Plá

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD
Libro 18

LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA

Breve historia del movimiento obrero en Francia. 1789-1848

Extractado de: *Historia del Movimiento Obrero*. Volumen I. 1789-1848
Centro Editor de América Latina. Bs. As. Arg. 1984.

CRONOLOGÍA POLÍTICA DE FRANCIA

(1750-1815)

INTRODUCCIÓN

Alberto J. Pla

DEL ARTESANADO A LA MANUFACTURA
DE LA HERRAMIENTA A LA MÁQUINA
CLASE OBRERA y MOVIMIENTO OBRERO
LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL
LAS CONDICIONES DE TRABAJO
LORD BYRON DEFIENDE A LOS DESTRUCTORES DE MÁQUINAS
EL TRABAJO DE LOS NIÑOS
LA ORGANIZACIÓN OBRERA. LAS PRIMERAS HUELGAS
SINDICATOS Y CARTISMO EN INGLATERRA
LA MATANZA DE ST. PETER'S FIELD. *"PETERLOO, 1819"*
DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA A LAS INSURRECCIONES DE LYON (1831)
EL SOCIALISMO y EL MANIFIESTO COMUNISTA
LOS REVOLUCIONES DE 1848
FRAGMENTOS DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO

DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA A LA CONSPIRACIÓN DE LOS IGUALES

Por Marta Bonaudo de Magnani

EL MUNDO RURAL
EL MUNDO URBANO
LA REVUELTA ARISTOCRÁTICA Y LA CRISIS DEL "ANTIGUO RÉGIMEN"

LA REVOLUCIÓN BURGUESA Y LAS PRIMERAS JORNADAS POPULARES
IDEOLOGÍA Y ORGANIZACIÓN DE LOS SANS-CULOTTES
LOS SANS-CULOTTES FRENTE A LA BURGUESÍA MODERADA (1789 - 1793)
EN UN DISCURSO EN EL CLUB DE LOS JACOBINOS, ROBESPIERRE HABLA SOBRE LAS SOCIEDADES POPULARES
LOS SANS-CULOTTES EN LA REPÚBLICA JACOBINA (1793 - 1794)
DISCURSO DE 1793 JACQUES ROUX. CRÍTICA A LA LIBERTAD BURGUESA
LA CULMINACIÓN DEL MOVIMIENTO SANS-CULOTTE (1794 - 1795)
BABEUF Y EL PRIMER MOVIMIENTO COMUNISTA
FRAGMENTOS DEL "MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS"

¡VIVIR TRABAJANDO O MORIR COMBATIENDO!

Marta Bonaudo de Magnani

FRANCIA BAJO LA ÉGIDA NAPOLEÓNICA
LA RESTAURACIÓN EN EUROPA
LO RESTAURACIÓN DE LOS BORBONES
ANTECEDENTES DE LA REVOLUCIÓN DE 1830
LAS "TRES GLORIOSAS JORNADAS POPULARES"
LA MONARQUÍA DE JULIO
LAS PRIMERAS ACCIONES ORGANIZADAS DE LOS OBREROS
LOS OBREROS EN LAS BARRICADAS
EL LEVANTAMIENTO DE LOS TEJEDORES DE LYON
EL SOCIALISMO UTÓPICO
LUIS FELIPE, EL REINO DE LOS BANQUEROS
EL TRABAJO DE LOS NIÑOS EN LYON (1834)
TESTIMONIO DE UN MÉDICO SOBRE LA VIDA DE LOS OBREROS EN NANTES. 1835
LOS REPUBLICANOS Y EL MOVIMIENTO OBRERO
LA BOLSA COMUNAL
LA SOLIDARIDAD OBRERA
LA SOLIDARIDAD INTERPROFESIONAL EN LYON.
LAS INSURRECCIONES DE 1834

REPÚBLICA BURGUESA E INSURRECCIÓN OBRERA

Susana Belmartino

EL PROCESO DE FEBRERO A JUNIO DE 1848
LAS CRISIS DE 1847
LAS CAMBIOS EN LA ECONOMÍA FRANCESA A PARTIR DE 1830
LA GRAN BURGUESÍA EN EL PODER
LOS GRUPOS SOCIALES EXCLUIDOS DEL PODER
LOS OBREROS
LAS SOCIEDADES SECRETAS y LA INSURRECCIÓN DE 1839
EL MOVIMIENTO SINDICAL EN LA DÉCADA DE 1840
ANTECEDENTES INMEDIATOS DE LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

PROUDHON: *CONFESIONES DE UN REVOLUCIONARIO*
EL MOVIMIENTO DE FEBRERO
MARX*: EL GOBIERNO PROVISORIO DE FEBRERO DE 1848*
LOS CONFLICTOS EN EL SENO DEL GOBIERNO PROVISORIO
LA COMISIÓN DE LUXEMBURGO
LOS TALLERES NACIONALES
LA SITUACIÓN FINANCIERA
LAS RELACIONES INTERNACIONALES
LAS ELECCIONES PARA LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE
LOS ACONTECIMIENTOS DEL 16 Y 17 DE MARZO
EL 16 DE ABRIL
LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE
LOS ACONTECIMIENTOS DEL 15 DE MAYO
LAS JORNADAS DE JUNIO
ENGELS: *EL MECANISMO REVOLUCIONARIO*
ENGELS: *LA REPÚBLICA TRICOLOR Y LA REPÚBLICA ROJA*
MARX: *LA DERROTA DE JUNIO*
PROUDHOM: *LAS JORNADAS DE JUNIO*
LA ÚLTIMA ÉPOCA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

EL MANIFIESTO COMUNISTA

Martha Cavilliotti

MARX Y ENGELS
EL MOVIMIENTO OBRERO ALEMÁN
EL MOVIMIENTO OBRERO EN FRANCIA. LAS SOCIEDADES SECRETAS
LA LIGA DE LOS JUSTOS
LA BATALLA CONTRA LA "IDEOLOGÍA"
LA LIGA COMUNISTA
WEITLING Y PROUDHON
EL MANIFIESTO COMUNISTA
LA LUCHA DE CLASES
MARX Y LA ECONOMÍA POLÍTICA
EL PARTIDO REVOLUCIONARIO COMO PARTIDO DEL PROLETARIADO
EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUÉS
LA DICTADURA DEL PROLETARIADO
LA EXTINCIÓN DEL ESTADO
DE 1848 A LA PRIMERA INTERNACIONAL

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

LA CRITICA MORALIZANTE o LA *MORAL CRÍTICA*

Carlos Marx (1847)
[Fragmentos]

"... Si quiere darse cuenta rápidamente de cómo "la adquisición del dinero" se transforma en "adquisición de poder" y la "propiedad" en "poder político", y cómo, por consecuencia, la diferenciación bien neta que el señor Heinzen sanciona como un dogma, es más bien substituida por *relaciones de ambos poderes*, y esto hasta el momento de su reunión, el señor Heinzen solamente tiene que ver lo que ha pasado: los siervos han comprado su libertad; las comunas han adquirido los derechos municipales; los burgueses han substraído, por una parte, mediante el comercio y la industria, el dinero de los bolsillos de los señores feudales, cuyas propiedades fundiarias, además, han hecho volatilizar en letras de cambio, y por otra parte, ayudaron a la monarquía absoluta a triunfar sobre los grandes señores feudales así minados, y le compraron privilegios, del mismo modo que después explotaron las crisis financieras de la monarquía absoluta, etc., etc.; gracias al sistema de la deuda pública -producto de la industria moderna y del comercio moderno-, las monarquías más absolutas cayeron bajo la dependencia de los barones de las finanzas; en las relaciones internacionales de los pueblos, el monopolio industrial se transforma inmediatamente en supremacía política resulta que las "cuestiones sociales" que se "han tratado en nuestra época" aumentan a medida que salimos del dominio de la monarquía absoluta. El socialismo y el comunismo no han nacido en Alemania, sino en Inglaterra, en Francia y en la América del Norte. La primera aparición de un partido comunista realmente actuante se produce en el cuadro de la revolución burguesa, en el momento en que la monarquía constitucional acaba de ser puesta de lado.

Los más consecuentes republicanos, los niveladores en Inglaterra, Babeuf, Buonarotti, etc. en Francia, son los primeros que han proclamado esas "cuestiones sociales". La Conspiración de Babeuf -escrita por su amigo y camarada Buonarotti- señala cómo esos republicanos han tomado en el "movimiento" la idea muy clara de que desembarazándose de la cuestión social: *Monarquía* o *República*, no se había resuelto aún la menor cuestión social en el sentido del proletariado. (…)

Siguiendo el diferente desarrollo de la industria, la cuestión de la propiedad fue siempre la cuestión vital de una clase determinada. En los siglos XVII y XVIII, en los que se trataba de la supresión de las condiciones feudales de la propiedad, la cuestión de la propiedad fue la cuestión vital de la clase burguesa. En el siglo XIX, en el cual se trata de suprimir las condiciones burguesas de la propiedad, la cuestión de la propiedad es una cuestión vital para la clase obrera.

La cuestión de la propiedad, que en nuestra época es una cuestión mundial, no tiene sentido, pues, más que en la sociedad burguesa moderna. Cuanto más desarrollada está esa sociedad, mayor desarrollo ha alcanzado, desde el punto

de vista económico, la burguesía de un país y, en consecuencia, de más en más el poder político asume el carácter de una expresión burguesa, y tanto más aguda aparece la cuestión social (…)

Pero, ante todo: ¿quién hizo a los príncipes y a su autoridad? En interés de los asuntos generales, el pueblo tuvo que colocar en cierta época a su frente a los personajes más eminentes. Después, este puesto se transmitió hereditariamente en la misma familia, etc. Y finalmente, la estupidez y la abyección de la humanidad han tolerado este abuso durante siglos.(…)

El vigoroso sentido común cree explicar el sistema monárquico declarándose su adversario. Pero la dificultad consistiría, para ese buen sentido normal, en explicar cómo ha nacido el adversario del buen sentido y de la dignidad moral humana y cómo ha arrastrado durante siglos su existencia singularmente tenaz. Nada más simple. Muchos siglos carecieron de buen sentido y dignidad moral humanas. En otros términos, la razón y la moral de un cierto número de siglos correspondían al régimen monárquico, en lugar de contradecirlo. Y precisamente a esta razón y a esta moral de los siglos pasados no las comprende el buen sentido de hoy. Y no sólo no las comprende, sino que, por el contrario, las desprecia. Abandona la historia para refugiarse en la moral, y así puede descargar toda la artillería pesada de su indignación moral.

De igual modo que el buen sentido político se explica aquí el origen y la duración del régimen monárquico como obra de la sinrazón, el buen sentido religioso explica la herejía y la incredulidad como obras del diablo. Y de igual manera el buen sentido irreligioso explica la religión como obra de esos diablos, los curas.(...)

Cuando las condiciones materiales de vida de la sociedad se han desarrollado suficientemente para hacer de la modificación de su forma política oficial una necesidad vital, toda la fisonomía del viejo poder político se transforma.

Es así como la monarquía absoluta, en lugar de centralizar -lo que constituía su verdadera acción civilizadora-, trata entonces de descentralizar. Surgida de la derrota de las castas feudales -en la destrucción de las cuales ella misma toma la parte más activa-, trata de salvaguardar al menos la apariencia de las distinciones feudales. Mientras que anteriormente favorecía al comercio y a la industria, al mismo tiempo que al crecimiento de la clase burguesa, como a otras tantas condiciones necesarias de la potencia nacional y no menos de su propio esplendor, la monarquía absoluta obstaculiza en todas partes al comercio y a la industria, convertidas en armas cada vez más peligrosas entre las manos de una burguesía ya fuerte. De la ciudad, cuna de su elevación, ella lanza una mirada ansiosa y debilitada sobre el campo fertilizado por los cadáveres de sus antiguos y gigantescos adversarios. (…)

Es muy "posible" que individuos particulares no siempre sean determinados por la clase a la cual pertenecen; pero este hecho es tan poco decisivo para la lucha

de clases como lo fue para la revolución francesa el paso de algunos nobles al Tercer Estado..."

ANTIGUO PRÓLOGO a "ANTI - DÜHRING"

Federico Engels
[Fragmento]

" Mas el pensar teórico sólo es un don natural en lo que a la capacidad se refiere. Esta capacidad ha de ser cultivada y desarrollada, y hasta hoy, no existe más remedio para su cultivo y desarrollo que el estudio de la filosofía anterior. El pensamiento teórico de toda época, incluyendo, por tanto, el de la nuestra, es un producto histórico que en períodos distintos reviste formas muy distintas y asume, por lo tanto, un contenido muy distinto. Como todas las ciencias, la ciencia del pensamiento es, por consiguiente, una ciencia histórica, la ciencia del desarrollo histórico del pensamiento humano. Y esto tiene también su importancia en lo que afecta a la aplicación práctica del pensamiento a los campos empíricos.

Porque, primeramente, la *teoría de las leyes del pensamiento* no es, ni mucho menos, una «verdad eterna» establecida de una vez para siempre como se lo imagina el espíritu del filisteo en cuanto oye la palabra «lógica». La misma lógica formal sigue siendo objeto de enconados debates desde Aristóteles hasta nuestros días. Y por lo que a la dialéctica se refiere, hasta hoy sólo ha sido investigada detenidamente por dos pensadores: por Aristóteles y por Hegel. (...)

El Sudaméricano

http://elsudamericano.wordpress.com

HIJOS *en lucha*

La red mundial de los hijos de la revolución social

BREVE HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN FRANCIA 1789-1848

Extractado de: *Historia del Movimiento Obrero*. Volumen I. 1789-1848
Centro Editor de América Latina. Bs. As. Arg. 1984.

CRONOLOGÍA POLÍTICA DE FRANCIA (1750 - 1815)

1756-1763: Guerra de los Siete Años, en alianza con Rusia, Austria y Suecia, Contra Inglaterra y Prusia.

1763: Se firma la Paz de París y Francia pierde sus posiciones en Canadá y la India.

1775-1783: Francia apoya a Estados Unidos en su guerra de independencia contra Inglaterra.

1789: (5 de mayo) Apertura de los Estados Generales (14 de julio) Toma de la Bastilla.

1791: Se aprueba la Constitución, de carácter monárquico.

(14 de junio) *Ley de Le Chapelier* contra las asociaciones obreras. (17 de junio) Se reprime por las armas manifestaciones de masas en el Campo de Marte.

1792 (abril) Guerra con Austria.

(Junio-agosto) La multitud invade las Tullerías, hay nuevas insurrecciones y el Rey es tomado prisionero.

(10 de agosto) Derrocamiento de la monarquía. (20 de septiembre) Victoria de Valmy.

(21 de septiembre) Se instala la Convención Nacional. Al día siguiente se instaura la República, que será conocida como *Primera República* (1792-1799).

1793: (21 de enero) Es guillotinado Luis XVI.

(1 de febrero) Francia en guerra con Inglaterra, España y Holanda. (2 de junio) Se instaura la *Dictadura de los Jacobinos*. Gobierno de Robespierre. Agitación de los "rabiosos" de Roux y de los hebertistas. Período del terror jacobino, que dura hasta el 27 de julio de 1794. día que cae Robespierre.

(13 de julio) Constitución republicana jacobina: abolición de los derechos feudales y señoriales.

(29 de septiembre) Se aprueba la ley de "precios máximos".

1794: (27 de julio) Robespierre, derrocado, es guillotinado. La fecha en el nuevo almanaque francés es 9 Thermidor. Entre 1794-1795, reacción thermidoriana, de la derecha burguesa. Se inicia el denominado "terror blanco".

(diciembre) Abolición de los precias máximos. Gran desocupación.

1795: (Abril y mayo) Insurrecciones de pobres en París al grito de "Pan y Constitución de 1793", reprimidos violentamente. Napoleón aparece al frente de la represión.

Constitución del Año III. Se crea el *Directorio*, expresión política de la derecha burguesa. El *Directorio* existe entre 1795-1799.

1796: *La Conspiración de los Iguales,* dirigida por Babeuf y Dartés, fracasa y los principales dirigentes son guillotinados.

1799: (9 de noviembre) Golpe de estado de Napoleón Bonaparte que derroca al *Directorio* e instaura el *Consulado*. Este régimen del *Consulado* funcionará entre 1799-1804, dominado por la figura militar de Napoleón. Ya desde 1802 Napoleón es designado Cónsul Vitalicio. Se aprueba un nuevo Código Civil.

1804-1814: *Primer Imperio* y guerras napoleónicas. Desde 1806, Inglaterra establece el bloqueo continental contra la Europa dominada por Napoleón. En 1812 Napoleón se aventura en la desastrosa campaña contra Rusia. La derrota napoleónica se expresa en la entrada de los aliados a París el 31 de marzo de 1814. Napoleón abdica y se instaura una nueva monarquía constitucional, conocida como la *Restauración*, en relación al *Ancien Régime*. El nuevo monarca es Luis XVIII (1814-1824). Hay un último intento de reconquistar el poder por parte de Napoleón, conocido como *"Los Cien Días",* para ser definitivamente derrotado en la batalla de Waterloo (18 de junio de 1815).

INTRODUCCIÓN

Alberto J. Pla

La incorporación de América, Asia y África como productores de materia prima amplía y desarrolla los mercados europeos. A partir de ese momento se refuerza el proceso que termina con la economía feudal para dar paso al trabajo asalariado.

Después de dos siglos difíciles y críticos, el XIV y el XV, sacudidos por guerras políticas y religiosas, por la crisis de los cereales, la crisis financiera y económica, las pestes y las hambrunas, se da una nuera coyuntura mundial que va a modificar profundamente la economía europea. A fines del XV, y como resultado de las actividades que viene desarrollando desde los siglos anteriores una incipiente burguesía comercial, comienza la etapa de los descubrimientos. de las exploraciones de los españoles y portugueses. La expansión europea hace que en poco más de medio siglo América, África y Asia se incorporen fundamentalmente corno productores de materias primas, al circuito de la economía europea, que, a consecuencia de esto, amplía y desarrolla sus mercados.

Surge entonces la necesidad de una mayor productividad. De la simple producción dirigida a cubrir las necesidades de un circuito restringido se pasa a la producción de excedentes para colocar en esos nuevos mercados. Todo esto produce hondas modificaciones en la economía Se acelera el proceso de disolución de las estructuras sociales y económicas del mundo feudal, cambia la organización de la producción: en dos siglos se disuelve el taller artesanal característico de ese momento y se afirma y generaliza el trabajo manufacturero. Con éste se generaliza el régimen del trabajo asalariado, el rasgo básico que va a definir a una clase obrera en crecimiento y que aparecer como sector diferenciado y determinante en los años de la revolución industrial. Es en este proceso y en medio de condiciones de trabajo cada vez más duras, que esa clase comienza a elaborar sus protestas, a realizar sus primeras huelgas, a ensayar sus formas organizativas. Todo esto y hasta los momentos en que se definen con claridad los objetivos de esa clase en el contexto de las revoluciones del año 1848

DEL ARTESANADO A LA MANUFACTURA

Hemos señalado ya las razones por las cuales cambia la organización de la producción El salto cualitativo que va del artesanado a la manufactura no es simple y reconoce una etapa intermedia: la del trabajo domiciliario. Pero el proceso es lento y en realidad se desarrolla en etapas sucesivas. Durante espacios de tiempo muy prolongados coexisten viejas y nuevas formas de producción.

Durante el artesanado trabajaban en el taller un maestro artesano, oficiales y aprendices. Aun cuando alguno de éstos contrate obreros éstos sólo actúan como complementarios del maestro. El trabajo no suponía división de tareas y se fabricaban piezas únicas completas una por una. La obra de arte de maestría caracteriza a esta forma de trabajo. En la totalidad de los casos se produce para un mercado restringido, calificado y casi siempre por encargo. Esto hace que se impidan ampliaciones y que se cierren talleres con el fin de limitar y privilegiar la producción.

En contraposición con todo esto, en el trabajo manufacturero se produce la división de la actividad productiva dentro del taller. Lo cual lleva a una fragmentación de la responsabilidad con respecto a la pieza que sale del mismo. Los trabajadores en la manufactura pasan a ser, cada vez más, anónimos. La división del trabajo y la no posesión de las medios de producción por parte del productor verdadero son características absolutamente diferenciables con respecto al taller artesanal. En tales condiciones se generaliza el trabajo asalariado, y el obrero comienza a definirse a partir de características del trabajo que van a seguir vigentes hasta la época actual.

No obstante, entre ambas formas de organización del trabajo es necesario reconocer una forma intermedia, que en cierta medida señala una transición, aunque no se trata de un proceso donde se den con claridad etapas sucesivas. En su largo camino coexisten diversas formas. Nos referimos a lo que se denomina el trabajo que se realiza en el domicilio, el llamado trabajo domiciliado. Este se origina a partir de la necesidad que la sociedad tiene de producir para un mercado más grande. Entonces, cuando el taller medieval se disgrega aparece una forma de organización de la actividad en la cual diversos ex talleres artesanales complementan su actividad. Es decir, los talleres se especializan y entre todos terminan los productos. Se empieza a elaborar la materia prima hasta cierto punto, en un taller, luego pasa a otro taller para que se continúe su tratamiento, y así sucesivamente hasta el último taller donde se termina la pieza.

Este sistema de organización incorpora ya la división del trabajo, aunque no en la forma en que la veremos siglos después y durante la revolución industrial. Pero, de cualquier manera se da una división que señala diferencias con el taller medieval típico. Sin embargo, se siguen manteniendo en cada taller formas de actividad en las cuales persisten pautas del artesanado. Esta contradicción del trabajo domiciliado sólo se resuelve con la manufactura. Pero ésta es una resolución teórica, ya que en la realidad histórica subsiste ese sistema con la manufactura. Ambos métodos son los que liquidan al artesanado y dan paso al sistema constituido por empresario y asalariado, sistema que es claramente definible en la manufactura. Cuando se desarrolle ésta será necesario un empresario que sea dueño de un gran taller, que posea capital para comprar la materia prima y que pueda concentrar en el taller manufacturero gran número de operarios. El trabajo asalariado entonces se generaliza: el trabajador ha

dejado de ser dueño de los medios de producción y el empresario manufacturero le paga un jornal por su actividad. En el caso del sistema de trabajo domiciliario también surge un empresario que organiza la actividad de los distintos talleres, pero, en la medida en que esos talleres no necesitan romper con la organización de artesanado tradicional, no se generaliza en ellos el régimen del asalariado. No obstante se disuelve el viejo taller y el artesano pasa a depender del empresario. Con todos estos cambios se crean entonces las condiciones para que aparezca una nueva clase social: la clase obrera.

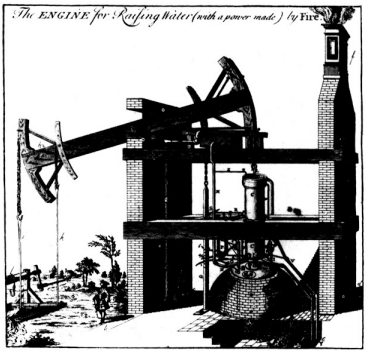
DE LA HERRAMIENTA A LA MÁQUINA

Si la herramienta es el instrumento por excelencia del taller artesanal, la máquina, a medida que se va perfeccionando, lo será de la manufactura. Es lo que podemos denominar la maquino-factura. La revolución industrial será la culminación de este proceso: su triunfo es el triunfo de la máquina.

Ya hemos señalado las causas que llevan a aumentar la productividad para proveer a los nuevos mercados. La necesidad de aumentar esa productividad impondrá la manufactura, hará que se desarrollen nuevas técnicas, que comience una etapa de inventos y descubrimientos que revolucionan la tecnología. Por otra parte, el nuevo objetivo, la producción de excedentes, hace que se multipliquen los beneficios para los nuevos empresarios, que buscarán los métodos para hacer crecer aún más esos beneficios. Una vez puesto en movimiento, el capitalismo sólo subsiste creciendo, las transformaciones técnicas, algunas bastante anteriores, modifican la organización del trabajo. En el siglo XVI, por ejemplo, se incorpora a la industria textil el batán para paños, que permite que el batanado (la operación que desengrasa y da a los paños y otros tejidos de lana el cuerpo correspondiente) se realice en la mitad del tiempo que se utilizaba anteriormente (ahora harán falta sólo cuatro días), y el huso de rueda movido por pedal que va a permitir una multiplicación de la producción del hilado, ya que el obrero puede utilizar las dos manos al accionar con el pie el pedal y poner así en movimiento al huso. Esto va a traer como consecuencia un aumento de la productividad que impulsará el proceso de la división del trabajo y que hará que desaparezca la posibilidad de que cada producto terminado sea obra personal de cada artesano u operario. Apareen entonces los operarios que se dedican sólo a una actividad (batanado, hilado, etc.). Después que el producto pasa por sucesivas manos, cada una de las cuales aporta algo al terminado de la pieza, recién se llega a la etapa final de la producción. Nadie puede reconocerse cabalmente como el autor del producto. Para la mentalidad y las costumbres de la época esto significaba un cambio revolucionario, semejante a los que se le pueden plantear al trabajador en la era atómica y cibernética. La adecuación a ese cambio será parte y causa de un largo proceso social. La división del trabajo gana su derecho a partir de su eficacia, demostrada en la multiplicación de la producción neta, y se irá haciendo cada vez más compleja, en la medida que las máquinas y la técnica se perfeccionen, se inventen nuevos procedimientos, etc.. El proceso, como

consecuencia inmediata, hace que la labor del operario se simplifique en grado sumo. Una acción única y rutinaria, repetida hasta el cansancio, será su última consecuencia a partir de los años de la revolución industrial. El trabajo en serie o en cadena es la característica de esa revolución en la que culmina el método de la división del trabajo aparecido en el siglo XIV, en los orígenes del capitalismo.

Un ejemplo clásico nos demuestra el grado a que llega la división del trabajo en el momento de la revolución industrial en Inglaterra, hacia 1800: el de la fabricación de una aguja. Elemento tan simple, la aguja requiere para su fabricación, en ese momento, operaciones diferentes, realizadas por diferentes obreros. Junto a este proceso de división del trabajo la técnica se especializa y se desarrolla el maquinismo. Paralelamente a ese aspecto de producción en sí mismo la manufactura transforma a la empresa. A partir de aquí, y en un cuadro cada vez más complejo, todos estos cambios afectarán desde el comercio y el trabajo agrícola a la superestructura político-religiosa.



"Máquina Atmosférica" de Newcomen.
(Bomba de extracción de agua accionada por una caldera de vapor) Inglaterra 1717.

CLASE OBRERA y MOVIMIENTO OBRERO

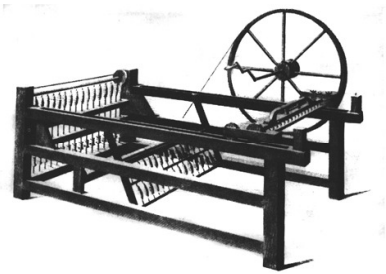
Cuando se afirma la clase obrera como tal, como grupo social diferenciado, producto de la disolución de las formas de trabajo medievales anteriores, su existencia histórica pasa a ser de la máxima importancia. Pero una cosa es que exista como clase social y otra que exista como movimiento social. Como clase social surge objetivamente del proceso de acumulación originaria capitalista que hace que para que exista capitalismo deba existir previamente clase obrera. No hay régimen capitalista sin el predominio del régimen de asalariado como sistema de trabajo. Pero si la clase obrera, que se viene formando lentamente, para llegar a ser identificada como tal debe ser vista como producto de este proceso, su existencia histórica es anterior al sistema capitalista mismo. Cuando su existencia se generaliza sólo puede deberse a que ya existe el capitalismo

como régimen social-económico. Habiendo identificado a la clase obrera, sujeto de nuestro análisis, en su período de nacimiento, debemos dejar bien aclarado que el movimiento obrero como tal, sólo aparecerá en época más tardía. Las primeras organizaciones en las cuales participan obreros aparecen en el siglo XVIII y las primeras verdaderas organizaciones obreras lo harán en medio del proceso de la revolución industrial, en Inglaterra y a principios del siglo XIX. Por lo tanto, una cosa es la existencia de la clase obrera y otra la aparición de los movimientos obreros, sean éstos de carácter mutual, sindical o político.

A medida que la clase obrera se organiza y se desarrollan los movimientos sindicales y políticos, comienza a ser necesaria la definición de la ideología que la clase obrera en sus primeros momentos va articulando inorgánicamente. La definición de esa ideología, de importancia fundamental en las luchas obreras, comenzará a ser sistematizada recién a mediados del siglo XIX en el Manifiesto Comunista que redacta Marx en 1847.

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

A fines del siglo XVIII comienza en Inglaterra la transformación económica conocida como revolución industrial. Ella fue el resultado de la adopción de una serie de innovaciones tecnológicas que se aplicaron a la organización del taller, al trabajo productivo del obrero.

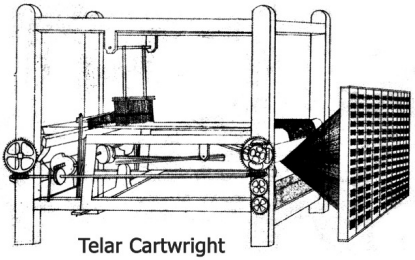


SPINNING JENNY de Hargreaves. 1764

Hasta ese momento el grueso de la actividad productiva se desarrollaba en los talleres manufactureros o en los domicilios de los mismos trabajadores, quienes debían entregar a un empresario la materia prima elaborada. De esta forma el trabajador domiciliario se imponía su propia disciplina y gozaba de cierta libertad de movimientos. Ese lugar, donde él y su familia vivían y trabajaban, era incómodo como vivienda y como taller. La precariedad y el hacinamiento eran sus características normales. Pero, con todo, el obrero trabajaba aún en su máquina, con sus propios instrumentos y, además, aunque su jornada fuera larga, se trataba de sus horas, de las cuales disponía más, o menos libremente. Ese trabajador que no era sólo un obrero que trabajaba para un cierto empresario, sino que además conservaba pautas provenientes de su origen campesino (en realidad era un semicampesino), tenía en su casa, ubicada al margen del hacinamiento urbano en desenvolvimiento, un pequeño huerto. De tal forma, la desocupación periódica sólo lo afectaba parcialmente pues en su huerto se mantenía siempre uno producción básica de legumbres que le permitía subsistir durante las malas épocas. En relación con esto conviene recordar que en la Inglaterra de esta época (fines del siglo XVIII y comienzos del XIX) se vivía un proceso intenso de transformación agraria que había hecho que la mayoría

de los pequeños propietarios campesinos, expulsados de su tierra por la formación de haciendas rurales cada vez más grandes, desapareciera y tuviese que emigrar a la periferia de las grandes ciudades. Muchos de ellos ingresarán y harán crecer constantemente a este sector obrero al que nos hemos referido.

En la transformación industrial que hará de Inglaterra, en el siglo XIX el principal país industrialízado, juega un papel de primer orden la industria textil, y dentro de ella la industria del algodón. Esta industria crecía y proveía a un mercado en expansión debido a que sus productos eran más baratos que los de la lana y también más manuables e higiénicos en lo que se refiere a su uso cotidiano. En el taller que hemos descrito, taller y hogar al mismo tiempo, los medios técnicos más avanzados utilizados en la producción eran para el hilado, el turno de hilar (inventado en 1764), y para el tejido, el telar equipado con la lanzadera volante que Kay había inventado en 1733. Ambos eran, en su momento, un avance considerable con respecto a los telares y ruecas primitivas anteriormente utilizados. Pero hacia fines del siglo XVIII, más precisamente en la década de 1750, se producen otras innovaciones técnicas que aumentan la productividad de la mano de obra y producen una verdadera revolución en las formas de organización del trabajo. Nos referimos al telar mecánico de Cartwright y a la hiladora mecánica, llamada *mula* de Crompton


Telar Cartwright

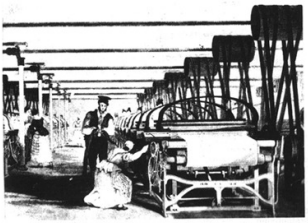
Esta última, de la cual descienden las máquinas modernas utilizadas en las fábricas de hiladura combinaba los rodillos del telar con el tren móvil de la "'Jenny", la primera máquina de hilar práctica desarrollada por Hargreaves en 1768 y que estaba constituida por una armadura de madera dotada de una manivela y una rueca, que hacían que la hilandera pudiera girar varios husos simultáneamente, y por un par de carriles movibles para estirar los hilos y moverlos al mismo tiempo. Si a la *mula* mecánica de Crompton y al telar Cartwright le sumamos el hallazgo de la manera de aplicar el proceso de producción industrial la energía proveniente del vapor de agua, tenemos el cuadro completo de las transformaciones tecnológicas que producen la revolución industrial.

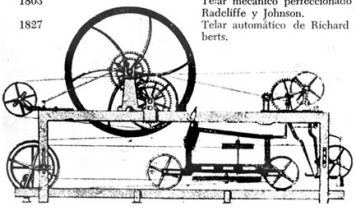
Bajo el signo de tales advenimientos; es que se empiezan a organizar lo que a partir de allí se pueden denominar *fábricas*. Las hilanderas que usaban la "Jenny" en sus casas, con la *mula* deben ir a las fábricas. Los tejedores que hasta entonces usaban la lanzadera volante en su domicilio, deben marchar a las *fábricas* donde se instalan los flamantes telares mecánicos. Y ello es inevitable ya que en cada uno de los dos rubros principales de la producción textil, tejido e hilado, los nuevas máquinas multiplican la productividad de la mano de obra, con lo cual por otra parte eliminan de un solo golpe y dramáticamente la competencia del trabajador domiciliario. Este proceso lleva directamente a

acelerar la concentración industrial y a aumentar la producción Los saltos serán prodigiosos, pero la contrapartida cruel e inmediata de este crecimiento de la producción será una desocupación que creará, a principios del siglo XIX, serios problemas sociales en Inglaterra.

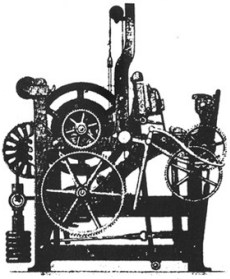
Inventos en hilados y tejidos

Fecha	Hilado	Tejido
1733		Lanzadera volante de John Kay.
1738	Hiladora de rodillos de L. Paul y J. Wyatt.	
1764	Torno de hilar de James Hargreaves.	
1779	Hiladora mecánica de Samuel Crompton (mula); combinación de torno y la hiladora hidraúlica.	
1785		Telar mecánico de Cartwright.
1803		Telar mecánico perfeccionado por Radcliffe y Johnson.
1827		Telar automático de Richard Roberts.

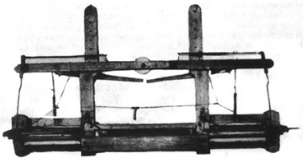




Los adelantos técnicos llevaron a Inglaterra a convertirse en la más importante productora textil del siglo XIX. La ilustración superior muestra un taller de hilandería en 1835. La inferior, la lanzadera volante inventada por Kay en 1733.



La industria textil se transformó rápidamente con el advenimiento de la máquina. Entre las muchas innovaciones aplicadas a este ramo fueron de especial importancia la "mula" de Crompton y el telar mecánico de Cartwright.



Ésta organización del trabajo moderno produce una serie de transformaciones. Por un lado el obrero ya no puede ser un semicampesino, sus horas son absorbidas por la fábrica. Es cierto que tal vez no trabaja -por ahora-, más horas que antes, pero ya no puede alterar el ritmo de ese trabajo fabril alternándolo como lo hacía antes con el cuidado de su huerto, el cual por otra parte desaparece, y con él, el margen de seguridad que le proporcionaba, en la medida que el obrero va radicándose, cada vez más, cerca de las fábricas. De esta manera la sociedad urbana rompe, en forma drástica con la vieja sociedad rural, y nacen los problemas típicos del maquinismo moderno.

La migración campo-ciudad proveerá de nueva mano de obra fabril al proceso de industrialización en Inglaterra y en otros países, como Estados Unidos. En el continente europeo la situación es diferente, sobre todo en Francia y Alemania donde el número de campesinos que emigran es menor y la clase obrera se constituye con gente proveniente de los viejos talleres y de la población urbana en general

LAS CONDICIONES DE TRABAJO

Todo este proceso se produce en medio de una situación internacional especial: desde; fines del siglo XVIII Inglaterra está en guerra con Europa. La Europa y la Francia, de Napoleón. La guerra termina en 1815. El triunfo de Inglaterra será, en definitiva, el triunfo más significativo de la revolución industrial inglesa. A partir de allí la nueva tecnología se introducirá en el continente europeo, y no por obra de la acción inglesa sino a pesar de ella, ya que Inglaterra protegió hasta con la pena de muerte la exportación de sus descubrimientos técnicos aplicados al aumento de la productividad fabril.

No obstante ello, en un lapso de unos treinta años comenzará el proceso fabril en Francia, Alemania, Bélgica y otros países. Nosotros centralizaremos nuestra visión en el país donde triunfa por primera vez el maquinismo y la revolución industrial: Inglaterra. Y también lo haremos al analizar las condiciones de trabajo que regían para esa creciente clase obrera. Pero en la medida que todo el proceso se generaliza los problemas que se plantean en Inglaterra son también los del continente.

El historiador Hobsbawn, describe esas condiciones de trabajo con claridad:

> "En primer lugar los obreros tenían que aprender a trabajar de modo adecuado a la industria, esto es, a un ritmo de trabajo diario regular ininterrumpido que es completamente diferente de los altos y bajos estaciónales de la granja o del artesano independiente que puede interrumpir su trabajo cuando le place. También tenían que aprender a ser más responsables del incentivo del dinero. Los empresarios británicos de aquella época se quejaban entonces, como ahora los de África del Sur, constantemente, de la *'pereza' del obrero* o de su *tendencia a trabajar hasta que había ganado su jornal para vivir una semana y después parar*. Esta dificultad fue solucionada por la introducción de una disciplina laboral draconiana (multas, un código de 'amo y criado' que utilizaba la ley en favor del empresario, etc.), pero sobre todo la práctica, donde era posible, de pagar el trabajo tan poco que era preciso trabajar toda la semana para conseguir un mínimo de ingresos. En las fábricas, donde era más urgente el problema de la disciplina laboral, con frecuencia se vio que lo más conveniente era emplear mujeres y niños, tratables y más baratos."

El tipo de vida que debían llevar los obreros quedó documentado en muchos informes oficiales y privados, descripciones de personas insospechadas de simpatías hacia los obreros e incluso, en el caso inglés, por comisiones oficiales del parlamento. La miseria se enseñorea, surgen los barrios obreros y estos barrios, consecuencias del nuevo sistema, son la clara muestra de las contradicciones inherentes al mismo. A la acumulación de superbeneficios llevada a cabo por los nuevos patrones industriales se contrapone una miseria que llega al límite de lo soportable para la masa de trabajadores. A su costa y a

costa de los bajos salarios se produce el proceso de acumulación capitalista que nutrirá las teorías y las realizaciones del liberalismo inglés del siglo XIX, cuya culminación se da en el período victoriano e imperial.

Hacia 1835, Guepin, un médico francés, sintetiza con contundencia: para el obrero "vivir es no morir"... "más allá del trozo de pan... no espera nada". Ya Engels, por otra parte, en forma temprana describe *la situación de la clase obrera en Inglaterra* y muestra cómo el sistema lleva a que *la vivienda sea un tugurio infame donde al obrero, si la fábrica no lo ha matado de hambre, el frío termina por hacerlo de tuberculosis; señala que la alimentación es sólo la de peor calidad y que en los barrios obreros se vende lo que es imposible vender en otros barrios, aunque con precios que no sólo son iguales sino que a veces son más elevados que los de buena calidad,* y agrega que *la vestimenta del obrero no muestra por cierto las ventajas de esa nueva industria textil que día a día crece y se perfecciona en medio de la revolución industrial. La jornada de trabajo normal es de 15 horas y aún más. En Francia, de los 300 francos anuales que puede ganar un obrero, le quedan para gastar en alimento, en 1835, unos 196 francos. El consumo de pan se lleva 150 de ellos.*

El régimen de trabajo en las fábricas se caracterizaba por la aplicación de multas y los castigos. En Francia, en el Creusot, las reglamentaciones permitían al patrón imponer multas de cincuenta francos a los obreros que no denunciaran a un compañero de trabajo que hubiera incurrido en una falta. En Inglaterra, en las fábricas de algodón de Manchester, trabajando en ambientes totalmente cerrados y a más de treinta grados centígrados para favorecer el tratamiento de la tela, no se les autoriza a los obreros a usar agua para refrescarse o beber, excepto durante los treinta minutos de descanso que cortan la larga jornada de más de 14 horas de trabajo.

Las multas que los obreros debían pagar cuando hacían algo prohibido por los reglamentos no funcionaban sólo como represión. Se iban sumando y así debilitaban el salario. Un buen ejemplo de este tipo de recurso utilizado por los patrones industriales lo encontramos en el *Annual Register* de 1823 que da los siguientes datos:

Al obrero que abra una ventana: 1 chelín.
Al que se lave mientras trabaja: 1 chelín.
Al que no ponga la aceitera en su sitio: 1 chelín.
Al que abandone su telar y deje el gas encendido: 2 chelines.
Al que encienda el gas demasiado temprano: 1 chelín.
Al que hile a la luz de gas demasiado tarde en la mañana: 2 chelines.
Al que silbe en el trabajo: 1 chelín.
Al que llegue cinco minutos tarde: 1 chelín.
Al obrero enfermo que no pueda proporcionar un reemplazante que dé satisfacción, pagará por día, por la pérdida de energía mecánica: 6 chelines.

Resultado general: si el promedio de vida en zonas industriales era en 1812 de

25 años y 9 meses en 1827 descendió a 21 años y 9 meses. Pero peor en el caso de los niños: si para los hijos de comerciantes y sectores acomodados el promedio de vida llegaba, en 1827, a la edad de 29 años, para los hijos de obreros de la industria algodonera no superaba, en ese mismo momento, los dos años. Y esto nos lleva a ver con más detalle la cuestión del trabajo de los niños durante la revolución industrial.

> [*"A las dos, a las tres, a las cuatro de la mañana, niños de nueve o diez años son arrancados de sus sucias camas y obligados a trabajar hasta las diez, once, doce de la noche, por un salario de pura subsistencia".*]
>
> Carlos Marx

EL TRABAJO DE LOS NIÑOS

Si las condiciones de vida del obrero son un retrato de la miseria que acarreó la revolución industrial a todo un sector social para garantizar la acumulación capitalista en manos de otro, la situación adquiere contornos más dramáticos cuando observamos los métodos aplicados al trabajo de las mujeres y los niños: discriminación en el salario, superexplotación. El obrero perdió su independencia al ir a la fábrica. Allí, en la medida en que la máquina lo reemplaza cada vez es menos necesaria su fuerza física. Por eso en las fábricas de algodón de Inglaterra nos encontramos con que sólo la cuarta parte de sus trabajadores son hombres adultos. El resto está constituido por mujeres y niños. Los testimonios de la época nos dejaron cuadros contundentes de la situación en que éstos trabajaban. Es el caso de Villermé, un miembro de la Academia de Medicina de Francia, quien constataba:

> "Entre ellos (los obreros) hay gran número de mujeres pálidas, hambrientas, que van descalzas por el fango... y niños pequeños, en mayor número que las mujeres, tan sucios y tan harapientos como ellas, cubiertos de harapos, que son gruesos por el aceite que les cae encima cuando manipulan cerca de los telares".

Víctor Hugo, por otra parte, hablará de esos niños "en los que no hay una sonrisa" y Dickens en su *Oliver Twist* elaborará la misma protesta contra estas injusticias. Para los empresarios era más ventajoso el empleo de mujeres y niños porque a éstos se les pagaban menores salarios. En los Estados Unidos la situación no es diferente. La industria algodonera de la costa del este emplea a mujeres, en 1831, en una proporción de tres quintos. En los diarios son frecuentes avisos como éste:

> "Se desea familia con cinco a ocho hijos que pueda trabajar en una fábrica de algodón".

En Inglaterra, en 1835, la cantidad de obreros varones mayores empleados era

de 50.675; mujeres, 53.410; jóvenes de 13 a 18 años, 53.843 y niños, 24.164.

La emigración campesina y el crecimiento demográfico garantizaron la existencia de un ejército industrial de reserva. Esto permitió bajar los salarios y así aumentar la tasa de beneficio del capital. Posteriormente se vio que se podía multiplicar este beneficio bajando aún más el salario a niveles de mera subsistencia, lo que llevó a que los niños y las mujeres fueran preferidos por los patrones.

A la injusticia del régimen capitalista en el plano económico se unió su insensibilidad ante la destrucción de la familia, el fomento del alcoholismo, la desocupación crónica, la degradación personal.

Entonces los obreros comienzan a tomar conciencia de su situación, como producto de la nueva realidad que deben enfrentar, y a actuar en consecuencia; con los primeros brotes de protesta y de violencia comienzan a recorrer un largo y duro camino en el cual, a pesar del aumento constante de la represión, concretan sus organizaciones, definen sus métodos de lucha, profundizan su ideología.

LA ORGANIZACIÓN OBRERA. LAS PRIMERAS HUELGAS

Los primeros movimientos obreros de resistencia aparecen como protesta por los bajos salarios que se pagan en los talleres manufactureros. Las reivindicaciones, al principio precarias, parciales y aun contradictorias, irán con el tiempo abarcando otros planos y adquiriendo coherencia. De una actitud mutualista, cuyo objetivo es la defensa del salario, se pasará a una ofensiva irracional contra la máquina, y de ésta a la organización obrera moderna que se concreta con la aparición de los primeros sindicatos en 1829 en Inglaterra, y también de los primeros grupos políticos, donde pronto se perfilan las posiciones reformistas o revolucionarias que habrían de articular la ideología del movimiento obrero.

Ya en 1539 los tipógrafos de la ciudad de Lyon habían hecho una huelga reclamando mejores salarios, pero pidiendo al mismo tiempo que se diera más libertad en el trabajo y se limitara el número de aprendices. Casi dos siglos después, en 1724, los obreros boneteros de París se declararon en huelga a causa de la reducción injustificada de sus salarios. Crean entonces, para sostener esa acción, una "caja de huelga". Más tarde, hacia fines del XVIII, y con un objetivo que se limita a la defensa del salario, diversos gremios llevan a cabo verdaderos motines, en muchos de los cuales la lucha es sangrienta.

En Inglaterra, donde tempranamente se desarrolla el maquinismo, las reacciones se dirigen contra la desocupación y las nuevas máquinas que la originan. El primer gran movimiento contra estas máquinas, que dejan en la calle a los obreros, es el de los *luddistas*, movimiento espontáneo que lleva a los obreros

ingleses a destruirlas. La agitación tiene su momento culminante en 1811. Y provoca una intervención en defensa de los "destructores de máquinas" del poeta lord Byron, en la Cámara Alta, de la cual era miembro.

LORD BYRON DEFIENDE A LOS DESTRUCTORES DE MÁQUINAS

"Discurso" pronunciado en la Cámara de los Lores en el mes de febrero de 1812. Traducción de la Cátedra de *Historia Social* de la Facultad de Filosofía y Letras, Univ. de Buenos Aires. Arg.

> "Durante mi breve estancia, hace muy pocos días, en Nottinghamshire, no pasaban doce sin que se cometiera un acto de violencia. El día de mi partida me comunicaron que en la noche anterior habían sido destruidos sin que nadie opusiese resistencia ni se hubiesen descubiertos los autores, -como casi siempre- cuarenta telares (...) Pero aún reconociendo, como es obligado, que estos excesos toman ya proporciones amenazadoras, no puede negarse que obedecen a un estado de miseria jamás conocido (...) Los obreros despedidos por la introducción de nuevas máquinas creen, en la simpleza de sus corazones, que la existencia y el bienestar de hombres laboriosos tienen más importancia que el enriquecimiento de unos cuarenta individuos (...) Se dice que esas gentes son una *chusma desesperada, peligrosa e ignorante*, y parece pensarse que el único remedio eficaz para aquietar esa furia de innúmeras cabezas es cortar unas cuantas que sobran. Pero es que tenemos plena conciencia de nuestros deberes para con esa chusma? Esa chusma es la que trabaja vuestros campos y sirve en vuestras casas, la que tripula vuestra marina y de la que se recluta vuestro ejército; la que os ha puesto en condiciones de desafiar al mundo y la que podrá desafiaros a vosotros si la intransigencia y la desventura la mueven a la desesperación. Permitidme también que ponga de manifiesto la prontitud con que estáis siempre dispuestos a acudir en auxilio de vuestros aliados en la guerra cuando éstos se ven apurados, mientras dentro de vuestro propio país dejáis a los necesitados a la merced del cielo o confiados a la beneficencia pública. Con mucho menos -con la décima parte de lo que regaláis a Portugal- bastaría para hacer superfluos dentro del país los servicios caritativos de las bayonetas y de las horcas.
>
> La miseria de vuestro pueblo es hoy más angustiosa que nunca. Yo, que he recorrido el teatro de la guerra de la Península Ibérica, que he estado en algunas de las provincias más terriblemente agobiadas de Turquía, no he visto jamás, ni bajo el más despiadado despotismo de un gobierno mahometano, tanta anónima miseria como he encontrado, al regresar de mi viaje, dentro de las fronteras de este país cristiano.

Y cuáles fueron vuestros remedios? Después de varios meses de pasividad y de otros cuantos meses de actividad todavía peor, aparece al fin el

> grandioso específico, la hierbecilla que no ha fallado jamás a ningún médico de estado desde los tiempos de Dracón hasta nuestros días: la pena de muerte.
>
> Pero ¿es que, aun prescindiendo de la injusticia tangible y de la falta de fundamento de la causa que la motiva, no hay bastantes penas de rnuerte en vuestras leyes? ¿No hay ya bastantes cuajarones de sangre en vuestros códigos que todavía queréis derramar más hasta que los cielos griten y clamen en contra vuestra?
>
> Son esos los remedios con que queréis curar a un pueblo hambriento y desesperado?"

El movimiento *luddista* se prolonga por varios años y sólo dejará lugar a otro tipo de resistencia obrera, cuando se pase de la acción espontánea contra la máquina simbolizadora de opresión a la conciencia de la necesidad de una organización social propia. Por otra parte, y en la medida en que este tipo de acción no es superada por otra forma de protesta, se propaga a los demás países que se van incorporando a la organización fabril. Alemania, Francia, Bélgica e Italia también conocieron estas olas de destructores de máquinas, en cuya acción subyacía tempranamente la rebelión social contra las injusticias del régimen capitalista, que era el que usaba la máquina de manera tal que su uso producía la desocupación y la miseria.

En Inglaterra la acción de los luddistas influyó en muchos niveles. Así sucede con las ideas de Malthus, quien expresa el pesimismo de la sociedad inglesa y destaca que es imposible un crecimiento económico indefinido. No es de extrañar que, entonces, desarrolle sus teorías sobre la población, en donde señala que:

> *es necesario reducir la misma para poder subsistir. Los recursos son limitados y la sociedad crece. Por lo tanto es saludable la alta tasa de mortalidad, son saludables las guerras porque equilibran el desmesurado crecimiento de población.*

Esto por cierto, servirá de justificación moral para los manufactureros responsables de la miseria y desocupación obrera. En última instancia con su política de súper explotación, *ayudaban científicamente al equilibrio demográfico de la humanidad.*

Sin embargo, la población obrera inglesa sigue aumentando. Sobre todo después de 1815, año en que termina la guerra con Napoleón, y en que se vuelca al mercado de mano de obra de Inglaterra una masa de soldados que contribuye a hacer aún más crítica la situación. Crecen entonces las reacciones y las protestas. En 1817 se produce la primera "marcha del hambre" sobre Londres.

Esta marcha deja atónita a la sociedad londinense y muestra que la situación va llegando a niveles que escapan al control. Poco después, en 1819, se organiza un tremendo mitin que en Saint Peter's Field reúne a más de 200.000 personas. Para la época una asamblea monstruosa. Se produce allí un ataque del ejército. El campo de Peterloo queda cubierto de cadáveres y heridos. El régimen conservador británico recurre, desbordado, al terror. El general en jefe del ejército masacrador es Wellington, vencedor de Napoleón en Waterloo, a quien luego se lo conocerá en la historia inglesa como el general de Waterloo y *Peterloo.*

En 1819, con motivo de que la agitación sigue creciendo a pesar de la brutal represión, se aprueba la legislación represiva más coherente hasta ese momento, conocida como las Seis Leyes (*Six Acts*), en la cual se prohíben las reuniones, las organizaciones obreras y las actividades de todo tipo que puedan ser perjudiciales a la "paz social". Esta legislación es la culminación de una etapa histórica formativa del movimiento obrero. En Inglaterra se llega ya no sólo a prohibir las "corporaciones", como se las designaba comúnmente, sino que se incursiona, a través de las leyes de 1819, en el terreno político. Signo de la etapa en que se entra y de las nuevas relaciones sociales. Al señalar esto es importante recordar que la legislación contra las huelgas o contra la asociación obrera es algo que viene de tiempo atrás. Ya en 1749 la reglamentación sostiene:

> "Prohibimos a todos los compañeros y obreros que se reúnan con el pretexto de su cofradía a que se confabulen para colocarse los unos y los otros junto a un dueño o abandonarle, y también que obstaculicen que los dueños escojan por sí mismos a sus operarios."

Es evidente que la libertad del dueño es garantizada claramente, no así la de los obreros.

Producida la revolución francesa, se aprueba en 1790 una resolución por la que se concede a todos los ciudadanos el derecho a reunirse y a formar entre ellos asociaciones libres. Pero esta resolución fue derogada en forma inmediata y en seguida se aprobó la famosa *Ley Le Chapelier,* de 1791. Por ella se prohíbe toda organización obrera o patronal y se desaprueba tanto la huelga como el *lockout*, pero las penas difieren mucho según los infractores sean obreros o patrones. Por fin se establece

> "que pertenece a los convenios libres de individuo a individuo al fijar el jornal de cada obrero. Es de incumbencia del obrero mantener el acuerdo que ha hecho con quien le ocupa".

Así es el obrero, individualmente, el que debe enfrentar al patrón. La injusticia de la aparente igualdad es obvia en nuestra época. Agreguemos que para llegar a la formulación de los primeros convenios colectivos de trabajo habrá que pasar la etapa de la agitación socialista que culmina en la redacción del *Manifiesto*

comunista en 1847, y con las revoluciones que en el 1848 conmueven a toda Europa. No obstante ello, la huelga, condenada al ser condenadas las asociaciones obreras, la huelga, que produjo la matanza de Peterloo y las leyes represivas del 1819, seguirá siendo el arma más importante que utilizará la clase obrera en sus luchas.

Pasado el primer momento de ajuste en lo que refiere a las condiciones generales de funcionamiento del maquinismo y del sistema fabril de la revolución industrial, se irá decantando una actitud proletaria que será la que permitirá el paso a una etapa posterior, de organización sindical y política del movimiento obrero. La clase obrera deja entonces de ser mero factor de explotación y desarrolla la conciencia de sus propios intereses. Esa conciencia irá apartando cada vez cuestiones más importantes. Lo cierto es que a pesar de marchas y contramarchas, los éxitos momentáneos y las derrotas, a veces sangrientas, poco a poco aparecerá, objetivamente, aún para sus peores enemigos, como el sector socialmente determinante del curso de la historia contemporánea.

SINDICATOS Y CARTISMO EN INGLATERRA

Hasta 1830, en que después de una larga serie de choques, violencias y represiones, las organizaciones obreras adquieren fuerza y clarifican su ideología, las luchas de los obreros se articulan en torno al objetivo de formar los sindicatos y de convertirlos en instrumentos efectivos.

En un primer momento, hacia fines del siglo XVIII, el movimiento obrero se confunde, en las luchas contra la opresión, con las organizaciones de la burguesía radicalizada, el sector que pasa a ser denominado en Inglaterra los *"radicals"*, y en el que se mezclan un cierto jacobinismo típico de la revolución francesa en marcha, con reivindicaciones de tipo *democrático* para su propio país.

En esa época se organizan una serie de clubes y asociaciones, de las cuales la más importante fue, hacia fines del XVIII, la *Corresponding Society*, cuyo nombre puede ser traducido tanto como *Sociedad de Correspondencia* o *Sociedad Correspondiente*. Los mejores representantes del movimiento radical burgués estuvieron allí junto con los primeros grupos organizados de obreros. Exigían garantías democráticas y especialmente, que el parlamento se reuniera anualmente; que se eliminaran los "*burgas podridos*", así llamados porque permitían, mediante el uso del voto calificado, la elección de electores no representativos.

Las exigencias democráticas de que se eliminaran estos "*burgas podridos*" y de que se reuniera anualmente el parlamento eran rechazados violentamente por los grupos gobernantes que dominaban por completo la Cámara de los Lores.

Pronto la *Corresponding Society* se desarrolló con fuerza, y entonces empezó la

represión. La misma consistió, en lo jurídico, en la adopción de nuevas leyes que prohibían toda clase de asociaciones. Las leyes de 1799 y 1800, llamadas *Combination Acts* declararon ilegales a las mismas, pero introdujeron un elemento nuevo con respecto a la legislación represiva anterior, que consistió en la autorización para realizar procesos sumarísimos, mediante los cuales la justicia podía enviar a la cárcel a quienes fueran acusados de pertenecer a una asociación.

Hay que tener en cuenta que en esos años Inglaterra está en guerra con Francia. La burguesía, en general asustada por las ideas más avanzadas de Francia, deja en gran medida de participar en estas asociaciones. Por el contrario, los obreros apoyan a las mismas, como única forma de defender ciertos derechos democráticos. Los historiadores Morton y Tate relatan:

> "En 1796, un árbol de la libertad fue plantado por la fuerza en la plaza del mercado de Nottingham y hasta 1802 se celebró allí el aniversario de la toma de la Bastilla, con una fiesta durante la cual el miembro radical del Parlamento era llevado en triunfo a través de la ciudad a los acordes de la Marsellesa".

Hechos como éstos eran muy irritantes en una Inglaterra dominada por los conservadores y en guerra con Francia, sobre todo si tenemos en cuenta que desde 1794 el primer ministro Pitt había suspendido el *habeas corpus* por ocho años. Inglaterra vivió bajo este régimen prácticamente hasta 1832, en que por fin se aprobó la reforma electoral que permitió el ingreso en las Cámaras de la nueva burguesía manufacturera. La derivación lógica de la represión fue la respuesta violenta. Si primero hubo intentos de huelgas obreras, que fueron reprimidas, luego vinieron los asesinatos. El movimiento *luddista* fue una manera de responder a la represión; al mismo tiempo se desarrollaba una ola de atentados y acciones directas de los obreros. Cuando realizan una huelga empiezan por atacar a los rompehuelgas. Violencia más violencia. A poco andar se llega a la *marcha del hambre* de 1817, las leyes de represión de 1819 y la matanza de Peterloo.

En 1819, con motivo de que la agitación sigue creciendo a pesar de la brutal represión, se aprueba la legislación represiva más coherente hasta ese momento, conocida como las *Seis Leyes* (*Six Acts*), en la cual se prohíben las reuniones, las organizaciones obreras y las actividades de todo tipo que puedan ser perjudiciales a la "paz social".

La legislación represiva sigue ajustando su funcionamiento. Ahora ya no se trata simplemente de prohibir las asociaciones, sino de plasmar una legislación contra las violencias y las intimidaciones. Entonces "molestar" a quien quiera trabajar durante una huelga será motivo de condena. Uno de los primeros y más importantes dirigentes obreros fue el irlandés John Doherty. En 1829, y luego del fracaso de una huelga, decide tomar la iniciativa en la organización de una entidad que reúna a todos los oficios. El movimiento culmina poco después,

cuando en Manchester se realiza un congreso que decide fundar la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo (NAPL). Pronto la organización se expande. A fines de 1830 una huelga en Lancashire la pone a prueba. Entonces su debilidad organizativa la hace fracasar. Su actividad llega hasta 1832. Con todo, es el primer intento serio de formar una Unión o Sindicato. En 1830 ya se había organizado un sindicato de obreros de la construcción denominado *Operative Builders Union* y en 1834 se va a formar la primer central de trabajadores: la *Grand National Consolidated Trade Unions*, la cual reconoce como antecedente a la *National Equitable Labour Exchange.* Esta tenía como objetivo el asegurar la venta de los productos fabricados por las cooperativas de producción. Es evidente que en esto último se entrecruzan dos cuestiones, una relación que nos remite a las teorías de Robert Owen, ideólogo del cooperativismo y de la humanización del capital. Por un lado una organización cooperativa para la venta de los productos y por otro una asociación obrera nacional. Por el momento era *normal* que ambas tendencias coincidieran y al mismo tiempo aparecieran diferenciándose de las tendencias que seguían reclamando sólo reformas parlamentarias. No obstante, a poco andar, quedará demostrado que ambas actitudes llevan por caminos diferentes

Mientras tanto, si la burguesía manufacturera en su búsqueda de reivindicaciones democráticas consigue que el Parlamento apruebe las leyes de Reforma en 1832, los obreros sólo consiguen que aumente la represión. Entonces los viejos aliados se separan. La burguesía llega a la antesala del poder político global. Los obreros enfrentan no sólo y como siempre a terratenientes y aristócratas sino también a la burguesía manufacturera. En el año 1834 la inquietud rural se generaliza, hay rompimientos de máquinas, incendios de propiedades. El gobierno detiene a seis dirigentes sindicales y aplica con todo rigor las leyes contra las asociaciones. Estos dirigentes, a los que se conoce como "los mártires de Tolpuddle", son condenados a siete años de deportación y se los embarca rumbo a Australia. Este severo castigo a los obreros de Dorchester provoca violentas manifestaciones en todo el país e incluso el *Times* se levanta contra tal injusticia afirmando que *"los crímenes que han provocado tal castigo no han sido probados, y además el crimen de que se los acusa no justifica la sentencia".* En 1836 los obreros condenados comenzaron a ser indultados uno por uno y regresaron a Inglaterra, pero la agitación ya estaba producida. El descrédito del gobierno era general.

La reforma electoral de 1832, si bien importante, era insuficiente para dar satisfacción al pueblo. No se eliminaba el voto calificado. Con la modificación del tope de la renta anual necesario para ser elector, sólo se había conseguido que la cantidad de electores pasara de unos 400 mil a unos 800 mil. Una vez integrada la Cámara con los flamantes diputados de la burguesía manufacturera se aprueba una *Factory Act* (Ley Fabril), en 1833, que permite el empleo de niños en las fábricas, siempre y cuando tengan más de 9 años y su horario sea sólo de 48 horas por semana. Esto, en realidad, era una burla de las reivindicaciones obreras: lo que se hacía era legalizar el trabajo de los niños,

manteniendo las condiciones de miseria y explotación.

En tales condiciones, la contradicción expresada en las ideas de Robert Owen tenderá a definirse o por lo menos a clarificarse. Owen, dice W. Abendroth,

> "no pensaba por cierto en términos de lucha de clases: esperaba poder ganar a los mismos empresarios a la idea de su sistema de economía cooperativa. Como Saint-Simon, creía en la comunidad de intereses de las clases productivas e industriales frente a los propietarios terratenientes y los poderes del estado. Su *Nuevo Mundo Moral* (su obra más importante) debía edificarse dentro de la más bella armonía de las clases".

Lo que sucede en Inglaterra señalará las debilidades y las contradicciones de estas teorías. Los empresarios fabriles rechazarán todo tipo de experiencia cooperativista y los obreros recibirán el peso de la represión.

Es entonces cuando surge un nuevo movimiento, el cartista, llamado así por defender lo que se denominó *Carta del Pueblo*. Con él y sobre la base de un movimiento sindical, aparece el primer movimiento político de la clase obrera como tal, independiente de la burguesía. En el *cartismo*, que habría de realizar una gran agitación en Inglaterra, se reconocen tres olas: la primera va de 1837 a 1839; la segunda de 1840 a 1842 y la tercera es la de 1848.

En la primera se proclama la *Carta* con los puntos que se reivindican. Son los mismos de las sociedades radicales de fin de siglo, sólo que ahora se dirigen contra un parlamento en el cual está la burguesía. Se hace la petición al Parlamento y se recogen firmas. El petitorio es un documento político de primera importancia, pero el parlamento se niega a considerarlo. Ese programa será la base de todo el movimiento *cartista*, pero será la segunda ola del *cartismo* la que tendrá especial importancia. En ese momento también se firma un petitorio, pero al movimiento se le plantea una disyuntiva. Deberá optar entre dos posiciones: la que se define ya como de lucha de clases o la de alianza con la burguesía radical. Si hace la alianza con la burguesía radical, sus métodos serán determinados por este sector, pero la legalidad de los mismos pasará a ser incuestionable. Si, por lo contrario, adopta la concepción de la lucha de clases, el enfrentamiento se producirá con cualquier alternativa burguesa. El cartismo no consigue definir sus métodos y su política y se producirá una escisión clara. Un sector se pronunciará por lo que se denomina *la fuerza moral*, es decir, por lo que luego se conocerá, en la política de la clase obrera, como *reformismo*. Confían en una *alianza* con sectores de la burguesía y piensan que la presión moral ejercida por la justeza de sus reclamos terminará por llevarlos al triunfo. Su base de acción y reclutamiento está en el sur de Inglaterra, donde predominan los viejos trabajos artesanales.

El otro sector del cartismo se pronunciará por lo que se denominó en su época la *fuerza física*: plantean que sólo la acción obrera llevará al triunfo sus posiciones. Sus métodos son clasistas y rechazan la alianza formal con sectores

de la burguesía. En ese momento se nucléan bajo sus banderas los obreros de las ciudades del norte, cuyo centro es Manchester, el corazón del proceso llamado "revolución industrial". Los métodos que se reivindican son los de la huelga nacional por un mes, que llamarán las "Vacaciones" o "Gran Fiesta Nacional". Si los obreros no trabajan los patrones no ganan. Por lo tanto una huelga prolongada (un mes) hará entrar en razón al más testarudo de los patrones. Esta huelga nacional fracasa, y con ella fracasa el sector de la *fuerza física*. Pero ya está planteada la cuestión: O una política de clase o una política de alianza con la burguesía. O métodos violentos o métodos morales. Poco más tarde la cuestión se racionalizará y las tendencias ideológicas en el movimiento obrero irán dando más contenido y precisión a cada posición. Muchos de los sindicatos ingleses actuales reconocen su fecha de fundación en este momento de las luchas sindicales.

LA MATANZA DE ST. PETER'S FIELD "PETERLOO, 1819"

por R. Carlile. Carta abierta dirigida a Lord Sidmouth

Publicado en *Sherwin's Weekly Political Register*

18 de agosto de 1819

El general en jefe del ejército masacrador es Weilington, vencedor de Napoleón en Waterloo, a quien luego se lo conocerá en la historia inglesa como el general de Waterloo y *"Peterloo"*.

"...Alrededor de las 11 la gente comenzó a reunirse en torno de la casa de J. Johnson, en Smedley Cottage, donde H. Hunt había fijado residencia. Alrededor de las 12 Hunt y sus amigos subieron al carruaje. Ellos no habían avanzado mucho cuando fueron abordados por el comité de *Mujeres Reformistas Sociales*, una de las cuales, mujer de aspecto interesante, levantó un estandarte en el que había impreso una mujer portando una bandera, coronada con el gorro de la libertad, mientras pisoteaba un emblema con la inscripción "corrupción". Se le solicitó que tomara asiento en el pescante del carruaje (el lugar más apropiado), lo que aceptó audaz e inmediatamente y continuó flameando su bandera y su pañuelo hasta que llegó a las tribunas donde tomó lugar al frente en el sector derecho. El resto del comité siguió al carruaje en procesión y subieron a las tribunas cuando llegaron. Al dejar Smedley Cottage, grupos conjuntos de hombres se veían a distancia, marchando en orden militar, con música y estandartes que llevaban distintas leyendas. como "Fuera las leyes de cereales", "*Libertad o muerte*", "*Impuestos sin representación es tiranía*", "*Tendremos libertad*", la bandera usada por los amigos del doctor Hunt en la elección general de Westminster y varias otras, muchas de las cuales estaban coronadas con gorros de la libertad. El espectáculo, rebosante de plena

alegría, nunca se ha visto antes. Mujeres de 12 a 80 años se veía, vitoreando con sus gorras en las manos y sus cabellos desgreñados. Al pasar por las calles hacia el lugar del mitin era tan grande la multitud que el carruaje apenas se podía mover. Se le informó a Hunt que *St. Peter's Field* ya estaba rebosante de público; no menos de 300.000 personas estaban reunidas allí. La procesión llegó al lugar de destino a las 13, Mr. Hunt expresó su desacuerdo por las tribunas ya que temía que ocurriera un accidente. Después de algunas dudas, subió e inmediatamente Johnson propuso que H. Hunt fuera designado presidente, lo que fue aprobado por aclamación. Hunt comenzó su discurso agradeciendo a todos el favor que le habían conferido e hizo algunas consideraciones irónicas sobre la conducta de algunos magistrados cuando un carro, que evidentemente provenía de aquella parte del campo donde se hallaban la policía y los magistrados reunidos en una casa, se adelantó por el medio del campo con gran fastidio y peligro para la gente reunida, que con gran tranquilidad se esforzó para darle paso. Apenas el carro había pasado cuando la caballería hizo su aparición desde el lugar por donde había salido el carro; galoparon en forma furiosa alrededor del campo, abalanzándose sobre cada persona que no había podido huir a tiempo, y llegaron hasta donde se hallaba la policía apostada, luego de un momento de pausa, recibieron indicaciones de la policía en términos de señal para el ataque. El mitin desde el comienzo hasta el instante en que irrumpió la policía y caballería fue uno de los más tranquilos y ordenados que presenciaron en toda Inglaterra. Se veía alegría en las caras de todos y las reformadoras femeninas coronaban la reunión con gracia y estimulaban un sentimiento particularmente interesante. La caballería hizo una carga con furia desenfrenada; cortaban en dos o herían hombres, mujeres y niños en forma indiscriminada, comenzando un ataque premeditado con una sed de sangre y destrucción insaciable. Deberían haber llevado un medallón que en un lado tuviera la inscripción *"Los carniceros de Manchester"* y que en el dorso describiera cómo habían masacrado a hombres, mujeres y niños indefensos que no los habían provocado ni tampoco habían dado señales que justificaran el ataque. Y como prueba de que ese ataque fue premeditado por parte de los magistrados, habían sido recogidas las piedras que estaban en el camino, el viernes y el sábado anterior al mitin, por gente que había sido expresamente enviada allí por los magistrados, de modo tal que el pueblo no tuviera ninguna posibilidad de defensa.

DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA A LAS INSURRECCIONES DE LYON (1831)

Francia, país con una fuerte tradición artesanal, conoció, durante varios siglos el funcionamiento de cierto tipo de mutualismo que entró en crisis cuando el país comenzó a transitar por el camino de la manufactura y de la organización fabril.

La Revolución Francesa había sido un proceso social que envolvió a todas las clases, a todos los sectores. Como revolución burguesa cuyo objetivo era echar abajo definitivamente los privilegios medievales aún subsistentes debió plantear esos objetivos de modo tal que se nuclearán en torno a ella la pequeña burguesía y la clase obrera, es decir los grupos que dentro del proceso revolucionario eran denominados genéricamente, como "el pueblo" o "los plebeyos".

En el grabado Cayo Graco Babeuf, dirigente de la Conspiración de los Iguales

Es evidente que la Revolución de 1789 fue posible gracias a que los plebeyos salieron a la calle. Ellos, de hecho, fueron los que derrocaron a la monarquía.

En Francia se produjeron revoluciones con fuerte contenido social en las cuales, a pesar de que fueron los sectores explotados, obreros y *plebeyos* en general, los que salieron a definir la situación, a ganar la calle y a exponer sus vidas, el movimiento fue capitalizado por otras tendencias. En el caso de la Revolución Francesa de 1789 es la burguesía la beneficiaria directa, pero ella no habría triunfado en la forma total, rápida y completa en que lo hizo si no hubiera sido por la movilización popular. Son las masas en la calle las que garantizan el triunfo, las que entregan el poder a los grupos revolucionarios republicanos. Al principio el término de republicano señala tanto burgueses como proletarios, pero poco a poco se establecerán las diferencias: en la historia de Francia los republicanos serán identificados como la tendencia burguesa y los obreros pasarán a llamarse socialistas. En la Revolución Francesa el poder lo ejercieron dos grandes sectores: la derecha y la izquierda, es decir, los grupos conocidos, por el lugar que ocupaban en la Convención como la Gironda y la Montaña, respectivamente. A poco andar en esta última aparecerán diversas tendencias, entre las cuales dominará el grupo de los jacobinos, el cual a su vez también estaba fragmentado internamente. Este grupo, a pesar de que era el que más buscaba en los momentos decisivos, aliarse con las masas populares, realizó una política de élite. En él Dantón refleja la posición más conciliadora con la derecha y Robespierre, figura destacada durante el período del "terror", sólo era centrista. El sector que realmente representaba a la izquierda se había nucleado en torno a otros dirigentes como, por ejemplo, Hébert o Chaumette. Este último afirmaba que "el indigente no había conseguido de la Revolución más que el derecho a quejarse de su pobreza". Propuso un impuesto progresivo a la renta y quiso hacer de cada trabajador un propietario. Junto con eso proponía expropiar las empresas de los ricos y entregárselas al Estado, hacer requisas de víveres, etc. Por otro lado los *hebertistas* constituyen una especie de anarquismo rudimentario pues, junto a la exaltación de un cierto tipo de terrorismo, defendían la propiedad privada, pero generalizando su posición hasta el punto de afirmar que "con la desaparición del estado advendrá una era de paz y felicidad".

La Revolución Francesa activó intensamente las discusiones ideológicas y políticas. Cuando cayó el gobierno jacobino de Robespierre y la derecha triunfó, desfigurando la revolución misma, la radicalización de algunos grupos llevó a la formación de la *Sociedad de los Iguales*, fundada por Babeuf y Dartés. La clase obrera, pequeña aún y sin tradición de lucha, no pesaba mayormente en el proceso. Hay que recordar que la revolución industrial recién estaba apareciendo en Inglaterra y que en Francia lo que se expresa, corresponde a su situación durante el siglo XVIII. *Los Iguales* planearon una conspiración que fracasó y sus principales dirigentes, Babeuf y Dartés, fueron ejecutados en 1797. Pero, a pesar de esto, el movimiento será considerado como el punto de partida de las luchas sociales de la clase trabajadora francesa. El *Manifiesto de los Igualitarios*, llamados así porque postulaban la igualdad absoluta entre los hombres y la eliminación de la riqueza y de los privilegios, sostenía:

> "La Revolución Francesa no es más que la predecesora de otra más grandiosa...".

Los socialistas franceses encontraron ahí el punto de partida para preparar esta otra revolución. Con todo, pasó bastante tiempo hasta que, con la incorporación de Francia a la revolución industrial, apareciera un proletariado que permitiera replantear las ideas de Babeuf.

En 1830 recomenzará el ciclo, pero a un nivel mucho más elevado. En este año se produce, en el mes de julio, una revolución que derroca al monarca Carlos X y entrega el trono a Luis Felipe de Orleáns. El derrocado representaba, después de las aventuras napoleónicas, la reacción tradicional de los grandes señores contra los principios de la revolución francesa. Luis Felipe, en cambio, representaba a una nueva burguesía financiera. Para que ésta pueda triunfar, nuevamente es el pueblo el que sale a la calle. Sólo que ahora ese pueblo está constituido principalmente por obreros. Ya no es el sector, un tanto indiferenciado, al que se denominaba "los plebeyos". Se han definido sus características sociales: ahora son obreros. Para triunfar son necesarias tres sangrientas jornadas de lucha. Cuando las fuerzas de represión son derrotadas una ola de euforia recorre los barrios populares. Es que han puesto en el trono a un representante político del cual esperan como retribución que satisfaga sus demandas. Pero nada de ello ocurre. Los obreros son usados para la insurrección, pero debido a que carecen de organizaciones propias y de política propia se los desconoce después del triunfo. La burguesía no mostrará, por cierto, su agradecimiento, y su insensibilidad lleva el conflicto a una situación de permanente crisis, que estallará definitivamente en 1848. Mientras tanto, entre 1830 y 1848, se suceden las insurrecciones obreras, las manifestaciones, los petitorios. Se organizan y desorganizan cantidad de clubes y sociedades secretas. Durante el período se producen dos grandes movimientos obreros, en 1831 y 1834, que tienen por centro la ciudad de Lyon, eje de la industria textil, y que servirán para poner sobre la mesa la discusión tanto de la táctica a seguir como de los programas a defender.

La superexplotación se había afirmado en manos de esa burguesía, más racional en sus métodos que los viejos terratenientes de ideas feudales. En 1830 un informe indica que, sobre 10.000 niños, 9.930 son declarados ineptos por sus deficiencias físicas. Un dato que señala cómo el nuevo régimen carcome al cuerpo social de la nación. Si en la época de Carlos X un tejedor de Lyon ganaba entre 4 y 6 francos por día cumpliendo 13 horas de trabajo, bajo Luis Felipe, luego de la revolución de julio, ganará sólo 1,25 francos por 18 horas de trabajo.

La respuesta fue la insurrección de Lyon de 1831. Los obreros exigieron que se aprobaran nuevas tarifas para el pago de su trabajo. El gobierno se negó. La insurrección llevó a los obreros a apoderarse de la ciudad durante diez días. No era éste su objetivo, pero las autoridades burguesas huyen aterrorizadas y de hecho el poder pasó a manos de los obreros. La insurrección de *los Canuts*, de los tejedores de Lyon, pasará a constituir otro jalón fundamental en la historia del movimiento obrero francés. Sus métodos son todavía espontaneístas, individualistas e incluso terroristas. Pero ubiquémonos en la época, en los años que van de 1831 a 1834. Augusto Blanqui, uno de los más abnegados dirigentes de este período, sostenía que la revolución social la podía liderar un grupo pequeño y decidido. No confiaba en los *tiempos de las masas*, y por ello intentó varios golpes de Estado. No obstante, en ausencia de organizaciones obreras de masas, su importancia crece.

Afirmaba Blanqui:

> "Armamento y organización: he ahí las armas decisivas del progreso, he ahí el medio más eficaz para poner fin a la miseria y a la opresión. Quien tiene hierro, tiene pan. Ante la bayoneta no hay quien se doblegue, mas las muchedumbres desarmadas se conducen como rebaños. Una Francia henchida de obreros armados significa el triunfo del socialismo. Ante proletarios apoyados en sus fusiles se evaporan y reducen a la nada todas las dificultades, todas las imposibilidades, todas las resistencias. Pero si los proletarios no saben más que divertirse en manifestaciones callejeras, plantando árboles de la libertad, escuchando discursos de abogados, ya se sabe la suerte que les espera: primero, agua bendita; luego, insultos; y por último un plato de judías verdes. Y siempre la miseria. ¡Que el pueblo elija!"

Augusto Blanqui

Frente a todo esto, la insurrección de Lyon, cuya consigna era *"O subsistir trabajando o morir Combatiendo"*, la represión del movimiento obrero se intensificó. El encargado de dirigirla, el entonces ministro Thiers, ordenaba a sus jefes militares que "no tuvieran ninguna misericordia para nadie".

EL SOCIALISMO y EL MANIFIESTO COMUNISTA

En la primera mitad del siglo XIX se interrelacionan en Europa dos procesos de gran importancia. Por un lado la revolución industrial, con sus consecuencias en el plano social y en el de la producción: por el otro una renovación en las ideas que lleva al replanteo de la llamada cuestión social. Podríamos decir, simplificando al máximo procesos que son muy complejos, que si en Inglaterra se da el más alto grado de desarrollo fabril e industrial, es en Francia donde se profundizan con más fuerza las ideas sociales. La corriente racionalista, que en el siglo XVIII había ya evolucionado hacia una concepción materialista en el plano filosófico, implicaba el abandono de la metafísica y de las concepciones religiosas, las últimas consecuencias del racionalismo burgués reciben un impulso notable con la Revolución Francesa. Se cumple así, en Francia, un proceso político e ideológico que se suma al proceso económico que se desarrolla en Inglaterra. En los medios obreros y en los grupos de intelectuales ligados a ese proceso comienzan a delinearse importantes corrientes de pensamiento. Sin embargo, aún no plasman en verdaderas organizaciones sindicales o políticas. En todo este medio siglo, que llega a las revoluciones de 1848, es en Inglaterra donde se da la experiencia organizativa más elevada, con el movimiento obrero cartista.

En Francia los grupos ideológicos, a pesar de que son pequeños y no establecen un contacto efectivo con las bases, tendrán una importancia decisiva en la medida en que permiten o ayudan a definir el programa, la política, los métodos, etc., de la clase obrera. Es en Francia donde las corrientes socialistas habrían de expresarse con mayor fuerza.

Ya hemos mencionado a Augusto Blanqui, quien vivió hasta los 76 años, 37 de ellos en la cárcel. Figura comprometida en las insurrecciones populares de 1831 y 1834, pasó luego a los intentos golpistas en 1837 y 1839, siendo por fin arrestado hasta 1848, en que fue liberado después del triunfo de la revolución de febrero que derrocó a la monarquía de Luis Felipe. Sus grupos de acción llegaron a tener en 1837 unos mil militantes, organizados clandestinamente. Su método lo llevó a realizar acciones que la clase obrera miró con simpatía aunque sin seguirlo, pues no estaba preparada, ni social, ni ideológicamente para ello y además no era su objetivo el movimiento de masas.

En las corrientes socialistas Luis Blanc representa el otro extremo del período que se inicia en 1830. En su obra *La organización del trabajo*, criticaba la economía individual, pero sostenía que la economía colectiva terminaría imponiéndose al demostrar en la competencia que era mejor que la individual. Un planteo cercano a las ideas cooperativistas que como hemos dicho, Robert Owen había desarrollado en Inglaterra. Blanc decía:

> "El pueblo debe posesionarse del poder, que es la fuerza organizadora. Tal debe ser el *Estado popular,* regulador de la producción...".

Postulaba asimismo la creación de *Talleres Nacionales* mixtos con el fin de que todos tuvieran trabajo.

> "La competencia llevará a la transformación social pacífica",

sostenía, contrario a todo acto de violencia revolucionaria. Y afirmaba:

> "La revolución social puede lograrse, y quizá con mayor facilidad, por el camino de la colaboración entre los obreros y la burguesía".

El método que para ello postulaba era el del sufragio universal. Como se ve, un planteo reformista semejante al que se delineaba claramente en el grupo de la *fuerza moral* del cartismo inglés.

En 1847 se funda la *Liga de los Comunistas*, entre cuyos miembros más destacados están Marx y Engels. Y es a ellos a quienes a fines de ese año se encomienda la redacción del *Manifiesto*, que a partir de allí será conocido como *Manifiesto Comunista.* En el Manifiesto, se critica a las tendencias socialistas preexistentes, a las cuales, en el mejor de los casos, se las designa como utópicas. Ese socialismo utópico fue un antecedente importante para la Liga, pero no había llegado a sistematizar ni un programa ni una metodología revolucionaria, y el socialismo debía ser definido como un arma concreta no sólo para interpretar el mundo sino para cambiarlo.

A pesar de que el *Manifiesto* es uno de los primeros trabajos de Marx, éste parte ya de una concepción clara del materialismo histórico y hace uso de la dialéctica que luego aparecerá en sus obras más importantes.

Hay dos ideas básicas que son los motores revolucionarios en el texto de Marx. En primer lugar, la idea de que la liberación social de los trabajadores será obra de éstos, o sea que no se puede confiar en las alianzas con la burguesía. En el caso de que éstas se realicen sólo pueden ser consideradas como un método táctico, que no hace dejar de lado sino que por lo contrario, obliga a mantener la claridad sobre los objetivos propios del proletariado. Todo esto se sustenta en la concepción de que la sociedad está dividida en clases sociales antagónicas y en que este antagonismo, al ser dialéctico, es contradictorio; en que la clase obrera, como clase explotada, debe desarrollar su actividad dentro de las reglas de juego que impone la clase dominante y en que el carácter de clase de la sociedad determina también el carácter de clase de las ideas que en ella prevalecen. Dice Marx:

> "Nuestros sentimientos, nuestras ilusiones, nuestras ideas, nuestros pensamientos, no son más que la fachada que se levanta sobre diferentes regímenes de propiedad, sobre distintas condiciones sociales. Cada clase construye esta fachada para sí misma, sobre la base de sus condiciones materiales específicas y de sus relaciones sociales peculiares. Sin embargo, el individuo que adquiere sus ideas y sus sentimientos por medio de la educación y la tradición se figura que

> estas ideas y sentimientos son el móvil fundamental, el verdadero punto de partida de sus actividades".

Por ello lo que se propone es emprender la lucha no sólo en el plano de las ideas sino de manera tal que se modifiquen las condiciones económicas y sociales. Una vez cambiada esa relación de base la clase obrera podrá pasar a dirigir la sociedad y a elaborar los esquemas que permitan construir una sociedad mejor, sin la explotación del hombre por el hombre.

El *Manifiesto* cierra una época y comienza otra. Su importancia, su influencia directa e indirecta sobre el movimiento obrero, tanto en los que lo aceptan como en los que lo rechazan, se ve claramente al leer algunos de los fragmentos que transcribimos entre los documentos. Pero con todo, para comprender mejor el lugar del *Manifiesto* en el proceso de la historia del movimiento obrero, hay que ubicarlo en el momento histórico en que se produce, y ese momento es el correspondiente a las revoluciones de 1848.

LOS REVOLUCIONES DE 1848

La crisis económica y la crisis social que vive Europa provocan tensiones que estallan en 1848. A partir de algunos movimientos esporádicos de sectores populares con los que se confunde la burguesía en ascenso, la situación se generaliza en ese año y se expande por todo el continente: Sicilia, Francia, Alemania, Bélgica, Austria... Sólo Inglaterra queda en cierta medida al margen. En esos años los cartistas hacen su última presentación al parlamento. De todos los países, es en Francia donde la situación se hace más compleja e influye sobre los procesos posteriores con más fuerzas.

En febrero de 1848 los grupos, burgueses republicanos y los grupos obreros socialistas provocan la caída de la monarquía. Luis Felipe huye y el poder queda en mano de estos sectores. La burguesía venía reclamando los derechos democráticos y electorales que la monarquía le rehusaba manteniendo la calificación del voto. Para el 22 de febrero de 1848 se había programado un banquete que luego debía ser seguido por una manifestación, pues dada la prohibición de la actividad política, los banquetes eran el pretexto que utilizaban para reunirse los opositores. El gobierno, a través de su ministro Guizot, lo prohíbe, los moderados, entre ellos Luis Blanc, aconsejan entonces no hacer manifestaciones y los burgueses deciden no asistir al banquete. No obstante, la concentración popular se realiza y se producen choques. Pero la madurez de la situación prerrevolucionaria lleva a que la crisis se generalice. La Guardia Nacional, llamada para reprimir a los obreros, se niega a intervenir. Luis Felipe despide entonces a su ministro Guizot y momentáneamente cesa la lucha. Las manifestaciones corean en las calles la Marsellesa, él himno republicano de la revolución de 1789. Pero hay nuevos choques y las tropas tiran sobre el pueblo. Nuevas manifestaciones populares ganan las calles y el rey debe huir. El pueblo ocupa el Palacio. En esas condiciones se establece el *Gobierno Provisional*. Surge

entonces una nueva situación. Se plantea desde ese momento, febrero de 1848, una dualidad en el poder. Los burgueses republicanos proponen una política moderada y se oponen a las reivindicaciones obreras. Los obreros socialistas quieren medidas sociales que van en contra de los intereses de esa misma burguesía. La actitud moderada de la burguesía se muestra desde el primer momento, cuando se resiste a declarar la constitución de la República. Los socialistas presionan. Uno de ellos exclama:

> "¡Si dentro de dos horas no se lleva eso a cabo, regresaré a la cabeza de 200.000 hombres!"

La dualidad entre los dos sectores sociales se manifestaba en cosas grandes y pequeñas: los obreros querían que la nueva bandera de la República fuera roja; los burgueses, la tricolor de 1789; el resultado fue adoptar una bandera tricolor con un moño rojo. Los obreros exigen medidas socialistas. Para conformarlos Luis Blanc y Albert son designados secretarios del gobierno provisional y pasan a formar parte lo que se denomina la Comisión de Luxemburgo, cuyo objetivo es organizar los *Talleres Nacionales* que postula Luis Blanc. La medida conformó los espíritus moderados de estos socialistas, que entraron así en el juego del gobierno provisional.

Mientras tanto la burguesía se preparaba para decidir en la arena nacional la ambigüedad producto de esta dualidad en el poder. Los obreros no tenían direcciones. Hasta un Proudhon, ideólogo del anarquismo confiaba en la Asamblea Nacional, de la cual era miembro.

De febrero a junio la dualidad se hizo presente en una gran cantidad de problemas. A un avance de la burguesía los obreros respondían con medidas de defensa o avanzando en sus movimientos. Pero la tendencia no podía llevar a otra cosa que no fuera el triunfo final de la burguesía. La competencia pacífica por el poder sólo era un remanso dentro del proceso revolucionario. En Francia, como en ningún otro país, la presencia obrera saca a luz su discrepancia con los otros sectores sociales. En junio de ese mismo año los obreros son provocados. Ya en mayo había sido nuevamente arrestado Augusto Blanqui y alojado en la prisión de Vincennes. Otros dirigentes obreros lo siguen. El 24 de junio el gobierno decreta el estado de sitio en París. Se designa al general Cavaignac como virtual dictador y éste lanza al ejército y a la guardia móvil contra los obreros. Las barricadas no alcanzan para contenerlos. La clase obrera, sin dirigentes, sin dirección de ningún tipo, bajo la presión de una situación en retroceso, libra una lucha heroica contra la represión de Cavaignac. Las barricadas caen de una en una hasta que el día 26 de junio es derrotado el último bastión de la insurrección obrera: el barrio de Saint-Antoine. A partir de allí la masacre se generaliza:

> "ejecuciones, cautiverios, la muerte por asfixia en las horripilantes cloacas de París. Las fuerzas de Cavaignac se lanzaron por última vez, enloquecidas, matando a los obreros y en general a toda la gente

> indefensa. Es difícil precisar el número de caídos, pero se calcula que ascendieron a no menos de cien mil. Cerca de 15.000 fueron condenados a trabajos forzados en las colonias de Sudamérica".

Al decir de Luis Blanc:

> "hasta el llanto les estaba prohibido a los allegados de las víctimas".

El famoso terror jacobino de 1794, que se dio durante el proceso de la Revolución Francesa, parece un juego de niños frente a tamaña masacre.

Dijo Lenin sobre este proceso:

> "En 1789 se trataba en Francia del derrocamiento de la nobleza y del absolutismo. En el estado del desenvolvimiento económico y político de entonces, la burguesía creyó en una armonía de intereses; no estaba inquieta por la duración de su predominio, y consintió en una alianza con el campesinado. En 1848 se trataba del derrocamiento de la burguesía por el proletariado. Este no logró atraerse a la pequeña burguesía y la traición de los pequeños burgueses provocó la derrota de la revolución".

Y Marx afirma dramáticamente:

> "Únicamente empapada en la sangre de los insurrectos de junio la bandera tricolor ha llegado a ser la bandera de la revolución europea, la bandera roja. Y nosotros gritamos: ¡La revolución ha muerto! ¡Viva la revolución! ".

De la derrota del momento habría de surgir el nuevo movimiento, sobre la base de cambios en la organización, de clarificación ideológica, de mayor precisión en los métodos revolucionarios. Pero cada cosa necesita su tiempo de maduración. 1848 es el anticipo, el preanuncio y la experiencia clave de toda una etapa histórica del movimiento obrero. Nuevamente habían sido puestas en juego las concepciones reformistas. Los sectores revolucionarios eran una minoría.

BIBLIOGRAFÍA

Kuczynski, J., *Evolución de la clase obrera*. Guadarrama, Madrid, 1967.
Dolléans, Eduardo, *Historia del movimiento obrero*. Eudeba, Buenos Aires, 1960. Tomo 1.
Barret, F., *Historia del trabajo*. Eudeba, Buenos Aires, 1961.
Cole, G.D.H. *Historia del pensamiento socialista*. F.C. E., Mex. 1957. T. I *Los precursores* (1789-1850).
Mantoux, Paul*, La revolución industrial en Inglaterra en el siglo XVIII*. Asustar, Madrid, 1962.
Hobsbawn, Eric J., *Las revoluciones burguesas*. Guadarrama, Madrid, 1971.

Manifest

der

Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt euch

London.

Gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter"
von J. E. Burghard
46, Liverpool Street, Bishopsgate.

Primera página del original en Alemán, editado en Inglaterra del *Manifiesto del Partido Comunista.* Febrero de 1848.

DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO

26 de agosto de 1789

Preámbulo

"Los representantes del pueblo Francés constituidos en Asamblea Nacional, considerando que la ignorancia, el olvido y el menosprecio de los derechos del hombre son las únicas causas de las desgracias públicas y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer en una declaración solemne los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre; a fin de que esta declaración, constantemente presente a todos los miembros del cuerpo social, les recuerde sin cesar sus derechos y sus deberes; con el fin de que los actos del poder legislativo y los del poder ejecutivo puedan ser comparados a cada instante con el objetivo de toda institución política, siendo más respetados; con el fin de que las reclamaciones de los ciudadanos, fundadas de ahora en adelante en principios simples e incuestionables, tiendan siempre al mantenimiento de la constitución y del bienestar para todos. En consecuencia, la asamblea nacional reconoce y declara en presencia bajo los auspicios del Ser Supremo los derechos siguientes del Hombre y del ciudadano.

Artículo I

Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos, las distinciones sociales no pueden estar fundadas más que sobre la utilidad común.

Artículo II

El objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre; estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.

Artículo III

El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación; ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer autoridad que no emane de ella expresamente.

Artículo XVII

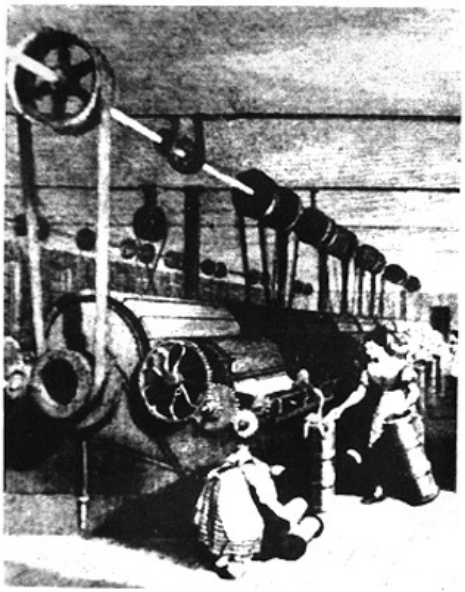
Siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de él si no es porque la necesidad pública, legalmente constatada, lo exige evidentemente, y bajo la condición de una justa y previa indemnización."

DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA A LA CONSPIRACIÓN DE LOS IGUALES

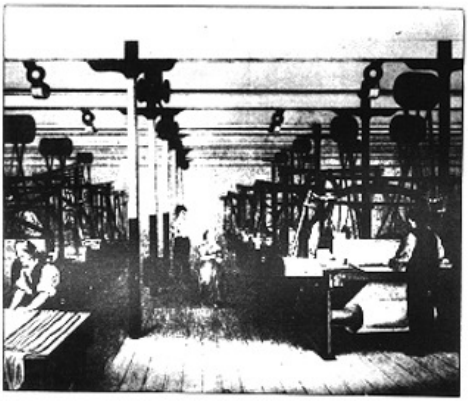
Por Marta Bonaudo de Magnani

El régimen de la monarquía absolutista, derrocado en 1789, dio lugar a una serie revueltas y conflictos que se prolongaron durante quince años.

El proceso que conocemos como *Revolución Francesa* no se articula sobre una sola revolución sino sobre una serie de revoluciones, revueltas y conflictos que se van encadenando, de manera muy compleja, en medio de las crisis económicas y las guerras que sacuden a Francia durante las últimas décadas del XVIII.



Las dos ilustraciones muestran distintas etapas en la manufactura del algodón. Como se ve, los obreros son mujeres y niños.



"¿Qué debe pensarse de una ciudad que realiza una reunión pública para pedir que el tiempo de trabajo se limite a dieciocho horas diarias?" J. T. Arlege, director de hospital de Staffordshire.

El "antiguo régimen", el de la monarquía absolutista, comienza a derrumbarse a partir de las revueltas aristocráticas que se producen entre 1787 y 1789. La burguesía mercantil y financiera, arrastrada, junto con el pueblo, por la nobleza en crisis, hace en esas revueltas su aprendizaje político, aquel que le permite ponerse al frente de la revolución de 1789 y elaborar su programa, el de la *"Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano".*

Pero el personaje actuante, el que sale a la calle, el que lucha y se sacrifica durante las jornadas de julio y de octubre, y también durante las que vendrán después, es el pueblo. Un pueblo que durante los años de la Revolución Francesa recibirá muy poco a cambio de ese sacrificio.

Sale el pueblo a la calle en 1789 acosado por la crisis cerealera y vitícola, por la desocupación -producto de la retracción industrial-, por el aumento constante del precio de los alimentos, por el deterioro de los salarios. Tanto en la ciudad como en el campo lleva adelante múltiples acciones. En los medios rurales, y aunque a veces ataque frontalmente al sistema Feudal, vuelve o queda limitado a las "revueltas de hambre" y a las "tasaciones populares". En la ciudad, en cambio, los *sans-culottes* (denominados así porque habían dejado de usar el calzón corto), apropiándose muchas veces de las consignas burguesas, comenzaron a ejercer fuertes presiones en el proceso. Fraternidad de consumidores más que de productores, grupo heterogéneo articulado en torno de artesanos y tenderos pobres que arrastraran tras de sí a los asalariados, no podrá, a causa de esa misma heterogeneidad, elaborar un programa coherente, pero le irá dando a sus luchas un contenido político cada vez más fuerte, aprendido en las asambleas populares, en las seccionales, en la Guardia Nacional, en el nuevo periodismo ideológico. Los *sans-culottes* serán la vanguardia de los movimientos populares en esos años.

Mientras tanto, la burguesía moderada, que gobierna de 1789 a 1793, emprende con una clara política de clase la reorganización y la "racionalización" de la nación, transformándose poco a poco en la única beneficiaria de la revolución. Si a los campesinos les hace algunas concesiones, que señalan el derrumbe definitivo del mundo feudal, a los trabajadores de la ciudad no les hará ninguna. A las constantes acciones llevadas a cabo por los *sans-culottes*, a los primeros planteos laborales, responderá con la *Ley Le Chapellier*, en 1791, mediante la cual se prohíbe todo tipo de organización obrera.

Pero el proceso continúa; las rebeliones rurales y urbanas acompañan a las jornadas de 1792, que terminan con la monarquía e instauran la República, y, un año después, provocan la caída de los moderados, de la Gironda, y el ascenso al poder de los jacobinos, liderados por Robespierre, representante de la pequeña burguesía. Actúan en el partido de los jacobinos grupos de la más diversa extracción: desde la nobleza liberal, y fracciones de la burguesía y el clero hasta los *sans-culottes*. Los jacobinos, una vez en el poder, poco hacen por las masas que los habían apoyado: la ley del sufragio universal no se pone en práctica; la ley del "máximo de precios y salarios" es mal aplicada. Pronto los

sans-culottes, los hebertistas, los "rabiosos" de Roux, comienzan a presionar y los jacobinos se separan de ellos para fortalecerse y llevar adelante su política. Pero el aislamiento les resulte fatal y son derrotados por los grupos de la burguesía moderada, que retoman el poder. De nada vale entonces la rebelión de los *sans-culottes*, en 1795, fuertemente reprimida, y la *"Conspiración de los Iguales*", del año siguiente. La burguesía comienza a llevar adelante una política represiva, acorde con la defensa de sus intereses económicos, que cierra el ciclo de las revueltas populares por muchos años.

Poca les quedará de todo este proceso a los campesinos sin tierra, a los asalariados, a los obreros de las manufacturas, a los aprendices y oficiales de las antiguas artesanías, a las masas de semiocupados. ¿Quiénes son los que realmente los expresaron? ¿Quiénes son los que en esos momentos difíciles trazaron por lo menos un rumbo que pudiera ser recuperado por el proletariado posterior? Hombres y grupos de trágica trayectoria: Roux, líder de los "rabiosos", que termina suicidándose antes de pasar al tribunal que lo va juzgar; Babeuf, el jefe de *"La Conspiración de los Iguales",* que acaba sus días en la guillotina. Hombres como ellos son los que ponen en tela de juicio el pensamiento burgués de la Revolución Francesa. Las condiciones no estaban dadas para que ambos, en momentos de escaso desarrollo industrial y sin una clase obrera afianzada, pudieran triunfar, pero sus acciones y sus palabras serían base y punto de partida del movimiento obrero posterior.

Roux, quien había dirigido importantes acciones en los momentos anteriores al ascenso de los jacobinos, había dicho en 1793: "La libertad no es más que un fantasma cuando una clase puede sitiar por hambre a otra, cuando el rico con su monopolio tiene derechos de vida y muerte sobre el pobre", atacando así en su centro mismo la ideología burguesa de la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" y ahondando el camino que seguirían grupos como los de Babeuf, quien, en el *Manifiesto de los Plebeyos*, publicado en *La Tribuna del Pueblo* en 1795, exigía una revolución total:

> "¡Que el pueblo tome la primera idea verdadera de la Igualdad ¡Que estas palabras: 'igualdad', 'iguales', 'plebeyismo' sean las palabras' de unión de todos los amigos del pueblo! ¡Que el pueblo ponga a discusión todos los grandes principios! ¡Que el combate se centre sobre el famoso tema de la igualdad propiamente dicha y sobre el de la propiedad!"

En pocos años se producen en Francia hondas transformaciones, se abren y cierran procesos que habrían de influir enormemente no sólo en la historia posterior de Francia sino en la de muchos otros países. ¿Qué ocurrió realmente durante la Revolución Francesa? ¿Qué importancia tendría esa revolución para el movimiento obrero? Para contemplar estas preguntas debemos volver atrás, explorar el proceso tanto en sus aspectos políticos como en los económicos y sociales, conocer cómo era la Francia rural y urbana, heterogénea y conflíctual, en la cual estalló la revolución de 1789.

EL MUNDO RURAL

A fines del siglo XVIII Francia era un país predominantemente agrícola: el 90% de su población vivía en el campo. La relación señorial y de servidumbre, los modos de producción feudal, persistían con fuerza en ese mundo rural. El mercado de mano de obra asalariada era casi inexistente. Los rasgos básicos de esa realidad eran: por un lado la presencia de una masa de campesinos sujetos a obligaciones consuetudinarias; por otro, la existencia de un reducido número de propietarios ausentistas (los que vivían en la ciudad y dejaban sus campos en manos ere administradores), que eran los que se apropiaban del excedente económico generado por el trabajo del campesinado. Las condiciones de vida de este variaban mucho según las regiones, pero en todas partes la situación era de extrema miseria. En los niveles más bajos de esta sociedad, niveles en los que se podía caer fácilmente vegetaba un submundo de mendigos y vagabundos, de trabajadores estaciónales, migrantes permanentes del campo a la ciudad participantes espontáneos de las revueltas que cada tanto conmovían al mundo campesino

Desertores, aprendices fugitivos, sirvientes, aventureros, se volcaban a los caminos impulsados por el hambre y la epidemia y sembrando a su vez el terror. Algunos se instalaban precariamente en las proximidades de las aldeas y eran tolerados en la medida en que podían ser utilizados como mano de obra marginal (para cavar fosas, podar setos, cargar carbón, etc.). Cercanos a la situación de estos se hallaban los proletarios rurales, cada vez más numerosos. No componían en realidad un grupo homogéneo. Al lado de los jornaleros agrícolas, en general libres, y participando de una condición muy semejante a la de ellos, observamos a un gran número de campesinos cuyas tierras propias o alquiladas, eran insuficientes para la subsistencia del grupo familiar. Para complementar su economía debían, por lo tanto, trabajar como asalariados o aparceros en los campos vecinos o como mano de obra de la industria rural. Un escalón más arriba subsistía una masa de campesinos libres (pequeños propietarios, arrendatarios o aparceros), ligada a la explotación de sus parcelas y de las tierras comunales que complementaban su economía proporcionándoles pasturas a sus animales, leña, paja, etc. Utilizaban en su trabajo métodos arcaicos y herramientas primitivas y tenían como objetivo fundamental subsistir con lo que producían. Generalmente estaban sometidos a las imposiciones de los señores feudales, los propietarios de la tierra. Debían pagar las rentas e impuestos y estaban obligados a realizar para ellos todo tipo de labores. Si el campesino -permanecía en la tierra del señor pronto se veía envuelto en una densa red de restricciones y limitaciones que lo privaban de la mayor parte de sus ingresos y que imposibilitaban su independencia económica. El recurrir a la Corte para exigir que se cumplieran las exigencias feudales no le proporcionaban mayores beneficios pues las apelaciones se hacían a través de los tribunales señoriales.

A las obligaciones debidas al señor se sumaban un impuesto especial anual, el

diezmo, que debía entregar a la Iglesia y los impuestos directos o indirectos que recaudaba el Estado. A lo largo del siglo, y como consecuencia de la reacción feudal -que aumentó el peso de las cargas, acaparó gran parte de las tierras comunales y restauró antiguos derechos-, de la creciente presión impositiva del Estado y de las crisis que asolaron la agricultura francesa, se acentuó la proletarización de esta capa de la población campesina.

Los estratos más altos del campesinado estaban constituidos por los grandes propietarios o arrendatarios rurales. La aristocracia feudal, laica o eclesiástica, conformaba el sector más importante de propietarios rurales. La propiedad noble laica, alrededor de un quinto de la propiedad total, gozaba de importantes exenciones impositivas, lo mismo que la eclesiástica, poseedora de una décima parte del suelo. Propietarios ausentistas en su mayor parte, los nobles dependían de las rentas de sus propiedades, que, generalmente mal administradas, les resultaban insuficientes, sobre todo a partir de la inflación. Para contrarrestar la disminución de las rentas, los señores feudales, especialmente los más pobres de las provincias, intentaron sacar todo el provecho posible de sus privilegios. Con tal fin hicieron reconstruir los registros que los enumeraban y restituyeron aún los más viejos, caídos ya en desuso. Además, se apropiaron de la tercera parte de las tierras comunales, especialmente de bosques y pasturas, y lucharon por separar sus predios de los de los campesinos, cercándolos aun a expensas de las parcelas de estos.

Nobleza de corte o nobleza provinciana, laica o eclesiástica, la aristocracia feudal no dejó, sin embargo, de empobrecerse durante el siglo XVIII. La aplicación a las tierras de nuevas técnicas agrícolas que, como sucedía en Inglaterra, aumentaran los rendimientos, quedó restringida a un pequeño número de nobles que, por otra parte, también procuró, como los burgueses de la época, colocar sus capitales en las nuevas industrias, especialmente metalúrgicas. También se volcaron algunos a las operaciones marítimas o financieras de las cuales provenía buena parte de los ingresos de los hombres recientemente ennoblecidos por el rey, la mayoría no obstante, siguió aferrada a sus privilegios de clase y no vio otra salvación que no fuera la reafirmación cada vez más neta de sus privilegios. Al lado de la aristocracia feudal, la burguesía fue también una importante propietaria. Muchas fortunas amasadas en las finanzas, el comercio o el saqueo colonial fueron invertidas en la compra o el arriendo de propiedades agrícolas, signo de prestigio social en una sociedad todavía feudal. Como componentes de esta "burguesía rural" debemos ubicar también a aquellos campesinos enriquecidos en la administración de los señoríos o en la explotación de sus propias tierras, que, separándose de la masa del campesinado, constituyeron una clase superior capitalista que arrendaba su tierra o la labraba utilizando peones asalariados y que traficaba con ganado, cereales, vino y otros productos agrícolas. Con frecuencia estos grandes arrendatarios desencadenaron la cólera en las masas campesinas puesto que al acaparar tierras en detrimento, especialmente, de los pequeños propietarios contribuían a proletarizarlos. Esta burguesía rural se sentía trabada por las supervivencias

feudales, por los derechos colectivos. Sus intentos de modernizar las técnicas de producción, de realizar los cercamientos indispensables para los nuevos cultivos, de dividir y repartir las tierras comunales, de llevar adelante todo aquello que permitiera aumentar el rendimiento agrícola, chocaron siempre con la rígida estructura feudal.

La división de la tierra comunal era, tal vez, uno de los problemas más debatidos y contradictorios del mundo rural. Mientras el reparto de las tierras comunales proporcionaba una esperanza a los sin tierra y nuevas posibilidades de expansión a los acomodados (que proponían una división proporcional a las cantidades de tierra y capital que ya se poseían), no beneficiaba a los pequeños campesinos que sacaban provecho de esas tierras, en especial para el pastoreo.

El mundo rural se nos muestra por lo tanto pleno de matices y oposiciones, de tensiones latentes, particularmente en los grupos bajos, que llevaron adelante con frecuencia revueltas de hambre. Frente al viejo orden, sin embargo, la diversidad de grupos y objetivos pareció esfumarse pues los privilegios señoriales, el yugo de los impuestos y la escasez de tierras afectaban no sólo a los campesinos sin tierras sino también a los pequeños propietarios y a los más acomodados. Pero estos grupos serán incapaces de concebir por sí mismos un programa de renovación social, y deberán unirse para llevar adelante sus reivindicaciones al "tercer estado", es decir, al sector social compuesto por los no privilegiados: burgueses, artesanos, tenderos, obreros, campesinos, etc.

> [*"La libertad no es más que un fantasma cuando una clase puede sitiar por hambre a la otra, cuando el rico con su monopolio tiene derecho de vida o muerte sobre el pobre".*]
>
> Jacques Roux

EL MUNDO URBANO

El desarrollo urbano en la Europa del siglo XVIII era muy limitado. En Francia, París era, con casi medio millón de habitantes, la única ciudad que podía ser considerada verdaderamente grande. Sólo dos o tres ciudades más, como Lyon, habían logrado superar los cien mil habitantes. También las ciudades situadas cerca de los puertos marítimos y relacionadas con el comercio exterior, como Marsella, Burdeos, El Havre, Nantes, habían experimentado cierto crecimiento. El resto estaba constituido por una multitud de pequeñas ciudades provincianas que vivían a expensas de la economía de la comarca. La sociedad que puebla estas ciudades grandes y pequeñas es más compleja y heterogénea que la rural.

En los umbrales inferiores de la sociedad urbana estaban los proletariados urbanos (su heterogeneidad justifica el plural), los cuales constituían la mayor parte de la población de las ciudades. Estos grupos no poseían ni propiedades inmobiliarias ni medios de producción. Al lado de un pequeño grupo de

trabajadores especializados en oficios delicados (construcción, mueblería, herrería) se hallaba una masa cuya calificación profesional era extremadamente precaria e inestable. Parte de ellos trabajaban en la gran manufactura, en tanto otros eran aprendices u oficiales en pequeños talleres. Por último, existía un gran número de obreros estacionales, que desempeñaba simultáneamente varios oficios y que acudían a París y las grandes ciudades durante la primavera y el verano para buscar trabajo.

A pesar de que la revolución industrial no había comenzado aún en Francia, como había sucedido en Inglaterra, había en ciertas zonas importantes concentraciones de obreros, especialmente en el área textil, rival de la inglesa. Hacia 1791 en Rouen y Lille trabajaban alrededor de 60.000 obreros, en Elbeuf alrededor de 20.000, 14.000 en Sedán y, en Lyon, la gran productora de seda del sur, 58.000 entre mercaderes, maestros tejedores (cuya condición difería muy poco de la de los asalariados y oficiales). En París, especialmente, los obreros se hallaban diseminados en diferentes barrios. La mayoría vivía, sin embargo, en el centro. Las secciones ubicadas entre el Sena y los Boulevards contaban con 21.884 obreros, con una media aproximada de 19 obreros por empresa. Allí se concentraban las fábricas de telas y las sombrererías algunas de las cuales llegaron incluso a ocupar doscientos o trescientos obreros, las secciones del centro ofrecían una media de veinte obreros por patrón con un total de 5.897 (Louvre, Oratoire, Halles), mientras en la margen sur del Sena se agrupaban 5.656 obreros, con una media de 16 por empresa. Barrios como el de San Antonio y San Marcelo no poseían en ese momento ni una población obrera importante ni grandes empresas. El primero contaba con 4.519 trabajadores (unos catorce por patrón), en tanto el segundo tenía 5.577 (aproximadamente 20 por patrón). Pero ellos eran, en cambio, el reducto principal de artesanos y tenderos.

Las condiciones de vida de estos grupos eran muy difíciles, lo que los hacía muy vulnerables: salarios bajos, que obligaban a recurrir al trabajo de toda la familia, incluso de los más pequeños; jornadas de sol a sol; explotación por el maestro artesano o por el comerciante empresario de la industria domiciliada, etc. Esta vulnerabilidad se vio acrecentada por el analfabetismo, la alimentación desequilibrada, la higiene nula y también por la inclinación a dejarse llevar por pánicos y rumores. Sólo un reducido sector de ese proletariado tenía una conciencia crítica de su situación: el de los que trabajaban en los oficios más calificados (como los de la madera, cuero, metales, libros) y que desde ciertas agremiaciones, perseguidas por el Estado y la Iglesia, trataron de luchar por sus salarios y sus empleos. Las únicas organizaciones de la época, hermandades de aprendices o compañeros y sociedades de ayuda mutua, eran insuficientes y carecían de toda experiencia en la lucha social. El mundo textil, tal vez el más importante en cantidad, estaba mucho menos organizado y era menos consciente de su situación, a causa, posiblemente, de su escasa calificación, su bajo nivel de vida y de la fuerte demanda de trabajo. Dependientes, oprimidos, sistemáticamente encerrados en su condición, con pocas o ninguna posibilidad

de ascenso, los obreros estaban siempre expuestos, en los momentos críticos, tan frecuentes a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, a convertirse en subproletariado de ocasión, oscilando entre la mendicidad, las changas agrícolas o urbanas y la marginación (delincuencia, incapacidad, etc.)

Por encima de este nivel se hallaba la pequeña burguesía artesanal y comercial que imprimió su sello al mundo del trabajo, particularmente en París. Dueños de pequeños talleres o jefes de taller, tenderos, pequeños rentistas o funcionarios modestos, ofrecían una gran diversidad de ocupaciones y status. Se concentraban especialmente en París, en los suburbios y en torno a las empresas productoras de artículos de lujo. Pese a las diferencias que los separaba, existían ciertos elementos que permiten definirlos como grupo. Generalmente eran propietarios del taller, la tienda o la casa; contaban con uno o varios empleados, permanentes o temporarios; poseían cierto grado de instrucción y solían desempeñar modestas funciones públicas.

Artesanos y tenderos organizados en gremios o corporaciones, sufrían intensamente, por un lado, el peso de los impuestos, el monopolio y los privilegios de la nobleza, la falta de derechos políticos, y por otro tenían en las grandes empresas, en la concentración capitalista de los medios de producción, una fuerte competidora que acabaría por destruirlos, proletarizándolos.

Las clases dominantes urbanas pertenecían a la aristocracia feudal o la burguesía. Habitaban en la ciudad, en general, los grandes nobles, miembros de la vieja nobleza, nobleza de espada, constituida por grandes familias de militares, y en algún caso participaban de la vida de la corte y residían en Versalles. A su lado estaba la nobleza nueva, nobleza de toga, cuya creación y crecimiento, particularmente acelerado a lo largo del siglo XVIII, era consecuencia lógica del aumento de riqueza de la burguesía y del empobrecimiento de la corona. Mediante cartas o cargos los reyes ennoblecieron, a partir del siglo XVI, a negociantes, grandes armadores, financistas, militares de alta graduación y a los mejores servidores y funcionarios de la monarquía. Aunque la nobleza de espada y la nobleza de toga tendieron a entremezclarse, se fue reafirmando a lo largo del siglo XVIII una aguda división de intereses entre una y otra, que culmina con la ofensiva que realiza la vieja aristocracia, hacia la década del 80, con el fin de monopolizar los altos cargos de la iglesia, el ejército y el estado. La monarquía había abandonado desde hacía tiempo el papel creado para ella por Luis XIV. Este le había dado una estructura verdaderamente acabada al "antiguo régimen", al crear, junto con Richelieu y Muzarino, una verdadera maquinaria administrativa centralizada que se gobernaba desde Versalles y en la que la voluntad real decidía, en última instancia, la política a seguir en cualquier aspecto de la vida de la nación. Luis XVI, rey de Francia y representante de Dios sobre la tierra en virtud de la teoría del derecho divino, al carecer de la capacidad y la autoridad de su ilustre predecesor, permitió la infiltración aristocrática en el gobierno, lo cual favoreció las intrigas y la política familiar, impidiendo una conducción vigorosa y

coherente. En ese intento de detener la amenazante marea burguesa que protagonizó la vieja aristocracia, la más beneficiada fue la nobleza de corte, que utilizó su influencia para fortalecer su posición no sólo a expensas de la nobleza nueva sino también de la provinciana. Esta quedó relegada a las funciones más secundarias y en vano intentó que se restablecieran sus Estados Locales y que la monarquía se aislara de la influencia cortesana. Estas grietas que se observan dentro de la clase irán gradualmente alterando el equilibrio de fuerzas y debilitarán tanto a ella como a la maquinaria del absolutismo centralizado. Tampoco la burguesía, durante el siglo XVIII, constituye una clase compacta y única. Burguesías diferentes, pero emparentadas entre sí, se desempeñaron corno eficientes engranajes del "antiguo régimen". Su actividad se desarrollaba, en primer lugar en el mundo de los negocios. La categoría más alta dentro de este grupo correspondía a los financistas, cuya fortuna provenía no sólo de la recaudación de impuestos o de los préstamos al rey sino también de las actividades comerciales. Banqueros abastecedores de los ejércitos, oficiales de finanzas formaron una verdadera aristocracia burguesa vinculada muchas veces con la aristocracia feudal. Relacionados con este grupo encontramos a los burgueses dedicados básicamente al comercio. En general, estos *hombres de negocios* se habían abierto camino por sí mismos o ayudados por favores, licencias o monopolios reales. En cada ciudad de alguna importancia y en los principales puertos marítimos, se hicieron las fortunas más importantes, amasadas no sólo en el tráfico simple de mercancías sino también en la trata de esclavos y en el saqueo de los pueblos coloniales. Algunos reinvirtieron sus ganancias en la tierra, en tanto otros *financiaron* cierto desarrollo industrial dependiente del comercio: el de la industria domiciliaria.

El sistema feudal significó un verdadero escollo para el desarrollo de la industria capitalista en Francia y por ende para el surgimiento de una verdadera burguesía industrial. Aunque existieron algunas grandes manufacturas centralizadas (*Los Gobelinos* en París, *Van Robe Bros* en Picardía, *Dietrich*, de metales, en Lorena, etc.) éstas fueron verdaderas excepciones. La gran industria se veía trabada por las estrictas reglamentaciones del sistema de gremios, que impedían aumentar más allá de cierto límite el número de trabajadores asalariados y el monto de la producción. A esto se sumaban la rígida determinación de las características del producto, el sistema de patentes especiales para la organización de una manufactura, etc. Buscando liberarse de tales restricciones la industria emigró al campo, a la aldea, donde no le tocaban las reglamentaciones de los gremios y donde podía encontrar mano de obra barata. Comerciantes-empresarios comenzaron a impulsar esa industria domiciliaria que minó definitivamente las bases del sistema de gremios. Pero, en su conjunto, la industria francesa chocaba con un límite que parecía infranqueable: la estrechez del mercado interno, determinada por el escaso poder adquisitivo de la gran masa de la población -el campesinado-, obligada a autoabastecerse con productos domésticos. Esto condujo a la industria francesa a extenderse preferencialmente en aquellas ramas cuyos productos estaban destinados al consumo de las clases altas de la población -aristocracia feudal o

burguesía- o bien a artículos de lujo que soportaban el alto costo de embarque a otros países. El tráfico comercial de los productos se veía entorpecido y perjudicado asimismo por los peajes y las aduanas interiores, de las cuales, en muchas oportunidades, fue responsable directa la aristocracia. Todos estos factores retardaron en Francia el advenimiento de la revolución industrial. La indignación de la burguesía llegó a su límite en 1786, cuando el gobierno firmó con Inglaterra un tratado por el cual se reducían los impuestos de la importación de las mercancías inglesas a cambio de que se redujeran a su vez los impuestos de importación al vino francés que se enviaba a Inglaterra. Este hecho imponía, sin lugar a dudas, un nuevo sacrificio a la burguesía manufacturera francesa en favor de la nobleza latifundista.

Otra zona de la burguesía era la constituida por los que practicaban las profesiones liberales y los que ocupaban cargos en la administración. Los burgueses de las profesiones liberales, hombres de leyes o de letra estaban imbuidos de una amplia cultura que los convertiría en 1789, en el sector que proporcionaría el personal para la revolución. Alentados por la monarquía, ubicados en los innumerables tribunales y en la vasta burocracia creada por el "antiguo régimen", tuvieron frecuentemente la posibilidad de enriquecerse e incluso de ingresar en la nobleza.

Descontento, tensiones, conmovían también al ámbito urbano. Una nobleza insatisfecha, que quería controlar hasta sus últimas instancias el aparato político-administrativo; una burguesía deseosa de romper con las trabas económicas del "antiguo régimen"; un artesanado disconforme con su realidad, pero temeroso del avance del capitalismo; una masa asalariada, desorganizada, explotada, que buscaba subsistir en momentos en que el costo de la vida subía mucho más rápidamente que sus salarios. Sólo faltaba la coyuntura favorable para que este mundo estallara.

LA REVUELTA ARISTOCRÁTICA Y LA CRISIS DEL "ANTIGUO RÉGIMEN"

El elemento catalizador que transformó las tensiones sociales de Francia en una tremenda explosión fue la bancarrota de la monarquía. Las finanzas reales, deficitarias ya durante el reinado de Luis XIV, terminaron por derrumbarse a raíz de los gastos provocados por la participación francesa en las guerras de la independencia Estadounidense. Ya entre 1774 y 1776 se había puesto de manifiesto la imposibilidad de modificar la anticuada estructura administrativa y fiscal del reino, por la resistencia de los intereses tradicionales encabezados por los parlamentos (tribunales de apelación que, en número de trece, estaban encargados del registro de las leyes y que aspiraban a convertir en derecho de veto su derecho de registro). Ellos se oponían a la abolición de todas las restricciones y desigualdades sociales que entorpecían el desenvolvimiento de los recursos nacionales al impedir el paso a formas administrativas y tributarias más equitativas y racionales. Se desencadenó entonces la guerra, y la victoria sobre Inglaterra se obtuvo a costa de una bancarrota final. Los ministros de Luis

XVI buscaron paliativos para la crisis sin intentar, no obstante, una reforma fundamental que movilizara la verdadera y considerable capacidad tributaria del estado. El déficit ya no podía cubrirse mediante un aumento de impuestos. Esto último hubiese sido aplastante para las masas populares, que en los últimos años habían visto aumentar los precios en un 65% con relación al período 1726-41, en tanto los salarios sólo habían subido un 22 %. El único remedio era implantar la igualdad en el régimen impositivo: igualdad regional, puesto que existían territorios privilegiados como Languedoc y Bretaña, y especialmente igualdad entre los súbditos, puesto que la aristocracia gozaba de exenciones fiscales.

Una vez que se hubo agotado el recurso del empréstito para hacer frente a la crisis, Calonne, y luego Brienne, los ministros de finanzas, intentaron establecer la igualdad impositiva. Pero ello Calonne convocó en 1787 a una Asamblea de Notables. A ella concurrieron prelados, grandes señores, parlamentarios, intendentes, consejeros de Estado, miembros de las municipalidades y de los Estados provinciales. Estos últimos provenían de asambleas en que se reunían las tres órdenes de una provincia, el clero, la nobleza y el "tercer estado" o sea los no privilegiados) que tenían atribuciones políticas y administrativas. Tal situación parecía brindar una oportunidad a la aristocracia para controlar definitivamente los mandos del Estado. Por esta razón se negó a pagar impuestos sin la contrapartida de un aumento de sus privilegios. Ante su fracaso, Calonne debió dimitir.

Su sucesor, Brienne, decidió recurrir al Parlamento de París. Este rechazó las propuestas del ministro y reclamó la convocatoria de los Estados Generales, los únicos que estaban en condiciones de consentir los nuevos impuestos. El 6 de agosto de 1787 se obligó al Parlamento a registrar los edictos. De acuerdo con ellos se establecía la libertad de comercio de granos y la prestación de servicios se transformaba en una contribución en dinero; se creaban asambleas provinciales en las que el "tercer estado" tenía una representación igual a la de los otros órdenes reunidos, lo cual tenía como objetivo romper la coalición de la burguesía con los privilegiados; y, finalmente, se sometía a la aristocracia al impuesto de la subvención territorial. Al día siguiente el Parlamento anuló como ilegal el registro de la víspera. Se lo desterró entonces a Troyes, hecho que provocó una tremenda agitación, que se extendió a las cortes de provincia y al conjunto de la aristocracia judicial. Brienne debió capitular y los edictos fueron suspendidos. La vuelta del Parlamento a París provocó en la ciudad manifestaciones de adhesión protagonizadas por estudiantes, escribientes, oficiales y aprendices de las industrias suntuarias. El movimiento, que adquirió las características de una verdadera revuelta, debió ser contenido por el mismo Parlamento. Se recurrió nuevamente al empréstito, pero para ello se necesitaba el consentimiento del Parlamento, que sólo concedió el registro con la promesa de convocar los Estados Generales. El conflicto se prolonga y la aristocracia no cede en sus propósitos de obligar al rey a compartir el peder con ella. Para quebrar la resistencia del Parlamento le encargó al guardasellos Lamoignon una

reforma judicial. El 8 de mayo de 1788 el rey impuso el registro de seis edictos preparados por Lamoignon. De acuerdo con ellos se creaban nuevos tribunales de apelación y una Corte plenaria compuesta por altos funcionarios sustituía al Parlamento en el registro de los actos reales. La aristocracia perdería de este modo el control de la legislación y de las finanzas reales. Es por esa razón que entonces organiza un verdadero movimiento de reacción en el que participan no sólo los grupos privilegiados sino también el "tercer estado". El conflicto inicial adquiere dimensiones nacionales. Las consignas eran impedir la instalación de los nuevos tribunales, hacer huelga en la justicia, desencadenar el desorden, pedir la reunión de los Estados Generales. La agitación se inclinó hacia la insurrección. Por todas partes estallaron motines. Para conservar sus privilegios, la aristocracia no vaciló en emplear métodos revolucionarios. Nobleza de espada y nobleza de toga se unieron para negar obediencia al rey, llamaron a la burguesía en su ayuda, y ésta comenzó así a hacer su aprendizaje revolucionario. Pero no sólo ella aprendió sus primeras lecciones políticas. A través de la agitación parlamentaria, agitación reiterada a lo largo del siglo XVIII, también lo hicieron las clases bajas, especialmente las parisienses, que convirtieron sus propias revueltas en manifestaciones políticas. En los años 1787 y 1788 se sumaban las pérdidas de las cosechas y una fuerte crisis vitícola, que se traducía en malas ventas y en la baja de los precios del vino y que lesionaba aún más la difícil situación agraria. Ambas repercutían a su vez sobre la producción industrial, ya afectada por la competencia inglesa, al reducir el mercado interno. Junto con esto se restringió para los productos franceses el mercado del levante a causa de la guerra ruso-turca. La desocupación y la miseria pesaban sobre las clases bajas rurales y urbanas acrecentando su descontento. Es por eso que, aunque presionado por motivaciones diferentes, el pueblo se levantó identificándose con las consignas de los Parlamentos y muchas veces las rebasó.

La aristocracia había entablado la lucha contra la monarquía absoluta y arrastrado al "tercer estado", pero sólo con la intención de establecer sobre las ruinas del absolutismo su poder político y de mantener sus privilegios sociales. Esta alianza dejó a Brienne impotente. Sin otra salida, prometió entonces reunir los Estados Generales para el 1° de mayo de 1789 y dimitió. Su sucesor, Nécker, completó la capitulación de la monarquía: suprimió la reforma de Lamoignon, restableció los Parlamentos y ratificó la convocatoria a los Estados Generales. Las celebraciones por el triunfo se transformaron en verdaderos disturbios. El precio del pan, de 4 libras, había subido de 9 a 11 sueldos en tres semanas y hacia fines de agosto el pueblo bajo de los suburbios y mercados se unió a los empleados del Palacio de Justicia. Las revueltas se tornaron más y más violentas y se extendieron a muchos distritos de París, hubo choques sangrientos entre soldados y obreros y estudiantes, se produjeron muertes y arrestos. Pero esta unión del Parlamento y el "tercer estado" iba a ser efímera. Aunque la primera brecha en el frente del absolutismo estaba abierta, el intento aristocrático de recuperar los mandos del Estado fracasaría por dos razones: primero, por subestimar las intenciones independientes del "tercer estado", y segundo, por

desconocer la profunda crisis económica y social que empujaba sus peticiones políticas.

LA REVOLUCIÓN BURGUESA Y LAS PRIMERAS JORNADAS POPULARES

Antes de que hubiesen terminado los disturbios el Parlamento se había enemistado ya con una gran parte de sus partidarios al insistir en que los Estados Generales se constituyeran como en 1614, última vez en que habían sido convocados, reuniendo separadamente a cada orden (clero, nobleza y "tercer estado") y en igualdad de representación. Así el "tercer estado" tendría siempre menos votos y las clases privilegiadas controlarían el proceso. Para la aristocracia el voto por orden o estado significaba el triunfo. En París el "tercer estado" hizo inmediatamente frente al desafío y durante el invierno de 1788-89 su campo fue extendiéndose a las provincias. Para ello impulsó una guerra de panfletos que, en poco tiempo, cambió la situación del Parlamento y ganó a su favor a la nación. Sus pretensiones se dirigían básicamente a lograr para el "tercer estado" una doble representación y la fusión de los tres estados separados en uno. El ministro Nécker, aun cuando no era un ardiente defensor de las medidas igualadoras, estaba dispuesto a utilizar al "tercer estado" para frenar a las órdenes privilegiadas, y por eso presionó para reforzar la representación del mismo. En esto fue decisivo el apoyo de la reina, que permitió que se acordara al "tercer estado" doble representación, pero sin modificar el procedimiento del sufragio.

El lema del "tercer estado", símbolo del desafío popular a los privilegios, fue esgrimido en una revuelta en la que el pueblo bajo luchó para alcanzar sobre todo sus propios objetivos y sin dejarse ganar totalmente por los objetivos de los políticos burgueses. La revuelta estalló a fines de abril en el suburbio de San Antonio, una semana antes de la reunión de los Estados Generales, en parte como reacción de los grupos obreros ante las opiniones de los fabricantes, Reveillon y Henriot. Estos, miembros destacados del "tercer estado" de París, se habían lamentado en sus respectivas asambleas de electores de los elevados salarios que se pagaban en la industria. Se desconoce si aconsejaron o no una reducción de los mismos, pero al parecer así lo interpretaron los obreros y artesanos del suburbio. A esto se sumó el aumento exorbitante del precio del pan. Se desencadenaron entonces violentas explosiones de protesta, en las que participaron unos dos mil manifestantes. A los desfiles por los barrios, en los que portaban grotescos figurones que representaban a sus presuntas víctimas, siguió la destrucción de muebles y efectos personales en la casa de Henriot; no así en la de Reveillon, custodiada por tropas reales. Dispersados por el ejército los revoltosos se reorganizaron al día siguiente el 24 de abril, y mientras se convocaban más tropas, los obreros y artesanos recorrían los barrios reclutando refuerzos por medio de la persuasión o la intimidación. El desenlace se produjo cuando la casa de Reveillon fue arrasada y la Guardia Francesa reprimió violentamente a los manifestantes. Se produjo entonces una verdadera masacre

en las estrechas y congestionadas calles del vecindario mientras la multitud se batía a los gritos de "¡Libertad... no cederemos!", "¡Viva el Tercer Estado!" y "¡Viva Nécker!". Esto demuestra cómo los nuevos slogans "patrióticos", en desacuerdo con la conducta de los revoltosos, iban siendo absorbidos por las clases bajas de París y utilizados, cuando era necesario, en su propio beneficio. La burguesía revolucionaria, sin embargo, confiaba en que podría lograr sus objetivos sin recurrir al riesgoso expediente de convocar a las masas. Para ello organizó una fuerte propaganda, sacando provecho de sus relaciones personales y sociales. Los cafés, como el célebre café Procope, se transformaron en el centro de la agitación. En este clima se realizó la elección de los representantes de los estados. En lo que se refiere al "Tercer Estado" la mayor parte de los elegidos eran intelectuales, abogados, que desempeñan un importante papel económico en las provincias capitales y negociantes (entre ellos los del importante distrito comercial de la Gironda). Sólo tenían derecho a ser elegidos los que pagaban impuestos directos y habían vivido cierto tiempo en un lugar. Los campesinos pobres y los obreros, analfabetos y sin experiencia, política fueron dejados de lado.

La primera sesión se realizó el 5 de mayo de 1789. Apenas inaugurada, el conflicto estalló. Mientras el clero y la nobleza se reunían para verificar los poderes de los delegados con el propósito de constituirse en asambleas diferentes, el "tercer estado" vacilaba. Seguir tal procedimiento significaba admitir el voto por orden; rebelarse contra él era entrar en la vía revolucionaria. El 12 de junio el "tercer estado" invitó al clero y a la nobleza a verificar en común los poderes, pero sólo logró el apoyo de algunos miembros del primero. Deseoso de adelantarse a cualquier decisión del rey o de la aristocracia decidió entonces el 17 de junio constituirse en Asamblea Nacional con derecho a reformar la constitución y autorizó provisoriamente la recaudación de los impuestos existentes. La puja con el poder real, aliado a la aristocracia, se acentuó y las divisiones aparecieron en los otros dos estados ya que la mayoría del clero, el de menor jerarquía, y algunos nobles se unieron al "tercer estado". El triunfo, gracias a la presión ejercida, se precipitó y el 9 de julio el rey aceptó y proclamó la *Asamblea Nacional Constituyente*, bajo cuyo control estaría, de ese momento en adelante, la autoridad real. La revolución jurídica se había cumplido: la soberanía nacional sustituía, en el plano político, al absolutismo real, gracias a la alianza del "tercer estado" con los representantes del bajo clero y la fracción liberal de la nobleza.

Pero el triunfo no era definitivo. Ni el rey ni la aristocracia estaban dispuestos a hacer verdaderas concesiones al "tercer estado". En ese momento no tenían mayores recursos para hacerle frente, pero estaban decididos a recurrir a la fuerza, si fuera necesario, para volver a someterlo. El rey llamó entonces al ejército para que se congregara en torno de París y de Versalles. La Corte tenía intenciones de disolver la Asamblea. Ante los preparativos militares crecieron las tensiones en París, sobre todo en las masas populares, que desde mayo habían guardado una actitud expectante. La profunda crisis económica ejercía sobre

ellas una fuerte presión. Las malas cosechas de 1788 y 1789 habían provocado un nuevo aumento en el precio del pan y en las regiones vitícolas la crisis hacía estragos. A consecuencia de todo esto había disminuido el poder adquisitivo de las masas. La vida era cara; la desocupación en la industria, carente de mercado, se acentuaba; la producción se estancaba o retrocedía. Se señala como responsables de esta situación a los recaudadores del diezmo, a los señores que perciben rentas de especie, a los negociantes que especulan con el alza de los granos. La campaña de propaganda electoral dio a esas masas, desesperadas por la crisis, una perspectiva política al proponerles la idea de liberación de la opresión y de la tiranía de los ricos. Para el pueblo el complot aristocrático y la crisis económica estaban relacionados: se pensaba que los aristócratas acaparaban los granos para aplastar al "tercer estado". Los disturbios, muy frecuentes en la primavera de 1789, se multiplicaron en julio y, especialmente, en víspera de la cosecha. La destitución de Nécker fue el detonante que hizo estallar en la capital la revuelta popular del 12 de julio. La contrarrevolución había convertido a las masas en una fuerza efectiva y actuante.

Recelosos y hambrientos, los pequeños artesanos, los tenderos, los oficiales y los obreros, los *sans-culottes*, como se los denominará en ese momento, se lanzaron a las calles de París, exhortados por los líderes burgueses, como Camilo Desmoulins y otros, que dieron la orden de tomar las armas. A los desfiles, en los cuales los manifestantes llevaban bustos de Nécker y de Orleáns, los héroes del momento, siguieron la destrucción de los puestos de aduana, de las barreras, pues los impuestos al vino y a los alimentos eran duramente resistidos por los pequeños consumidores. Entre cuarenta y cincuenta puestos, fueron arrasados en el término de cuatro días de revuelta. Se invadieron monasterios, conventos y depósitos en busca de fusiles, espadas, pistolas y también de trigo. La multitud invadía las calles mientras el comandante de la guarnición de París se retiraba al Campo de Marte y dejaba la capital en manos del pueblo. El 13 los electores parisienses del "tercer estado", que habían formado un gobierno provisional en la Municipalidad (la Comuna), alarmados por el curso de los acontecimientos, comenzaron a reclutar una milicia ciudadana o Guardia Nacional (cada distrito o barrio tenía que proporcionar 800 hombres) no sólo para enfrentar la amenaza militar de Versalles sino también para defender a los pobres de la capital. El 14 de julio la multitud exigió armas. Después de extraer numerosos fusiles de *Los Inválidos*, los parisienses se dirigieron a *La Bastilla*, prisión fortaleza, símbolo del poder real, y donde se sabía que se había enviado una gran provisión de pólvora. Las negociaciones pacíficas fracasaron, y armados de picos, de fusiles y de las armas más diversas los parisienses se lanzaron al asalto y obligaron a sus defensores a rendirse. La caída de la Bastilla tuvo gran importancia política. El rey reconoció a la Asamblea Nacional, restituyó a Nécker, licenció las tropas, aceptó a la Comuna de París y permitió que gobernara la ciudad.

El movimiento parisiense repercutió enormemente en el interior. Se

desencadenaron una serie de insurrecciones en las ciudades de provincia. El pánico se extendió rápidamente por todo el país: el denominado "Gran Miedo" de fines de julio y principios de agosto. Ya en la primavera de 1789 habían aparecido bandas de mendigos y vagabundos, multiplicados por la desocupación, la escasez y la dispersión de las tropas reales después de la victoria popular en París. Una doble crisis había generalizado en ese año los movimientos de protesta rural. Por un lado, la crisis económica; por otro, la convocatoria de los *Estados Provinciales*, en los que los campesinos constituían una abrumadora mayoría, a fin de que elevaran sus *cuadernos de quejas* en toda Francia y eligieran representantes para la gran reunión de los *Estados Generales*. En principio la revuelta asumió la forma tradicional, la revuelta contra la escasez y el alza de precios, y se expresó, desde diciembre de 1788 a julio de 1789, en los ataques a los barcos cargueros, a los graneros, a los funcionarios de la aduana, a los comerciantes y labradores ricos, en los asaltos a panaderías y mercados, en la tasación popular del pan y el trigo, en la destrucción de propiedades, etc.

El miedo a los bandidos, sumado al temor del complot aristocrático y a la crisis, habían acrecentado la inseguridad en las zonas rurales y aumentado la irritación de los campesinos. En todas partes, y en algún grado, estalló la revuelta. A partir del 14 de julio los acontecimientos se desencadenaron con gran rapidez. La atmósfera de pánico creció ante los rumores. Circularon noticias deformadas de lo que sucedía en la capital. Ante el rumor de que bandas de salteadores avanzaban destruyendo todo a su paso, los campesinos se armaron, y así el "Gran Miedo" reforzó la insurrección campesina pues; cuando sé hizo evidente que los temores eran infundados, los campesinos se volvieron contra los señores y comenzaron a destruir los castillos y en especial los viejos títulos en los que se consignaban los derechos feudales. Bajo el impacto de la crisis y de los acontecimientos políticos el movimiento campesino pasó de las antiguas protestas contra los precios a los ataques a los cercados, a los derechos de caza y a los bosques reales, y de ahí al enfrentamiento contra el sistema feudal mismo.

Ante el cariz que tomaban tos movimientos rurales la *Asamblea* se alarmó. La burguesía no podía dejar expropiar a la nobleza pues ella misma poseía tierras y percibía rentas *La Asamblea* comenzó a vacilar, y como reprimir por la fuerza al campesinado implicaba recurrir al ejército real, depender del rey, optó entonces por el camino de las concesiones. El 4 y 5 de agosto suprimió algunos anticuados, y relativamente menos importantes, derechos feudales (los privilegios del Estado, los diezmos de la Iglesia, los derechos de caza, la justicia señorial). Pero al mismo tiempo obligó a los campesinos a comprar, en condiciones casi imposibles, los derechos impuestos a la tierra (las rentas, los censos, etc.). El campesino pasó a ser libre, pero no su tierra. El régimen feudal no había sido destruido, pero había recibido un duro golpe.

La Asamblea inicia entonces la obra de reconstrucción: el 26 de agosto emite la

"Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano". En ella se expresa el ideal burgués, los fundamentos del nuevo orden: un estado secular con libertades civiles y garantías para la iniciativa privada, gobernado por contribuyentes y propietarios. Mientras la propiedad se declara derecho imprescindible, y la libertad económica se considera un derecho natural, sólo se conceden derechos políticos a una minoría, la de los "ricos", y ninguna referencia se hace a la libertad de asociación, la que se considera peligrosa.

Pero la revolución no se ha consolidado. La Corte y el Rey, que permanecen en Versalles, tratan de frustrar el programa constitucional de la *Asamblea*. El rey se niega a sancionar los decretos de agosto en tanto algunos miembros del "tercer estado", temerosos frente a las reacciones populares, proponen fortificar los poderes del rey y de la nobleza. La crisis financiera continúa y el agravamiento de las dificultades económicas permite movilizar nuevamente al pueblo de París.

La primera gran ola emigratoria protagonizada por la aristocracia afectó profundamente al comercio parisiense: numerosos negocios se vieron obligados a cerrar, y se redujo el mercado para los productos de lujo, consumidos básicamente por esa aristocracia. Entre los trabajadores más afectados se hallaban los sombrereros, zapateros, boticarios y también los panaderos y los sirvientes. Desde agosto, los desocupados, encabezados por los aprendices panaderos, recurrieron al Municipio para conseguir trabajo. El 18 de agosto 1.000 oficiales sastres reclamaron un aumento de 10 sueldos en sus salarios y lograron que los maestros se adhirieran a sus reclamos. Mientras tanto, cerca de 4.000 sombrereros y sirvientes participaban en una manifestación en los Campos Elíseos frente a la Guardia Nacional. Sus demandas no sólo eran económicas sino también políticas: pedían que se garantizarán sus derechos de ciudadanos y el derecho de asistir a las asambleas de distrito y de enrolarse en la Guardia Nacional. De ambas actividades se hallaban excluidos por su condición de dependientes serviles. Solicitaban además que, para resolver el problema del desempleo, se excluyera del oficio de sirvientes a los saboyanos.

También los zapateros y los boticarios solicitaron salarios más elevados, pero se vieron obligados a suspender sus reuniones y a retirar sus demandas. La Comuna tuvo para ellos, como para los restantes, una actitud negativa en tanto el pan seguía aumentando y en septiembre las colas reaparecían en las panaderías. La agitación crecía mientras el rey, cediendo una vez más a la presión del ya débil partido de la Corte, convocaba en Versalles a las tropas (el regimiento de Flandes). Nuevamente la crisis económica y la crisis política se conjugan, y se desencadenan entonces las jornadas de octubre. El detonante fue el "insulto" perpetrado contra la escarapela nacional, pisoteada en el banquete ofrecido el 1° de octubre en honor del regimiento de Flandes. La noticia indignó a los patriotas: Marat llamó a las armas a los distritos, invitándolos a marchar sobre Versalles. El 5 de octubre mujeres del barrio de San Antonio y de las Halles se reunieron iracundas, exigiendo pan, frente al municipio. La revuelta de hambre se transformó entonces en la "Gran Marcha de

las Mujeres", las que, apoyadas por los batallones de la Guardia Nacional, se dirigieron a Versalles. La Asamblea y el rey prometieron trigo y pan. El rey aceptó, por otra parte, los decretos de agosto. Los manifestantes penetraron en el castillo y obligaron a la familia real a volver a la capital, seguida por la *Asamblea Nacional*. Por segunda vez las masas populares habían rescatado a la *Asamblea* y salvado a la revolución. A partir de entonces, mientras el movimiento campesino continuaba con las revueltas de hambre y los ataques a mercados, sin recuperar su primitivo alcance y vigor, las primeras grandes jornadas urbanas espontáneas comenzaban a convertirse en movimientos políticos de mayor complejidad encabezados por los *sans-culottes* urbanos. Tales movimientos irían reflejando no sólo la intensidad de las luchas partidarias sino también, y muy especialmente, la creciente experiencia y conciencia política de los *sans-culottes* mismos.

IDEOLOGÍA Y ORGANIZACIÓN DE LOS *SANS-CULOTTES*

Los *sans-culottes* parisienses no constituyeron una clase social. Se hace referencia a ellos como hombres ligados entre sí por una cierta posición común en el proceso económico y por intereses ideológicos semejantes. El *sans-culotte* era aquel que vivía de su trabajo, ya sea como oficial asalariado, trabajador ocasional, patrón artesano o maestro mercader. No tenía conciencia de clase, en el sentido que iba a tener este término posteriormente, pero sí tenía conciencia clara de las desigualdades sociales. Se puede decir que los *sans-culottes* constituían una fraternidad, pero no de productores sino de consumidores. En algunas oportunidades ellos mismos trataron de definirse. Algunos lo hicieron por oposición a los "culottes dorados" y a los "vientres vacíos".

Otros intentaron definir al grupo, básicamente, por su función social, el trabajo, pero al no llegar a una definición exacta de su puesto en la sociedad, en tanto trabajadores -por cuanto carecían de una noción clara; distinta del trabajo y de su función social-, sólo lo concibieron en función a la propiedad. Para ellos el trabajo era el fundamento de la propiedad, la cual debía permanecer siempre referida a él. A partir de allí se definieron como *pequeños productores independientes*, como propietarios, y por ese trabajo personal que realizaban en su tierra, si eran campesinos, o en su tienda y con sus herramientas si eran artesanos. La pequeña propiedad estaba íntimamente ligada a su existencia y su gran temor residía en verse reducidos a la categoría de trabajadores dependientes, de proletarios, a causa de la concentración de la propiedad.

La heterogeneidad del grupo incidió directamente sobre su ideología y sus reivindicaciones económicas. Se caracterizó en primer lugar por su idea del igualitarismo social, el cual suponía la limitación del derecho de propiedad, tan largamente defendido por la *sans-culotterie*, según las necesidades físicas de cada familia (célula social de base para el *sans-culotte*). Por otra parte, mientras se mostraba un defensor acérrimo de los precios máximos, en tanto consumidor, poco hizo por reivindicar los salarios. Esto se explica, en primer lugar, por la

gran proporción de pequeños comerciantes y maestros artesanos que había entre ellos y que no tenían interés alguno en el alza de salarios, y, en segundo lugar, por la falta de conciencia de clase, lo cual llevaba a oficiales y obreros a aliarse con los anteriores. Sólo veían al enemigo común: el monopolista, el *agiotista*, el gran burgués ligado a las formas más modernas de producción. La idealización de la pequeña producción independiente, del pequeño taller, los llevaría a enfrentar la concentración de los medios de producción, aun cuando ellos mismos fueran propietarios. Hostiles al capitalismo que amenazaba con reducirlos a la condición de proletarios, se sintieron ligados, sin embargo, al orden burgués porque eran propietarios o aspiraban a serlo. Reivindicaron el liberalismo económico, tan caro a la burguesía capitalista, y defendieron la independencia de la tienda, del taller, de la propiedad rural. Pero al mismo tiempo reclamaron la limitación de dicha propiedad, oponiéndose no sólo a la gran concentración de la propiedad agrícola, sino también, y muy particularmente, a la de la propiedad comercial o industrial.

Todas estas contradicciones reflejan, sin lugar a dudas, la composición social de la *sans-culotteria* y explican su incapacidad para definir su puesto exacto en la sociedad y, por lo tanto, para formular un programa económico y social coherente.

Si en el plano económico el movimiento tiene características retrógradas, ligadas a formas ya superadas de producción o en vías de superación, en el plano político, por lo contrario, constituye una verdadera vanguardia. Influido fuertemente por la prédica de Rousseau, lanzó entre sus principales reivindicaciones la igualdad de los derechos políticos. Todo su pensamiento político partía de la base de que la soberanía residía en el pueblo y que esa soberanía era inalienable. A partir de esto defendieron el sistema representativo según el cual toda ley era válida en tanto fuera ratificada por el pueblo, sean cuales fuesen sus representantes, y como derecho imprescriptible. E iban más allá: afirmaban el derecho al gobierno directo, considerando que ningún límite debía ponerse a la asamblea de ciudadanos. Un último rasgo definía su concepción política: su afirmación de *procurar la unidad en torno a la causa revolucionaria*. La *voluntad general* que era la *prolongación de la soberanía*, debía manifestarse sin discordancias internas. En este nivel era notable la ausencia total de espíritu individualista, en tanto en otros planos, como el económico, los *sans-culottes* permanecieron ligados al individualismo más estricto.

A partir de las grandes revueltas de 1789 el movimiento *sans-culotte* desarrolló una fuerte actividad política en las diversas secciones de París y en las restantes ciudades. El personal político de las secciones estaba constituido por representantes de los *Comités Civiles*, en los que participaban, especialmente, los miembros más antiguos y ricos de la *sans-culotterie* y de los que se hallaban excluidos los asalariados; los *Comités Revolucionarios*, más democráticos, en los que participaban miembros de las profesiones artesanales, mercaderes y

algunos asalariados; y por última los participantes en las asambleas y sociedades seccionales, en las cuales los asalariados estaban mejor representados. El adoctrinamiento político quedó en manos de clubes y sociedades fraternales, que, después de 1790, abrieron sus puertas a los trabajadores asalariados y a los artesanos: el *Club de los Jacobinos* -llamado así por reunirse en el convento de dicho nombre-, cuya cabeza era Robespierre; el *Club de los Feuillants*; el *Club de los Cordeleros*, dirigido por Dantón y Marat, etc.

A ello se sumó la influencia de muchos periódicos en los que expresaron sus ideas hombres como Camilio Desmoulins, Marat (*El amigo del Pueblo*), Prudhom (*Las Revoluciones de París*), Brissot (*El Patriota Francés*), etc. Por todos estos medios las ideas de los demócratas y más tarde de los republicanos, se esparcieron por la población de los suburbios y de los mercados. Los resultados de esta nueva etapa de adoctrinamiento se verían rápidamente.

LOS *SANS-CULOTTES* FRENTE A LA BURGUESÍA MODERADA (1789 - 1793)

Teniendo en sus manos el poder la burguesía moderada emprendió una gigantesca obra de racionalización y de reforma. En el plano económico, y en el ámbito rural, impulsó el cercamiento de las tierras comunales y estimuló el ausentismo de los propietarios rurales. Pocas satisfacciones recibieron los campesinos, salvo la secularización y venta de las tierras de la Iglesia y de la nobleza emigrada en 1790, que, aunque terminaron por fortalecer a los grandes arrendatarios y cultivadores, que ya eran propietarios, proporcionaron alguna recompensa a los campesinos pobres. Pero el carácter burgués de la política de la *Asamblea Nacional Constituyente* se pondría especialmente de manifiesto frente a los trabajadores urbanos.

Pese a la revolución triunfante, las condiciones de los obreros continuaron siendo muy difíciles. La desocupación resultante de la reducción del mercado para los artículos de lujo se había acrecentado. Temiendo el descontento consiguiente, el gobierno promovió obras públicas. En el invierno de 1790 a 1791 las condiciones habían mejorado algo y se inició un período de ligero resurgimiento industrial. Aunque el desempleo subsistía en los oficios que producían artículos suntuarios, en los otros había escasez de mano de obra. El momento era oportuno para lograr mejoras en los salarios, que habían aumentado muy poco desde el estallido revolucionario. Los precios, por su parte, se mantenían a un nivel relativamente bajo y estable. El movimiento *sans-culotte* se vio entonces arrastrado por las masas de asalariados que para apoyar sus demandas comenzaron a organizarse y decidieron recurrir a la huelga. Los primeros en actuar fueron los oficiales carpinteros, quienes en abril de 1791 exigieron un salario diario mínimo de 50 sueldos. El movimiento fue planeado con el apoyo de asociaciones de provincias e incluso con la del *Club de los Cordeleros* y de periódicos como *El Amigo del Pueblo*. La campaña era dirigida por la *Unión Fraternal de los Carpinteros*, la cual había sido reconocida

legalmente. Bajo esta presión los principales contratistas aceptaron las condiciones. Sin embargo, una minoría rechazó las propuestas y derivó el problema a la *Comuna de París*. Esta, lejos de favorecer a los obreros, condenó su asociación, rechazó sus reclamaciones y amenazó con perseguir a sus dirigentes, aunque se les permitió continuar con las reuniones. La *Comuna* temía que pronto surgieran imitadores en otros gremios, como efectivamente sucedió. Con reivindicaciones similares se levantaron los sombrereros, los tipógrafos (que habían fundado la *Unión de Obreros Tipógrafos*) y otros. A principios de junio, ante los insistentes rumores de que se estaba organizando una "coalición general" de 80.000 obreros parisienses, entre los que figuraban los zapateros, los herreros, los ebanistas, etc., la *Asamblea*, temerosa de las consecuencias de tal coalición, promulgó el 14 de junio de 1791 la *ley Le Chapellier*. Esta ley sostenía que los obreros, por intermedio de sus coaliciones, estaban resucitando ilegalmente las hermandades y cuerpos corporados que habían sido suprimidos hacía poco tiempo y declaraba ilegales a todas las coaliciones obreras, combinaciones o gremios, quedando sujetos a severas penas aquellos que violaran tal disposición. Sólo Marat protestó ante esta ley. Los *demócratas* no opusieron objeciones. La ley permaneció en vigencia hasta 1864. Poco tiempo después, un decreto dio por finalizadas las obras públicas y alrededor de 20.000 obreros quedaron sin trabajo. La burguesía, a través de la *ley Le Chapellier*, y con el pretexto de asegurar la libertad de trabajo, dejaba, en nombre de esa libertad, a los trabajadores desarmados ante los patrones.

Al mismo tiempo que reprimía a los obreros la política de la *Asamblea* originaba nuevos conflictos. Por una parte, el apoyo a una libertad económica incontrolada acentuó las fluctuaciones en el nivel de los precios de los alimentos y creó, especialmente en París, tensiones y animosidad entre las clases bajas. Por otra parte, la sanción en 1790 de la *Constitución Civil* del Clero, interpretada erróneamente como un intento de destruir a la iglesia cuando sólo tenía por objeto romper los lazos de sumisión con el absolutismo romano, hizo que se sumaran a la oposición la mayor parte del clero y de los fieles. En tercer lugar, el monarca, frente a la sanción de la Constitución de 1791, que instauraba una monarquía constitucional y aseguraba la dominación de las clases poseedoras, sintiéndose respaldado por una poderosa facción burguesa ex revolucionaria, buscaba en el exterior el apoyo de emigrados y familiares para recuperar su poder.

En junio de 1791 la fallida fuga de la familia real desencadenó un nuevo movimiento popular. No influyó en éste, como en casos anteriores, el precio o la escasez de alimentos, sino el adoctrinamiento político que habían recibido los *sans-culottes*. Reunidos en el Campo de Marte, el 17 de julio de 1791, los parisienses, entre los que se destacaba una mayoría de sans-culottes, firmaron una petición exigiendo la abdicación del rey y su reemplazo por 'una nueva autoridad ejecutiva. La manifestación adquirió características sangrientas pues fue reprimida violentamente por la Guardia Nacional, cuya intervención provocó la muerte de cincuenta manifestantes. Esta masacre, corno nueve meses más

tarde la guerra, ahondaría las divisiones entre los patriotas. Mientras tanto el rey reconocía la constitución y la *Asamblea Legislativa*, puntal del nuevo régimen, comenzaba sus sesiones en octubre de 1791.

El estallido de la guerra con Austria tendría para la revolución inesperadas consecuencias. Pos fuerzas impulsaron a Francia a la contienda armada: la extrema derecha y la izquierda moderada. Para el rey y la nobleza la guerra significaba la posibilidad de restaurar el antiguo régimen. Para los liberales moderados, encabezados por los diputados del departamento mercantil de Gironda, significaba eliminar la amenaza de la intervención extranjera en favor del rey, con lo cual podrían abocarse a solucionar las perturbaciones económicas y sociales que los aquejaban. Esto último permitiría el fortalecimiento de la posición internacional de Francia y llegar a acuerdos ventajosos con Inglaterra y Austria, ganando territorios para extenderse a las fronteras naturales de los Alpes y el Rhin. Los jacobinos, en cambio, pensaban que la guerra no debía comenzar mientras el rey, considerado traidor, permaneciera a la cabeza del país. Pese a su oposición, la guerra se declaró en abril de 1792. El esfuerzo que ella exigía reanimó el movimiento popular y llevó a la segunda revolución, la de 1792. La desocupación en las filas del ejército real llevó a sus integrantes a la mendicidad y el vagabundeo. Los soldados formaron bandas que se dedicaron al saqueo y el pillaje.

Ya en enero París se había visto convulsionado por disturbios generados por la escasez de azúcar y otros productos coloniales, escasez provocada por la guerra civil que había estallado en las Indias Occidentales entre plantadores y nativos. Coincidiendo con esto, el papel moneda circulante (el asignado, es decir el de curso forzoso, creado en esos años y emitido en grandes cantidades) sufría una fuerte devaluación. El movimiento se inició, como sucedía habitualmente, en los barrios de San Antonio, San Marcelo, San Dionisio y en los otros distritos comerciales del centro. Los *sans-culottes*, considerando, con alguna justicia, que la escasez había sido provocada por comerciantes que retenían las mercancías para obtener precios más elevados y que esgrimían como pretexto los conflictos coloniales, se lanzaron sobre los negocios y depósitos de los comerciantes y mayoristas más importantes exigiendo la venta del azúcar a su precio anterior. Algunos distritos pidieron también la reducción de los precios del pan, la carne, el vino, etc.

El 20 de enero las mujeres encabezaron la revuelta y algunos almaceneros se vieron obligados a vender el azúcar a precios inferiores. Esto continuó en febrero. Se invadieron negocios y se vendió el azúcar a 20 sueldos, se asaltaron conocidos depósitos y el producto comenzó a ser vendido en la calle por los revoltosos, algunos de los cuales fueron encarcelados por el alcalde, lo que provocó la reacción de la población, que peticionó en su nombre a la Asamblea. Fue la primera campaña de tasación popular desde 1775.

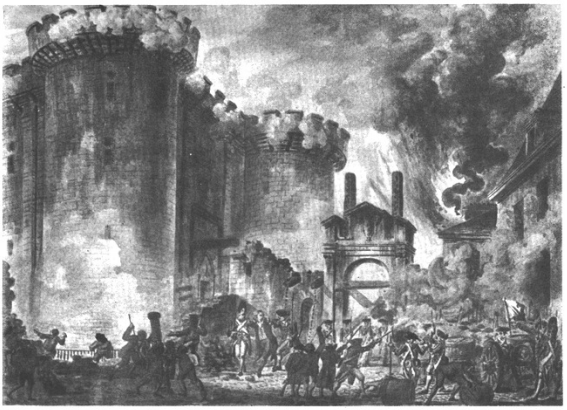
Los disturbios se extendieron también a las zonas rurales. Allí, las malas cosechas, la devaluación del papel moneda y especialmente, después de abril, la

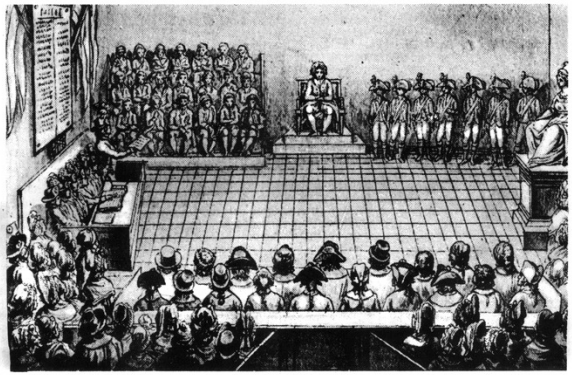
sorpresiva inflación provocada por la guerra, generaron una gran ola de revueltas que conmovieron intensamente a la gran llanura cerealista del Beauce. No fue el fracaso de la cosecha lo que afectó en especial a los campesinos sino, particularmente, el agotamiento de los mercados por parte de los grandes productores, que vendían directamente a los mercaderes de París, abasteciendo las zonas perjudicadas del sur, o acaparaban las mercancías esperando el alza de precios. El movimiento fue iniciado por los artesanos rurales (fabricantes de clavos, herreros, trabajadores del vidrio, etcétera) y fue apoyado en muchas oportunidades por la Guardia Nacional local, que era de extracción campesina. Sofocado en abril, se extendió hasta el otoño y se renovó en noviembre, como movimiento de tasación popular que alcanzó no sólo a los cereales sino también, en algunos casos, a las materias primas que utilizaba cada artesanía. Llegó incluso a imponer a ciertos arrendatarios un alza de salarios.

Las Guardias Nacionales locales no ayudaron a sofocar el movimiento, sino que se plegaron a él en la mayoría de los casos. Es por esta razón que para eliminarlo se recurrió a las de otros departamentos. En diciembre habían perdido fuerza en tanto la crisis se superaba y la paz se restablecía. Las grandes jornadas políticas de 1792 eran precedidas y acompañadas, como en otras oportunidades, por las revueltas del hambre. En junio, frente a los reveses militares y el llamado a la defensa de la patria, las sociedades se multiplicaron, en tanto el pueblo se armaba. Mientras la burguesía moderada pactaba con la corte y ésta con el enemigo, los *jacobinos* organizaban a los *sans-culottes*, proclamando que la patria estaba en peligro. Los distritos exigieron la destitución del rey, en tanto frente a la Comuna legal se formaba el 10 de agosto la Comuna insurreccional, que, apoyada en los *sans-culottes*, tenía como líderes prominentes a Robespierre y Marat. El ataque armado a las Tullerías, llevado a cabo por los batallones regulares de la Guardia Nacional (compuestos en su mayor parte por tenderos, artesanos y jornaleros de París), significó el fin de la monarquía y el preanuncio de una república democrática y popular, fundada en el sufragio universal. La *Comuna* de París, como las que surgieron en las restantes ciudades, libraron una enérgica lucha contra los enemigos de la revolución. Se inició entonces la etapa del "primer terror", en tanto se reorganizaban la Guardia Nacional y un ejército de voluntarios, que se dirigió al frente. Evidentemente se estaba produciendo un traslado parcial del poder, de la rica burguesía liberal, comercial y financiera, a la media y pequeña burguesía, liderada por los jacobinos.

Ante la guerra, *la República* adoptó el expediente de movilizar la totalidad de los recursos de la nación a través del reclutamiento masivo, el racionamiento, el establecimiento de una economía rígidamente controlada y la eliminación de toda distinción entre soldados. El peligro no estaba conjurado. Ante el temor de la invasión se desencadenaron las matanzas del 2 de septiembre en las que murieron en manos del pueblo ciertos sacerdotes refractarios, los que no habían aceptado la *Constitución Civil del Clero*, y Otros prisioneros. El "primer terror" llegaba a su punto culminante.

La invasión austríaca fue detenida en Valmy el 20 de septiembre y la *Asamblea Legislativa* cedió entonces su puesto a la *Convención Nacional*, cuya misión sería dar a Francia una nueva constitución. Al mismo tiempo que se proclamaba la República, la Convención, en la que dominaban los diputados girondinos y había escasa representación obrero-artesanal, reafirmaba el derecho de propiedad. En diciembre renacieron los disturbios, dirigidos esta vez por un grupo, denominado de "los rabiosos", liderado por un antiguo párroco, Jacques Roux.





Tras la toma de la Bastilla -en la ilustración superior- los nobles cedieron sus prerrogativas y fueros. Pero más tarde, cuando la aristocracia pretendió volver a imponer sus condiciones, se desató la época del "primer terror" En el grabado inferior un tribunal popular en 1792.

Como no tenían representación en la Convención, éstos actuaban en las secciones de París y tenían gran influencia en la población obrero-artesanal. El movimiento se vio favorecido Por una nueva alza de los precios que comenzó en febrero de 1793. Los productos más afectados eran el azúcar, el café, el jabón y las velas de sebo. El estallido popular fue más extenso y persistente que los anteriores y en él se delineó con fuerza, por primera vez, el conflicto básico, aquel que enfrentaba los intereses del pueblo bajo con los de las clases

dominantes. Iniciado por una petición de las lavanderas, el movimiento estalló el 25 y adquirió las características de las campañas anteriores de tasación popular. El gobierno lo atribuyó a un complot contrarrevolucionario. Habíase generado en el distrito de Roux, quien, acompañado por Varlet, había atacado a los comerciantes, a los ricos y a los miembros de la Convención, declarando que nada habían hecho para mejorar la situación de las masas populares. Si bien no presentó un programa de reconstrucción económica radical, exigió que se llevase adelante una implacable lucha contra los acaparadores, los especuladores, etc.

En marzo de 1793, cuando estaba en guerra con la mayor parte de Europa los girondinos se dieron cuenta de que la guerra revolucionaria sólo fortalecía a la izquierda, la única capaz de ganarla. Desencadenaron entonces virulentos ataques contra la izquierda y organizaron rebeliones provinciales contra París. Pero un rápido golpe de los *sans-culottes*, el 2 de junio de 1793, los expulsó de la *Convención* e instauró la república jacobina.

EN UN DISCURSO EN EL *CLUB DE LOS JACOBINOS*, ROBESPIERRE HABLA SOBRE LAS SOCIEDADES POPULARES (16/3/1794)

"...Confiar a las sociedades populares la misión de depurar a los funcionarios públicos (una de las tareas que le asignaba un decreto del mismo año) sería pretender que los puestos quedaran exclusivamente reservados para los miembros de estas sociedades; sería invitar a los ambiciosos a que denunciaran los funcionarios a las que se destituiría para que aquellos ocuparan sus puestos (...) Esta proposición tiende también a la ruina del gobierno, pues le imposibilitaríais para ejercer una vigilancia activa sobre los funcionarios públicos: anularíais la unidad de acción, dificultaríais la ejecución de las órdenes del gobierno. El sistema de Pitt y del Parlamento de Inglaterra consiste en despojar al gobierno republicano de toda la influencia adquirida estableciendo tantas autoridades, constituidas como sociedad populares o intrigantes que quieran agitarlas..."

LOS *SANS-CULOTTES* EN LA *REPÚBLICA JACOBINA* (1793 - 1794)

Los jacobinos desarrollaron una política económico social que, aunque liquidó definitivamente todos los remates del feudalismo, retrasó, sin embargo, la transformación capitalista de la agricultura y de las pequeñas empresas. Trabó así el proceso de urbanización, la expansión del mercado interno, la multiplicación de la clase obrera e incidentalmente el ulterior avance de la

revolución proletaria. Tuvo el jacobinismo un corte netamente pequeño-burgués, basado en el derecho indiscutido de la propiedad privada.

En el campo sus principales medidas fueron la completa abolición de los derechos feudales, sin compensación alguna; la devolución a las comunas agrícolas de las tierras acaparadas por las señores; la venta de las propiedades de los emigrados en condiciones más o menos favorables; la división en partes iguales de los comunales cuando los campesinos de la aldea así lo dispusieran. Adoptaron también disposiciones para aliviar la situación de los pobres urbanos, tales como el, seguro social para familias numerosas y ciudadanos pobres y las pensiones para ancianos.

Los jacobinos necesitaban contar con el apoyo de las masas para terminar con los disidentes girondinos y los notables provincianos y llevar acabo su política. Es por eso que dieron cabida a algunas de sus peticiones, con las que ellos coincidían: el control general de los precios. El "máximo general" de los precios había sido una vieja aspiración del movimiento popular, esbozada ya en los primeros años de la revolución. Su imposición, el 29 de septiembre de 1793, fue el fruto de la obra de los panfletistas, especialmente de los "rabiosos" y los hebertistas, de la presión de los *sans-culottes* y de la guerra. Al alcanzar a la mayor parte de los artículos de primera necesidad, extendiéndose incluso a los salarios, constituyó el punto de partida de un ambicioso programa de control económico.

Incluso en el plano político las aspiraciones de los sans-culottes parecían encontrar satisfacción ya que se promulgaba la constitución de 1793. Ella sancionaba el sufragio universal y el derecho de insurrección. y otorgaba la seguridad oficial de que el bien común era la finalidad del gobierno.

Pero las concesiones de los jacobinos no habían solucionado la difícil situación de los que tenían poca o ninguna tierra, quienes, habiéndose liberado del yugo feudal, comenzaban a caer en manos de los campesinos ricos, que habían aumentado considerablemente la extensión de sus tierras. El pan no era suficiente y no podían aspirar a comprar tierras del fondo nacional. Frente a esta situación comenzaron a circular entre ellos planes de nivelación, rumores de una posible "ley agraria" que alarmaban a los ricos, los que, por su parte, querían un gobierno capaz de frenar al pueblo. Al mismo tiempo estos últimos se mostraban descontentos frente al "máximo general", que los privaba de ganancias especulativas, y sólo estaban dispuestos a tolerarlo mientras existieran enemigos internos y externos al proceso revolucionario. La represión interna y las victorias de la guerra iban a darles a los propietarios la posibilidad de expresar abiertamente su insatisfacción.

En las ciudades, los grupos obreros y artesanales, por su parte, comenzaban a mostrar su decepción. La ley del "máximo", que sólo afectaba a la distribución de los productos y no a la producción, había significado nada más que un alivio temporario. Toda la producción continuó en manos de la burguesía y de los

pequeños patrones y pequeños propietarios. Llevar a efecto la ley dependía de las autoridades locales, que, como provenían de estos grupos, carecían de todo interés en llevar a un cumplimiento estricto el "máximo". Cada vez más, especialmente los pequeños propietarios se rehusaban pese alas amenazas de la Convención a suministrar productos a precios estables. El gobierno por su parte no estaba en situación de organizar la oferta de productos a estos precios. Además si bien el salario fijado por la ley había aumentado en relación a las tarifas de 1790 también lo habían hecho, y en mayor proporción, los precios de las mercancías en el mercado libre en tanto bajaba el valor del papel moneda. A ello se sumaba el hecho de que toda organización combativa estaba prohibida, pues continuaba en vigencia la *ley Le Chapellier*.

La liquidación de la guerra civil y de la amenaza exterior inmediata favorecieron el desarrollo de una ofensiva de diversas clases sociales, especialmente de la burguesía. Roux y "los rabiosos", que habían impulsado la llegada al poder de los jacobinos, se lanzaron contra éstos en el verano y el otoño de 1793. Insistían en que nada solucionaba el principio burgués de la igualdad ante la ley si no existía una "igualdad práctica", es decir, una igualdad económica. Criticaban abiertamente la política jacobina señalando que nada había hecho por el pueblo y amenazaban a la Convención "con las picas de los oprimidos". Los jacobinos expulsaron entonces a Roux y a los otros líderes de los clubes revolucionarios e intentaron trabar su acción en la sección parisiense que los apoyaba. Roux fue aprehendido y se suicidó en agosto de 1793, antes de pasar por el Tribunal Revolucionario. La caída de "los rabiosos" constituyó la primera grieta visible en la alianza entre los jacobinos y los *sans-culottes*: la Convención limitó los derechos y actividades de las Asambleas de Sección, que habían sido hasta ese momento los cimientos y las palancas del movimiento revolucionario. Pero, burlando tales disposiciones, los militantes populares crearon sociedades seccionales que se multiplicaron con rapidez.

No tardaron en surgir conflictos en el seno mismo de los jacobinos. El ala izquierda se agrupó en torno a la Comuna de París, dirigida por Hébert y miembros del *Club de los Cordeleros*. Entre sus exigencias se destacaban el pedido de ampliación de las obras públicas, la construcción de hospitales y casas de habitación para los pobres, el abastecimiento de artículos de consumo diario a precios estables para toda la población y la aplicación despiadada del terror contra los enemigos de la revolución. La Comuna hebertista, buscando el apoyo político de la *sans-culotterie*, tendió a favorecer a los trabajadores y consumidores aplicando la tasa de las mercancías y desinteresándose de la de los salarios, hasta el punto de no respetar la ley. Como éste era un período de movilización militar y escasez de trabajo, los salarios se triplicaron en relación con los de 1790. Después de la disolución de "los rabiosos" algunos militantes se unieron a los hebertistas, en tanto que hombres como Dantón (defensor de la nueva burguesía agiotista) y Robespierre (representante típico de la pequeña burguesía) libraban una enérgica lucha contra Hébert y sus partidarios.

La crisis económica latente se agravó a partir de enero de 1794. El "máximo" aseguraba el pan, pero de mala calidad, en tanto la carne, la leche y otros productos alcanzaban precios exorbitantes. El agravamiento de la crisis de subsistencia ponía en conflicto a los consumidores, asalariados y patrones.

Al mismo tiempo, tampoco el máximo de los salarios había evitado que la mayor parte de ellos quedara sujeta al juego de la oferta y la demanda, subiendo, como lo señaláramos anteriormente, por cuanto la demanda de fuerza de trabajo superaba a la oferta. Esto afectó la unidad de la *sans-culotterie*, que comenzó a disgregarse a causa de su heterogeneidad.

Los hebertistas apelaron a los *sans-culottes* descontentos y la lucha entre los jacobinos se extendió por todo el país amenazando la existencia misma del gobierno revolucionario. Para crear una corriente de adhesión popular a su política, el gobierno, a través del *Comité de Salud Pública,* votó en febrero de 1794 la confiscación de los bienes de los enemigos de la República y en marzo ordenó a las comunas hacer listas de los patriotas indigentes para repartir entre ellos esos bienes. Pero la maniobra fracasó. En marzo reaparecieron los disturbios porque el "máximo" sobre los precios había sido liberado y éstos subieron. Volvieron a aparecer las colas en mercados y en las panaderías, en tanto los obreros de los talleres de armas y municiones iniciaron sus reclamos de alza de salarios. En estas condiciones los hebertistas creyeron que podrían intentar una jornada revolucionaria que los llevara al poder, pero, carentes de un programa claro y amplio de demandas económicas que fueran entendidas por las masas, su proclama insurreccional del 4 de marzo cayó en el vacío y el 14, aislados, los jefes Cordeleros fueron arrestados. Las sociedades secciónales se vieron envueltas en la represión al hebertismo. Abatidas las secciones, disuelto el ejército revolucionario, licenciados los comisarios de acaparamiento, controlados los revoltosos, los comités de gobierno centralizaron los poderes y unificaron todas las fuerzas manteniendo un centro único de opinión y de acción, apoyado en la red de clubes jacobinos y sus filiales. Todo aquello que el movimiento *sans-culotte* había animado poco antes fue suprimido o puesto bajo el control del Comité de Salud Pública.

Gobierno de circunstancias, el gobierno revolucionario debía evitar todas aquellas medidas extremas que generaran la oposición de los sacerdotes, de los nobles ganados a la causa republicana y, sobre todo, de los negociantes y empresarios necesarios para la organización de la defensa nacional. Pero tal política les haría perder, sin duda, el apoyo del movimiento popular.

En una política francamente favorable a los poseedores y fabricantes, el gobierno manifestó entonces su firme decisión de reprimir cualquier agitación obrera. Es por esta razón que, ante las demandas de salarios planteadas en abril por obreros del tabaco, yeseros, panaderos, carniceros y trabajadores portuarios, y ante las huelgas, la Comuna realizó arrestos y amenazó con la persecución a quienes abandonaran su trabajo sin autorización. En junio y julio los reclamos aumentaron. Iniciados por los obreros de las fábricas de armas,

fueron continuados por los de la construcción, los alfareros, los obreros imprenteros, etc. En medio de la agitación la Comuna decidió publicar, el 23 de julio de 1794, los índices salariales que regirían en la ciudad. La disposición, que no tenía en cuenta los posibles aumentos en los salarios y en los precios, enfrentó a muchos obreros que estaban ante la perspectiva de ver reducidos sus salarios a la mitad, mientras los precios seguían subiendo. Al conjugarse el malestar político que desde la caída de los hebertistas se ampliaba en las secciones de París con el descontento suscitado por la tasa de salarios, el divorcio entre los *sans-culottes* y el gobierno revolucionario se concretó y en el paroxismo de la crisis política que dividía a los comités gobernantes Robespierre y los suyos quedaron sin apoyo popular. El 27 de julio (9 de Termidor) la burguesía negociante, los moderados, retomaban el poder ante la indiferencia o la hostilidad de los *sans-culottes*.

EN UN DISCURSO DE 1793 JACQUES ROUX CRITICA LA LIBERTAD BURGUESA

> "...La libertad no es más que un fantasma cuando una clase puede sitiar por hambre a otra, cuando el rico con su monopolio tiene derecho de vida y muerte sobre el pobre. La República no es más que un fantasma cuando la contrarrevolución provoca la subida constante de precios de los productos alimenticios, que ya no pueden pagar, sin verter lágrimas, las tres cuartas partes de los ciudadanos. No se ganará la adhesión de los descamisados a la Revolución ni a la Constitución mientras no se ponga coto a la actividad de los acaparadores. La guerra que en el interior hacen los ricos contra los pobres es más temible que la que el extranjero ciñe contra Francia... Desde hace cuatro años se enriquecen las burgueses con la Revolución. Peor que la nobleza territorial es la nueva nobleza mercantil que nos aplasta, pues de continuo suben los precios, sin que pueda verse el final.
>
> Acaso es la propiedad de los acaparadores más agradable que la vida de los hombres?"

LA CULMINACIÓN DEL MOVIMIENTO *SANS-CULOTTE* (1794 - 1795)

El lema del "tercer estado", símbolo del desafío popular a los privilegiados, fue esgrimido constantemente en las luchas populares. En la ilustración, el pueblo de París se apodera de las armas.

Los asalariados, que consideraban a los robespierristas un obstáculo para su movimiento reivindicativo y para la conservación de su nivel de vida, pensaron que, eliminados éstos, la situación cambiaría. Las nuevas autoridades, actuando demagógicamente, suspendieron la aplicación de la tasa y promulgaron posteriormente una nueva tarifa que suponía una considerable

mejora de los salarios. Los obreros volvieron a los talleres, pero en noviembre el movimiento se reinició, cuando el gobierno intentó devolver la libertad al mercado, con lo que se reinició el alza de los precios y el rápido descenso de los salarios. Los obreros de los talleres de armas, que habían encabezado el movimiento, vieron cerrarse sus lugares de trabajo. Mientras la inflación recrudecía, se sumaban a ellos grupos de *sans-culottes*, que querían resistir el alza calamitosa de los precios. Una vez más la revuelta de hambre sustituyó a la huelga. Mientras el trabajo era escaso y casi no existía desempleo, la huelga y la demanda de alza de salarios podían resultar efectivas. En cambio, después de diciembre de 1794, cuando la inflación y el desempleo se afianzaron, los obreros abandonaron la huelga como método de lucha y recurrieron a aquel más tradicional de la revuelta del hambre. Los años de adoctrinamiento y experiencia política a través de las reuniones de las asambleas de secciones, las *sociedades*, *comités* y a través de la actuación en la Guardia Nacional y en el ejército revolucionario, formado para asegurar el abastecimiento de alimentos a la ciudad, sirvieron para que surgieran, entre los *sans-culottes*, líderes capaces de reflejar las aspiraciones sociales y las ideas políticas propias del grupo. La transformación sufrida por éste a lo largo del proceso revolucionario alcanzó su punto culminante en la gran insurrección popular de abril y mayo de 1795. La inflación que acompañó a la clausura de los clubes revolucionarios, después de la caída de los jacobinos, la persecución de los patriotas (Babeuf entre ellos) y el agravamiento de la crisis de subsistencia fueron los desencadenantes del proceso. Este se inició el 1° de abril (12 de germinal) cuando la *Convención* se vio invadida por una multitud encolerizada de hombres y mujeres que pedían a gritos *¡Pan!* y *¡Constitución del 93!* Al día siguiente un movimiento paralelo de inspiración jacobina intentó liberar a algunos de sus líderes arrestados en la víspera por su apoyo a los revoltosos. Panfletos y folletos, entre los cuales se destacaba *¡Pueblo, despiértate; es tiempo!*, habían preparado la campaña de agitación que fue reprimida por destacamentos leales de la Guardia Nacional. A medida que la situación, con respecto a los alimentos, empeoraba, los disturbios en calles y mercados recrudecían tornándose más violentos el 20 de mayo (1° de Pradial). Las panaderías fueron asaltadas y las características de revueltas anteriores se repitieron; sin embargo se detectaba una mayor madurez política en el grupo. Los insurgentes llevaban temas políticos en sus blusas y gorras y tenían objetivos políticos claros: liberar a los presos políticos, restablecer la Comuna de París (suprimida después de la caída de Robespierre), poner en vigencia la constitución del 93 y reimplantar los precios máximos. Por primera vez la dirección no estuvo en manos de grupos políticos externos, aunque tal vez existió alguna influencia de hombres como Babeuf y Buonarotti, que estaban encarcelados. Fueron sus propias consignas las que impulsaron el movimiento. La última resistencia se dio en el barrio de San Antonio, en el cual al cabo de cuatro días, los insurgentes se rindieron para evitar una masacre. A la derrota siguió una fuerte ola de represiones y proscripciones. Los días de las multitudes y las revueltas populares habían pasado y sobrevendrían treinta y cinco años de silencio.

BABEUF Y EL PRIMER MOVIMIENTO COMUNISTA

Si bien el ciclo insurreccional de las masas en la Revolución Francesa se había cerrado y el movimiento *sans-culotte* estaba desarticulado, la crisis de subsistencia de 1796, la tensión de la guerra, los sufrimientos, llevarán a una minoría de entre ellos a impulsar un último proceso revolucionario, en el cual, por primera vez y con toda claridad, se parte de un programa en el que la lucha de clases constituye el vértice a partir del cual se propondrían modificaciones estructurales de la sociedad. Correspondería a Babeuf y a su grupo (Buonarotti, Darthé, Marechal) presentar un plan casi completo de *comunismo proletario*, que no sólo fue el precursor de las doctrinas socialistas posteriores sobre la propiedad y la explotación colectiva de los medios de producción sino también de la idea de la *dictadura del proletariado* como manera de someter a las demás clases sociales y derrotar todo intento de contrarrevolución. La denominada *"Conspiración de los Iguales"* constituyó un fenómeno nuevo, diferente, en tanto intentó provocar un cambio total de la sociedad existente y de sus instituciones. A diferencia de los "socialistas" del siglo XVIII, más moralistas que revolucionarios y que se contentaban con tibias reformas y soñaban construir modelos de una sociedad perfecta, Babeuf y su grupo partían de una realidad que conocían perfectamente. Este conocimiento marcó la orientación igualitaria y comunitaria del movimiento. Babeuf había palpado personalmente los problemas rurales de su tierra, Picardía, y los años de vida en París le habían permitido conocer bien de cerca las necesidades sociales de las masas urbanas, sus carencias, sus miserias.

El movimiento se organizó en torno a la sociedad *"Unión del Panteón",* y reunió en un principio a elementos sociales e ideológicos muy heterogéneos que se dispersaron, quedando una minoría al lado de Babeuf, cuando el *Directorio* disolvió la sociedad. A través de contactos personales y del periódico dirigido por Babeuf, *El Tribuno del Pueblo*, el grupo intentó atraerse a los numerosos elementos urbanos descontentos, en especial por causa del hambre, pero sólo lograron el apoyo de ciertos sectores *sans-culottes*, entra los cuales era mínima la proporción de asalariados y proletarios, y predominaban los tenderos y artesanos. La clase obrera no estaba madura para la revolución proletaria pues carecía de fuerza efectiva, dadas las características estructurales antes mencionadas. El movimiento no logró eco en el campo, donde ciertos grupos campesinos habían obtenido tierras, reafirmando sus derechos de propiedad por lo cual no apoyaron un movimiento cuyo fin último era establecer la comunidad de bienes y la explotación en común de los medios de producción. Ni siquiera entre sus aliados logró Babeuf que se plasmara una real conciencia ideológica.

El instrumento del movimiento sería el "partido", constituido por un grupo reducido de revolucionarios, el cual prepararía la insurrección y detendría un poder político transitorio, apoyado por los obreros, hasta tanto se pudiera pasar del "gobierno de los hombres" a la "administración de las cosas". Entre los planes de los revolucionarios figuraba una serie de medidas que deberían

aplicarse inmediatamente después de la toma del poder. El *"Acta de Sublevación"* incluía, entre ellas, la incautación de los almacenes de comestibles y la distribución gratuita de pan entre los pobres; la distribución entre aquellos que carecían de toda propiedad, de las propiedades confiscadas a los enemigos del pueblo y a las corporaciones; la abolición de todos los derechos de herencia de manera que la propiedad que aún fuese privada pasase, en el transcurso de una generación, a propiedad comunal. La propiedad pública sería administrada por funcionarios elegidos por el pueblo, que percibirían salarios similares a los de los trabajadores. El trabajo sería obligatorio para todos y sólo aquellos que realizaban un trabajo útil tendrían derecho al voto; la enseñanza se extendería a toda la sociedad y tendría como fin primordial instruir al pueblo en los principios de la nueva sociedad. La conspiración, que se había estructurado a lo largo de marzo y abril de 1796, fue descubierta por una delación y sus miembros arrestados el 10 de mayo. Marechal y Buonarotti fueron deportados y Babeuf y Darthé condenados y ejecutados.

Si bien el movimiento dirigido por Babeuf no fue más que un proceso un tanto marginal en relación con el desarrollo troncal de la Revolución Francesa, constituyó una anticipación de las luchas sociales que se producirían en la Europa del siglo XIX y en las cuales se gestaría el movimiento socialista moderno. Su valor reside también en que, por primera vez, la lucha política dejó de centrarse en la antigua oposición entre clases políticamente privilegiadas y no privilegiadas para hacerlo en el antagonismo entre ricos y pobres.

La revolución burguesa triunfa y poco tiempo después genera su primer mito: Napoleón Bonaparte. Comienza así el régimen burgués, sobre el fracaso del movimiento *sans-culottes.* Pero éste había dejado sus huellas en el movimiento popular, que resurgirían una y otra vez a lo largo del siglo XIX.

FRAGMENTOS DEL "MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS"

Redactado por Babeuf y publicado en
La Tribuna del Pueblo el 30 de noviembre de 1795

BABEUF

"...¡Pueblo, despierta a la esperanza!, acaba con la desesperación que te sepulta (...) Despierta a la vista de un futuro feliz. ¡Amigos de los reyes!, perded toda esperanza de que los males con los que habéis abrumado al pueblo le sometan para siempre jamás al yugo de uno solo. ¡Y vosotros, patricios!, ricos, ¡tiranos republicanos! renunciad igualmente, y todos a la vez, a vuestras especulaciones opresivas, sobre esta nación que no ha olvidado todavía sus juramentos a la libertad. Una perspectiva más feliz que todo lo que podéis suponer, se abre a su vista. ¡Dominadores culpables!, en el momento

en que creéis que podéis azotar sin peligro a este pueblo virtuoso con vuestro brazo de hierro, os hará sentir su superioridad, se liberará de vuestras usurpaciones y de vuestras cadenas, recuperará sus derechos primitivos y sagrados. Desde hace demasiado tiempo estáis jugando con su magnanimidad; desde hace demasiado tiempo le estáis insultando en su agonía (...)

El pueblo -decís- está sin vigor; sufre y muere sin atreverse a quejarse. ¡El orgullo de la nación no se dejará pisar por estas humillaciones! ¡El nombre francés no pasará a la posteridad acompañado de este envilecimiento! ¡Que este escrito sea la señal, la luz que reanime y vivifique todo lo que en otro tiempo tuvo calor y valentía!, todo lo que quemó con llama ardiente por la felicidad pública y la independencia perfecta. ¡Que el pueblo tome la primera idea verdadera de la igualdad! Que estas palabras: 'igualdad', 'Iguales', 'plebeyanismo' sean las palabras de unión de todos los amigos del pueblo. Que el pueblo ponga a discusión todos los grandes principios; ¡que el combate se centre sobre el famoso tema de esta 'igualdad' propiamente dicha y sobre el de la propiedad! ¡Que goce esta vez con la moral y que la llene de un fuego sostenido hasta la consumación total de su obra! Que destruya todas las antiguas instituciones bárbaras y que las sustituya por aquellas que son dictadas por la naturaleza y la justicia eterna. Sí, ¡todos los males del pueblo están en el límite; no pueden empeorar! ¡No pueden repararse si no es con un cambio total! ¡Que esta guerra del rico contra el pobre tome un color menos innoble!

¡Pérfidos o ignorantes! ¿Gritáis que es necesario evitar la guerra civil? ¿Que no hay que echar entre el pueblo la antorcha de la discordia? (...) ¿Qué guerra más irritante que aquella que muestra a todos los asesinos en un bando y a todas las víctimas sin defensa en el otro? ¿Clasificarías de criminal a quien arma a las víctimas contra los asesinos? ¿No es mejor una guerra civil en la que las dos partes puedan defenderse recíprocamente? Que se acuse, si se quiere, a nuestro periódico de avivar la discordia. Tanto mejor: la discordia es mucho mejor que una horrible concordia en la que la gente muere de hambre. Que los partidos tomen posiciones; que la rebelión sea parcial, general, instantánea, que retroceda, que se determine. ¡Nosotros estamos siempre satisfechos! ¡Que el `Monte sagrado' o la `*Vendée plebeya*' se formen en un solo punto o en los ochenta y seis departamentos! Que se conspire poco o mucho contra la opresión, secretamente o a la luz del día, en cien mil conciliábulos o en un solo, poco nos importa ya que se conspira y los remordimientos e inquietudes acompañan siempre a los opresores. Hemos dado la señal para que ranchos se den cuenta; para llamar a muchos cómplices; les hemos dudo motivos suficientes y algunas ideas; estamos casi seguros de que se conspirará. Que la tiranía intente, si puede, interceptarnos (...) El pueblo, se dice, no tiene guías. Que aparezcan, y el pueblo desde este mismo instante romperá las cadenas y conquistará el

pan para él y para todas las generaciones venideras. Repetimos una vez mas: todos los males están en el límite; no pueden empeorar; ¡no pueden repararse si no es con un cambio total!... ¡Que todo se confunda!..., ¡que todos los elementos se envuelvan, se mezclen y choquen entre sí!... ¡Que todo se convierta en caos y que del caos salga un mundo nuevo y regenerado!

Apresurémonos, después de mil años, a cambiar estas leyes groseras."

BIBLIOGRAFÍA

Babeuf, C. G. *Realismo y utopía de la Revolución Francesa.* Barcelona, Ed. Península, 1970.
Beer, Max. *Historia general del socialismo y de las luchas sociales.* Bs. As., Nueva Era, 1957.
Cole, G. D. H. *Historia del pensamiento socialista.* México, F.C.E., 1957. Tomo 1.
Efimov A. Breiberg N. *Historia de la época del capitalismo industrial.* Bs. As. 1941.
Goubert, Pierre. *El antiguo régimen.* Bs. Aires, Siglo XXI Editores, 1972. Tomo I.
Hampson, Norman. *Historia social de la Revolución Francesa*. Madrid, Ed. Alianza, 1970.
Hobsbawm, Eric J. *Las revoluciones burguesas.* Madrid, Ed. Guadarrama, 1971.
Lefebvre, George. *La revolución francesa y el Imperio.* México, F.C.E., 1960.
Nicolle, Paul. *La Révolution Francaise,* París, *Presses Universitaires,* 1960.
Rudé, George. *La multitud en la historia.* Bs. As., Siglo XXI Editores, 1971.
Souboul, Albert. *Las clases sociales en la Revolución Francesa.* Madrid, 1971.
Souboul, Albert. *Historia de la Revolución Francesa.* Bs. Aires, Ed. Futuro, 1961.

¡VIVIR TRABAJANDO O MORIR COMBATIENDO!

Marta Bonaudo de Magnani

Las cada vez más crueles condiciones de vida a que se veían sometidos los trabajadores franceses originaron en 1831 el levantamiento de los tejedores de Lyon.

En 1830, se instaura bajo la égida de Luis Felipe de Orleáns el "reinado de los banqueros". El pueblo, como en 1789, ha salido a la calle, ha luchado durante las "tres gloriosas jornadas" y ha sido el factor fundamental en la caída del régimen de la aristocracia terrateniente. Pero otra vez, como antes, como después, la burguesía, una vez más en el poder, no iba a reconocerle ni méritos ni reivindicaciones y la explotación de las clases trabajadoras se hará, después de 1830, aún más intensa que durante los años de la restauración borbónica. En los viejos y nuevos centros fabriles, donde la revolución industrial da sus

primeros pasos en los textiles o en la minería, le situación será la misma. En 1835 Guépin, un médico de Nantes, decía:

> "...Nadie, a menos que haya sofocado todo sentimiento de justicia, puede dejar de afligirse al ver la enorme desproporción entre las alegrías y los pesares de esta clase... Se desearía ver algunas compensaciones a sus miserias: el descanso después del trabajo; un servicio recibido después de un servicio prestado [...]; goces materiales o goces de amor propio; algo, en fin. Y sin embargo, al obrero de que hablamos no le es dado nada de todo esto a cambio de su trabajo. Vivir, para él, es no morir. Más allá del trozo de pan que debe alimentarlo a él y a su familia, más allá de la botella de vino que debe quitarle un instante la conciencia de sus penas, no pretende nada."

Pero la desesperación y la pasividad no iban a ser los únicos caminos para esa clase obrera, todavía heterogénea y dispersa, que comienza a organizarse. Poco tiempo después de la revolución de julio, ante la política totalmente negativa de la burguesía con respecto a sus reclamaciones -mejoras en los salarios, disminución de la jornada de trabajo, etc.-, comenzará sus luchas laborales mediante huelgas y levantamientos que se sucederán en los años siguientes. Centro de este proceso es la ciudad de Lyon, viejo centro textil donde se da uno de los niveles de concentración obrera más importante de la época. Ahí se produce en 1831 el levantamiento de los *canuts*, los tejedores de la seda. La situación de éstos era crítica: los salarios habían sido reducidos varias veces, utilizando como pretexto la pérdida de los mercados exteriores; la jornada de trabajo duraba 18 horas. Alejandro Dumas describiría más tarde, en sus *Memorias*, la situación de los *canuts*:

> "...los desgraciados obreros lucharon largo tiempo en silencio, intentando, cada trimestre, reducirse a habitaciones más estrechas, a barrios más fétidos, tratando cada día de restar alguna cosa de sus comidas o de la de sus hijos. Pero al fin, cuando ellos se vieron frente a la asfixia por la falta de aire, frente al hambre por la falta de pan, se elevó de la Croix-Rousse [...], es decir, de la ciudad obrera, un mismo sollozo... Era el lamento de cien mil dolientes".

Pero el lamento se transformará pronto en una rebelión, en una de las acciones más importantes llevadas a cabo por la clase obrera de la época, nexo entre la rebelión de Babeuf y las de 1848. Después de largas y frustradas tratativas en torno a las tarifas de pago los obreros se lanzan, bajo el lema de *"Vivir trabajando o morir combatiendo",* a una lucha en la que vencen las tropas gubernamentales y se apoderan de la ciudad. La derrota no tardará en llegar, favorecida por las disputas internas, pero las enseñanzas serán múltiples. Quedaba claro detrás de las acciones de los tejedores, de aquellos que cantaban: "...pero cuando llegue nuestro reinado / cuando vuestro reinado termine / entonces nosotros tejeremos la mortaja del viejo mundo / ...", el valor

de la unidad obrera y con ello la presencia cada vez más evidente de la conciencia de clase, desarrollada a la sombra de las traiciones de la burguesía y de las experiencias comunes en el taller o en el barrio obrero, del trabajo en las sociedades de socorros mutuos que se iban cargando con nuevos contenidos, de la miseria colectiva.

Durante estos años crecen las organizaciones obreras, la unidad comienza a concretarse, primero, dentro de cada oficio, luego entre los diversos oficios. La solidaridad interprofesional se pondrá en evidencia durante la revuelta de 1834. En este proceso en el cual la clase obrera, junto a la incipiente revolución industrial, comienza a analizar su situación, a perfeccionar sus organizaciones, a definir sus objetivos, recibirá el aporte de los socialistas utópicos y de los republicanos, pero será fundamentalmente en la lucha donde irá plasmando su ideología.

En esos años el líder de los obreros tipógrafos, Jules Leroux, les decía a sus compañeros:

> "...Los sufrimientos de todos, más todavía que los sufrimientos individuales de cada uno, nos habían agrupado.. Ahora bien, pensadlo, nuestra causa es su causa; es la causa de todas las clases obreras, de aquellas mismas cuyos trabajos están más distantes de los nuestros. Los obreros son, todos, en manos de sus amos, instrumentos de fortuna; todos tienen una existencia miserable, un salario precario e insuficiente... El egoísmo más estrecho se convirtió en la pasión de todos. Reina entre nuestros patrones; reina en el seno nuestro. Somos envidiosos unos de otros, somos enemigos. ¿Cómo habría de ser de otro modo? No hay vínculos, os digo, que nos unan, no hay vínculo que me haga sufrir cuando sufre mi vecino. Nuestra clase no existe. No hay más que individuos... Y, sin embargo, el salario es nuestro patrimonio, nuestra propiedad... ¿Cuál es la causa de que esa propiedad no esté reconocida? El estado de aislamiento en que vivirnos... Nuestra salvación está en nosotros solamente."

Mucho habría que luchar y hacer todavía para alcanzar la unidad pedida por Leroux, pero lo importante es señalar, en estos años, que esa lucha ya había comenzado y que no habría de interrumpirse.

FRANCIA BAJO LA ÉGIDA NAPOLEÓNICA

Después de las conquistas obtenidas durante la Revolución de 1789 los trabajadores sufrieron -bajo el gobierno de Napoleón- un nuevo período difícil. El derecho de huelga había sido prohibido, y Napoleón destruyó sistemáticamente toda posibilidad de ascenso de las clases bajas.

La dictadura napoleónica, obra de la burguesía revolucionaria, cumplió el fin que se le había asignado: consolidar el orden social nacido de la Revolución de 1789. A la par que afianzaba la unidad nacional, Napoleón proporcionaba a la burguesía francesa, a través de su política económica y social, sólidos instrumentos de poder. Por intermedio del Código Civil, complementado por el penal y el de comercio, Bonaparte confirmó la libertad personal, la igualdad ante la ley, la abolición del feudalismo, la laicidad del Estado y la libertad de conciencia y de trabajo. Concebidos en función de los intereses burgueses, los códigos napoleónicos reafirmaron ante todo el derecho de propiedad, fortalecieron las empresas (la sociedad anónima y la comanditaria) y garantizaron la libertad contractual. En beneficio de esa burguesía fueron creados también el *Banco de Francia*, el más patente símbolo de la estabilidad burguesa, un cierto número de manufacturas, las cámaras de comercio, la *Sociedad para el Fomento Industrial*, y fueron reorganizadas las Bolsas, la *Sociedad de Agricultura*, etc. Si bien se respetó la libertad económica hasta el grado que fuera necesario para el progreso de las empresas, se tendió también a favorecer el desarrollo de la producción a través de ciertas medidas proteccionistas. La conquista y el bloqueo continental permitieron a Bonaparte entregar a la burguesía el mercado continental y una circulación monetaria abundante a expensas de los vencidos.

El progreso agrícola fue lento; la industria recibió algunos estímulos por medio de exposiciones, pedidos, anticipos, fomento de los inventos, aunque no existió una política coherente al respecto, salvo en períodos críticos. Los avances más sensibles se observaron particularmente en el campo textil (sobre todo en el sector algodonero) y en los productos químicos. Pero no se generalizaron ni la aplicación de maquinaria a vapor ni la concentración, que prácticamente se redujo al sector de la hilandería y adoptó la forma de talleres manufactureros. Se hizo perceptible, en cambio, la concentración comercial, y con ello el fortalecimiento de los grandes hombres de negocios (como Oberkampf, Bauwens, Richard-Lenoir, Ternaux, Japy, Peugeot, etc.), cuya influencia se extendía al mundo del trabajo a través del control de algunas manufacturas y de la industria a domicilio. El caudal burgués se vio reforzado con la aparición de nuevos ricos cuya fortuna se consolidó con los suministros de guerra, con el tráfico de los bienes nacionales y con la especulación, favorecida permanentemente por la inflación. Mientras tanto, Lyon y Estrasburgo prosperaban como cabeceras del tráfico terrestre y Marsella .y Burdeos lo hacían en virtud del intercambio marítimo.

Pero Bonaparte hizo algo más en favor de la burguesía: le confió el aparato político-administrativo de Francia, y este monopolio, que de hecho instituyó en su beneficio, debía durar, pese a la Restauración, casi un siglo.

El fortalecimiento del ascendiente de la burguesía se hizo no sólo en detrimento de la nobleza, de la aristocracia territorial, sino también y, básicamente, a expensas de las clases bajas de la población. Sí bien durante el gobierno

napoleónico los salarios se mantuvieron o aumentaron y los pequeños propietarios campesinos aumentaron en número, su situación no se había modificado mayormente. Las restricciones que sobre las organizaciones y sobre la posibilidad de defensa de los intereses de la clase trabajadora se habían impuesto entre 1791 y 1799, fueron confirmadas o reafirmadas por Napoleón. Por intermedio de actas especiales, incluidas en el Código Civil, se les prohibió a los trabajadores el derecho de huelga y el de formar cofradías. Se restableció la libreta de trabajo y en los tribunales de trabajo, creados en 1806, se les negó la posibilidad de estar representados. Los disturbios desencadenados por las crisis de 1802 y de 1811-1812 fueron implacablemente reprimidos. El capitalismo naciente dictaba su ley: debía mantenerse la reglamentación de la mano de obra e impedir el restablecimiento de las corporaciones que hubieran, entorpecido su desarrollo. Napoleón destruyó sistemáticamente toda posibilidad de ascenso de las clases bajas para sacudir el yugo de la opresión.

El impulso de la revolución, primero, y Bonaparte, después, desbordaron rápidamente las fronteras de Francia y a través de la guerra ejercieron, especialmente sobre la Europa continental, una doble influencia. En un primer momento convocaron a los pueblos a derribar la tiranía y a abrazar los principios revolucionarios de libertad e igualdad, a los que se oponían las fuerzas reaccionarias y conservadoras que los gobernaban. Luego, al final del reinado de Bonaparte, cuando el elemento de conquista imperial y de explotación prevaleció sobre el de liberación, en cualquier lugar que las tropas francesas derrotaban, ocupaban o anexionaban, suscitaron reacciones nacionalistas que se volvían contra el conquistador. Erigida primero en campeona de los pueblos oprimidos y luego en conquistadora, la Francia napoleónica dejó una fuerte impronta en el mundo europeo al barrer con muchas de las trabas impuestas por la estructura feudal que imperaba en la mayoría de los países y al crear las precondiciones para el desarrollo de nuevas relaciones de producción.

La unidad imperial tenía, sin embargo, bases muy endebles. Si en el exterior la conquista había destruido o alterado las fronteras políticas de Europa e instituido leyes e instituciones que abolían el feudalismo (a excepción del Ducado de Varsovia), a su vez constituía el mejor reactivo para avivar en todas partes los sentimientos nacionales. El cosmopolitismo europeo, de fuerte influencia francesa, recibiría, a través de los movimientos nacionalistas, un fuerte golpe.

En el interior, el divorcio entre la burguesía y su instrumentador se acentuaba a pasos acelerados. La primera, que nunca había participado del sueño napoleónico de dominio universal, lo condenó radicalmente cuando se produjeron las primeras grandes derrotas; vio una enemiga en la nobleza generada por el imperio y, lo que es aún más grave, se sintió un instrumento en manos de Bonaparte, pues su proyecto había sido gobernar bajo su protección y no bajo su dominio.

La reacción, por su parte, deseosa de recuperar antiguos privilegios, trabajaba contra el régimen.

Derrotado en todos los frentes, invadida Francia, Bonaparte recurrió a la nación, al no poder hacer ya la guerra a expensas del extranjero. La burguesía se negó a prestarle apoyo en tanto el pueblo se mostraba reacio y los realistas incitaban a la desobediencia y ayudaban al enemigo. Traicionado y aislado, su suerte estaba decidida en abril de 1814, y sus desesperados intentos de cambiarla no tuvieron éxito.

LA RESTAURACIÓN EN EUROPA

La mayor preocupación de la Europa restauradora y reaccionaria a partir de 1815 fue evitar una segunda revolución francesa o, lo que era aún peor, una revolución europea general, a partir del modelo de la primera. Incluso Inglaterra, que no simpatizaba con los absolutismos reinstaurados en Europa continental, temía el resurgimiento de otro movimiento revolucionario similar. La consigna fue entonces preservar la paz interna y externa. Para llevar adelante sus planes, los restauradores reunidos en Viena y encabezados por el príncipe de Metternich, primer ministro austriaco, se abocaron en primer lugar a restablecer, en lo posible, el *statu quo* político y territorial de 1792. Se reconstituyó con tal fin el mapa europeo, dejando de lado las aspiraciones de los pueblos y los derechos de numerosos príncipes despojados por los franceses a lo largo de casi veinte años de guerra. Se atendió ante todo el equilibrio de las cinco grandes potencias surgidas de la lucha: Rusia, Inglaterra, Francia, Austria y Prusia. Para Francia la derrota significó retornar a sus fronteras de 1792, pagar una reparación de guerra no muy onerosa y soportar la ocupación de su territorio por tropas extranjeras hasta 1818, fecha en que fue readmitida con plenitud de derechos en el "concierto de naciones europeas". Pero también supuso la restitución en el trono de los Bombones, una monarquía atemperada que aceptó algunas de las conquistas más importantes de la revolución. Mientras en la opinión de los elementos revolucionarios de todos los países Francia quedaba como el paladín de la libertad y la igualdad, Inglaterra consolidaba su dominio definitivo en los mares y consumaba la ruina del imperio colonial francés, su eterno rival, y Rusia, Prusia y Austria, por su parte, satisfacían sus ambiciones territoriales en el continente.

Al comprender que la tensión de las rivalidades entre los estados podía terminar con la paz, tan dificultosamente lograda, los estadistas de las grandes potencias intentaron establecer un mecanismo que permitiera asegurarla. Recurrieron entonces a la convocatoria de congresos periódicos que se celebraron entre 1818 y 1822 (Aquisgrán, 1818; Troppau, 1820; Laibach, 1821; Verona, 1822). Pero el sistema fracasó frente a las crisis económicas y a las depresiones financieras, que mantenían vivo el temor a la revolución social, y frente a las divergencias insalvables que se manifestaban entre los intereses de cada una de las potencias. A la acción de los congresos se sumó la de la *Santa Alianza*,

basada en los preceptos de la *Santa Religión*, y dirigida por Rusia, Prusia y Austria, a la que se adhirieron todos los soberanos de Europa, a excepción del Sultán de Turquía, el Papa y Gran Bretaña. La función policíaca de la Alianza, como la de los congresos (intentos de supresión de los movimientos revolucionarios apoyados en el nacionalismo, la democracia o la justicia social), se frustrarían estrepitosamente. Nunca como entonces estos movimientos tuvieron tanto eco. Las tres grandes oleadas revolucionarias que estallaron entre 1820 y 1848 demostraron la incapacidad de la *Restauración* para detener los cambios que trastrocarían definitivamente la estructura de la Europa absolutista. La revolución francesa de 1789 proporcionó el modelo de levantamiento político a los estallidos revolucionarios de 1820-1824 (restringidos básicamente al área mediterránea), de 1830 (en toda Europa, excepto Rusia y en los EE. UU.) y de 1848 (Francia, Italia, Estados Alemanes, gran parte del Imperio de los Habsburgo, Suiza y, en forma menos aguda, en España, Dinamarca, Rumania, Irlanda, Grecia e Inglaterra). Los revolucionarios ofrecieron un frente común de oposición, pese a las diferencias sociales o nacionales que los dividían, frente que sin embargo se iría desintegrando lentamente. Triunfantes o fallidos, los movimientos mostraron un fuerte sentido de unidad internacional, ya que la lucha estaba destinada a eliminar al enemigo común: los monarcas absolutos encabezados por el Zar de Rusia. Esto se reflejaba especialmente en las tentativas permanentes de crear organismos revolucionarios internacionales como *"La Joven Europa", "La Asociación Democrática para la Unificación de todos los Países",* etc.

Conservaron, además, otros rasgos comunes. En la mayoría de ios casos fueron obra de pequeñas minorías de clase media e intelectuales, con frecuencia exiliados, emergentes del relativamente pequeño mundo de la cultura, a los que se sumaban las masas, cuando la revolución estallaba. Adoptaron el mismo tipo de organización revolucionaria: la *hermandad insurreccional secreta.* Estas se multiplicaron a lo largo del período en todos los países (*carbonarios, decembristas*, etc.).

De los tres ciclos revolucionarios, el segundo es el que constituye el centro de nuestro interés. 1830 fue producto de un período de crisis aguda en el campo socio-económico y de rápidas transformaciones que provocaron modificaciones esenciales en el plano político, social y económico. Entre las más importantes debemos destacar la reaparición, después del ciclo de 1789-1795, de la revolución de masas; el surgimiento; en aquellas áreas en que se extendía la revolución industrial y en las que se estaban afianzando las relaciones capitalistas de producción, de un nuevo proletariado industrial, que daría origen a un primer movimiento revolucionario socialista; la destrucción del frente formado por los moderados y los radicales en la mayoría de los países; el amplio desarrollo de los movimientos nacionalistas; y la división de Europa en dos áreas: la del oeste del Rhin, en la que los movimientos rompieron la influencia de los poderes de la reacción, y la del este, en la que la situación se modificó poco o nada.

LO RESTAURACIÓN DE LOS BORBONES

Reinstaurado en el trono por las bayonetas de los aliados, Luis XVIII llamó a sus filas casi exclusivamente a los miembros de la aristocracia territorial, deseosos de obtener compensación por un alejamiento que había durado veintiséis largos años. Junto a los miembros de la nobleza laica, regresaron los sacerdotes católicos refractarios y los jesuitas, que habían huido durante la revolución, deseosos todos de reimplantar el Antiguo régimen. Al amparo de la Asamblea Legislativa, obra de la Constitución de 1814, que prácticamente monopolizaron, pudieron ejercer una fuerte presión sobre el monarca, exigiendo recompensas por su fidelidad. En un corto lapso la aristocracia controló los puestos claves del Estado y del Ejército, la Guardia especial del rey y recibió de manos de éste pensiones, títulos, compensaciones monetarias por las tierras expropiadas e incluso las tierras confiscadas durante la revolución que no hubieran sido aún vendidas. Sin embargo, la aristocracia se encontró frente a un proceso irreversible. Los cambios producidos por la revolución burguesa no podían ser destruidos sino a costa de una nueva revolución. Es por eso que, pese a las características reaccionarias del régimen, se respetaron los principios fundamentales del movimiento de 1789: la igualdad ante la ley, la libertad en todos los campos, especialmente en la actividad comercial e industrial, la destrucción de los derechos feudales, etc. No obstante, esto no evitó que a lo largo y a lo ancho de Francia se extendiera una ola de terror, (el "terror blanco") promovido por la aristocracia contra los propietarios de los bienes nacionalizados y los participantes del movimiento revolucionario del 89, para juzgar a los cuales se crearon en todo el país tribunales extraordinarios controlados por la aristocracia. La gran burguesía, que había aspirado al restablecimiento de la paz y que había pensado en hallar en esa monarquía pacífica un nuevo lugar, vio defraudada sus esperanzas. Prácticamente eliminada de los puestos más importantes de la política, la diplomacia, el ejército y la iglesia, se veía además enormemente perjudicada por la política económica de los Borbones. En beneficio de la aristocracia territorial éstos sacrificaron una y otra vez los intereses de la burguesía. Restablecieron rápidamente elevadas tarifas a la importación de cereales, que encarecían el precio del pan, y obligaron a los manufactureros a aumentar los salarios de los trabajadores; se negaron a continuar la lucha contra la industria inglesa por la supremacía en el mercado continental y de acuerdo con el tratado de 1814 permitieron la importación de mercancías extranjeras a todas las colonias francesas con un sobrecargo impositivo mínimo, lo que implicaba ceder de hecho los mercados coloniales que aún le restaban a Francia a su rival. Por otra parte, establecieron fuertes impuestos a la importación de hierro colado inglés y a los artículos de hierro y acero de la misma procedencia, con el beneplácito lógico de los propietarios de las grandes fundiciones de acero de Francia, que habían adoptado el método inglés de fundir el hierro con carbón de piedra. Ellos eran en la mayoría de los casos financistas o grandes propietarios territoriales. Mientras tanto la burguesía industrial, que lentamente se iba desarrollando, debía pagar enormes sumas por

la importación de maquinarias y herramientas que no se producían en el país. También algunos grupos financieros debieron su cuota de beneficios a la aristocracia ya que, para compensar a los repatriados por sus tierras expropiadas, el gobierno destinó mil millones de francos que fueron recaudados disminuyendo los intereses que el Estado pagaba a sus prestamistas.

Manufactureros, banqueros, financistas, desplazados del poder, se afirmaban, sin embargo, en otros planos, acrecentando su riqueza y haciendo su aprendizaje económico en los nuevos negocios. Pero no estaban dispuestos a contentarse con ello. El descontento, el malestar, no sólo se reflejaba entre los burgueses. Francia seguía siendo una nación de artesanos y obreros a domicilio, procedentes de los centros de la tradicional industria domiciliaria. A su lado se hallaban los obreros de cierto número de manufacturas y un proletariado industrial, relativamente poco importante, que iba creciendo, limitado casi exclusivamente a las industrias textiles y, a veces a la minería. La introducción de maquinarias era reducida. Sólo después del 40, y en especial a partir de mediados de siglo, las máquinas comenzarían a competir seriamente con el trabajo manual. Las primeras concentraciones de la industria mecanizada se produjeron en el norte del país: Alsacia, Lorena y en las regiones alrededor de Lille, Ruán y París. En Lyon, centro de la industria sedera, el mundo del trabajo tenía un representante típico, el *canut*, el tejedor lyonés. La estructura de producción se basaba en la existencia de un "fabricante", generalmente un comerciante dueño de la materia prima, que la entregaba para ser trabajada a domicilio y repartía los pedidos entre los jefes de taller. La condición de los jefes de taller variaba mucho. Si poseían el instrumento de trabajo podían ser considerados como patrones ordinarios y si tenían más de dos o tres telares pasaban a formar parte de una cierta aristocracia del oficio. En cambio, si no poseían telares, los jefes de taller debían alquilarlos, y su situación social dependía del número de telares que pudieran arrendar. Estos, terminado el trabajo, repartían el beneficio con los oficiales y los obreros.

Las condiciones de trabajo eran duras. Una larga jornada de 15 a 17 horas (en especial en las manufacturas de algodón y lana) en talleres totalmente insalubres, donde el aire, sobre todo en las hilanderías de algodón, solía ser irrespirable y las condiciones de higiene y de seguridad no existían. La tisis algodonera hacía estragos entre los grupos ocupados en el bataneo del algodón en bruto. En los talleres de la seda, el trabajo de los niños, fatigados después de 16 o 17 horas diarias de pie, hacía frecuente la extenuación precoz, que, sumada a la sub-alimentación crónica, aumentaba la tasa de personas físicamente incapacitadas.

Las condiciones de vida no eran mejores. En las zonas en que se concentraba la producción se concentraba a su vez rápidamente la población obrera. Esto provocaba el alza exorbitada de los alquileres, acentuada aún más por la acción de los especuladores. Ello obligaba a una familia de cinco o seis miembros, e incluso a dos grupos familiares, a compartir una habitación generalmente

húmeda, mal iluminada y aireada o a hacinarse en graneros demasiados fríos en invierno y excesivamente calurosos en verano. Sometidos a salarios de hambre, a frecuentes paros forzosos, evadiéndose de la cruda realidad a través del alcohol, que los sumergía aún más, apenas menos ignorantes que los campesinos, tuvieron, sin embargo, una ventaja sobre éstos. La agrupación favoreció entre ellos los contactos; la miseria compartida constituyó la fuerza que había de ir conformando la conciencia de clase en esa masa heterogénea, suma de individualidades, prácticamente carente de toda organización profesional.

El mundo rural, heterogéneo, complejo, alejado de las discusiones políticas en virtud de un analfabetismo bastante generalizado, movilizado sólo por la presión de sus párrocos o de los hidalgos locales, no ofreció resistencia alguna a la Restauración. Sin embargo, dos grandes temores habían generado en él una tendencia opositora: uno, era el de que se realizara una revisión eventual de las compras de bienes nacionales; el otro, la posibilidad más vaga y lejana, del restablecimiento de los derechos feudales. Ninguno de estos hechos se concretó, pero, sí debieron, las clases campesinas, soportar las consecuencias de las oleadas de terror blanco desatadas por la aristocracia. A ello se sumaba el constante incremento de los impuestos indirectos que caían sobre sus espaldas y hacían más profundo su descontento. Es por estas razones que las masas campesinas, que continuaban siendo la parte más importante de la población de Francia, no defenderían al rey y a la aristocracia, pero tampoco aceptarían participar en los estallidos revolucionarios.

ANTECEDENTES DE LA REVOLUCIÓN DE 1830

Nuevamente iba a ser la crisis económica, la que, sumados sus efectos la crisis social y política, socavaría las bases de la estabilidad gubernamental, precediendo y acompañando la caída del régimen. Ya entonces Carlos X había sucedido en el trono, en 1824, a Luis XVIII.

La crisis económica se inició en 1825, fuera de Francia, país en el que tuvo características no muy acentuadas hasta los años 1827 y 1828, en los que produce grandes desajustes. A una serie de malas cosechas de patatas, en el momento en que éstas constituían un importante elemento del consumo popular, se sumó la crisis de los granos. El malestar agrícola incidió rápidamente en la industria al disminuir el poder adquisitivo de las masas especialmente campesinas. Cerraron muchos establecimientos, disminuyó considerablemente la producción industrial y se multiplicaron las quiebras. Mientras la burguesía veía disminuir sus beneficios, los obreros se enfrentaban con una reducción, cada vez mayor, del poder adquisitivo de su salario. Entre 1825 y 1830 los salarios de la construcción en París, los de la industria textil provinciana y los de la industria metalúrgica se redujeron entre un 30 y un 40%. Al mismo tiempo, el paro se agravaba y el precio del pan subía en un 50%. Los primeros disturbios estallaron en 1828 a raíz de la crisis de subsistencia y se extendieron a lo largo de ese año

y del siguiente. Los centros más afectados fueron el oeste, el nordeste y el centro del país. En algunas regiones los motines se producían diariamente. La agitación perdió vigor a fines del 1829, pero la situación no se había modificado mayormente. El déficit financiero añadía su influencia al malestar general. La crisis política se avecinaba.

A medida que se hicieron evidentes las tentativas de Carlos X de convertirse en soberano absoluto y que se volcaba, cada vez más, hacia los grupos ultramonárquicos, la oposición a su política y su impopularidad crecían. Tal vez una de las medidas más impolíticas del régimen haya sido la de indemnizar a la aristocracia de la expropiación de sus tierras por la revolución del 1789, problema que se arrastraba desde la época de Luis XVIII. Al respecto el gobierno decidió refundir toda la deuda pública de la nación a un tipo de interés considerablemente inferior al que se pagaba y abonar la diferencia así ahorrada a dicha aristocracia en forma de renta anual. De tal modo los propietarios de los títulos de deuda pública, generalmente burgueses grandes o medianos, encontraron reducidas en un tercio sus rentas anuales en favor de la aristocracia.

En 1827 la oposición al régimen, encabezada por la burguesía, obtuvo su primera victoria al despojar a los ultramonárquicos de la mayoría en la Cámara de Diputados, una de las dos cámaras de la Asamblea Legislativa, y al obligar al rey a llamar a los moderados al poder. Pero aun en 1829, en plena crisis, era evidente que Carlos no tenía intención alguna de hacer concesiones radicales. Cuando las Cámaras comenzaron a votar en contra de su política, entregó el poder al príncipe de Polignac, un verdadero representante de la reacción. El enfrentamiento entre la aristocracia y la burguesía quedaba planteado. Vanos fueron los intentos de Carlos X de distraer la atención de la nación del conflicto interno, participan do en la lucha que se libraba a favor de la independencia griega y enviando expediciones para apoderarse de Argel y derrocar a los piratas berberiscos. El único saldo de la expedición fue el acrecentamiento del ya deficitario presupuesto nacional. La Cámara de Diputados insistió en mostrar su falta de confianza en el ministerio y reclamó incesantemente el respeto de los derechos garantizados por la Carta de 1814. La prensa liberal apoyaba la actitud de la Cámara, criticando abiertamente al rey. En la primavera de 1830 Carlos disolvió la Cámara de Diputados, que exigía la dimisión de Polignac, y llamó a nuevas elecciones. Pero éstas le resultaron adversas y surgió de ellas una Cámara más fuertemente opositora que la precedente. La respuesta del rey a este hecho fueron las cuatro ordenanzas del 26 de julio, por las cuales quedaban rigurosamente restringidos los derechos de la prensa, era disuelta la Cámara recién elegida y que aún no se había reunido, se promulgaba una nueva ley electoral que privaba del sufragio por lo menos a tres cuartas partes de los electores y se convocaba para septiembre a nuevas elecciones. La reacción no tardaría en desencadenarse.

LAS *"TRES GLORIOSAS JORNADAS POPULARES"*

Los periodistas, con Thiers a la cabeza, incitaron a la insurrección. Ellos iban a dar forma a la hostilidad latente del pueblo y a proporcionar en parte motivos precisos para la intervención de obreros y artesanos en la lucha. Pero existieron otras circunstancias particulares que obraron como desencadenantes en la movilización de las masas. El mismo 26 de julio algunos tipógrafos cerraron sus talleres, provocando la agitación entre los obreros y artesanos que trabajaban en ellos y que constituían un personal altamente calificado. Luego, ya sea por temor a que sobrevinieran acontecimientos graves, o con el propósito deliberado de lanzar contra el gobierno grandes masas que pudieran oponerse al ejército, otros patrones cerraron las puertas de sus establecimientos. Grupos de desocupados comenzaron entonces a circular por las calles de París haciendo manifestaciones. Al parecer la iniciativa de cerrar los talleres y mantenerlos cerrados, llevada a cabo por los impresores y luego por otros patrones, fue obra de Barthé, futuro ministro de Luis Felipe. El 27 los obreros y artesanos despedidos se reunieron frente al Palacio Real formando el primer núcleo de la insurrección. Se levantaron barricadas en los barrios del Ayuntamiento de París, en la Bastilla y en los suburbios. En las estrechas callejuelas parisienses la multitud enardecida cantaba las estrofas de *La Marsellesa* y se lanzaba contra las tropas al grito de *"¡Abajo los Borbones!".* A los obreros y artesanos se les unieron pronto estudiantes integrantes de la mediana y pequeña burguesía y ex miembros de la Guardia Nacional, que había sido disuelta en 1827 por Carlos X en virtud de las demostraciones realizadas por ella contra el régimen. La movilización fue general: los que no luchaban en las calles lo hacían desde las ventanas, lanzando piedras y balas. Las librerías se transformaron en arsenales y los tipos de imprenta sirvieron en muchas oportunidades como proyectiles para los fusiles. Parte del mediocre armamento de los revoltosos les fue proporcionado por los ex miembros de la Guardia Nacional, a los que se les había dejado sus fusiles, pero muy especialmente por algunos patrones. Se cuenta que un tal Audry de Puyraveau sacrificó todos los carruajes de su establecimiento de rodados para construir barricadas, distribuyendo además entre los combatientes fusiles y bayonetas, ejemplo seguido por otros burgueses. Pero no sólo París estaba convulsionado: en las provincias en Bar-Le-Duc, en Limoges, en Corbeil, Nantes, Lille, se habían desencadenado graves disturbios. En Burdeos los patrones cerraron los almacenes de vinos y dieron asueto a los obreros en tanto que en Lyon se cerraron los talleres y los patrones dieron orden a sus dependientes de dejar el trabajo y de reunirse en la plaza pública con el objeto de apoyar el movimiento, so pena de ser privado del trabajo si no concurrían.

Pero París fue el foco más poderoso de la insurrección. Las tropas y la policía dispersaban a los revoltosos y destruían las barricadas, pero éstas volvían a levantarse en nuevas calles. La lucha continuó durante el 28 y el 29 se levantaba la bandera tricolor en las Tullerías. Los revolucionarios se habían posesionado del Palacio Municipal y del Palacio Real. Parte de las tropas se habían pasado a

las filas rebeldes, en tanto el resto abandonaba la ciudad. El rey emprendió entonces la huida a Inglaterra, abdicando antes en favor de su nieto, el pequeño conde de Chambord, de sólo diez años de edad.

La intervención de los obreros, de los artesanos, de los estudiantes, había dado al movimiento revolucionario un impulso irresistible; el pueblo había triunfado, pero la promotora del movimiento, la gran burguesía, iba a apoderarse una vez más de su triunfo. El 30 de julio se fijaba en los muros de París una proclama, obra de Thiers, en la que se prometía al "pueblo" la sanción de una ley fundamental en la que se daría plena expresión a sus derechos. En tanto, la burguesía discutía el régimen que sucedería a la monarquía de derecho divino. Tres grupos disputaban entre sí. Por un lado se hallaban los republicanos, reclutados entre los estudiantes, la pequeña y mediana burguesía, algunos grupos obreros. Estos, dirigidos por Godefroi Cavaignac, aspiraban a restaurar la república de 1795, pero no tenían predicamento ni en las zonas rurales ni entre la burguesía prominente. Por el otro lado estaban los burgueses liberales, moderados, representantes de la gran burguesía, conducidos por Thiers, un periodista, y Laffitte, un banquero, dispuestos a aceptar una monarquía siempre que fuera constitucional y permitiera a los círculos que los apoyaban (financistas, banqueros, algunos "industriales" y comerciantes) gobernar realmente el país. En tercer lugar persistía un pequeño núcleo ligado a la tradición napoleónica, los bonapartistas, que conformaban una minoría sin apoyo real. En un momento dado pareció inminente el enfrentamiento entre los liberales moderados y los republicanos, más radicales. Sin embargo, ambos grupos llegaron a un acuerdo, gestado por la intervención del viejo general Lafayette, que culminó con la propuesta a Luis Felipe, duque de Orleans. A principios de agosto éste aceptó y fue proclamado rey de los franceses.

LA MONARQUÍA DE JULIO

Con Luis Felipe sólo una fracción de la gran burguesía se instaló en el poder. Ella estaba compuesta por la aristocracia financiera, hombres de la Banca y de las Finanzas como Laffite, Gouin, Hottinguer, Mallet, etc., a los que se sumaban algunos industriales, los menos progresistas (Delessert, enriquecido con la industria azucarera, Cunin-Gridaine, pañero de Sedán, Perier, comerciante e industrial), los propietarios de minas de carbón y de hierro y un sector de grandes latifundistas asociados a ellos. A este grupo se entregaron los más altos puestos del gobierno y el control de la Asamblea Legislativa. El derecho de sufragio se concedió solamente a los que pagaban más de doscientos francos en impuestos directos y para ser electos se exigió pagar más de quinientos francos anuales de impuestos. Sobre 34 millones de habitantes sólo 240.000 podrían participar en las elecciones. Ellos constituyeron lo que se dio en llamar burlonamente "el país legítimo". Esa aristocracia financiera instauró, luego de las jornadas de julio, un gobierno de intereses, una política de negocios donde la cosa pública era tratada estrictamente como un negocio privado. El rey no

escatimó esfuerzos para favorecer económica, social y políticamente a sus seguidores. El soborno y la corrupción se pusieron a la orden del día. Los electores se compraban con pensiones y otras recompensas.

El Tesoro adelantaba grandes sumas para la formación y expansión de sociedades anónimas, bancos, compañías ferrocarrileras; los empréstitos del Estado producían enormes beneficios a los banqueros. Así los miembros de la camarilla gobernante al mismo tiempo que se enriquecían con el saqueo de las colonias acrecentaban con su política el descontento de obreros, campesinos, pequeños y medianos burgueses, e incluso de los grupos más avanzados de la burguesía industrial, que se veía trabada en su desarrollo.

Era evidente que la política económica en curso y el cambio que traía aparejado estaba destinado a beneficiar generalmente a la gran burguesía y, dentro de ella, a la fracción gobernante, enriqueciéndola cada vez más, dándole y reafirmando los caracteres esenciales que la distinguirían en adelante de las otras clases. El sector de la pequeña burguesía urbana sentía crecer su descontento frente al yugo de los impuestos y la competencia del capital y sus integrantes trataban de escapar de la proletarización luchando denodadamente por fortalecer su posición de pequeños patronos o pequeños comerciantes con miras de ascender a la gran burguesía. Cercanos al proletariado por su condición, temerosos frente a él, ellos se mostrarán frecuentemente inestables, ambivalentes en su conducta política.

Recién a partir de 1830 la revolución industrial comenzaría a hacer sentir sus efectos en Francia. El movimiento obrero, en el que la heterogeneidad seguirá persistiendo, adquiere a partir de ese momento algunos rasgos definitorios. La experiencia dejada por las jornadas de julio permitió a este grupo comprender que nada podía esperar de las otras clases, que estaba aislado y que sólo uniendo las individualidades que lo constituían en un movimiento de rebelión colectiva podría concretar sus aspiraciones.

Los antagonismos personales, las disensiones internas, habían impedido por largo tiempo, y lo harían por muchos años más, tal vez hasta 1870, la unidad total del movimiento. Eran frecuentes las luchas entre facciones, entre oficiales de los diversos oficios y entre éstos y los aprendices, pese a ello, a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XIX habían subsistido algunas coaliciones, sociedades de socorros mutuos, que se ocupaban de cuestiones saláriales y formaban cajas auxiliares, bolsas, para ayudar a sus asociados. La mayor parte de ellas, bajo pretexto de socorrer a los obreros víctimas de paros forzosos, se habían transformado en verdaderas sociedades de resistencia. También tenía carácter mutualista la "Asociación de Oficiales" *(Le Compagnonage),* formada por obreros que habían cumplido los años de aprendizaje reglamentario trabajando en diversas ciudades de Francia.

Fuera de ellos, los dos únicos gremios que habían llegado a constituir algo que se asemejaba a las cámaras sindicales eran los obreros de la construcción y los sombrereros.

El mundo rural permaneció prácticamente ajeno a este proceso. Si bien los campesinos seguían siendo el sector más importante de la población y veían desmejorar día a día su situación por los pesados impuestos que obligaban al pequeño propietario a caer en manos de los usureros o a convertirse en asalariados y por el avance del régimen capitalista, que los destruía como pequeños productores independientes, eran incapaces aún de defender sus propios intereses. Por lo contrario, la decepción provocada por la actitud de la burguesía inmediatamente posterior a las jornadas de julio y el agudizamiento de la crisis iban a imprimir un fuerte impulso al accionar de los obreros y artesanos.

LAS PRIMERAS ACCIONES ORGANIZADAS DE LOS OBREROS

A mediados de agosto de 1830 algunos gremios se dirigieron al gobierno. Los guarnicioneros y carroceros redactaron sus peticiones, en tanto los carniceros hacían manifestaciones pidiendo la libertad de comercio. A ellos se sumaron otros y, aunque las manifestaciones no alcanzaron un tono violento, las autoridades advirtieron a los obreros que reprimirían con todo rigor cualquier tipo de movilización. El 23 de agosto los ebanistas reclamaron una tarifa que regulara los precios de los trabajos, pero el gobierno se negó a intervenir aduciendo que se quebrantaría la libertad de la industria. Por su parte, tres o cuatro mil cerrajeros recorrían las calles de París peticionando por una reducción de la jornada de trabajo de 12 a 11 horas. A ellos se sumaron las obreras peleteras que trabajaban a destajo reclamando un aumento del pago por pieza individual entregada.

En Ruán el 27 de agosto estalló la huelga de los obreros hilanderos, cuyas reclamaciones se referían básicamente a la duración de la jornada de trabajo (en lugar de 14 a 17 horas exigían 12) y al reglamento de taller. Demandaban la supresión en dichos reglamentos de los artículos que castigaban la ausencia del trabajador con una multa igual al doble del salario correspondiente al tiempo perdido así como la supresión de la retención del pago por tarea inconclusa aunque ésta superara las fuerzas del obrero. Recurrieron a la autoridad para que interviniera en la preparación de los reglamentos de taller, pero la autoridad les respondió recordando la ilegalidad de las manifestaciones y coaliciones, las cuales sólo les eran permitidas a los patrones. El 3 de septiembre una comisión elegida por los hilanderos adoptó un reglamento de taller tipo cuyas disposiciones fueron llevadas ante los jueces de paz y expuestas en los establecimientos. El 6 estallaron disturbios en Darnetal, en los cuales los revoltosos exigieron, armados con horquillas y palos, que se liberara a los obreros detenidos. El 10 de septiembre los patrones hilanderos decidieron, por mayoría, el trabajo nocturno, pero los trabajadores, ausentes de esa reunión, se

negaron a aceptar tal decisión. El trabajo nocturno continuó y veinticuatro obreros fueron encarcelados. Las quejas persistieron, pero no se obtuvo ninguna mejora en las condiciones de trabajo.

En septiembre también se iniciaron movimientos de huelga en París. Los primeros en movilizarse fueron los tipógrafos.

Los obreros de la Imprenta Nacional se negaron a imprimir, el 1° de septiembre, la ordenanza que abría el crédito para reparar las prensas mecánicas rotas en julio. Dos días después el trabajo se interrumpió casi totalmente. Reunidos en Asamblea, sus protestas se dirigieron básicamente contra los "mecanismos". La competencia de las máquinas comenzaba a sentirse. Algunos obreros fueron arrestados, pero pronto recobraron la libertad en un clima de apoyo popular. Muchas peticiones obreras se elevaron a las autoridades (de los deslustradores y aprestadores de paños, cerrajeros, mecánicos, albañiles, etc.). Sus reclamaciones giraban básicamente en torno a la supresión del trabajo nocturno y a la reducción de la jornada. Los trabajadores defendieron su derecho a coaligarse y, todavía bajo la apariencia de sociedades de socorros mutuos o de sociedades filantrópicas, surgieron a fines de 1830 y en 1831 nuevas organizaciones. Una de las más importantes fue la *"Sociedad Filantrópica de los Obreros Sastres"*, creada el 1° de junio de 1831, con el objeto de socorrer a sus asociados en casos de enfermedad, de paro forzoso o en situaciones no previstas. Junto a estas organizaciones se iba desarrollando también la prensa obrera. En septiembre de 1830 se crearon *El periódico de los obreros, El Artesano, El pueblo,* periódico general de los obreros, redactado por ellos mismos, todos de existencia efímera. Mejor suerte corrieron los periódicos publicados en Lyon (*El eco de la fábrica, El eco de los trabajadores, La Tribuna Proletaria),* algunos de los cuales respondían a ciertas tendencias políticas.

El accionar de las coaliciones pareció entrar en un callejón sin salida a fines del 30, pero el endurecimiento de la situación económica, la falta de pan y de trabajo a partir de enero del 31 hizo que se renovaran las manifestaciones. En ese mes 800 trabajadores se movilizaron en Lyon al grito de *"¡Trabajo y pan!"* y dos meses más tarde se reanudaron las manifestaciones en París. E1 1° y el 2 de marzo los manifestantes salieron a la calle gritando *slogans* tales como "¡Viva el Rey!", "¡Viva la libertad!.", "¡Trabajo y pan, o muerte!". El movimiento centró su interés a partir de entonces en la destrucción de las máquinas, de los "mecanismos", como les decían. Así el 3 de marzo dos mil obreros se lanzaron contra la fábrica de Rives para destruir las máquinas; el 1° de mayo se produjo un fenómeno similar en los aserraderos de Burdeos.

LOS OBREROS EN LAS BARRICADAS

(De Alexandre Dumas, *Mis memorias.*)

> El 21 de noviembre -era un lunes- cuatrocientos obreros de la seda se reunieron en la Cruz Roja. Se pusieron en marcha, con sus síndico a la

cabeza, sin otras armas que bastones. Comprendían que era necesario terminar con eso y estaban dispuestos a ir de taller en taller y a convencer a sus camaradas para que hiciesen huelga con ellos basta que la tarifa fuese adoptada de manera seria y definitiva.

De pronto, al dar vuelta una esquina, se encontraron frente a unos sesenta guardias nacionales que se hallaban patrullando.

Un oficial, llevado por un impulso belicoso, gritó al verlos: ¡Amigos míos, barramos a toda esta canalla!

Y, desenvainando su sable, se lanzó sobre los obreros. Los sesenta guardias nacionales lo siguieron cargando con las bayonetas.

De los sesenta guardias nacionales, veinticinco fueron desarmados con destreza; el resto emprendió la fuga.

Luego, satisfechos de esta primera victoria, sin alterar la naturaleza completamente pacífica de su manifestación, los obreros se volvieron a tomar de los brazos y, caminando de a cuatro, comenzaron a descender lo que se llama la Gran Costa.

Pero los fugitivos habían dado la alarma. Una columna de guardias nacionales de la primera legión, compuesta enteramente de fabricantes, tomó las armas con toda prisa y avanzó resueltamente al encuentro de los obreros.

Eran dos nubes cargadas de electricidad, yendo la una contra la otra por corrientes contrarias. Su choque provoca el rayo. La columna de la guardia nacional hizo fuego. Cayeron ocho obreros.

A partir de entonces fue una especie de exterminación: se había derramado sangre.

En París, en 1830, se había combatido por una idea y se había combatido bien; en Lyon, en 1831, se iba a combatir por pan y se iba a combatir aún mejor.

Un grito terrible, formidable, inmenso, resonó en toda la ciudad obrera. *-¡A las armas! ¡Asesinan a nuestros hermanos!*

Fue entonces que la cólera bulló en esa inmensa colmena que el hambre enmudecía. Cada casa arrojó hacia la calle a todos los hombres que, en condiciones de combatir, había en ella: uno con un bastón, otro con una horquilla, algunos con fusiles. En un abrir y cerrar de ojos se levantaron barricadas, construidas por mujeres y por niños; un grupo de insurgentes trae, con grandes gritos, dos cañones que pertenecían a la guardia nacional de la Cruz Roja; esta guardia nacional no sólo se los había dejado tomar sino que, más aún, se los había ofrecido. Si no se persigue a los obreros en sus

refugios, ella permanecerá neutral; pero, si se atacan las barricadas, ella tiene fusiles y cartuchos y los defenderá.

Por la tarde, cuarenta mil hombres estaban armados, de pie, amontonándose contra los estandartes sobre los cuales estaban escritas estas palabras -tal vez la divisa más sombría que haya trazado jamás la mano sangrienta de la guerra civil-:

"¡Vivir trabajando o morir combatiendo!"

Oh, qué bien que se matan unos a los otros los compatriotas, los ciudadanos, los hermanos! De aquí en cincuenta años, la guerra civil será la única guerra posible.

A las siete de la tarde, todo había terminado y la tropa luchaba en retirada frente al pueblo, vencedor en todos los frentes.

¿Qué hacía el rey entretanto?

Sus ministros preparaban, a su dictado, una nota en la cual pedía a la cámara dieciocho millones de lista civil -un millón quinientos mil francos por mes, cincuenta mil francos por día-; sin contar sus cinco millones de renta de su fortuna personal, y dos o tres millones de dividendos de sus empresas particulares.

Se pedía, para un solo hombre, lo que a ciento veinte leguas de allí alcanzaba para que viviesen cincuenta y cuatro mil hombres."

EL LEVANTAMIENTO DE LOS TEJEDORES DE LYON

A diferencia de lo que sucedía en el resto del país, Lyon vivió en ese momento, y por primera vez, un movimiento de rebelión obrera. Superada la crisis sedera, gracias al aumento de las demandas del mercado americano, los "fabricantes", los patrones lyoneses, mantenían, no obstante, salarios muy bajos, utilizando el pretexto de que debían abaratar los costos de producción a causa de la competencia inglesa. El malestar creció entre los jefes de taller, los ofíciales, los aprendices, que veían en el otoño de 1831 aumentar incesantemente la demanda y la producción de telas mientras ellos eran obligados a trabajar 18 horas diarias por salarios que no llegaban a cubrir sus necesidades mínimas.

El movimiento obrero lyonés carecía aún de una verdadera organización ya que sólo existía, desde 1828, una sociedad de ayuda mutua, "*El Deber Mutual*", fundada por los jefes de taller y de la que se hallaban excluidos los oficiales. Su finalidad básica era el socorro mutuo, pero se ocupaba además de la organización de cursos profesionales, de la búsqueda de trabajo y de la lucha contra los abusos.

En octubre se constituyo una comisión, en la que estaban representados los

jefes de taller de los diferentes barrios de fa ciudad y de las diversas ramas de la producción, para discutir los problemas que los atañían. Mientras tanto, algunos patrones, representados por instituciones como la Cámara de Comercio y participantes del consejo de *los prud'hommes* ("los hombres probos", el consejo mixto de obreros y patrones encargado de resolver los conflictos de trabajo por la vía de la conciliación), analizaban la situación por su parte y a instancias de la autoridad local, el prefecto. Estos últimos llegaron a la conclusión de que las demandas de los trabajadores eran justas y de que urgía establecer una tarifa mínima de salarios. El 21 de octubre se reunieron los dos grupos. Los patrones reconocieron las demandas de los trabajadores, pero se declararon incompetentes para adoptar una resolución válida para todos los patrones por cuanto sólo representaban aun grupo de ellos.

Prometieron, sin embargo, ocuparse del problema y el 25 de octubre la tarifa fue firmada ante la autoridad por los "fabricantes" y los jefes de taller. Pero el acuerdo iba a durar poco tiempo. Una minoría de patrones, alrededor de 100 sobre 1.400, se mostró francamente hostil a la aplicación de la tarifa y comenzó a presionar para anularla, contando con el apoyo del ministro de comercio, quien desautorizó al prefecto y ordenó romper el compromiso. Estos patrones recurrieron además a otras formas de presión, como la no aceptación de pedidos hechos por sus clientes e incluso la anulación de pedidos en curso. Pensaban, tal vez, que paralizando los telares podrían detener el movimiento en favor de la tarifa, enfrentando a los trabajadores con la perspectiva del hambre. Pero la reacción fue inversa y la rebelión estalló violenta y espontáneamente en noviembre de 1831.

El 21 de ese mes los obreros y artesanos organizaron una manifestación que salió del suburbio de la Croix Rousse. Los manifestantes lanzaron piedras contra la Guardia Nacional enviada a dispersarlos, movilizándose a los gritos de *"¡Tarifa o muerte!".*

Apresaron al prefecto y a un general, en tanto los soldados abrían fuego contra ellos. Algunos jefes de taller, que pertenecían a la Guardia Nacional, plegada parcialmente al movimiento, armaron a los rebeldes. Los mismos soldados no se esforzaron en la lucha. El movimiento se extendió por los suburbios. Los rebeldes estaban dispuestos a llegar al centro de la ciudad. Liberaron al prefecto, pero retuvieron al general aprehendido con el fin de canjearlo por los obreros presos. La agitación creció el 22 y miles de trabajadores, esgrimiendo en su bandera el lema "Vivir trabajando o morir combatiendo", se levantaron en armas. Los obreros se movilizan impulsados por sus propios lemas y objetivos. Una mayor madurez los diferencia de los trabajadores de las jornadas revolucionarias de 1789 a 1795, madurez lograda a costa de casi cuarenta años de miseria y represión. El ejército, en retirada, abandonó la ciudad, y el 23 los rebeldes se apoderaban del Municipio. Se convirtieron entonces en los dueños de la ciudad, pero sin violar el orden y manteniendo el respeto alas personas y a la propiedad.

En medio del triunfo, sin embargo, el movimiento comenzó a escindirse. Mientras los oficiales, unidos a un pequeño grupo de burgueses republicanos, querían sustituir a la autoridad oficial por una nueva y proclamar un gobierno insurreccional, los jefes de taller sólo pensaban en acercarse a las autoridades legales y sacar beneficios del triunfo. Las eternas vacilaciones de la pequeña burguesía, su temor a esos proletarios que la desbordaban una y otra vez, se iba a poner nuevamente de manifiesto. El 24 los jefes de taller formaron un gobierno provisional, de acuerdo con el prefecto, que controló la ciudad hasta diciembre, abocándose a la tarea de guardar el orden.

Los trabajadores del suburbio de la Croix Rousse demandaron una indemnización por las víctimas del movimiento y para los obreros necesitados, que no se otorgó. Ante las reclamaciones, las autoridades decidieron dispersarlos el 26 de noviembre.

Con el fin de evitar la propagación del movimiento el gobierno envió al ejército para que sitiara la ciudad. El 3 de diciembre se produjo la entrada en la misma del jefe del ejército, el príncipe de Orleáns, al frente de una fuerte tropa. El prefecto, llamado a París, fue destituido por intervenir en el conflicto apoyando a los trabajadores, la nueva tarifa fue anulada el 7 de diciembre y 90 trabajadores fueron arrestados. El gobierno reafirmó la política de la gran burguesía prohibiendo, de acuerdo con la ley *le Chapellier*, aún en vigencia, los convenios colectivos de trabajo entre los patrones y obreros y reiterando la libertad de cada Individuo para convenir su salario, sin ninguna intervención de la administración. Una vez más los trabajadores quedaban solos y desprotegidos frente a los patrones.

El levantamiento de los tejedores de Lyon, pese a su fracaso, tuvo un saldo positivo en cuanto acrecentó la experiencia y la madurez del movimiento obrero en la lucha y tuvo honda repercusión no sólo en el resto de Francia sino también en toda Europa. La organización obrera recibió a través de él un nuevo estímulo y en 1832 surgieron nuevas asociaciones: la de los tejedores de París, la "Sociedad de Unión Fraternal y Filantrópica", la "Unión de los Doradores", también de París, en tanto la "Asociación Filantrópica de los Obreros Sastres" se dictaba una nueva constitución. A diferencia de las coaliciones anteriores a 1830, estas asociaciones, lo mismo que las creadas en 1830 y 1831 y las sucesivas, tendrían un triple carácter: la lucha corporativa por la defensa del salario y por las mejoras en las condiciones económicas, las reivindicaciones del derecho obrero y la acción creadora y constructiva.

EL SOCIALISMO UTÓPICO

El lento desarrollo del proceso de revolución industrial, impedía en Francia el surgimiento de un verdadero proletariado industrial, con una fuerte conciencia de clase y una ideología propia. Si bien es cierto que la conciencia de clase se

iba articulando precariamente y que términos como socialismo o "clase trabajadora" comenzaban a ser adoptados por los trabajadores de algunos gremios, especialmente en el París de 1832, nada evidencia la existencia de una ideología proletaria desarrollada coherentemente. Pero es importante señalar la existencia de grupos de intelectuales que denunciaron y criticaron la coexistencia de riqueza y pobreza, de lujo e indigencia. Estos elaboraron proyectos de cambio que se apoyaban más en la educación y en el racionalismo del siglo XVIII que en la propuesta de un levantamiento de los oprimidos y de una real lucha de clases. El socialismo utópico, como se le denominó cesta corriente de pensamiento, no ofreció al movimiento obrero, por lo tanto, como lo haría más tarde el socialismo científico, los elementos para coordinar su acción a partir de un verdadero programa de lucha de clases. Ello explica la falta de arraigo y de influencia de estas doctrinas en la clase trabajadora de la época.

Entre los socialistas utópicos, uno de los primeros núcleos que intentó, ya en 1831, atraerse a las masas obreras, "la clase -como ellos decían- más pobre y más numerosa de la sociedad", fue el de los seguidores de Saint-Simon. Con el fin de establecer un régimen de enseñanza especial para los obreros se dirigieron a éstos instándolos a que concurrieran a sus cursos. Para acrecentar el contacto con los mismos, recurrieron al trabajo en los talleres, a los que se incorporaron también como obreros. Pero fuera de Lyon, donde fundaron el periódico *El eco de la fábrica*, no fue perceptible la influencia de la escuela saint-simoniana. La razón estaba en los fundamentos mismos de la teoría esbozada por Saint-Simon. Este, aun cuando señalaba la necesidad de establecer una sociedad colectivamente planificada, no pensaba que el establecimiento de la misma implicase la lucha de clases entre patrones y obreros. Muy por el contrario, afirmaba que estos dos grupos, a los que reunía bajo la común denominación de "industriales", constituían el núcleo productor de la sociedad, aquel que se oponía a la clase ociosa, constituida por la nobleza y los militares. Para Saint-Simon como para algunos de sus seguidores, como Enfantin, correspondía a esta clase de "industriales" la tarea de generar un nuevo orden social en el que el deber esencial de los hombres fuera el trabajo y en el que cada uno fuera considerado en función del servicio que prestase a la comunidad. Si bien se oponía a todos los privilegios aceptaban la existencia de retribuciones desiguales, en tanto respondieran a diferencias reales en la calidad de ios servicios prestados a la sociedad. Por otra parte, afirmaban que en el proceso de cambio de una a otra sociedad, el papel director le correspondía a los grandes industriales y, especialmente, a los grandes banqueros, guías naturales de los trabajadores, cuya capacidad política suscitaba en Saint-Simon una verdadera desconfianza. Asesorados por científicos y técnicos, estos dirigentes planificarían la economía con el fin de mejorar el nivel general de bienestar, sobre todo de la clase mayoritaria, la más pobre. He aquí el punto clave de la escisión entre esta doctrina y las aspiraciones de la clase trabajadora y al mismo tiempo el que explica el apoyo que a los saint-simonianos brindaron hombres que ocuparían puestos relevantes en el proceso de desarrollo económico y social. A pesar de que Saint-Simon era el primero en captar con claridad la importancia de los

factores económicos y de su organización en el análisis de los problemas de la sociedad moderna (de allí la importancia que les daba a los financistas) y en afirmar el valor determinante de la evolución económica sobre las relaciones sociales, su menosprecio y su desconfianza de las capacidades del proletariado le quitarían el apoyo popular.

Como Saint-Simon y sus seguidores, Fourier no percibió el papel revolucionario que podía desempeñar el proletariado y se opuso abiertamente a la lucha revolucionaria y a la violencia. Comprendía, sin embargo, la necesidad de adaptar las instituciones sociales vigentes alas necesidades humanas, con el fin de no presionar a los hombres para que vivieran de acuerdo a una forma artificial de conducta trazada por los moralistas en nombre de la razón. Para llevar adelante su teoría, que también partía fundamentalmente, de la necesidad del trabajo, pero de un trabajo atractivo y agradable en sí mismo, creía indispensable organizar comunidades pequeñas, los llamados falansterios, adecuadas para satisfacer las necesidades reales del individuo. En dichas comunidades no debían existir ni la producción en gran escala ni la mecanización o la centralización, ni tampoco una igualdad económica absoluta entre sus miembros pues postulaba la existencia de diferencias de capacidad, habilidad, responsabilidad, etc. Su doctrina, más cooperativista que socialista, no planeaba recurrir a la acción del estado ni a la de cuerpo político alguno para concretar el nuevo sistema. Esta labor correspondería a una federación de falansterios, fundados gracias al aporte de algunos mecenas y bajo la coordinación de un gobernador.

Las limitaciones de su planteo impidieron también a Fourier contar con el apoyo de los trabajadores, aunque tuvo el respaldo de ciertos grupos hostiles al nuevo desarrollo industrial en gran escala.

LUIS FELIPE, EL REINO DE LOS BANQUEROS

La mayor preocupación de la Europa post-napoleónica fue evitar una revolución general. Para lograr ese objetivo se restauraron las antiguas monarquías. Luis XVIII y su comitiva retornaron a París tras el restablecimiento de la monarquía borbónica.

> "...Después de la revolución de julio, cuando el banquero liberal Laffite acompañó en triunfo al Hotel de Ville (Ayuntamiento) a su compadre, el duque de Orleáns, dejó caer estas palabras:
>
> > "Ahora va a comenzar el reino de los banqueros".
>
> Laffite había traicionado el secreto de la revolución. La que dominó bajo Luis Felipe no fue la burguesía francesa, sino una fracción de ella: los banqueros, los reyes de la Bolsa, los reyes de los ferrocarriles, los propietarios de minas de carbón y de hierro y de explotaciones forestales, y una parte de la propiedad territorial aliada a ellos: la llamada aristocracia financiera. Ella

ocupaba el trono, dictaba leyes en las Cámaras y adjudicaba los cargos públicos, desde los ministerios hasta los estancos.

La burguesía industrial, propiamente dicha, constituía una parte de la oposición oficial, es decir, sólo estaba representada en las Cámaras como una minoría. Su oposición se manifestaba más decididamente a medida que se destacaba más el absolutismo de la aristocracia financiera y a medida que la propia burguesía industrial creía ir asegurando su propia dominación sobre la clase obrera, después de las revueltas de 1832, 1834 y 1839, ahogadas en sangre. Grandin, fabricante de Ruan, que tanto en la Asamblea Nacional Constituyente como en la Legislativa había sido el portavoz más fanático de la reacción burguesa, era en la Cámara de Diputados el adversario más violento de Guizot. León Faucher, conocido más tarde por sus esfuerzos impotentes para llegar a ser un Guizot de la contrarrevolución francesa, libró en los últimos tiempos de Luis Felipe una guerra con la pluma a favor de la industria, contra su lacayo, el Gobierno. Bastiat desplegaba una gran agitación en contra del sistema imperante, en nombre de Burdeos y de toda la Francia vinícola.

La pequeña burguesía, en todas sus gradaciones, al igual que la clase campesina, habían quedado completamente excluidas del poder público. Finalmente, en el campo de la oposición oficial o completamente al margen del *pays légal* (conjunto de las personas que gozaban del derecho de votar), se encontraban los representantes y portavoces ideológicos de las citadas clases, sus sabios, sus abogados, sus médicos, etc.; en una palabra, sus llamados talentos..."

Carlos Marx*, La lucha de clases en Francia.*
Editorial *Lautaro*, 1946.

EL TRABAJO DE LOS NIÑOS EN LYON (1834)

(...) niños muy pequeños son ocupados en el torno destinado a las canillas de las máquinas de tejer; allí, constantemente encorvados, sin movimientos, sin posibilidad de respirar aire puro y libre, contraen irritaciones que se convierten luego en afecciones escrofulosas; sus débiles miembros se deforman, y su espina dorsal se desvía; se agotan y, desde sus primeros años, son los que suelen ser siempre, débiles y vatudinarios. Otros niños son ocupados en hacer girar ruedas que ponen en movimiento largos mecanismos para devanar; la nutrición de los brazos se hace a expensas de la de las piernas y estos pequeños desdichados tienen a menudo los miembros inferiores deformados..."

J. B. Monfalcon, *Historie des insurrections de Lyon*.
Citado por DoIleáns; ver bibliografía.

"Se nombraron capataces para supervisar el trabajo de los niños, pero como su paga era proporcionada al rendimiento que podían sacar, estos negreros forzaban a los niños todo lo que podían. La consecuencia fue que los más jóvenes se agotaron por el excesivo trabajo; en muchos casos se debilitaron completamente y fue preciso el látigo para mantenerlos en su trabajo"

R. G. Layer

TESTIMONIO DE UN MÉDICO SOBRE LA VIDA DE LOS OBREROS EN NANTES (1835)

A. Guépin, *Nantes au XIX e Siecle*, 1835. Citado por Dolléans; ver bibliografía.

"Si queréis saber cómo se alojan (los obreros) id, por ejemplo, a la rue des Fumiers, que está casi exclusivamente habitada por esta clase; entrad, agachando la cabeza, en una de esas cloacas abiertas sobre la calle y situadas por debajo de su nivel. Hay que haber bajado a esos pasadizos donde el aire es húmedo y frío como en una caverna, haber sentido deslizar vuestros pies sobre el suelo sucio, haber temido caer en ese fango, para darse una idea del sentimiento penoso que se experimenta al entrar en la vivienda de esos míseros obreros. De cada lado del pasadizo, y por consiguiente por debajo del suelo, hay una habitación sombría, grande, helada, cuyas paredes resuman agua sucia; que recibe la ventilación por una especie de ventana semicircular de dos pies en su mayor altura. Entrad, si el olor fétido que se respira allí no os hace retroceder. Tened cuidado, porque el piso desigual no está empedrado ni enladrillado, o :al menos los ladrillos están recubiertos de una capa tan grande de mugre que no se les puede percibir. Y ved esos tres o cuatro lechos, mal sostenidos y vencidos porque el cordel que los asegura a sus soportes carcomidos no resistió bien. Un jergón, una manta formada con harapos guarnecidos de franjas, raramente lavada porque es la única; a veces sábanas, a veces una almohada, he ahí el contenido del lecho. No hay necesidad de armarios en esas casas. A menudo un bastidor de tejedor y un torno completan el moblaje... Es allí donde -a menudo sin fuego en el invierno, sin sol durante el día, a la claridad de una vela de resina por la noche- los hombres trabajan durante 14 horas por un salario de 75 céntimos a un franco por día...

LOS REPUBLICANOS Y EL MOVIMIENTO OBRERO

Fueron algunos disidentes de la escuela de Saint-Simon, como Leroux y Buchez, los que promovieron entre los republicanos las tendencias socializantes, y consiguieron así a través de ellos, ejercer una mayor influencia en el movimiento obrero. Ellos ayudaron a los republicanos en la elaboración doctrinaria que éstos habían emprendido después de las *jornadas de julio*. A partir de 1831, Buchez, integrante de la republicana *"Sociedad de los Amigos del Pueblo"*, organizó

cursos a los que asistían frecuentemente obreros, entre los cuales también extendió su influencia por intermedio de su periódico, *El europeo*, que tenía buena acogida en París, especialmente entre los tipógrafos. Algunas de sus teorías dejaron una fuerte impronta en ciertos grupos de trabajadores. Así sucedió con la idea de la asociación obrera en la producción, llevada a la práctica en 1834 por los obreros de la joyería especializados en el dorado. Dicha teoría partía de la base de que el principal capital de los artesanos u obreros libres era su habilidad técnica y que para desarrollarlo sólo necesitaban ciertos instrumentos de trabajo, poco costosos. Por lo tanto proponían que se formaran asociaciones de trabajadores que dispusieran de un capital social permanente, formado por un quinto de las ganancias de los asociados, los cuales de esta manera, podrían convertirse en empresarios. Por otra parte, el hecho de que el capital fuera inalienable impediría que se transformara en un medio de explotación en manos de algunos grupos. La intervención del estado en las asociaciones sólo se justificaría en cuanto los bancos del mismo le proporcionaran créditos. También Leroux se había mostrado partidario de las asociaciones que hicieran a los obreros propietarios de sus instrumentos de trabajo. Ambas prédicas encontraron eco en el movimiento obrero, que entre 1833 y 1834 intentó llevarlas a la práctica.

El acrecentamiento de la experiencia política y la intensificación de los contactos con la clase trabajadora produjeron profundos cambios entre los republicanos, en el partido y en la teoría. El proceso se fue cumpliendo por etapas. Pero fue recién después del estallido del movimiento de Lyon cuando ellos comenzaron a demostrar una verdadera comprensión de las penurias y de las luchas de la clase trabajadora. Esto favoreció la incorporación de ciertas corporaciones obreras al núcleo republicano, representado, hasta junio de 1832 por la *"Sociedad de los Amigos del Pueblo"*. Dirigida por Cavaignac, contando entre sus participantes más activos a hombres como Augusto Blanqui, la sociedad fue suprimida a raíz de su participación en el levantamiento de París. Pero muy pronto los republicanos se reagruparon en torno a una nueva sociedad, la *"Sociedad de los Derechos del Hombre y del Ciudadano",* que, gracias aporte del movimiento obrero, contó con mayor número de adherentes. Constituida fundamentalmente por estudiantes y profesionales jóvenes (médicos, abogados, etc.), la sociedad se vio revitalizada por el apoyo obrero y dio a sus secciones carácter profesional. Entre 1833 y 1834 el contacto con los trabajadores hizo crecer en importancia y dio a la organización republicana, flexibilidad y funcionalidad. La tarea de los republicanos no sólo tendió a promover la atención de la clase laboriosa en casos de enfermedad o de desocupación, sino también a acrecentar su nivel cultural mediante cursos, folletos, periódicos, libros, etcétera.

LA *BOLSA COMUNAL*

(De *El Falansterio*, de Fourier.)

La *Bolsa Comunal* en su organización se aproximaría lo posible a los procedimientos armónicos; podría tener por su cuenta cultivos y rebaños según sus recursos, y daría siempre a sus agentes, aún a los más pobres, una parte de interés sobre algunos productos especiales, como lanas, frutos, legumbres, a fin de despertar en ellos esa actividad, esa solicitud industrial que nace de la participación social; y con objeto de preservarse de las deficiencias que produce el sistema civilizado de los asalariados.

Tal es el primer problema que hubiera debido preocupar a las sociedades formadas para fomentar la industria agrícola.

La más notable de las ventajas sería la supresión del comercio. Todas las granjas-asilo se concertarían por intermedio del ministro y de los gobernadores para prescindir de los negociantes y hacer sus compraventas entre sí y directamente unas a otras; tendrían abundancia de comestible en venta, porque serían depositarias del pequeño cultivador o propietario que, careciendo de buenos graneros, buenas bodegas y numerosos sirvientes, depostaría de buen grado en las granjas mediante módica retribución por depósito. y venta. Por otra parte el propietario, recurriendo al depósito, podría obtener adelantos pecuniarios con pequeño interés, lo que le dispensaría de las ventas prematuras que malean los alimentos.

Entonces los comerciantes, las legiones mercantiles, perecerían como las arañas faltas de moscas que se enreden en las telas. Y su caída sería efecto de la libre concurrencia a cuya sombra medran ahora, porque no se les impediría traficar, pero nadie tendría confianza en ellos, pues las granjas-asilo o Bolsas comunales y sus agencias presentarían suficientes garantías de verdad.

Construyendo sobre esta base, se podría ya levantar un edificio de *semi-dicha* o *Garantía* que es el período medio entre el estado civilizado y el estado socialista.

La semi-asociación es colectiva sin ser individual, sin reunir ni tierras, ni hogares en gestión combinada. Admite el trabajo fraccionado de las familias; pero establece entre ellas solidaridad o seguros cooperativos, extendidos a *la mesa entera* a fin de que individuo alguno sea exento del beneficio de las garantías.

Dicha Bolsa tendría también una farmacia, con la cual lucraría honradamente mientras presta verdaderos servicios preciosos a los aldeanos. Lo mismo sucedería con mil otros beneficios sociales, que sería perder tiempo el soñar; sólo pueden nacer de los procedimientos socialistas y no del trabajo fraccionado. Luego para el primero, el más pequeño germen de Asociación agrícola es la Bolsa Comunal, principio principal del

vínculo socialista, el más recto camino para entrar en la Garantía o 69 período. Esta es, pues, la tarea de los sabios que tienen la pretensión de esperar en las garantías sociales sin salir del régimen del trabajo fraccionado y de los hogares divididos; o encontrar sabios que quieran consagrar sus vigilias a invenciones útiles cuando es tan fácil ilustrarse por el sofisma."

LA SOLIDARIDAD OBRERA

Junto a la consolidación de sus relaciones con los obreros republicanos, los obreros aceleraron el proceso de su organización, especialmente a partir de los primeros meses de 1833, a raíz del alza de los salarios. En mayo, los obreros impresores y tipógrafos de Nantes crearon la "Asociación Tipográfica" con las características a la vez de sociedad de socorros mutuos y de sociedad de resistencia. Entre julio y septiembre la huelga concertada por los obreros del oficio obligó a los patrones a restablecer los salarios anteriores, a adoptar una tarifa mínima y a reincorporar a los obreros despedidos. En octubre del mismo año surgieron asociaciones similares en Lyon y Burdeos. La formación de coaliciones se generalizó. Se crearon entonces la *"Sociedad Fraternal de los Obreros del Papel Pintado",* la *"Bolsa Auxiliar de Fundidores",* la *"Sociedad Filantrópica de los Obreros Ebanistas del suburbio de San Antonio",* los sastres y pícapedreros de París, los zapateros en Calais, los mecánicos y cerrajeros en Caen, etc. Sus principales peticiones giraban en torno al salario y a la disminución de la jornada de trabajo.

En septiembre de 1833 estalló un movimiento de huelga que tuvo características nuevas: por un lado su amplitud, pues se prolongó por toda Francia, y por otro, el hecho de que movilizara a sectores obreros de diferentes oficios. El 5 de septiembre los obreros carpinteros parisinos, en un número cercano a los cinco mil, iniciaron el proceso demandando, a través de las dos sociedades de oficiales que los agrupaban, una tarifa mínima de cuatro francos por jornada de trabajo. El 29 fueron seguidos por los cofreros embaladores, que reclamaban la reducción de la jornada de trabajo, la fijación de una tarifa y la institución de una caja de socorro para los obreros desocupados. La coalición fue denunciada ante las autoridades por algunos patrones descontentos y los arrestos hicieron cesar el movimiento de huelga entre los cofreros. También en ese mes los obreros de la porcelana de Limoges, cuya sociedad secreta se hallaba vinculada con las de sus similares en Vierzon y París, exigieron aumentos de salarios e iniciaron una huelga de seis semanas.

Las huelgas se prolongaron en octubre y noviembre. El 29 de octubre fueron los obreros sastres los que enfrentaron a sus patrones, quienes se negaban a conceder aumentos salariales. Los sastres defendían a los obreros que habían sido despedidos por negarse a trabajar en condiciones diferentes a las fijadas por la sociedad que los enucleaba, la "Sociedad Filantrópica"

La huelga movilizó a unos 8.000 obreros. Acusados por algunos patrones, agrupados en el denominado comité Schwartz, de llevar adelante una conspiración política, el 6 de noviembre fueron arrestados unos 50 obreros, en tanto un nuevo comité, el Riesz, que agrupaba a 400 patrones, consentía el aumento de salarios, exigía la libertad de los detenidos y proponía la formación de una asociación conjunta de patrones y obreros con el fin de proporcionar empleo y de socorrer económicamente a estos últimos. Denunciados a la policía por los miembros del antiguo comité, los componentes del comité Riesz fueron arrestados. El 15 la policía y las tropas rodearon el Taller Nacional, creado por los obreros sastres, en el cual se recibían los pedidos de compra de los que estaban de acuerdo con la emancipación de los proletarios, y arrestaron a 150 obreros acusándolos de atentar contra la libertad de trabajo. El 2 de diciembre la ley condenó la coalición de los obreros, en tanto respetaba a la de los patrones, y castigó con prisión a los líderes del movimiento.

A imitación del movimiento de los sastres, y también entre octubre y noviembre, se observaron intentos de concretar la solidaridad entre todos los obreros de un oficio. Así sucedió con los impresores y los tipógrafos y luego con los zapateros. Los primeros deseaban crear, con el aporte de sus sociedades, una gran imprenta en la que obtuvieran trabajo. Los segundos, que iniciaron en París una huelga, en octubre, huelga en la que participaron alrededor de 6.000 obreros, organizaron además la *"Sociedad de Amistad Fraternal"*, destinada a unir a todos los obreros zapateros, divididos hasta ese momento en sociedades rivales. No solo fijaron como objetivo de dicha sociedad la defensa del salario sino también, y fundamentalmente, la creación de un establecimiento en el cual cada asociado pudiera obtener trabajos y cuyos beneficios se destinarían a la corporación. El movimiento de los zapateros recibió un fuerte golpe con el arresto de Efrahem, verdadero promotor del mismo, pero esto sólo lo afectó en París, pues en las provincias se multiplicaron rápidamente las organizaciones del tipo de la *"Sociedad de Amistad Fraternal"*.

Dos aspectos merecen señalarse en este proceso. En primer lugar, el surgimiento de la solidaridad obrera, e incluso de una cierta solidaridad interprofesional, lo cual indica un mayor grado de madurez en la clase trabajadora y un avance en su toma de conciencia. Las asociaciones que agrupan a trabajadores de un mismo oficio olvidan sus disidencias, suman sus esfuerzos, en tanto una aspiración mayor comienza a hacerse perceptible: la de establecer una federación de los obreros de Francia. Esta solidaridad no fue obra de los grupos republicanos, cuya influencia, en cambio, se puede observar en la aplicación por los sastres, los impresores y los zapateros, de las teorías sobre la asociación obrera en la producción. Fue el resultado de los avances del movimiento obrero. Después de muchos años de fracaso los obreros comprendían que su mayor debilidad estaba en la división. Junto con esto se da otro fenómeno: el surgimiento de verdaderos líderes obreros como Jules Leroux entre los tipógrafos, Efrahem entre los zapateros y Grignon entre los sastres.

LA SOLIDARIDAD INTERPROFESIONAL EN LYON. LAS INSURRECCIONES DE 1834

En 1834 tuvieron lugar las terribles matanzas de Lyon. Manifestaciones pacíficas fueron acribilladas por las tropas, dando lugar a una violenta respuesta popular. Pero esta reacción había sido prevista por el ejército, que concentró gran cantidad de efectivos en la ciudad, masacrando a los lyoneses dentro de sus casas. Con estas medidas se pretendió destruir la organización del movimiento obrero francés.

El proceso de la organización del movimiento obrero tuvo en Lyon características particulares, distintas a las de París o del resto de la provincia. Esto se debió en primer lugar al hecho que los obreros habían establecido contactos más estrechos con los republicanos y, en segundo lugar, a la experiencia de 1831, la cual había permitido el desarrollo de un movimiento orgánico de solidaridad interprofesional. Este, que en otros lugares era apenas incipiente, adquiriría en Lyon rasgos definitorios y permitiría llevar adelante el movimiento de 1834.

Los tejedores sederos vieron durante 1832 fortalecerse su asociación, "El Deber Mutual", la cual afianzada en una estricta disciplina, se convertiría en la más influyente en el campo obrero. Junto a ella había surgido también, en el mismo sector de trabajo, la "Asociación Mutualista", que contaba con unos 2.700 miembros, en tanto, los oficiales de una de las ramas textiles, la de la *"ferrandine"* (tela de seda y lana) constituían, por su parte, una nueva sociedad. Estos últimos ofrecerían, a partir de entonces, su apoyo a los mutualistas. En junio de 1833 exigieron en conjunto, aunque el proceso lo encabezaron los *ferrandiniers* (los que trabajaban en la tela mencionada), un aumento del precio que se pagaba por pieza terminada. La respuesta fue la represión y el arresto de varios obreros. Pero el movimiento iba extendiendo su influencia. En agosto, el periódico *El eco de la fábrica*, emparentado con la tendencia saint-simoniana, se convirtió en el órgano oficial del mutualismo y trató de fomentar la solidaridad entre los oficios apoyando las demandas de los obreros de tules, de los picapedreros y otros, vinculando a los sederos con los demás gremios. En noviembre el movimiento mutualista de los sederos logró nuevos adeptos entre los sastres, los primeros en agruparse en torno de él, los doradores, los pasamaneros, los adornistas, etc. El 5 de enero de 1834 los obreros zapateros, nucleados en la asociación de los *Hermanos de la Concordia*, exigieron la concreción de una agrupación fraternal de los obreros de todas las clases. Al mismo tiempo, *El eco de la fábrica*, que no había demostrado demasiadas vinculaciones con las tendencias políticas existentes, tomaba partido abiertamente a favor de los republicanos.

Durante los meses de enero y febrero se manifestó entre los grupos la idea de una huelga general a fin de lograr el establecimiento de una tarifa mínima. En el campo del mutualismo se enfrentaron grupos que defendían o rechazaban el proyecto. Los primeros en presentar la propuesta de huelga fueron los tejedores

de felpas y chales. Su iniciativa finalmente triunfó y, como consecuencia de ello, el 8 de febrero de 1834 se paralizaron 800 telares de felpas. Los patrones respondieron apoyando a quienes habían reducido el precio pagado por pieza entregada. Ellos veían al movimiento de organización obrera como un obstáculo para la libertad de la industria que no se debía admitir. El 13 de febrero los mutualistas votaron la huelga, reafirmando sus intenciones de conservar el carácter corporativo del movimiento y desvinculándolo totalmente de los proyectos revolucionarios que los republicanos intentaban llevar a cabo en esa época. El 14 se paralizaron 14.000 telares. Apoyados por los *ferrandiniers*, los mutualistas lograron que la paralización alcanzara a toda la producción de telas, incluso de aquellas cuyos precios no habían sido bajados.

Las autoridades, aliadas a los patrones, esperaban una ocasión propicia para desarticular la organización obrera. Y advirtieron a los revoltosos que si persistían en su actitud se les aplicaría la ley con todo rigor. El prefecto se negó a presidir una reunión entre los patrones y los obreros cuyo fin era discutir una nueva tarifa e hizo entrar las tropas en la ciudad. Ante el endurecimiento de la situación, los obreros votaron, el 19 de febrero, la vuelta al trabajo y fijaron como fecha inicial de la huelga el 24 de marzo. Los tipógrafos y otras asociaciones sé solidarizaron con los tejedores e hicieron colectas para ayudarlos.

Las autoridades intentaron inmediatamente, detener el desarrollo de la organización obrera y elaboraron el 25 de febrero un proyecto de ley que reforzaba las disposiciones del código penal referidas a las coaliciones y que prohibía realizar reuniones de más de 20 personas en las asociaciones. El proyecto afectaría tanto a los asociados como a los jefes e incluía además la decisión de girar a un tribunal superior todos los juicios referentes a atentados contra la seguridad del Estado. En marzo las asociaciones obreras y republicanas expresaron su crítica del proyecto de la ley, afirmando las primeras, en Lyon, que se opondrían a ella a través de una huelga general. En tanto esto sucedía, el 30 de marzo el consejo ejecutivo de los mutualistas de Lyon propuso a los otros gremios la formación de un comité conjunto. La demanda fue aceptada por los obreros sastres, los *ferrandiniers,* los zapateros, los fabricantes de carros, etc. Los mutualistas y los *ferrandiniers* mantenían, por su parte, los contactos con los republicanos, nucleados en la *"Sociedad de los Derechos del Hombre y del Ciudadano"*. El comité conjunto se concretó el 5 de abril, mientras el 10 se sancionaba la ley de asociaciones.

El mismo 5 de abril se produjo un incidente en torno al proceso de los jefes de taller y oficiales que habían sido arrestados durante la huelga de febrero. El comité ejecutivo de los mutualistas solicitó se los incluyera en el proceso que iba a seguírseles a éstos. Cundió entonces el desorden y el juicio se postergó para el día 9. Las autoridades recurrieron a las tropas para aplacar a los revoltosos, pero los soldados terminaron confraternizando con el pueblo. Para el 9 el comité conjunto había decidido una paralización general de los oficios. Se produjeron

manifestaciones en la ciudad, especialmente en torno al Palacio de Justicia. La movilización pacífica se transformó pronto en un verdadero motín cuando la muchedumbre, desarmada, fue acribillada por las tropas. Los obreros se organizaron rápidamente, levantaron barricadas y se armaron. Mientras las tropas ocupaban el centro de la ciudad los trabajadores se fortificaron en los suburbios, en el de Cordelliers, la Croix-Rousse, en las Gloriettes, en Vaise. La lucha encarnizada duró seis días. En los barrios ocupados por los insurrectos se mantuvo el orden y el respeto a las personas y a la propiedad. El 11 de abril algunos insurrectos de ciertos barrios, desarmados, agotadas sus municiones, carentes de ayuda del exterior, retornaron a sus casas. Agotado por sus propios esfuerzos, el movimiento comenzó a sucumbir.

Los republicanos de París, pensando que la insurrección triunfaba en Lyon y desconociendo el hecho de que sus compañeros de la *"Sociedad de los Derechos del Hombre"* de Lyon habían sido arrestados el día 12, cayeron en la trampa que les tendió el gobierno y se lanzaron a la insurrección el 13 de abril. En el área delimitada por las calles Beaubour y Transnonain, por la rue aux Ours, y por aquellas que desembocan en el claustro de Saint Merri y en el barrio de las Halles, se levantaron las barricadas. Pero a pesar de todo esto fueron superados por las tropas. La represión, iniciada el 14 de abril, fue brutal, los soldados fueron tomando calle tras calle, penetrando en las casas, masacrando despiadadamente. La actitud de las tropas, la masacre en calles y casas quedarían grabadas a fuego en la memoria de los obreros.

La ley de asociaciones, que imponía a los trabajadores de Francia un régimen duro y arbitrario, no terminó con el movimiento de organización, pero modificó sus características. Después de las *jornadas de abril* de 1834, subsisten aquellas sociedades que a juicio de las autoridades parecían más inofensivas, mientras los elementos más activos se organizaban en sociedades secretas. En París y en las provincias sólo quedarían bajo estas condiciones las organizaciones más fuertes, mientras que en Lyon la llama del mutualismo se mantendría viva gracias a la acción de la prensa obrera. La actividad obrera adquirió entonces, en la clandestinidad y dirigida por hombres como Blanqui, características revolucionarias que iban a permitir la consolidación del movimiento obrero y el paso a la solidaridad internacional.

BIBLIOGRAFÍA

Lefebvre,Georges. *La Revolución Francesa y el Imperio.* México, F. C. E., Económica, 1960.
Hobsbawm, Eric. *Las revoluciones burguesas.* Madrid. Ed. Guadarrama, 1971.
Dolléans, Edouard. Historia del movimiento obrero, Bs. As., Eudeba, 1960. Tomo I.
Labrousse, Ernest. *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Ed. Tecnos, 1962.
Cole, G. D. H. *Historia del pensamiento socialista*. México, F. C. E., 1957. Tomo I.
Hayes. Carlton. *Historia política y cultural de la Europa Moderna*. Barcelona, Ed. Juventud, 1953. Tomos I y II.

REPÚBLICA BURGUESA E INSURRECCIÓN OBRERA

Susana Belmarfino

> "...la insurrección, como llevada por una sola mano, se organizaba formidablemente. Hombres de una frenética elocuencia arengaban a la muchedumbre: en las esquinas, otros; en las iglesias tocaban a rebato; se derretía plomo, se hacían cartuchos; los árboles de los bulevares, los urinarios, los bancos, las verjas, los faroles, todo fue arrancado y destruido. París amaneció cubierto de barricadas. La resistencia no duró mucho; por todas partes apareció la Guardia Nacional, y esto de tal suerte, que, a las ocho, el pueblo, de buena gana o por la fuerza, poseía cinco cuarteles, casi todas las alcaldías, los puntos más estratégicos [...] Sin sacudidas, por sí sola, la monarquía se deshacía..."

La revolución de febrero de 1848, a la cual hace referencia Flaubert en este fragmento de *La educación sentimental*, fue, como la de 1789 o como la de 1830, un movimiento de masas, espontáneo, que no obedecía a la dirección de un partido o de un grupo determinado, un movimiento que ganó las calles empujado fundamentalmente, por la crisis económica. En él actúan, aliados en la práctica, la clase obrera y la burguesía republicana. Juntos derrocan a Luis Felipe e instauran la Segunda República Francesa. Pero la alianza durará poco.

La clase obrera ya no es la de 1830: la revolución industrial ha comenzado a desarrollarse; el socialismo se ha difundido, por lo menos entre sus dirigentes. Un mes antes, en enero de 1848, Alexis de Tocqueville había dicho en la Cámara de Diputados:

> "las clases obreras... están formando gradualmente ideas y opiniones que están destinadas no sólo a trastrocar esta o aquella ley, ministerio o aun forma de gobierno, sino a la sociedad misma."

De ahí que, cuando el Gobierno Provisional surgido de las jornadas de febrero comience a actuar de acuerdo a los intereses de la burguesía y limite a tergiverse las reivindicaciones exigidas por los obreros, éstos recurran nuevamente a la insurrección. Junio de 1848 señala las contradicciones de la alianza al mismo tiempo que el intento autónomo de la clase obrera de derrotar al régimen burgués. En esos días; en medio de la lucha, François Arago, miembro del Gobierno Provisional y representante de la burguesía republicana, encara a los rebeldes en las barricadas de la calle Soufflot:

> "-¿Por qué os habéis levantado contra la ley?
>
> "-Se nos hicieron tantas promesas y se mantuvo tan mal la palabra que ya no nos fiamos de las palabras.
>
> -Pero ¿por qué hacer barricadas?

> -Las hemos levantado juntos en 1832, ¿no se acuerda ya del Cloître de Saint-Merri?... pero, señor Arago, para qué hacernos reproches. Usted no sabe qué es la miseria; usted nunca tuvo hambre."

La alianza se ha roto, la burguesía cierra definitivamente su ciclo revolucionario; los obreros con los que dialoga Arago, en cambio, están cerrando una etapa e iniciando otra, cumpliendo con un momento fundamental de su lucha por la liberación social. Durante tres días, con formidable cohesión, disciplinados y organizados como un ejército, cien mil insurrectos luchan en las calles de París para derrotar al régimen. Después de sangrientos combates, en los que pierden cinco mil hombres, los rebeldes son vencidos por las fuerzas del gobierno, dirigidas por el general Cavaignac. Treinta mil son masacrados y más de once mil son arrestados. De estos últimos varios miles son desterrados a las colonias.

El movimiento obrero ha sido vencido. Pero esa derrota sirvió para aclarar el camino en la lucha posterior. –Marx escribió-

> "En esta derrota no fue la revolución quien sucumbió. Fueron los tradicionales apéndices prerrevolucionariós, resultado de las relaciones sociales que aún no estaban agudizadas hasta convertirse en violentas contradicciones de clases: personas, ilusiones, ideas, proyectos de los que el partido revolucionario no estaba libre antes de la revolución de febrero y de los cuales no podía desprenderse mediante la victoria de febrero, sino únicamente por una serie de derrotas."
>
> "En una palabra: el progreso revolucionario no se abrió camino por medio de sus conquistas tragicómicas directas; al contrario, sólo haciendo surgir una contrarrevolución compacta, poderosa, creándose un adversario y combatiéndolo, el partido de la rebelión pudo, en fin, hacerse un partido verdaderamente revolucionario."

EL PROCESO DE FEBRERO A JUNIO DE 1848

En 1848 el sistema fabril y la mecanización habían arraigado en las zonas textiles del norte y el este, en las minas, la industria química, las tejedurías de seda, la industria del jabón, las refinerías azucareras y en parte de la industria metalúrgica. Aunque no se había generalizado la producción fabril predominaban todavía el trabajo domiciliado y la manufactura y subsistía aún el taller artesanal, podemos hablar ya de un proletariado industrial parcialmente constituido.

En la década de 1830 los obreros comenzaron a asociarse en grupos organizados para tomar parte en los asuntos políticos. Sus primeros periódicos, *El Diario de los Obreros, El Artesano* y *El Pueblo*, aparecieron en septiembre de 1830. Fracasadas las insurrecciones de 1831 y 1834, en Lyon, insurrecciones que tuvieron objetivos sociales que iban mucho más allá del planteo salarial, las ideas de Proudhon y de los Saintsimonianos, así como las de Babeuf,

comenzaron a circular entre las clases populares.

Hacia 1830 Francia había entrado en una etapa crucial de su desarrollo económico. La revolución industrial producirá, al dar origen a la gran industria moderna, no sólo cambios en lo económico sino también profundas conmociones en la estructura social y nuevas formas en los conflictos de clase. Hasta ese momento el conflicto básico se había planteado entre la burguesía y la aristocracia territorial. La revolución de julio de 1830 marcó la derrota definitiva de esta última y el comienzo del dominio de la gran burguesía, que se erigirá en clase dirigente durante los cincuenta años siguientes. Una vez concluido el proceso de la revolución industrial, hacia 1870, la oposición se trasladará definitivamente al enfrentamiento entre la burguesía y la clase obrera oprimida. La revolución de 1848 es un hito intermedio en el complejo proceso que se cumple entre estos dos momentos. Ya no es la lucha entre la burguesía y la aristocracia, pero tampoco es la lucha entre la burguesía y el proletariado. Es una especie de conflicto de clases triangular en el cual actúan dos burguesías, la grande y la pequeña, y los grupos obreros.

La clase que asciende ya no es la burguesía sino el proletariado, el proletariado urbano de las ciudades en desarrollo, concentrado en las fábricas, al que se llama el artesanado empobrecido de los arrabales, condenado a proletarizarse. Aunque todavía no ha adquirido homogeneidad el movimiento crece mientras la burguesía se divide por los conflictos de intereses entre los sectores medianos y pequeños y la gran burguesía monopolista. Estas circunstancias hicieron que los obreros no sólo ayudaran a los grupos burgueses opositores a hacer la revolución, como había sucedido en 1789 y en 1830, sino que también trataran de encauzar el movimiento una vez obtenida la primera victoria, la realización de sus propios objetivos. En las revoluciones anteriores los obreros habían tomado ideas y lemas de la burguesía; esta vez organizaron sus propios clubes, siguieron a sus propios dirigentes y actuaron identificados con las nuevas ideas del socialismo.

El *Gobierno Provisorio* surgido de la revolución de febrero estaba compuesto de elementos heterogéneos que representaban a la alianza de clases que había derrocado a Luis Felipe de Orleáns. Los intereses divergentes de estas clases no tardaron en ponerse de manifiesto. Los conflictos se produjeron en torno a tres problemas básicos sobre los cuales el gobierno debía expedirse: las medidas destinadas a paliar los efectos de la crisis económica y a establecer la legislación laboral exigida por los obreros; la posición que debía adoptar la República Francesa con respecto al resto de Europa, convulsionada también por revoluciones sociales, y, finalmente, la convocatoria a una *Asamblea Constituyente* que decidiera sobre la organización futura del país. Sobre estas tres instancias se articulan: el conflicto entre la Comisión del Luxemburgo, verdadero parlamento obrero, y la organización de los *Talleres Nacionales*, creados por la burguesía para aliviar la tensión en las clases populares; el conflicto entre la burguesía, deseosa de conservar la paz, indispensable para

llevar adelante sus negocios, y el pueblo de París, ardiente defensor de los pueblos oprimidos de Europa, particularmente del polaco y del italiano; el conflicto entre aquellos que sostenían que el sufragio universal carecía de valor si antes no se educaba al pueblo en el ejercicio de la libertad y aquellos que querían consolidar apresuradamente las posiciones ganadas.

El proceso que se cumple entre febrero y junio de 1848, la ruptura entre los que habían derrotado al gobierno de Luis Felipe, el intento de los obreros de derrocar al régimen burgués, avanza sobre estos conflictos. Un proceso cuyo antecedente inmediato son las crisis de 1847.

LAS CRISIS DE 1847

La sociedad francesa bajo la monarquía de Luis Felipe había soportado ya el impacto de la crisis de los años 1836 a 1839. Pero la revolución de 1848 estalló en el cruce de las crisis económicas de tipo antiguo, propias de una economía predominantemente agrícola (crisis de la producción de granos con repercusiones en la industria textil), con las crisis modernas, característica de la naciente economía industrial (crisis de la industria metalúrgica).

Evolución del cuerpo electoral francés

Fecha de la elección			*Número de electores*
jun-jul.	1830	(últimas elecciones bajo la Restauración)	95.600
julio	1831		167.000
junio	1834		171.000
noviemb.	1837		199.000
marzo	1839		201.000
julio	1842		220.000
agosto	1846		248.000
abril	1848	(Sufragio universal	9.600.0000

Hacia mediados del siglo pasado el sistema fabril y la mecanización ya se habían arraigado profundamente en el norte y el este de Francia. Aunque predominaban todavía el trabajo domiciliado y la manufactura, el proletario industrial había adquirido una relativa importancia. En la ilustración: taller metalúrgico en 1836.

Al principio se trata de una crisis fundamentalmente agrícola: malas cosechas de patatas (elemento fundamental en el consumo popular) en 1845-1846; mala cosecha de cereales en 1846. Los cereales, que reemplazaban a las patatas, comenzaron, ante la escasez de éstas, a aumentar constantemente de precio. Consecuencias: descenso del nivel de vida del asalariado y cierre de las ventas campesinas, con el consiguiente descenso del poder de compra de ambos sectores, lo que acarrea a su vez una caída de la producción textil. Pero esta vez se suma un nuevo fenómeno: la crisis de la metalurgia. Por primera vez la economía francesa, que estaba completando su revolución industrial, conoce una importante crisis metalúrgica. Hacia 1846 se había organizado un vasto plan de construcciones ferroviarias, gracias al aporte de capitales privados y créditos del Estado. Al estallar la crisis las disponibilidades desaparecen, los créditos no tienen lugar y el plan debe ser suspendido. La industria, en pleno crecimiento, no encuentra mercado para su producción. Baja la producción, baja el volumen de los negocias, y más aún el beneficio.

Estas crisis afectan profundamente a los asalariados. Al aumento del precio de los alimentos se agrega, en la industria textil, un descenso de los salarios cercano al 30 % y los paros provocados por el descenso de la producción y el cierre de las fábricas. El precio de los granos disminuyó en el segundo semestre de 1847 y a principios de 1848, pero la crisis dejó como saldo una burguesía golpeada y un proletariado sin ahorros y sin trabajo. La crisis económica agudizó conflictos sociales y políticos para cuyo análisis es necesario que tomemos en cuenta las gestiones del régimen político que después de dieciocho años, cayó derrotado en las barricadas de la Comuna de Paris de 1848.

LAS CAMBIOS EN LA ECONOMÍA FRANCESA A PARTIR DE 1830

En Francia la revolución industrial se produce no sólo posteriormente, con respecto a Inglaterra, sino también de manera más lenta. Las empresas metalúrgicas francesas habían comenzado a instalarse a fines del siglo XVIII, pero no pudieron hacer grandes progresos debido a que empleaban en las fundiciones carbón de leña. La sustitución de éste por el carbón de piedra no se generalizó mientras los intereses agrícolas impusieron el consumo de madera en gran escala. Pero el estado de la industria del hierro mejoró después de 1830. La apertura de canales permitió que el carbón del Saar fuese mucho más asequible. Hacia 1840 comenzó a desarrollarse en las minas de carbón un proceso de concentración que redujo los costos de producción y en la década siguiente el rápido desarrollo de los ferrocarriles originó una creciente demanda de hierro. La producción de hierro en bruto entre 1820 y 1850 aumentó más del cuádruple y la de hierro dulce se quintuplicó. Hacia 1850 la industria siderúrgica francesa ocupaba el segundo lugar en el mundo; el primero le correspondía a la británica, la cual le llevaba considerable ventaja.

La industria textil se mantuvo a la vanguardia del desarrollo industrial francés después de 1815 y hasta la mitad del siglo. La maquinización se produjo más

rápidamente en el hilado que en el tejido, en la industria del algodón que en la de la lana. Los diferentes sectores del textil alcanzaron un alto grado de especialización. Por el contrario, se asistía a la decadencia de la industria rural domiciliada. Por lo demás, si en el conjunto de Francia, en 1850, dominaban aún el taller y el pequeño negocio, si las grandes empresas eran aún la excepción, un capitalismo de "monopolio", favorecido por el gobierno, estaba en formación. Los progresos de la industria fueron solo en cierta medida apoyados por el desarrollo de las vías de comunicación. La construcción de ferrocarriles, largo tiempo demorada por los intereses de algunos grupos financieros, originó una prodigiosa especulación. A pesar de que después de mediados de siglos la construcción se aceleró, hacia 1848 no había más que 1.900 km. de explotación, lo que ponía a Francia muy atrás con respecto a Inglaterra y a Prusia.

Aunque desde 1840 el Banco de Francia había multiplicado sus sucursales en provincias no era muy importante el desarrollo de las instituciones bancarias y de crédito. Aún no se había establecido la relación entre el banco y el pequeño ahorrista.

LA GRAN BURGUESÍA EN EL PODER

La revolución de julio de 1830, que entronizó a Luis Felipe de Orleáns, marcó el ascenso al poder de la gran burguesía, formada por banqueros, financistas, grandes comerciantes, propietarios de minas de carbón y de hierro, altos funcionarios del Estado y algunos grandes industriales. Los nombres de los miembros del grupo dirigente, que se repetirán con pocas variantes durante todo el régimen, pertenecen a los sectores con mayor poder económico: banqueros como Jacques Lafitte, Casimiro Périer, Rothschild y los hermanos Péréire: industriales como Delessert y Talabot. La conexión con los medios intelectuales se hacía a través de figuras como Guizot, profesor de la Sorbona, o Thiers, periodista e historiador de origen modesto. La mayor parte de la burguesía industrial se alineaba en las filas de la oposición, integrando la minoría en la Cámara de Diputados.

Para alcanzar el poder la gran burguesía tuvo que derrocar a la aristocracia territorial, la cual había cometido el error de pretender conservar indefinidamente la totalidad del poder político. Pero el grupo que obtuvo el poder en 1830 puso en práctica un exclusivismo semejante respecto a las clases medias.

Bajo la *Restauración*, la burguesía, aunque excluida del poder político, había afianzado su poder económico enriqueciéndose merced al comercio, las finanzas y la industria. Una vez en el poder su política se dirigió íntegramente a la consolidación de estos logros.

Luis Felipe eligió sus ministros, sin excepciones, entre los que pertenecían a este grupo social, y terminó otorgando su confianza a Guizot, quien ejerció el poder desde octubre de 1840 a febrero de 1848. Sin ser hombre de negocios, Guizot

se erigió en el defensor más constante y sistemático de los intereses de la gran burguesía, cuyo ascenso económico fue estimulado desde el poder. La fórmula con que Guizot creyó poder conservar la paz social fue simplemente *"¡Enriqueceos!"*

Los progresos de la revolución industrial, apoyados por la política aduanera proteccionista de la monarquía, abrieron posibilidades ilimitadas al grupo dirigente, que no se limitó a aprovechar las circunstancias favorables sino que las produjo en función de sus intereses y acumulando poderes y cargos. Una vez logrado el poder económico se utilizaron los resortes del poder político para consolidarlo y asegurar también la supremacía social. La gran burguesía se aseguró que los electores, o al menos los elegidos, pertenecieran a la clase dominante o se encontraran entre sus deudores, sus clientes o sus aliados. Se prohibieron las asociaciones y se amordazó a la prensa; se continuó con un régimen de trabajo destinado a conservar una mano de obra obediente, una clase obrera resignada, desgastada por agotadoras jornadas de trabajo y controlada por reglamentos de taller que permitían todo tipo de abusos.

Un ejemplo de cómo la conducción del Estado se subordinó al interés del grupo dirigente nos lo proporciona la legislación sobre ferrocarriles. En 1835 y 1838 proyectos de construcción de líneas férreas a cargo del Estado debieron ser retirados ante la oposición de la Cámara de Diputados. Finalmente, en 1842, el Estado debió renunciar a sus proyectos en beneficio de los intereses particulares. La ley sancionada ese año dejaba a compañías privadas la construcción de la superestructura, rieles y material rodante, y les concedía la explotación de las líneas por 99 años. De esta manera se consolida la concentración de la industria ferroviaria y el oligopolio así constituido reforzará otros: los de la producción minera y metalúrgica. Las concesiones ferroviarias son acordadas a grupos donde reaparecen sin cesar los mismos nombres: Rothschild, Péréire, Lafitte, Talabot. La concentración por fusión de líneas comenzará pronto.

En 1848 Francia tenía 1.900 km. de vías mientras que Inglaterra contaba ya con 6.850 km. El retardo debe atribuirse en gran medida a la oposición de la gran burguesía, que rechazó todo régimen que no fuera el de la concesión a compañías privadas. También en otros sectores se consolida el poder de la gran burguesía: la concentración de capitales se da en la producción textil, en particular en el hilado; en la metalurgia, cuando se produce la sustitución de la madera por carbón, como combustible, y la integración entre distintas industrias se vuelve, a raíz de esto, ventajosa. Los dueños de forjas compran entonces minas de carbón y de hierro.

Con respecto al *Banco de Francia* hay que señalar que estuvo en manos de un pequeño grupo de financistas que usufructuaron en su provecho el monopolio de emisión.

La gran burguesía se adhirió a la teoría económica de la escuela liberal, que rechazaba la intervención del Estado en la vida económica, y, exaltando la economía industrial, el maquinismo y el rol del empresario, afirmaba que el *desarrollo pleno* del capitalismo traería como consecuencia la disminución progresiva de la miseria del proletariado, considerada como un mal necesario. La burguesía francesa se apoyó en estas teorías, o las elaboró, para rechazar toda legislación social y justificar así la sujeción de las clases laboriosas, cuya suerte, opinaban, no podría ser mejorada más que por la caridad privada, el ahorro y la restricción de los nacimientos. No aceptaban, en cambio, las teorías librecambistas pues consideraban que el Estado debía, por derechos de aduana prohibitivos, proteger la industria naciente.

A raíz de la crisis de 1847 la industria metalúrgica -que se encontraba en pleno auge- no encuentra mercado para su producción. Baja el volumen de los negocios, las ganancias y la producción. El cierre de las fábricas, los despidos masivos, y el descenso de salarios agudizan la crisis, que tendrá como corolario la insurrección obrera.

LOS GRUPOS SOCIALES EXCLUIDOS DEL PODER

Una vez en el poder, gracias al régimen que habían fundado, los miembros de la gran burguesía hicieron lo posible para conservar la exclusividad del poder político, descartando a los grupos que podían oponérseles, en primer lugar a la mediana pequeña burguesía. Los industriales y comerciantes pequeños y medianos iban tomando conciencia de que eran una fuerza importante y comprendían también que el poder económico dependía del poder político y, que negándose éste, se les impedía desarrollar aquél. Otros grupos de la clase media -los funcionarios de nivel inferior, los miembros de las profesiones liberales y los intelectuales (periodistas y escritores)- reclamaban la incorporación de las "capacidades" a la franquicia electoral. Todos estos grupos, que habían participado activamente en las sociedades secretas que habían proliferado bajo la *Restauración*; en particular *"La Carbonaria",* se asociaron a la Revolución en las barricadas de París y durante los primeros meses del nuevo régimen lo apoyaron sin reticencias. Alentados por la reforma electoral de 1831, que ampliaba débilmente el cuerpo electoral, pensaron que su turno llegaría pronto. Pero no fue así. Durante dieciocho años la gran burguesía fue derrumbando, una tras otra, todas las esperanzas de sus aliados de 1830, negándose a concretar la reforma parlamentaria y la reforma electoral. Pequeños y medianos burgueses pasaron a nutrir las filas de la oposición, apoyando las tendencias republicanas y también, en algunos casos al bonapartismo. En muchos de ellos las ideas liberales se cargaban con la protesta por la injusticia frente a la miseria de las clases populares, y fue por eso que aceptaron las primeras ideas del socialismo, particularmente del definido como utópico, que consideraba posible aliviar la situación de los obreros sin alterar fundamentalmente la estructura social.

Los "Talleres Nacionales"

El señor Marie organizó los Talleres Nacionales con inteligencia, pero sin utilidad para el trabajo productivo. Les puso frenos, les dio jefes, les inspiró un espíritu de disciplina y de orden. Hizo de ellos, durante cuatro meses . . . un ejército pretoriano, pero ocioso, en manos del poder. Comandados, dirigidos, sostenidos por jefes que tenían el pensamiento secreto de la parte antisocialitsa del gobierno provisional, los Talleres Nacionales contrapesaron, hasta la llegada de la Asamblea Nacional, a los obreros sectarios de Luxemburgo y a los obreros sediciosos de los clubes. Muy lejos de estar al lado del señor Louis Blanc, estaban inspirados por el espíritu de sus adversarios.
(De Lamartine, *Histoire de la Révolution de 1848.*)

Las reivindicaciones obreras

De todos los periódicos nacidos alrededor de 1840, *El Atelier* es quizá el más importante. Periódico obrero, redactado por obreros, publicó un programa de reivindicaciones que la revolución de 1848 seguiría, en parte, en su primera etapa.

1º) Limitación de la jornada de trabajo.
2º) Abolición del sistema de los subcontratistas.
3º) Reglamentación de la colocación.
4º) Establecimiento de un salario mínimo.
5º) Supresión de la obligación de la libreta.
6º) Reglamentación de la competencia hecha a los obreros por la mano de obra de prisioneros y conventos.
7º) Transformación profunda de los consejos de conciliación.
8º) Indemnización por los accidentes de trabajo.
9º) Cajas de retiros para la vejez.
10º) Libertad de reunión, de coalición y de asociación.

Para paliar la creciente desocupación el ministro Marie organizó en febrero de 1848 los Talleres Nacionales. Meses después el propio Marie los llamaría "organización de la limosna". En la ilustración: un grupo de obreros espera su turno de trabajo.

Con su política exclusivista la gran burguesía minaba sus propias bases de sustentación porque eran los pequeños y medianos burgueses los que formaban los mayores efectivos de la Guardia Nacional, el instrumento básico en la defensa del régimen y del rey.

Durante los primeros años de la monarquía, en los cuales las revueltas populares fueron frecuentes, en especial en 1832 y 1834, la Guardia Nacional defendió con energía la legalidad. Pero en 1848 los regimientos parisinos se alinearon en la oposición y rehusaron cumplir con su función de defensa. Su actitud provocó entonces la caída del sistema.

LOS OBREROS

El descenso de los precios de los productos industriales, fenómeno general en Europa entre 1817 y 1851, entrañó de parte de la clase patronal una misma reacción en todas partes: el productor se esfuerza por reducir sus costos de fabricación y el salario se le aparece, entre los factores sobre los que puede actuar, como el más fácilmente reducible. Es por esta razón que en los salarios obreros se da, en el mismo período, una tendencia a la disminución. Este fenómeno fue reforzado además por el aumento continuo de la oferta de mano de obra. La prolongación de la jornada de trabajo, provocada por la aplicación de las máquinas, la iluminación a gas y la necesidad misma de la competencia, se convierten en un hecho general. Sin embargo, fueron preferidas por el obrero a la reducción de su salario.

La jornada de trabajo era, en general, superior a las 15 horas; las mujeres y los niños eran explotados despiadadamente; la única ley de protección del trabajo -que limitaba la jornada de los mineros a 12 horas- no se cumplía en la práctica. Condiciones deplorables, agravadas por la decadencia del artesano, por la dependencia del obrero, sancionada por la libreta de trabajo, por los abusos del sistema de subcontratistas, por la indiferencia casi total del Estado respecto a la clase obrera. Poco a poco van aumentando las voces que desde diferentes perspectivas denuncian la situación. A partir de 1830 los obreros franceses que saben que son ellos los que han asegurado la victoria de la revolución, comienzan a tomar conciencia de su existencia como clase. Es entonces cuando aparecen los primeros periódicos obreros y se constituyen asociaciones de resistencia bajo la apariencia de sociedades de ayuda mutua.

Fracasadas las insurrecciones de 1834 la represión se agudiza: la ley de asociaciones del 10 de abril de ese mismo año estaba destinada a destruir las organizaciones obreras. Los obreros más activos se ven obligados a refugiarse en sociedades secretas. El trabajo en estas sociedades hará más estrecha la unión, esbozada en 1834, entre el partido republicano y el movimiento obrero.

Los grupos actuantes en las sociedades secretas comienzan a impregnarse de las ideas socialistas. Los sansimonianos, socialistas utópicos, condenaban la anarquía económica, la explotación de la clase obrera y preconizaban la socialización de los medios de producción y la educación generalizada. La distribución de la riqueza creada por la sociedad debía realizarse, según ellos, de acuerdo a la capacidad de cada uno y juzgando la capacidad por las obras. También alcanzaron gran difusión en ese momento las ideas de dos líderes obreros: Louis Blanc y Augusto Blanqui.

Louis Blanc fue fundamentalmente un moderado. Aunque atacaba al capitalismo y al sistema de libre competencia y denunciaba los sufrimientos de los obreros bajo el régimen existente, era decididamente enemigo de la doctrina de la lucha de clases. Blanc tenía una profunda fe en la democracia representativa basada en el sufragio universal. Atribuía al Estado una posición preponderante en la

planificación económica y el desarrollo de los servicios sociales. Expuso sus ideas en dos obras: Organización del Trabajo y El derecho al trabajo. "Todo hombre -declaraba- tiene derecho a la existencia y por consiguiente al trabajo." En virtud de esto el Estado debía asegurar, a todos los ciudadanos capaces, empleo en condiciones razonables de remuneración, ayudando mediante capital y créditos al establecimiento de cooperativas de obreros. Una vez facilitado por el Estado el impulso inicial los obreros mismos dirigirían estos "Talleres Sociales", repartiendo las utilidades de manera tal que se realizase una distribución justa y se dispusiera de capital suficiente para seguir desarrollando la producción y realizando nuevas inversiones. Creía que las asociaciones obreras apoyadas por el Estado serían capaces, al agrupar a los mejores obreros, de provocar, por su mayor eficiencia, el fracaso del capitalismo. Sus ideas se difundieron especialmente a partir de 1839, fecha en que apareció su libro *Organización del Trabajo*. La tradición del ala izquierda jacobina y babuvista, gran parte de la cual se hizo comunista después de 1830, tuvo su caudillo en Augusto Blanqui, discípulo de Buonarroti. Esta corriente, políticamente mucho más madura, fue la dominante en las sociedades secretas en el período 1835-1841. Blanqui se llama a sí mismo "comunista", pero afirmaba que el comunismo no podía establecerse sino por etapas, a medida que el pueblo se fuese preparando para él mediante la educación en las verdaderas ideas republicanas. Pensaba hacerse dueño del poder mediante un golpe de Estado organizado por una minoría de revolucionarios disciplinados y adiestrados en el uso de las armas. Aspiraba a crear un grupo, relativamente pequeño, de hombres escogidos quienes serían la cabeza de una dictadura destinada a dirigir la educación del pueblo con vistas a introducir el nuevo sistema social del comunismo.

LAS SOCIEDADES SECRETAS y LA INSURRECCIÓN DE 1839

De las muchas sociedades republicanas surgidas después de 1830, la más influyente, al principio, fue la *"Sociedad de los Amigos del Pueblo",* dirigida por Godefroy Cavaignac. En ella ingresó Blanqui. En 1835, en colaboración con Barbés -otro líder obrero de importante actuación en el movimiento insurreccional- fundó una nueva asociación clandestina, la "Sociedad de las Familias", que en 1837 fue reemplazada por la "Sociedad de las Estaciones".

Con la "Sociedad de las Familias" se había fusionado la "Sociedad de Las Legiones Revolucionarias" y en 1837, al fundarse la "Sociedad de las Estaciones" otro grupo se separa y forma las

"Falanges Democráticas". En 1840 todos estos grupos se fusionan en la *"Sociedad Comunista".*

Las sociedades que hemos mencionado estaban formadas por franceses, de la clase media y de la clase trabajadora, pero existían otras, como la *"Liga de los Proscriptos"* (1835-1836) y la *"Liga de los Justos"* (1836-1839), constituidas por refugiados alemanes y suizos, periodistas, empleados, artesanos y obreros. Los

lazos existentes entre estas diversas sociedades hicieron surgir la tendencia internacional del movimiento obrero. Desde ese momento el movimiento buscará consolidar la solidaridad internacional de la clase obrera.

En la primavera de 1839 Blanqui y los afiliados de la "Sociedad de las Estaciones" intentan aprovechar la situación provocada por la crisis económica y el paro forzoso entre los trabajadores para promover una insurrección. Cerca de trescientos hombres dirigidos por Blanqui y Barbés atacan el Ayuntamiento, completamente vacío por tratarse de un día domingo. Desde allí incitan al pueblo a tomar las armas: *"Pueblo, levántate, tus enemigos desaparecerán como polvo ante el huracán..."* Pero el llamado no encuentra eco. La conspiración, rodeada del mayor misterio, sorprende tanto a la fracción republicana, que hubiera podido apoyarla, como al gobierno. Barbés y Blanqui son detenidos, junto con otros jefes. En 1848 Blanqui, que recién había recuperado la libertad, se puso al frente de la *"Sociedad Central Republicana",* enemistado con Barbés, que había organizado el *"Club de la Revolución".*

El fracaso de la insurrección de 1839 no terminó con el movimiento canalizado en las sociedades secretas. Los pocos afiliados de la *"Sociedad de las Estaciones"* que quedaron en libertad se unieron a otros grupos para formar la *"Asociación Comunista".* En esta actuaban tres tendencias: la de los moderados, reformistas que pensaban que con la revolución política se produciría la revolución social; la de los babuvistas o comunistas propiamente dichos, y la de los seguidores del comunismo icariano, tendencia cuyos progresos comenzaron a frenar el avance de las doctrinas de Blanqui. El ideólogo del comunismo icariano, E. Cabet, autor de Viaje a Icaria (1840), defendía un comunismo igualitario y autoritario, donde la remuneración se hiciera según las necesidades, negaba la revolución violenta y predicaba una evolución pacífica y progresiva. La descomposición de las tendencias políticas del movimiento obrero en esta diversidad de sectas rivales señala a un proletariado no homogéneo y todavía en desarrollo.

EL MOVIMIENTO SINDICAL EN LA DÉCADA DE 1840

En 1839 la crisis económica golpea duramente a la población francesa: la desocupación aumenta, la carestía del trigo provoca desórdenes. En París, de cada tres obreros uno muere de hambre. La protesta se canaliza al año siguiente en un movimiento sindical que apela a las huelgas. Un movimiento de vasto alcance que afirmará reivindicaciones destinadas a formar un primer programa de legislación del trabajo. Los conflictos laborales se suceden: la primera huelga es la de los sastres, en marzo de 1840; en julio se organiza la coalición de los obreros en papeles pintados; en ese mismo mes los obreros zapateros reclaman un aumento de salarios; en septiembre los obreros ebanistas reclaman la supresión del sistema de subcontrato y los obreros constructores de carruajes piden la disminución de la jornada de trabajo a 12 horas; también van a la huelga los obreros que fabrican clavos, los albañiles, los hilanderos de algodón,

los panaderos, los encuadernadores, los curtidores, los bataneros, los tejedores de géneros de punto, etcétera.

El movimiento huelguista no tuvo objetivos políticos: fue puramente sindical. Sin embargo, el gobierno movilizó importantes tropas y, para justificar la represión, la policía inventó un complot republicano. Se detuvo a dirigentes y se confiscaron algunas publicaciones como *La Organización del Trabajo*, de Louis Blanc, alegando que el autor *"se complacía en exagerar los padecimientos de la clase pobre"*. Los arrestos políticos son seguidos por los de los huelguistas: 140 hilanderos, 62 carpinteros, 38 obreros constructores de carruajes, etc. En total: 409 detenciones.

Una buena parte del movimiento sindical en la década de 1840 se canalizó hacia el logro de la solidaridad entre los trabajadores por medio de la organización de una *"Unión Obrera".* Expresión de parte de esas ideas fue el libro de Flora Tristán, *La Unión Obrera*, aparecido en 1843, y en el cual la autora trazó un esbozo de la *Internacional*.

ANTECEDENTES INMEDIATOS DE LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

El centro de la agitación política durante la década de 1840 fue la campaña en pro de la Reforma Electoral. Diversos sectores !a apoyaban. Para muchos obreros el sufragio universal y la democracia política debían necesariamente producir la liberación social. También la mediana y pequeña burguesía, ya lo hemos visto, aspiraba a lograr una participación en el cuerpo electoral. Numerosos monárquicos, por su parte, aspiraban a que se cambiara el sistema de voto: entre los legitimistas, el abad de Genoude, redactor en jefe de la Gaceta de Francia, se declaraba partidario del sufragio universal; entre los mismos orleanistas, los opositores a Guizot -cuya cabeza visible era Odilon Barrot, aun declarándose fieles al rey -lo que hacía que su fracción fuera llamada la "oposición dinástica"- deseaban que el cuerpo electoral no se integrara solamente con las personas de fortuna y pedían que se incorporara a los hombres instruidos, a "las capacidades".

En la prensa, el órgano de la burguesía republicana era *El Nacional*. En 1843 elementos muy diversos de la izquierda radical, como Ledru-Rollin o Flocon, y del socialismo, como Louis Blanc, decidieron fundar un periódico más democrático, y así surgió *La Reforma*, destinado a encontrar amplio eco entre los sectores obreros más instruidos. Mientras *El Nacional* defendía la economía liberal *La Reforma* preconizaba una legislación socialista y el reconocimiento del derecho al trabajo.

Hacia 1847 la agitación en pro de la reforma se hace a través de una serie de banquetes donde se codean republicanos y monárquicos. Como regla general en ellos se reunían solamente los burgueses, pero los discursos eran seguidos por obreros que, atentos y graves, se ubicaban de pie cerca de los comensales.

EL DERECHO AL TRABAJO

[fragmento] Prudhon: *Las confesiones de un revolucionario*

"...El gobierno provisional había garantizado, de una manera más formal, el derecho al trabajo. Esa garantía la había dado en virtud de su pretendida iniciativa, y el pueblo la había aceptado como tal. El compromiso había sido tomado de una parte y de otra de buena fe.

¿Cuántos hombres en Francia, el 24 de febrero, inclusive entre los adversarios más encarnizados del socialismo, creían imposible en un Estado tan fuertemente organizado como el nuestro tan abundantemente provisto de recursos, asegurar trabajo a algunos centenares de millares de trabajadores? Ninguno. La cosa parecía tan fácil, tan sencilla; la convicción al respecto era tan general que los más refractarios al nuevo orden de cosas se hubiesen considerado felices de terminar a ese precio la revolución. Por otra parte, no había que darle vueltas: el pueblo era dueño y cuando, después de haber llevado el peso del día y del calor, no pedía como honorarios por su soberanía más que trabajar aún, el pueblo podía pasar con justo título por el más justo de los reyes y el más moderado de los conquistadores.

Se habían dado tres meses al gobierno provisional para hacer honor a su obligación. Los tres meses habían transcurrido y el trabajo no había llegado. Habiendo aportado algún desorden en las relaciones la 'manifestación del 15 de mayo, el plazo dado por el pueblo al gobierno fue renovado; pero el vencimiento se aproximaba sin que nada diese lugar a creer qué la letra sería pagada.

-Haznos trabajar tú mismo, habían dicho los obreros al gobierno, si los capitales no pueden reiniciar su fabricación.

A esta proposición dé los obreros el gobierno opuso un triple fin de no ha lugar.

-Yo no tengo dinero -decía- y por consiguiente no puedo aseguraros salarios.

No tengo qué hacer yo mismo con vuestros productos y no sabría a quien venderlos.

Y, aun cuando pudiese venderlos, eso no me beneficiaría absolutamente en nada porque, al encontrarse detenida la industria libre por mi competencia, me enviaría sus trabajadores.

-En este caso, encárgate de toda la industria, de todos los transportes, de la agricultura misma -replicaban los obreros.

-No puedo, objetaba el gobierno. Semejante régimen sería la comunidad, la servidumbre absoluta y universal, contra la cual protesta la inmensa mayoría de los ciudadanos. Lo ha probado el 17 de marzo, el 18 de abril,

el 15 de mayo; lo ha probado enviándome una asamblea compuesta en sus nueve décimas partes por partidarios de la libre competencia, del comercio libre, de la propiedad libre e independiente. ¿Qué queréis que haga contra la voluntad de 3 millones de ciudadanos, contra la vuestra, oh, desgraciados obreros, que me habéis salvado de la dictadura el 17 de marzo?

-Haznos crédito, adelántanos capitales, organiza la comandiata del Estado.

-No tenéis garantía que ofrecerme, observaba el gobierno. Y además, os lo he dicho, todo el mundo lo sabe, no tengo dinero.

-Al Estado corresponde dar crédito, no recibirlo, se nos ha dicho y nosotros no lo hemos olvidado. Crea un papel moneda; lo aceptamos de antemano y lo haremos recibir a los nuestros.

-¡Curso forzoso! ¡Asignado! -respondía con desesperación el gobierno-. *Yo puedo forrar el pago, pero no puedo forzar la venta; vuestro papel moneda caerá en tres meses bajo la depredación y vuestra miseria será peor.*

-¿La revolución de febrero no significa, pues, nada? -se dijeron con inquietud los obreros-. ¿Es preciso que muramos todavía por haberla hecho?..."

EL MOVIMIENTO DE FEBRERO

A principios de 1848 el XII distrito parisino quiso tener también su banquete reformista. Comprendía dicho distrito los barrios de Saint-Victor y Saint-Marcel, y era un nido de revolucionarios, más dispuestos a seguir los consejos de Louis Blanc y de *La Reforma* que a escuchar a Odilon Barrot.

La "oposición dinástica" se atemorizó ante el proyecto. En un primer momento el banquete se había programado para un domingo y la cotización se había fijado en 3 francos; luego, para desalentar la concurrencia de los elementos proletarios, se fijó un día laborable y se elevó el precio a 6 francos. Sin embargo, el ministerio se siguió oponiendo a su realización y después de largas negociaciones entre Guizot y la oposición se decidió que en principio el banquete fuese prohibido, pero que se permitiera a los miembros de la oposición reunirse allí, bajo la condición de que se pronunciaran los discursos sin que hubiese exteriorizaciones y que todo se normalizase rápidamente. Tales negociaciones fueron divulgadas por la prensa republicana, la cual trataba irónicamente a los "reformistas", quienes después de haber atacado al gobierno Guizot, se inclinaban ante el ministerio cuando éste mostraba alguna energía. El 21 de febrero *El Nacional, La Reforma* y *La Democracia Pacifica* difundieron un proyecto de manifestación popular. Esta acompañaría a los miembros de la

oposición hasta el lugar donde habría de realizarse la reunión. Se invitaba a los guardias nacionales a concurrir con su uniforme.

Ese mismo día se reunió el gabinete y prohibió todo tipo de demostración. Barrot, por su parte, convocó por la tarde a los principales líderes de la oposición y afirmó que no iría al banquete. La mayoría lo apoya. El 22 de febrero *El Nacional* anuncia que el banquete se ha suspendido y pide a la población que conserve la calma.

Los políticos parisinos creen poder controlar a las clases populares, pero los hechos demuestran lo contrario: la agitación crece durante el día y por la noche se forman barricadas. El gobierno decide recurrir al dispositivo de seguridad que prevé las operaciones que deben ejecutar el ejército y la Guardia Nacional en caso de Insurrección.

Al día siguiente se produce un acontecimiento capital: de las diez legiones de la Guardia Nacional solamente una, apoya al gobierno; las demás se declaran partidarias de la reforma y se niegan a reprimir la rebelión. Su actitud debilita el espíritu del ejército regular, que comprende que deberá combatir no solamente contra obreros mal armarlos sino también contra los batallones de la Guardia Nacional. Luis Felipe pide la renuncia de Guizot al ministerio y anuncia que ha convocado en su reemplazo al conde de Molé. Mientras tanto, "dinásticos" como Thiers y Odilon Barrot consideran que han alcanzado la victoria sin que la monarquía pase realmente peligro, pues en las calles ha comenzado a renacer la calma.

Sin embargo no es así. Un incidente trágico se produce en el bulevar de los Capuchinos. Una columna de manifestantes descendía por él, llevando antorchas y agitando una bandera roja. Al pasar frente a un regimiento de línea que custodia el Ministerio de Asuntos Extranjeros suena un disparo. Los soldados, que se creen en peligro, comienzan a disparar y matan a más de cincuenta personas. Los obreros levantan los cadáveres y los ubican sobre un carro. El cortejo fúnebre comienza a atravesar los barrios de París y a su paso se levantan nuevamente las barricadas.

A la noche Luis Felipe se entera de lo sucedido al mismo tiempo que el conde de Molé le informa que no puede formar gabinete. El rey decide entonces que Thiers se haga cargo del gobierno y que Bugeaud se ponga al frente de las fuerzas de represión. Thiers, que en 1834 había sido uno de los responsables de la masacre de la calle Transnonain y que en 1871 sería el encargado de la sangrienta represión en el París de la Comuna, podía pasar en los últimos años de la monarquía de julio por un hombre de izquierda y Luis Felipe lo llama al gobierno para complacer al pueblo y consolidar la monarquía. Por el contrario, Bugeaud interviene en carácter de hombre fuerte. Este en el episodio de la calle Trasnonain había jugado un triste papel y, si bien no había sido más culpable que Thiers, era francamente detestado por los parisinos.

Al día siguiente las tropas dirigidas por Bugeaud se enfrentan con las barricadas obreras. Aunque tienen órdenes de actuar con severidad algunos jefes no se animan a ordenar el derramamiento de sangre y el desorden cunde entre los soldados, muchos de los cuales entregan sus armas a los manifestantes.

En la Corte reina la consternación. Luis Felipe abdica en favor de su nieto, el Conde de Paris, y confía la regencia a la duquesa de Orleáns. Mientras tanto en *El Nacional* se llevan a cabo reuniones en las que se estudia la formación de un gobierno provisorio.

[Después de los primeros signos de rebelión, Luis Felipe abdica en favor de su nieto, el Conde de París y entrega la regencia a la duquesa de Orleáns]

Los moderados de *El Nacional* desean que la "oposición dinástica" forme parte del gobierno, y Garnier Pagés y Pagnerre invitan a Odilon Barrot a incorporarse a él. Pero la revuelta crece y se generaliza hora a hora, y los hombres de *El Nacional* cambian de parecer y pasan a negociar con la izquierda. Llegan así a un acuerdo con el equipo de *La Reforma*, con el cual se reparten las carteras del nuevo gobierno, reservándose para sí la mayoría de ellas.

Por la tarde, la Regente y su hijo se presentan en la Cámara de Diputados. Barrot invita a sus colegas a reconocer como rey al Conde de París, mientras la multitud, cada vez más enardecida, invade la sala de sesiones. Lamartine, el poeta, aprovecha su popularidad entre las clases humildes para obtener silencio. Comienza su discurso con un delicado elogio de la Regente y de su hijo, pero invita a los ciudadanos a agruparse en torno al Gobierno Provisorio:

"¡Que se constituya ese gobierno en este mismo instante -exclama- *que se constituya en virtud del derecho a la paz pública, el derecho de la sangre que corre, el derecho del pueblo, que puede estar orgulloso del glorioso trabajo que cumplió en los últimos tres días!"*

Se une entonces a Ledru-Rollin y juntos deciden dirigirse al Ayuntamiento para constituir allí el gobierno provisorio. La revuelta, que había comenzado al grito de *"¡Viva la Reforma!",* termina con la exigencia de que se proclame la república.

Frente al Ayuntamiento la multitud se impacienta. Conoce los nombres de los miembros del Gobierno Provisorio, en el cual, junto a los representantes de los diferentes grupos burgueses, figuran los nombres de Louis Blanc y de un obrero llamado Albert, elegidos por aclamación popular frente al edificio de *La Reforma.*

Pero eso no es suficiente: el pueblo de París teme que se le escamotee el triunfo, como en 1830, y exige la República.

Los hombres de El Nacional tienen reservas con respecto a la proclamación de la República. El texto que se adopta es el siguiente:

"Aunque el Gobierno Provisorio actúa en nombre del pueblo francés y

prefiere la forma republicana, ni el pueblo de París ni el Gobierno Provisorio pretenden imponer su opinión a la totalidad de los ciudadanos, que serán consultados sobre la forma definitiva de gobierno que proclame la soberanía del pueblo".

Pero la tarde del 24 de febrero, ante la multitud que exige impaciente la proclamación de la República, los dirigentes no se animan a leer este texto, al que se habla llegado después de laboriosas tratativas. Entonces Lamartine aparece en un balcón y, resueltamente, anuncia la proclamación de la República.

El Gobierno Provisorio, unánimemente, se niega a adoptar la bandera roja como emblema republicano. Se llega entonces a un compromiso: la bandera tricolor con una roseta roja, colocada en el asta, será la insignia de los miembros del gobierno. Los acontecimientos de París tuvieron repercusión en el interior: en ciertos centros manufactureros, como Reims y Lyon, se produjeron desórdenes. También se producen revueltas con destrucción de Sinagogas en Alsacia y de conventos y castillos aristocráticos en otros lugares; revueltas campesinas en varios departamentos y destrucción de telares a vapor y de fábricas textiles en Champagne y Normandía.

EL GOBIERNO PROVISORIO DE FEBRERO DE 1848

Carlos Marx. *La Lucha de clases en Francia*.
(Fragmento)

"...El Gobierno provisorio que surgió de las barricadas de febrero reflejaba necesariamente, en su composición, a los diversos partidos que se repartían la victoria. No podía ser más que un compromiso entre las diferentes clases que habían derrocado juntas al trono de julio, pero cuyos intereses se oponían con hostilidad. Estaba compuesto, en mayoría, de representantes de la clase burguesa. La pequeña burguesía republicana estaba representada por Lodru Rollin y Flocon; la burguesía republicana por las gentes de la oposición dinástica por Crémieux, Dupont del Eure, etcétera. La clase obrera no poseía más que dos representantes, Luis Blanc y Albert. En fin, en el Gobierno provisorio Lamartine no estaba, en un principio, representando ningún interés real, ninguna clase determinada; era la misma revolución de febrero, el levantamiento común con sus ilusiones, su poesía, su contenido imaginario y sus frases. Pero, en el fondo, el portaestandarte de la revolución de febrero, por su posición como por sus opiniones, pertenecía a la clase burguesa.

Si a causa de la centralización política, París domina a Francia; los obreros dominan a París en los momentos de sismos revolucionarios. La primera manifestación de existencia del Gobierno provisorio, fue la tentativa de substraerse a esa influencia predominante, apelando a la sangre fría de

Francia contra el París embriagado. Lamartine negó a los combatientes de las barricadas el derecho de proclamar la República, diciendo que únicamente la mayoría de los franceses tenía cualidad para hacerlo; que había que esperar el voto de ella, que el proletariado parisino no debía ensuciar su victoria con una usurpación. La burguesía no permite al proletariado más que una sola usurpación: la de la lucha.

El 25 de febrero, hacia mediodía, la República aún no había sido proclamada pero, en cambio, ya, se habían repartido todos los ministerios entre los elementos burgueses del Gobierno provisorio y entre los generales, banqueros y abogados de *El Nacional.* Pero esta vez los obreros estaban resueltos a no tolerar más un escamoteo semejante al de julio de 1830. Estaban dispuestos a realizar de nuevo el combate e imponer la República por la fuerza de las armas. Con esta misión, Raspad se presentó al Ayuntamiento. En nombre del proletariado parisién, ordenó al Gobierno provisorio que proclamara la República, declarando que si esta orden del pueblo no era ejecutada dentro de dos horas, volvería a la cabeza de 200.000 hombres. Todavía los cadáveres de los combatientes estaban apenas fríos, las barricadas no habían sido levantadas, los obreros no estaban desarmados y la única fuerza que se podía oponerles era la guardia nacional. En estas circunstancias, las consideraciones políticas y los escrúpulos jurídicos del Gobierno provisorio se esfumaron bruscamente. Aún no había transcurrido el plazo de dos horas y ya se destacaban sobre todos los muros de París, en caracteres gigantescos:

¡República francesa ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

Con la proclamación de la República sobre la base del sufragio universal, se borraba hasta el recuerdo de los objetivos y móviles mezquinos que habían lanzado la burguesía a la revolución de febrero. ¡En lugar de algunas fracciones solamente de la burguesía, todas las clases de la sociedad francesa se hallaban de súbito proyectadas en la órbita del poder político, obligadas a abandonar los palcos, la platea y las galerías, para representar personalmente en la escena revolucionaria! ¡Con la monarquía constitucional desaparecían igualmente la apariencia de un poder público que se oponía arbitrariamente a la sociedad burguesa, y toda la serie de luchas secundarias que exige esa ficción de poder!

Imponiendo la República al Gobierno provisorio y, por éste, a toda Francia, el proletariado se colocaba de inmediato en el primer plano en tanto que era partido independiente; pero, al mismo tiempo, lanzaba un desafío a toda la Francia burguesa. Había conquistado terreno en vista de la lucha para su emancipación revolucionaria, pero de ninguna manera esa emancipación misma...”

LOS CONFLICTOS EN EL SENO DEL GOBIERNO PROVISORIO

La composición del Gobierno Provisorio era muy heterogénea. La mayoría estaba constituida por representantes de la burguesía, hombres de *El Nacional* como Garnier-Pagés, Marrast, Marie; la pequeña burguesía estaba representada por Flocon y Ledru-Rollin; la "oposición dinástica" por Cremieux, etc.; finalmente, Blanc y Albert habían sido impuestos por los grupos obreros. Pronto se pondrá en evidencia que los intereses representados eran divergentes y en algunos casos opuestos. Es que para los moderados la revolución había terminado, mientras que para los socialistas recién comenzaba.

Los conflictos que entonces se producen se centralizan, como ya lo hemos puntualizado, en torno a tres problemas:

1. las medidas a adoptar para aliviar los efectos de la crisis económica y el establecimiento de la legislación laboral exigida por los obreros, todo aquello que se canaliza en la polémica sobre los Talleres Nacionales y en la actuación de la Comisión de Luxemburgo;
2. la actitud que debía adoptar la República Francesa con respecto a las luchas sociales que se desarrollaban en otros países de Europa, especialmente Polonia e Italia, asunto sobre el cual pueblo y gobierno no estaban de acuerdo, y
3. criterio a adoptar frente a las lecciones para la Asamblea, en la medida en que éstas podían terminar, si se realizaban apresuradamente y sin una campaña política que preparara al pueblo (especialmente al campesinado), beneficiando a la reacción.

LA COMISIÓN DE LUXEMBURGO

En los primeros días que siguieron a la revolución los obreros consiguieron arrancar al Gobierno Provisorio importantes concesiones.

Por un decreto del 25 de febrero el gobierno garantizó la existencia del,obrero por medio del trabajo, comprometiéndose a asegurar ocupación para todos los ciudadanos. Louis Blanc, que había redactado este decreto, solicitó también la creación de un Ministerio de Trabajo. No lo obtuvo, pero en su lugar el 28 de febrero se creó la "Comisión del gobierno para los trabajadores", que en razón del lugar donde sesionaba se conocería como Comisión del Luxemburgo. Presidida por Blanc fue una especie de parlamento que representaba al mundo del trabajo. En cada profesión obreros y patrones designaron sus representantes en el Luxemburgo.

Desde 1840 los obreros habían luchado por reivindicaciones corporativas y elaborado un complejo programa de legislación del trabajo. La principal tarea de la Comisión del Luxemburgo será poner en práctica ese programa. Entró en funciones el 1° de marzo. Al día siguiente un decreto abolía el sistema de

subcontrato. (El sub-contratista se encargaba de hacer un trabajo por un precio dado y luego ocupaba oficiales, a los cuales les pagaba lo menos posible, para que lo ejecutaran bajo su dirección. Los obreros detestaban a los sub-contratistas, quienes los habían sometido a un duro régimen de explotación. Otro decreto del mismo día 2 fijaba la duración de la jornada de trabajo en 10 horas para París y en 11 para las provincias; el 8 de marzo se decidió el establecimiento de oficinas gratuitas de colocación en las alcaldías y el 27 de mayo de 1848 se autorizó a los obreros a ser electores y elegibles en los consejos de conciliación. Estos últimos eran consejos mixtos de obreros y patrones encargados de resolver los conflictos de trabajo.

La Comisión del Luxemburgo actuó desde el 1° de marzo hasta principios de mayo. Durante su existencia desempeñó el papel de árbitro, interviniendo en la regulación de innumerables conflictos entre patrones y obreros. Al mismo tiempo favoreció el desarrollo de la organización sindical, creando nuevas sociedades sindicales. y fusionando algunas de las existentes. Si bien su actuación fue efímera y sus logros fueron dejados sin efecto en los meses siguientes, la Comisión dejó sentado un importante precedente en el movimiento obrero.

LOS TALLERES NACIONALES

La Comisión del Luxemburgo no intervino en cambio en el decreto de creación de los Talleres Nacionales, ideados por el Ministro de Trabajos Públicos, Marie, para aliviar la desocupación. La revolución había estallado en plena crisis industrial; el número de obreros sin trabajo aumentaba día a día. El 28 de febrero Marie tomó a su cargo la organización de los talleres que él mismo, meses más tarde, llamará "organización de la limosna". Cuando los Talleres fracasaron se culpó de ello a los socialistas, en particular a Louis Blanc. Este había propiciado la creación de talleres sociales organizados como verdaderas cooperativas de producción. Pero los Talleres Nacionales nada tenían que ver con esto: simplemente se limitaban a pagar a los obreros una suma que les permitía subsistir y a encargarles trabajos improductivos. A fines de marzo estaban inscriptos en ellos 21.000 obreros; a fines de abril, 94.000. Para reforzar los elementos de la Guardia Nacional el Ayuntamiento de París decidió la creación de veinticuatro batallones de Guardias Móviles, compuestos de jóvenes voluntarios que se enrolaban por un año. Reclutados entre los estratos más pobres de la sociedad, los desocupados y vagabundos que ingresan en la Guardia eran hombres decididos a todo con tal de salir de la miseria. El Gobierno Provisorio contó desde ese momento con una fuerza para enfrentar a los obreros.

LA SITUACIÓN FINANCIERA

El Gobierno Provisorio debió hacer frente a la grave situación financiera. Las clases poseedoras, al no tener confianza en el crédito del gobierno republicano,

alentaron la catástrofe demandando al Banco de Francia el reembolso en oro de sus billetes. Las reservas en oro del Banco cayeron en un 50 %. Garnier-Pagés, encargado del ministerio de Finanzas, decidió el curso forzoso de los billetes de banco y fusionó los bancos departamentales con el Banco de Francia. Estas medidas, sin embargo, no fueron más que paliativos y no aliviaron la situación. Mientras tanto el déficit presupuestario aumentaba y se había organizado un mercado clandestino del oro. Se intentó solucionar el déficit financiero mediante el establecimiento del impuesto llamado *"de los cuarenta y cinco céntimos",* que aumentaba en 45 céntimos por cada franco todas las contribuciones directas. En la práctica el nuevo impuesto recayó básicamente sobre el campesinado y enajenó definitivamente su posible apoyo a la República.

LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Lamartine, ministro de Asuntos Extranjeros, debió afrontar el delicado problema de las relaciones con el resto de Europa. La revolución de febrero no había limitado sus efectos al territorio francés. En Alemania, en Austria, en Polonia, en Hungría, en Italia, la agitación crecía. ¿Podía Francia dejar de mostrarse hostil con los príncipes que trataban de mantener los acuerdos de la Santa Alianza en contra de la libertad de los pueblos? Obrando de esa manera permitiría la formación de una nueva coalición de Inglaterra y Rusia en su contra. La pasividad de Francia podía paralizar la emancipación de Europa y dejar que los monarcas vencedores se volvieran contra la República misma.

Lamartine optó entonces por una posición de compromiso: envía a los agentes diplomáticos extranjeros una circular en la que condena los tratados de 1815, al tiempo que afirma que ninguna agresión deben temer las otras potencias por parte de Francia. Pero con esto no se terminaba el problema: el pueblo de París todavía tendría que dar su opinión.

LAS ELECCIONES PARA LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Desde el primer día el Gobierno Provisorio había anunciado su decisión de convocar a la totalidad de la población francesa para que se pronunciase libremente respecto de la forma de gobierno que quería adoptar.También desde el primer día se habían asegurado las libertades civiles y políticas: libertad de prensa y supresión de los impuestos que debían pagar los periódicos, libertad de reunión y de petición. Clubes y periódicos se multiplicaron y se abolieron la pena de muerte por causas políticas y la esclavitud.

Pero en ese momento convocar a elecciones planteaba importantes problemas. Blanqui y otros activistas afirmaban que un pueblo sometido durante tanto tiempo al dominio de las fuerzas reaccionarias no estaba preparado para votar por la verdadera libertad y que la política democrática no tendría ningún significado mientras no se preparara al pueblo mediante una larga campaña de educación política. Los dirigentes de los clubes revolucionarios trataban de que

el gobierno retrasara todo lo posible la convocatoria a elecciones para la Asamblea. Durante las jornadas del 17 de marzo y del 16 de abril hubo manifestaciones en el curso de las cuales el pueblo de París expresó su preocupación frente a la perspectiva de elecciones apresuradas. Se pensaba sobre todo en la inmensa masa de campesinos, analfabetos y no politizados, que seguirían las directivas de sus líderes locales, representantes del clero y de la nobleza rural. En el gobierno había indecisión. Lamartine insistía para que las elecciones tuvieran lugar cuanto antes, mientras que Louis Blanc pugnaba por retrasarlas ei máximo posible. Finalmente la convocatoria se hizo para el 23 de abril, instaurándose el sufragio universal.

Para reemplazar a los prefectos de la monarquía, Ledru-Rollin envió a los diversos departamentos comisarios de la República con poderes ilimitados. Estos debían actuar como educadores y propagandistas, pero su labor no fue eficaz.

LOS ACONTECIMIENTOS DEL 16 Y 17 DE MARZO

La igualdad era uno de los principios de la revolución de febrero. El 14 de marzo, el gobierno, consecuente con él, decidió que en lo sucesivo no solamente los burgueses y pequeños comerciantes entrasen en la Guardia Nacional: todo ciudadano sería guardia nacional y elector. Se pensaba, además, que en esas condiciones el equipamiento y la organización de- los diferentes cuerpos de la milicia cívica no debían reflejar ninguna de las jerarquías de la vida social y por eso se suprimió también toda distinción en los uniformes.

El pequeño burgués, pequeño comerciante o dueño de taller, no estuvo de acuerdo con la medida. Sentía como una ofensa para su condición de ciudadano propietario el que se pretendiera mezclarlo con los obreros y la masa popular, privándolo de su uniforme de gala, del cual se sentía orgulloso. El 16 de marzo, descontentos, varios miles de guardias nacionales realizaron manifestaciones contra el Gobierno Provisorio al grito de: *"¡Abajo Ledru-Rollin!" "¡Abajo los comunistas!"* A su paso encuentran grupos hostiles -mecánicos, tipógrafos, ebanistas- irritados ante la movilización anti-igualitaria.

Para el día siguiente se había programado una manifestación popular para solicitar al Gobierno Provisorio el aplazamiento de la fecha de las elecciones. Frente a los acontecimientos del día 16, Louis Blanc aprovecha su popularidad para dar a la manifestación del 17 de marzo el carácter de apoyo al gobierno. La cohesión popular es sorprendente. El pueblo muestra su fuerza con disciplina y sin agresiones. La demostración de lealtad al gobierno es también demostración de inquietud: se teme la acción de los monárquicos, se teme la actitud antirrepublicana de algunos oficiales del ejército. Piden que el ejército regular sea alejado de París.

El saldo de las dos jornadas es el afianzamiento de la autoridad del Gobierno Provisorio. Muchos extremistas no quedan conformes, como los que seguían a

Blanqui y a Barbés, quienes querían que el gobierno actuara con firmeza frente a los saboteadores de la República. Otra importante consecuencia de los acontecimientos mencionados fue el que se abriera la primera brecha en la alianza, consolidada en febrero, entre la pequeña burguesía y el pueblo obrero de París. A partir de ese momento los revolucionarios se dividieron.

EL 16 DE ABRIL

Courtais, comandante de la guardia civil, con el objeto de democratizar su estado mayor, había decidido incorporar catorce oficiales que pertenecieran a la clase obrera y que fueran designados por sus camaradas. La elección debía tener lugar el domingo 16 de abril en el Campo de Marte. Los delegados del Luxemburgo y los militantes de los clubes, los amigos de Blanqui, de Raspail, director de *El amigo del pueblo*, querían que la jornada fuese una manifestación de republicanismo y que se reiterase al gobierno la inquietud popular con respecto a las consecuencias que podían tener las elecciones apresuradas.

Mientras tanto, entre los miembros del gobierno comenzaba a hacer crisis el problema de la fecha de las elecciones. Ledru-Rollin vacilaba entre dar su apoyo a Blanc o a Lamartine. Finalmente, argumentando que al apoyar a los que eran mayoría en el gobierno salvaba la cohesión del poder, y por consiguiente a la República, apoyó a la fracción moderada. Cuando Louis Blanc anuncia que el 16 de abril, después de las elecciones del Campo de Marte, los obreros van a realizar una manifestación ante el Ayuntamiento, Ledru-Rollin y Lamartine, alarmados, convocan a la Guardia Nacional. Los obreros desfilaron ante la hostilidad de los guardias nacionales y el cortejo fue escindido en varios sectores por batallones de guardias móviles intercalados entre los manifestantes. La ruptura producida en marzo entre la pequeña burguesía y el sector obrero se ahondaba cada vez más, al tiempo que se ponía de manifiesto la desconfianza existente entre el Gobierno Provisorio y la mayoría de la población. Louis Blanc y Albert consideran a Ledru-Rollin un traidor, mientras que una inmensa ola de reacción social comienza a extenderse por todo el país. Según Caussidiére, en ese momento "se englobó, bajo el nombre de *comunistas*, a todos los republicanos devotos".

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

El resultado de las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente fue, desde el punto de vista político, confuso. Muchos orleanistas no figuraban entre !os candidatos por ser demasiado conocidos, pero sí otros que, aunque estuvieran menos marcados, no dejaban de ser extremadamente tibios en relación a la República. Estos candidatos, a quienes se llamaba "los republicanos del día siguiente", figuraban frecuentemente en las mismas listas que los hombres de *El Nacional*. Esta alianza proporcionaba al equipo de Marrast apoyo del centro-derecha y la derecha, y a los antiguos monárquicos un certificado de

republicanismo. En esas condiciones era difícil definir políticamente a la Asamblea: los republicanos moderados tenían alrededor de 500 bancas; los republicanos de tendencia socialista no disponían más que de 80; los orleanistas eran cerca de 200 y los legitimistas una centena. Había sólo 34 representantes salidos de las filas populares.

En mayo de 1848 la Asamblea Constituyente, después de atender a su organización interna, eligió un poder ejecutivo provisorio constituido por una Comisión Ejecutiva de cinco miembros. Lamartine, ante esa Asamblea que se orientaba hacia la derecha, trató de mantener una política de equilibrio entre el centro y la izquierda y propuso como miembro de la Comisión a Ledru-Rollin, mientras la separación de Louis Blanc y Albert se hacía inevitable. Los tres *moderados* de *El Nacional* -Arago, Gárnier-Pagés y Marie- obtuvieron la mayor cantidad de votos: 725, 705 y 702, respectivamente; Lamartine, 645, y Ledru-Rollin sólo 458.

LOS ACONTECIMIENTOS DEL 15 DE MAYO

En esos días llegó a París un grupo de delegados revolucionarios polacos con el objeto de pedir apoyo a la República. Los delegados no son bien recibidos por Lamartine y el pueblo parisino, que había apoyado con ardor los intentos de liberación de Polonia, se indigna. Se decía que el gobierno, negándose a intervenir, dejaría masacrar a los patriotas polacos e italianos como había sucedido en 1830.

Los delegados polacos, no habiendo obtenido nada de Lamartine, se dirigieron a la Asamblea, donde depositaron una petición. La Asamblea decidió discutir el problema el lunes 15 de mayo; los clubes, por su parte, organizaron para ese día una manifestación para que el pueblo expresara su lealtad a Polonia y a todos los pueblos oprimidos.

Un formidable cortejo que se había formado en la Bastilla invadió el recinto donde sesionaba la Asamblea. El *orden* peligraba. Por una parte la multitud producía inquietud en la Asamblea; por otra, había en el seno de ésta algunos elementos que no veían con disgusto la creciente efervescencia popular. Raspail leyó la petición; Barbés, tras un breve discurso, llamó a la calma; Blanqui hizo oír su voz: *"La Asamblea Nacional debe decidir que Francia no pondrá la espada en su vaina hasta que la antigua Polonia sea reconstituida por completo"*. Un nuevo personaje entra entonces en escena: Aloysius Huber, quien declara de manera solemne que la Asamblea debe ser disuelta. (Más tarde se le acusará de haber actuado como agente provocador.) El pueblo lo aplaude y se dispone a dirigirse al Ayuntamiento para constituir allí un nuevo gobierno provisorio. El gobierno insurreccional se constituyó rápidamente: Albert, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Huber, Thoré, Raspail, Cabet, Pierre Leroux. Pero la Guardia Nacional llega, salvando una vez más la situación para la fracción moderada. Albert y Barbés son detenidos. La aventura del 15 de mayo comprometió a Louis Blanc y

determinó que las capas tranquilas de la población se volcaran hacia la derecha.

Después del 15 de mayo avanza la reacción y todos los sospechosos de socialismo son alejados de los cargos públicos. Comienzan a circular versiones sobre la necesaria disolución de los *Talleres Nacionales*. En el pueblo crece la confusión y las tensiones; la miseria era grande y la desocupación llevaba al pueblo todas las tardes a los bulevares y plazas públicas, donde formaban lo que se llamó con justicia los "Clubes de la Desesperación".

LAS JORNADAS DE JUNIO

Pequeños y grandes burgueses sostenían la necesidad de terminar con la agitación popular, con la incertidumbre política, que provocaba el marasmo en los negocios y que paralizaba la actividad de la Nación. Nuevamente se puso sobre el tapete la debatida cuestión de los *Talleres Nacionales*, los cuales entre el 5 y el 15 de mayo habían costado al gobierno más de siete millones de francos. Una comisión especial de la Asamblea, encargada de analizar el problema, reclamó su disolución inmediata. El 21 de junio se hizo público el decreto por el cual se ordenaba que los obreros de 18 a 25 años inscriptos en los Talleres Nacionales se alistaran en el ejército y que los demás se prepararan para ir a los departamentos a realizar trabajos de terraplenado. En la mañana del 22 mil quinientos obreros, arengados por un teniente de los Talleres, Luis Pujol, se dirigen al Luxemburgo y piden ver a Marie. Este, que dos meses antes se había comportado demagógicamente frente a las brigadas de los Talleres, los amenaza con obligarlos a partir para provincias utilizando la fuerza. Al día siguiente se realiza una nueva manifestación; la multitud, que aumenta minuto a minuto, grita *"¡La libertad o la muerte!";* hombres y mujeres recorren la ciudad repitiendo: *"¡Pan o plomo! ¡Plomo o trabajo!"* A mediodía se levanta la primera barricada. Comienza así la insurrección que hará decir a Tocqueville:

> "...fue la más grande y singular que haya habido en nuestra historia... la más grande porque durante cuatro días más de 100.000 hombres estuvieron comprometidos en ella; la más singular porque los insurrectos combatieron sin gritos de guerra, sin jefes, sin banderas; y sin embargo con una unidad maravillosa y una experiencia militar que asombró a los más viejos oficiales".

Para contener a los rebeldes el gobierno reunió 30.000 soldados de tropa, 16.000 guardias móviles y de la Guardia Nacional, los batallones de los distritos occidentales (distritos burgueses) porque los batallones orientales se habían unido a los insurrectos y de los del centro sólo 4.000 de los 60.000 convocados respondieron al llamado del gobierno. El comando de las fuerzas se confió al general Eugenio Cavaignac.

Durante la segunda jornada de la revuelta se produjeron sangrientos combates. El domingo por la tarde la situación seguía siendo seria, pero era evidente ya que los insurgentes no podían ganar la partida. Los guardias nacionales de

provincia, comandados por Ledru-Rollin, no cesaban de afluir a París. Los elementos obreros se esforzaban vanamente por trabar la llegada de esos refuerzos arrancando rieles y deteniendo trenes.

Los combates del lunes fueron más esporádicos. Sobre ciertas barricadas los combatientes resistieron hasta el último hombre, pero en otros se parlamentaba y los obreros proponían la rendición. Algunos diputados intervinieron, esforzándose por detener la efusión de sangre, y muchos insurgentes comenzaron a dejar las armas. Pero Cavaignac se muestra implacable: sobre las barricadas mueren cuatro o cinco mil insurgentes, pero más de tres mil son masacrados después del combate por los soldados de la guardia móvil y del ejército regular. En total son arrestadas 11.671 personas. Algunos son ejecutados; otros, condenados a trabajos forzados.

EL MECANISMO REVOLUCIONARIO

F. Engels, *prólogo* a: Carlos Marx, *Las luchas de clases en Francia*, 1895.

> "...Cuando estalló la revolución de febrero, estábamos todos -respecto de nuestras ideas sobre las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios-, influenciados por la experiencia histórica anterior y, especialmente, por la de Francia. ¿No era precisamente de esta última -que, a partir de 1789 había dominado toda la historia de Europa- de quien partió también ahora la señal de la subversión general? Así, era evidente e inevitable que nuestras ideas sobre la naturaleza y la marcha de la revolución "social" proclamada en París en febrero de 1848, de la revolución del proletariado, estuviesen fuertemente impregnadas de los recuerdos de los modelos de 1789 y 1830. Y, en particular, cuando la sublevación de París encontró su eco en las sublevaciones victoriosas de Viena, Milán, Berlín; cuando toda Europa, hasta la frontera rusa, fue arrastrada por el movimiento; cuando luego se libró en junio, en París, la primera gran batalla por el poder entre . el proletariado y la burguesía de todos los países; cuando la misma victoria de su clase asustó a tal punto a la burguesía de todos los países que se refugió de nuevo en brazos de la reacción monárquico-feudal que había sido derrotada recientemente; en las circunstancias de entonces ya no podía existir para nosotros ninguna duda de que el gran combate decisivo había comenzado, que era necesario librarlo en un solo período, pero que no podría terminarse sino con la victoria definitiva del proletariado [...].
>
> Todas las revoluciones, hasta el presente, han terminado sustituyendo el reinado de una clase determinada por el de otra; pero todas las clases dominantes no han sido, hasta hoy, más que pequeñas minorías en relación a la masa del pueblo dominado. De esta manera, cuando una minoría dominante era derribada, otra minoría se apoderaba de su puesto de comando del Estado y transformaba las instituciones públicas de acuerdo a sus intereses. Y, en cada caso, era el grupo minoritario apto para el poder y

calificado para el estado del desenvolvimiento económico. Precisamente por esto, y sólo por esto, acontecía que la mayoría dominada durante la revuelta o bien participaba en ella a favor de la minoría o al menos aceptaba tranquilamente la subversión. Pero si abstraemos el contenido concreto de cada caso, la forma común de todas estas revoluciones era el ser revoluciones de minorías. Aún cuando la mayoría colaboraba en ellas, no lo hacía -conscientemente o no- más que al servicio de una minoría; no obstante, este hecho y la acritud pasiva y sin resistencia de la mayoría, daban a la minoría la apariencia de ser representante de todo el pueblo..."

LA REPÚBLICA TRICOLOR Y LA REPÚBLICA ROJA

Fragmento de un artículo de Engels, en *Nueva Gaceta Renana*, 12 de julio de 1848.

"...Hemos dado esta exposición puramente militar de la lucha, para probar a nuestros lectores con qué bravura heroica, qué unanimidad, qué disciplina y qué habilidad militar se batieron los obreros parisinos. Cuarenta mil de ellos lucharon durante cuatro días contra un enemigo cuatro veces superior en número, y muy poco faltó para que lograsen la victoria. Un cabello solamente, y ellos se afirmaban en el centro de París, se apoderaban del Ayuntamiento, instalaban un gobierno provisorio, doblaban su número, tanto con los hombres de los barrios conquistados como con los guardias volantes a quienes entonces únicamente les faltaba un capirotazo para pasarse al lado de los insurrectos. Diarios alemanes pretenden que ésta fue la lucha decisiva entre la República roja y la República tricolor, entre los obreros y los burgueses. Estamos persuadidos de que esta batalla no decide nada, si no es la descomposición interior de los vencedores. Además, el curso de todo este asunto prueba que, en un tiempo no muy lejano, los obreros no pueden dejar de vencer, aun si consideramos las cosas desde un punto de vista puramente militar. ¡Si 40.000 obreros parisienses han obtenido ya un resultado tan formidable contra un enemigo cuatro veces superior, que logrará hacer la masa entera de los obreros parisienses cuando ella actúe unánimemente y con cohesión!

Kersausie está prisionero y, probablemente, en estos instantes, ya fusilado. Los burgueses pueden fusilarlo, pero no le quitarán la gloria de haber sido el primero en organizar el combate de calles. Pueden fusilarlo, pero ningún poder en el mundo evitará que sus concepciones sirvan en el futuro en todos los combates de calles. Pueden fusilarlo, pero no podrán evitar que su nombre quede en la historia con el del primer estratega de las barricadas..."

LA DERROTA DE JUNIO

Fragmento de un artículo de Marx en la *Nueva Gaceta Renana*, 29 de junio de 1848.

"...El último vestigio oficial de la revolución de febrero, la Comisión ejecutiva,

se ha desvanecido como una fantasmagoría ante la gravedad de los acontecimientos. Los cohetes luminosos de Lamartine se han convertido en los cohetes incendiarios de Cavaignac. La fraternidad de las clases antagónicas, una de las cuales explota a la otra, esa fraternidad proclamada en febrero -inscripta con grandes letras en el frente de París, en cada prisión, en cada cuartel-, tiene su expresión verdadera, auténtica, prosaica, en la *guerra civil*, la guerra civil en su forma más espantosa, la guerra entre el Capital y el Trabajo. Esta fraternidad tremolaba en todas las ventanas de París, en el atardecer del 25 de junio, cuando el París de la burguesía se iluminaba, mientras que el París proletario ardía, sangraba, estaba en estertores. La fraternidad duró todo el tiempo en que el interés de la burguesía era hermano del interés del proletariado. Pedantes de la vieja tradición revolucionaria de 1793, metodistas socialistas, mendigos para el pueblo ante la burguesía y a quienes se permitió hacer largas homilías y comprometerse tanto tiempo como fue necesario para dormir al león proletario; republicanos que reclamaban todo el antiguo orden burgués, menos la testa coronada; gentes de la oposición dinástica a quienes el azar cambiaba el derrocamiento de una dinastía por un ministerio; legitimistas que no querían desembarazarse de su librea, sino modificar su corte -tales eran los aliados con los que el pueblo hizo su febrero-. La revolución de febrero fue la bella revolución, la revolución de la simpatía general, porque los antagonismos que en ella estallaron contra la realeza dormitaban, embrionarios, tranquilamente, juntos, porque la lucha social que le daba su sentido verdadero, no había adquirido más que una existencia vaporosa, la existencia de la frase, del verbo. La revolución de junio es la revolución odiosa, la revolución repugnante, porque la cosa ha tomado el lugar de la frase, porque la República ha puesto al desnudo la cabeza del monstruo abatiendo la corona que la protegía y ocultaba. *¡Orden!* Tal era el grito de guerra de Guizot. *¡Orden!* -gritaba Sebastiani, ese Guizot de caza menor, cuando Varsovia vino a ser rusa. *¡Orden!* gritaba Cavaignac, eco brutal de la Asamblea nacional francesa y de la burguesía republicana. *¡Orden!,* tronaban sus golpes de metralla despedazando el cuerpo del proletariado. Después de 1789, ninguna de las múltiples revoluciones de la burguesía francesa fue un atentado contra el orden, pues todas dejaban subsistir la dominación de clase, dejaban subsistir la esclavitud de los obreros, dejaban subsistir el orden burgués, tan a menudo como fue modificada la forma política de esta dominación y de esta esclavitud. Junio ha herido a este orden. *¡Ay de junio!...*"

LAS JORNADAS DE JUNIO

Palabras de Proudhon, citadas por Dolléans, ver bibliografía.

"...Esta insurrección es más terrible por sí sola que todas las que concurrieron desde hace sesenta años. La mala voluntad de la Asamblea es la causa... Thiers fue aconsejando el empleo del cañón para exterminarla. La

guardia móvil, el ejército, la guardia nacional, efectuaron masacres atroces... Los insurrectos mostraron un valor indomable...; el terror reina en la capital. Recorrí las filas de la Guardia Nacional; es generalmente honesta, humana y buena. No sabe que la causa de los insurrectos es la propia. Pero ocurre aquí lo que se vio siempre: toda idea nueva tuvo su bautismo; los primeros que la propagan, impacientes, incomprendidos, se hacen matar... Lo que pasa con los insurrectos no es otra cosa que lo que le ocurrió a Galileo, etcétera. [...]

(El 28 de junio): Se fusila en la Conserjería, en el Ayuntamiento, cuarenta horas después de la victoria, se fusila a prisioneros, heridos, desarmados... se difunden las calumnias más atroces contra los insurrectos para excitar la venganza contra ellos... *Hermanos contra hermanos.. . ¡Horror! ¡Horror!..."*

LA ÚLTIMA ÉPOCA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

La derrota del proletariado en junio significó el triunfo de la reacción: la ley que limitaba la jornada de trabajo a diez horas fue anulada; los *clubes obreros*, clausurados; la libertad de prensa, suprimida.

Después de la renuncia de la Comisión Ejecutiva la Asamblea puso al frente del gobierno a Cavaignac. La Asamblea dictó una constitución que dejaba el poder legislativo a una sola cámara elegida por tres años mediante el sufragio universal y el ejecutivo a un presidente elegido por cuatro años; pero no resolvía los posibles desacuerdos entre esos dos poderes.

El primer presidente que eligió la república burguesa fue el sobrino de Napoleón I, Luis Napoleón Bonaparte. Su opositor en las elecciones había sido el general Cavaignac. El triunfo de Bonaparte es fácil de explicar: lo votaron los orleanistas, para quienes Cavaignac era demasiado republicano, y también gran parte del campesinado, que veía en él a un defensor de la pequeña propiedad campesina; los mismos obreros, en su mayoría, lo apoyaron por odio a Cavaignac. Las elecciones para la Asamblea Legislativa constituyeron un amplio triunfo de la derecha. Los monárquicos, orleanistas y legitimistas, reunidos en el Partido del Orden, obtuvieron una aplastante mayoría. El segundo partido en importancia era *la Montaña*, representante de la pequeña burguesía, cuyo jefe era Ledru-Rollin.

Una manifestación *montañesa* del 12 de junio de 1849, en ocasión del ataque a Roma por las tropas francesas, permitió a la mayoría liquidar a sus adversarios: clubes y periódicos de la oposición fueron prohibidos y el 9 de agosto se votó la implantación del estado de sitio.

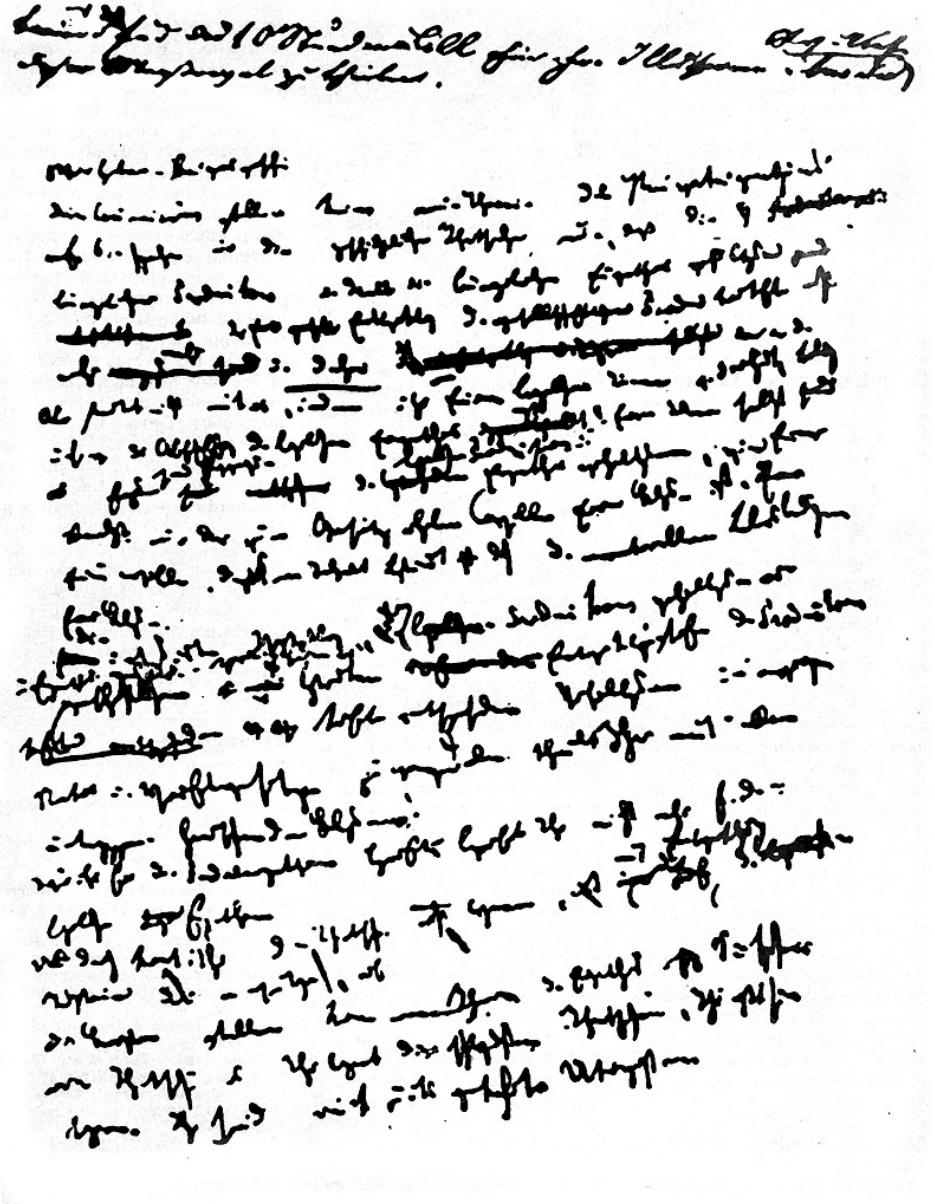
En 1850 el *Partido del Orden* obtuvo la anulación del sufragio universal y el derecho de voto se concedió sólo a las personas que habían residido en el mismo lugar no menos de tres años, con lo cual se privó del derecho de voto a los obreros, pues éstos estaban obligados a emigrar en busca de trabajo.

El presidente, mientras tanto, explotaba en su favor la impopularidad de la Asamblea. El conflicto entre ambos poderes llegó a un punto en que sólo podía resolverse por la fuerza. Por el golpe de estado del 2 de diciembre de 1850, que, ante la indiferencia obrera, no levantó en París más que una leve resistencia, la *Segunda República* cedió el lugar a un régimen de dictadura personal. Exactamente un año después Luis Bonaparte se proclamaba *Emperador*, bajo el nombre de Napoleón III.

BIBLIOGRAFÍA

Cole, G.D.H.:*Historia del pensamiento socialista*. México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
Efimov, A. y Freiberg, N.: *Historia de la época del capitalismo industrial*. Bs. As. Ed. *Problemas*, 1941.
Dolléans, E.: *Historia del movimiento obrero*. Buenos Aires, Eudeba, 1960, T. I.
Duveau, Georges: 1848. París, Ed. Gallimard, 1965. .
Marx, Carlos: *Las luchas de clases en Francia*. Buenos Aires, Ed. Lautaro, 1946.
Rudé, G.: *La multitud en la historia*. Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1971.
Proudhon, P. J.: *Las confesiones de un revolucionario.* Buenos Aires, Ed. Americalee, 1947.

Una página manuscrita del Manifiesto Comunista



EL MANIFIESTO COMUNISTA

Martha Cavilliotti

> *"Todas las gentes bien informadas* -escribía el cónsul norteamericano en Amsterdam durante el hambre de 1847, informado de los sentimientos de los emigrantes alemanes que cruzaban Holanda- *expresan la creencia de que la crisis actual está tan profundamente entrelazada con los acontecimientos de esta época que no es, sino el comienzo de la gran revolución, que consideran habrá de disolver más temprano o más tarde el presente estado de cosas."*

El testimonio tiene valor en la medida en que señala un sentimiento general en la Europa de la década de 1840, profundamente conmovida por las transformaciones económicas, técnicas, sociales y políticas. En la nueva sociedad que se está plasmando el confluir, en diferentes épocas según los países, los efectos de la Revolución Francesa y los de la Revolución Industrial, se hace cada vez más evidente el enfrentamiento entre la burguesía, cuyo ascenso al poder marca la época y el proletariado.

Durante la primera mitad del siglo XIX y principalmente en Inglaterra y Francia, el campo cambió de aspecto y las ciudades crecieron desmesuradamente a raíz de la concentración de las masas obreras requeridas por la actividad industrial. La entrada de las masas en la actividad política, de manera ostensible y permanente, a partir de la Revolución Francesa, ponía en evidencia el importante papel que estaban destinadas a desempeñar en el futuro. Se tomó entonces conciencia de que esas masas no iban a seguir sufriendo mansamente las injusticias habituales. Su facilidad para movilizarse y llegar a la acción colectiva y violenta multiplicaba su fuerza y las hacía temibles.

En 1830 nuevamente habían luchado en las calles de París para que la burguesía se quedara con el poder. La reaparición del movimiento revolucionario y la aceleración del cambio social hacían pronosticar una transformación inminente. Aún más, se palpaba en toda Europa la conciencia de una revolución social, no sólo entre los revolucionarios que la preparaban cuidadosamente o entre las clases dominantes, cuyo temor a las masas se exacerbaba en las épocas de cambio, sino también entre los "pobres". Sus pésimas condiciones de vida en las grandes ciudades y en los distritos fabriles de Inglaterra y de Europa Occidental y Central los arrastraba hacia la revuelta. La riqueza creciente del mundo que los rodeaba era un reto ante las mismas condiciones de vida que soportaban. A pesar del ahondamiento de las divisiones sociales no habían perdido las esperanzas en la construcción de un mundo mejor, aunque cada vez éste les pareciera más lejano e inalcanzable y aunque sólo algunos pocos -sobre todo en Francia e Inglaterra- comprendieran cabalmente el significado de esta esperanza y se lanzaran orgánicamente a la lucha para convertirla en realidad.

Las duras condiciones de la sociedad industrial habían hecho fracasar las

ilusiones 'humanitarias de la *Ilustración* elaboradas por la burguesía revolucionaria antes de tomar el poder político. Pero esta oposición entre esperanza y realidad llevó a los trabajadores a su toma de conciencia como clase y más tarde estaría en las raíces del impulso de la revolución social. Cuando a Augusto Blanqui, en uno de sus reiterados procesos (el de 1832), el presidente del tribunal, siguiendo el ritual acostumbrado, le preguntó cuál era su profesión, Blanqui contestó: "Proletario". Su respuesta señalaba una nueva conciencia social. Ante la objeción del presidente, que le replicó que *proletario* no era una profesión, Blanqui repuso:

> "¿Cómo no es una profesión? Es la profesión de treinta millones de franceses que viven de su trabajo y que están privados de sus derechos políticos".

El magistrado aceptó por fin la definición:

> "*Bien* -ordenó al secretario-, *escriba que el acusado es proletario*"

Convalidaba así una definición que ya estaba en la calle. En esos momentos culminaba todo un período de las luchas obreras, el que corresponde al proceso mediante el cual los grupos dispersos de asalariados fueron tomando conciencia, a través de duras experiencias, de que eran una clase el proletariado. Los trabajadores habían comenzado a luchar espontánea y desordenadamente y a lo largo de esa lucha fueron definiendo sus objetivos, organizándose como clase y articulando diversas ideologías que justifican su rebelión contra la opresión y la miseria.

Así se fue configurando el movimiento obrero, con características diversas en cada país según el grado de desarrollo capitalista. En Inglaterra se orientó hacia las reivindicaciones económicas porque nunca dejó de creer definitivamente en las posibilidades de un régimen parlamentario democrático que reconociera sus derechos. Con el Cartismo, al asumir la forma de un movimiento político, logró el nivel más alto de experiencia organizativa. En Francia la estructura social conformada a partir de la Revolución de 1789 (un campesinado mayoritario, una pequeña burguesía consolidada por la política jacobina y en el frente opuesto la burguesía financiera dueña del estado desde 1830) dificultó el avance rápido de la industrialización impidiendo de esta manera que se formara un proletariado importante. Los grupos obreros -en su mayoría todavía artesanos, jornaleros y trabajadores domiciliarios -adoptaron distintas doctrinas revolucionarias, que, a pesar de sus diferencias, denotaban como rasgo común una mayor radicalización ideológica y objetivos netamente políticos. Algunas consideraban al Estado como simple resorte del poder mediante el cual el proletariado podría imponer sus intereses; otros contemplaban la necesidad de suprimirlo como única "solución del problema social".

En Inglaterra el "socialismo" (palabra acuñada alrededor de 1820) se fue gestando desde la aparición de la obra de Robert Owen Una nueva visión de la sociedad (1813-1814), mientras que en Francia nació casi simultáneamente con

Saint-Simon y Fourier para seguir siendo profundizado ideológicamente en los años posteriores. En la década de 1840 las oscilaciones cíclicas de la economía (crisis, depresión, baja de salarios, desocupación) hicieron dudar sobre las futuras perspectivas de expansión. Todo parecía augurar el descalabro de la sociedad capitalista. En esa época comenzaron a imponerse en el movimiento obrero del continente -todavía perseguido, desorganizado y muy desunido- los ideales del "comunismo", sostenidos por algunos grupos de obreros revolucionarios y por los continuadores de Babeuf, quien en el *Manifiesto de los Iguales* había afirmado: "La Revolución Francesa no es más que la precursora de otra más grandiosa y que será la final". Ahora, en medio del desarrollo del proletariado industrial, las ideas comunistas serían replanteadas a la luz del análisis científico de las bases materiales de la sociedad burguesa y de sus mecanismos de funcionamiento y de cambio. Lo cierto es que en 1847 "el espectro del comunismo" horrorizaba a Europa. El miedo al proletariado "dominaba" a las clases dominantes.

> "Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.
>
> ¿Qué partido de oposición no ha sido motejado *de comunista* por sus adversarios en el Poder ¿Qué partido de oposición, a su vez, no ha lanzado, tanto a los representantes más avanzados de la oposición como a sus enemigos reaccionarios, el epíteto hiriente de comunista.?
>
> De este hecho resulta una doble enseñanza:
>
> Que el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa.
>
> Que ha llegado el momento de que los comunistas expongan, a la faz del mundo entero sus conceptos, sus fines y sus aspiraciones; que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del Partido propio. "

Así se inicia el célebre Manifiesto Comunista de Carlos Marx y Federico Engels, quienes 25 años después escribirían en el prefacio a la edición alemana de 1872:

> "La *'Liga de los Comunistas'*, asociación obrera internacional que, naturalmente, dadas las condiciones de la época, no podía existir sino en secreto, encargó a los que suscriben, en el Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, que redactaran un programa detallado del Partido, a la vez teórico y práctico, destinado a la publicación. Tal es el origen de este "Manifiesto", cuyo manuscrito fue enviado a Londres para ser impreso, algunas semanas antes de la revolución de Febrero..."

La aceptación del Manifiesto por la Liga Comunista marcó un momento fundamental en la historia del movimiento obrero: la clase enfrentada

antagónicamente con la burguesía, el proletariado, asumía por primera vez una teoría que expresaba orgánicamente, al mismo tiempo que recuperaba críticamente el sentido de sus luchas, su papel en la historia, sus objetivos revolucionarios.

La ideología implícita en las luchas obreras hasta ese momento es sistematizada por Marx y Engels poniendo al servicio del proletariado todo el arsenal de la ciencia social y la filosofía burguesas.

Diría Engels años después que

> "como toda nueva teoría, el socialismo, aunque tuviese sus raíces en los hechos materiales económicos, hubo de empalmar, al nacer, con las ideas existentes".

Convergen en él diversas líneas de pensamiento: la filosofía alemana y la economía política clásica inglesa, encaradas críticamente por la síntesis teórica de Marx y Engels; la influencia de las teorías socialistas y comunistas, reelaboradas a partir de la comprensión de los antagonismos de clase que imperan en la sociedad de una época, entre poseedores y desposeídos y las experiencias concretas del movimiento obrero.

En el ambiente intelectual de Alemania seguía siendo decisiva la influencia de Hegel. Su sistema -el idealismo objetivo- parte de una crítica al clásico idealismo alemán.

Para Hegel (1770-1831) la razón (espíritu, pensamiento) y la realidad (ser) se identifican en el espíritu absoluto. Lo real es movimiento, devenir, y su estructura es dialéctica. Concibe la Historia como el desarrollo de la Idea absoluta a través de un proceso dialéctico. El fin de la historia se alcanza en el estado. Poco antes de la muerte del maestro se notaron las primeras disensiones entre sus discípulos en torno al problema religioso. Hacia 1835 se produjo la escisión entre la derecha o los "viejos hegelianos", inclinados hacia el teísmo, y la izquierda de los "jóvenes hegelianos", que al esforzarse por adaptar el pensamiento de Hegel a las exigencias del liberalismo moderno, rechazaban toda "representación" en el dominio religioso y profesaban abiertamente el panteísmo y aun el ateísmo. El desarrollo alemán, promovido por la extensión del tráfico y la fundación de la Unión Aduanera, había reforzado la unidad económica, y tras ella surgieron los deseos de lograr la unidad política. Al fortalecerse la conciencia de clase de la burguesía, el liberalismo fue radicalizándose.

La lucha del liberalismo dirigida contra el estado prusiano se daba a nivel ideológico contra la filosofía hegeliana, ya que era la filosofía oficial del Estado prusiano. Los hegelianos de izquierda -jóvenes radicales- atacaban el aspecto reaccionario de las ideas de Hegel, que hacía culminar su sistema en el Estado;

el futuro no le interesaba. Pero hacia éste se orientaba la reflexión de los jóvenes que llevaron su lucha contra la reacción en sentido verdaderamente hegeliano usando el aspecto revolucionario de esta filosofía: el método dialéctico (que incluso estaba en contradicción con el carácter definitivo de su sistema), al concebir el mundo y los fenómenos no como cosas acabadas sino como procesos interrumpidos. Además, como la censura podía reprimir con mayor facilidad el radicalismo político, limitaron la lucha ideológica al campo filosófico y teológico.

El socialismo -palabra acuñada hacia 1820- fue gestándose en Inglaterra después de la aparición de "Una visión de la sociedad", obra de Robert Owen. En Francia, en cambio, nació con Saint-Simon, para ser luego profundizado ideológicamente.

MARX Y ENGELS

Marx y Engels se reunieron en París a fines de agosto de 1844. Se habían conocido en Colonia dos años antes cuando Engels, de paso para Inglaterra, fuera a las oficinas de la Gaceta del Rin, que Marx dirigía, para ofrecer su colaboración. Este primer encuentro fue algo frío y hasta hostil.

Ahora Engels regresaba a Alemania. En los diez días que permanecieron juntos en París pudieron comprobar la perfecta coincidencia de sus puntos de vista y arribaron a la conclusión de que si el análisis crítico que venían realizando los había llevado a las mismas conclusiones, de ahí en adelante podían complementar su trabajo. Comprendieron que sólo compartiendo sus conocimientos y sus esfuerzos podían luchar efectivamente para transformar la sociedad y de allí arrancó su estrecha colaboración, cimentada por una profunda amistad que duraría hasta ia muerte de Marx.

Durante esos días trabajaron juntos en su primera obra crítica -La Sagrada Familia-, dirigida contra los jóvenes hegelianos de izquierda. Marx y Engels habían partido dé la filosofía hegeliana, hasta convertirla en una nueva dialéctica revolucionaria que comenzaba a rendir sus primeros frutos teóricos.

Marx, hijo de un notario, funcionario del Estado Prusiano, nació en Treveris en 1818. Estudió derecho, historia y filosofía en las Universidades de Bonn y Berlín y se inició en la vida pública como redactor-jefe de la Gaceta del Rin, órgano teórico y político que exponía las reivindicaciones de la burguesía liberal renana y la oposición radical del grupo de "*los Libres*". Cuando llegó a París a fines de 1843, para dirigir junto con Arnold Ruge los Anales franco-alemanes, órgano teórico-político fundado para actuar como vehículo de la alianza intelectual entre alemanes y franceses, profundizó sus estudios sobre la historia de la Revolución Francesa y leyó a los socialistas franceses. Ya se encontraba en camino hacia el comunismo, pero para su problemática de entonces sólo podía justificarse si

resultaba de una evolución consecuente de la filosofía. Casi simultáneamente Engels escribía en el periódico de Owen *The New Moral World*:

> "El comunismo... ha sido una consecuencia tan necesaria de la nueva filosofía hegeliana que no hay oposición capaz de sofocarlo".

A través de la crítica de la filosofía hegeliana del derecho, para Hegel el Estado era la realización de la Idea. Marx arribó a la conclusión de que las relaciones jurídicas y las formas de estado radicaban "en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel ... bajo el nombre de 'Sociedad Civil', y que la anatomía de la Sociedad Civil hay que buscarla en la Economía política". Precisamente Engels había enviado un artículo a los Anales -"Esbozo de una crítica de la economía política"- que Marx consideraría genial y que demostraba la ventaja que Engels le llevaba en esta esfera gracias a su experiencia en Inglaterra. Su padre, fabricante de Barmen, lo había enviado a Manchester para que completara su aprendizaje de la teoría y la práctica económica en los establecimientos fabriles de su socio. En el *Esbozo*, Engels concebía la economía capitalista como un progreso necesario. Dedujo la aparición de las crisis de superproducción -a las que consideraba como expresión fundamental de las contradicciones del capitalismo-, del juego de la ley de la oferta y la demanda, es decir de la competencia. Atacó ferozmente la teoría de la población de Malthus, quien afirmaba que la población crece más rápidamente que las subsistencias, y que tenía como propósito que los hombres aceptaran como ley de la naturaleza las consecuencias de una organización social imperfecta. Unía la crítica de la propiedad privada a la del capitalismo afirmando que la división entre el capital y el trabajo provenía de la existencia de la propiedad privada y que esa división había conducido a la división de la sociedad burguesa en clases antagónicas y a la división de la humanidad en obreros y capitalistas.

En Inglaterra Engels se unió al cartismo, conoció a sus principales líderes y colaboró en la *Northern Star*. También se interesó por el movimiento socialista dirigido por Robert Owen. Asistía asiduamente a las asambleas dominicales que los owenistas organizaban en Manchester y también escribió en su periódico. De este modo se puso en contacto con el proletariado real, producto de la gran industria, con su miseria y su degradación moral, su poderío colectivo y su capacidad de organización. Vivamente interesado por sus problemas, Engels observó y anotó casi diariamente durante más de dos años el detalle de la vida del proletariado en los distritos fabriles que recorrió, muy impresionado por las consecuencias inmorales e inhumanas del capitalismo. Simultáneamente recogía las opiniones de los dirigentes y los obreros cartistas, los temas de sus artículos y discursos.

Con este material preparó su libro La situación de la clase trabajadora en Inglaterra, que aparecería en 1845 y donde afirmaba que para dar una base sólida a las teorías socialistas era indispensable conocer la situación del proletariado.

Entre tanto Marx se había lanzado con avidez al estudio de la economía política a través de Adam Smith y de David Ricardo y de los economistas pequeñoburgueses preocupados por las crisis del capitalismo: Say y Sisrnondi. Adam Smith consideraba, contra el parecer de los fisiócratas, que el origen de la riqueza se hallaba en el trabajo y no en la tierra y afirmaba que por medio de la competencia, de la división del trabajo y del libre comercio se alcanzaría la armonía y la justicia social. David Ricardo, por su parte y siguiendo las teorías de Malthus, afirmaba en su teoría del salario que éste tendía a permanecer en el nivel mínimo necesario para subsistir. En los llamados *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844, editados recién en 1932, Marx había llegado a la conclusión de que la sociedad es inhumana porque el trabajo es trabajo enajenado. Afirmaba que "el obrero está con respecto al producto de su trabajo en la misma relación que está con respecto a un objeto extraño [...] La propiedad privada es, pues, el producto, el resultado, la consecuencia necesaria del trabajo exteriorizado, de la relación externa del trabajador con la naturaleza y consigo mismo". Su humanismo completo, dentro de las pautas del naturalismo, se identificaba con el comunismo, que debía concebirse "como abolición positiva de la propiedad privada, en tanto autoenajenación humana", de la división del trabajo Y del trabajo asalariado. A principios de 1845 Marx fue expulsado de Francia a pedido del gobierno prusiano por unos artículos que escribió en 1844 en el *Vorwärts* (*Adelantei Je París*, órgano de los revolucionarios alemanes expatriados a raíz de la rebelión de los tejedores de Silesia. En uno de ellos afirmaba que "sin revolución no podía realizarse el socialismo" y, dado que toda revolución derriba los viejos poderes, "en este sentido toda revolución es política". Marx salió de París con su familia para establecerse en Bruselas, donde poco después se le reuniría Engels. Juntos nuevamente, emprendieron la tarea de "liquidar su conciencia filosófica anterior" mediante una "crítica a la filosofía post-hegeliana" que se concretaría en el manuscrito de la Ideología Alemana, terminado en Bruselas en 1846, donde quedó fundada la teoría del materialismo histórico.

Marx y Engels afirmaban que

> "los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc., pero los hombres reales y actuantes, tal como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponde [...]. Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo [...]. Se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso en la vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de un proceso material de vida [...]".
>
> "Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época, o,

> dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual".

Pero, como relatara Engels unos años más tarde, no se les pasó por las mientes

> "la idea de ir a contar al oído del mundo erudito, en gordos volúmenes, los nuevos resultados científicos de nuestras investigaciones... Nada de eso... Teníamos el deber de fundamentar científicamente nuestras doctrinas; pero, para nosotros, era por lo menos igualmente importante ganar la opinión del proletariado europeo, y sobre todo del proletariado alemán, para nuestras ideas. Y apenas llegamos a conclusiones claras ante nosotros mismos nos pusimos a trabajar".

Todo los empujaba en esos momentos hacia la práctica. En sus Tesis sobre Feuerbach, ya Marx se había centralizado en ello:

> "Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo".

Para asumir la práctica revolucionaria que se les imponía como derivación ineludible de sus propias investigaciones teóricas ante todo debían buscar la conexión con el movimiento obrero alemán, especialmente con los grupos animados por las tendencias comunistas.

EL MOVIMIENTO OBRERO ALEMÁN

En la década de 1840 el concepto de "socialismo" hacía referencia a las distintas ideologías más o menos radicales, aunque siempre expuestas de manera bastante académica y teórica, tendientes a la renovación pacífica de la sociedad mediante una serie de reformas. El "comunismo", en cambio, designaba a las ideas que pugnaban por su transformación revolucionaria. En la corriente socialista alemana, la misma distinción se expresaba de modo diferente: por un lado el "comunismo filosófico" o "socialismo verdadero", propagado por los intelectuales (que en lenguaje hegeliano *habían absorbido, deficientemente, las utopías de los socialistas franceses*); por otro, el comunismo práctico de los trabajadores que soñaban con la distribución igualitaria de los bienes sin hacer hincapié en la propiedad de los medios de producción.

En aquellos años Alemania carecía de un proletariado cuantitativamente importante debido al bajo nivel de su desarrollo capitalista. Sin tener en cuenta a los campesinos, la mayoría de la clase trabajadora estaba integrada por artesanos. Pero el opresivo ambiente político que imperaba en las diferentes regiones alemanas no toleraba ni siquiera la existencia de las débiles

organizaciones del artesanado. Sus militantes terminaban, tarde o temprano, uniéndose en el exilio a los contingentes de artesanos alemanes que emigraban cuando carecían de oportunidades de trabajo o porque el perfeccionamiento de sus oficios -eran ebanistas, relojeros, sastres, curtidores, etc-, requería el aprendizaje de nuevas técnicas. A ellos se sumaban los políticos e intelectuales de la izquierda, perseguidos o expresamente desterrados por las autoridades, que buscaban refugio en el exterior, sobre todo en Francia y Suiza, Inglaterra o Bélgica.

Los alemanes no eran las únicas víctimas de la típica represión de los regímenes autocráticos. Obreros e intelectuales polacos e italianos, y hasta aristócratas rusos, ambulaban por Europa reforzando el "internacionalismo" característico de esta época, que, como contrapartida, era testigo también del fortalecimiento de los movimientos nacionalistas impulsados por la burguesía en los países en los cuales no había ascendido al poder.

Engels había conocido en Alemania a Moisés Hess, el primero del grupo de los jóvenes radicales de Berlín que vio en el comunismo el desarrollo lógico de la filosofía hegeliana. Antes de partir para Inglaterra también tuvo oportunidad de acceder a las doctrinas de Wilhelm Weitling, representante del movimiento comunista práctico que surgiera del seno del proletariado alemán.

Por su parte, durante su estada en París Marx había alternada con algunos socialistas franceses que le presentara Moisés Hess, pero sólo con Proudhon llegaría a mantener cierta amistad, aunque por poco tiempo.

EL MOVIMIENTO OBRERO EN FRANCIA. LAS SOCIEDADES SECRETAS

En Francia las organizaciones proletarias estaban prohibidas. La monarquía de julio la perseguía enconadamente. Esta condiciones estimularon la multiplicación de sociedades secretas, que reducían su actividad política a la conspiración, orientada por dirigentes republicanos. El proletariado, débil y desorganizado, constituido en gran parte por artesanos, sólo era un apéndice de la pequeña burguesía radical.

Después del alzamiento de los tejedores de Lyon, en 1834, el gobierno redobló sus persecuciones contra los obreros y los republicanos, que debieron refugiarse en la clandestinidad. Armando Barbés y Augusto Blanqui, seguidores de la tradición babeuvista, se habían convertido en los líderes de la oposición radical. Ellos fundaron la *"Sociedad de las Familias",* que en 1836 fue descubierta y deshecha por la policía. Sus principales animadores fueron a prisión, pero al año siguiente recuperaron la libertad y de inmediato organizaron la *"Sociedad de las Estaciones".* En ésta ya prevalecía, casi exclusivamente, la tendencia proletaria. Su programa predicaba la *"revolución social y radical"*. La república ya no aparecía como un fin en sí misma, a modo de panacea universal: era un simple medio político para desplazar los bienes de los poseedores y explotadores a los

desposeídos y explotados. Su ideología se basaba en las primitivas consignas comunistas de Babeuf. Preconizaba el golpe de mano audaz, a cargo de un grupo de conspiradores decididos, como táctica para derribar al gobierno y tomar el poder.

LA LIGA DE LOS JUSTOS

En 1834 los exiliados alemanes radicados en París habían creado la "Liga de los Proscriptos". Fue la primera secta secreta integrada por artesanos de ese origen. Ellos constituían la médula de la organización, pero sus objetivos eran también de carácter democrático-republicano, como los de las restantes logias que funcionaban en Francia en la misma época. Su finalidad era luchar por la "emancipación de Alemania", por su "unidad nacional" y por la instauración de la igualdad política y social. Los –"*elementos más decididos y radicales"* -que eran la mayoría- se separaron en 1836 para crear la *"Liga de los Justos"* bajo la dirección de Teodoro Schuster. Aunque parecía más preocupada por la actividad propagandística, pronto volvieron a primar en la nueva *Liga* los métodos y objetivos del grupo de Blanqui: la tradición conspirativa y la vieja idea igualitaria de Babeuf. Entre sus miembros más activos se destacaban Carlos Schapper, Enrique Bauer y el sastre Wilhelm Weitling, que en 1838 publicó su primera obra: *La humanidad como es y como debiera ser*. Aliada a la *"Sociedad de las Estaciones"*, la *Liga* intervino en 1839 en la fracasada intentona organizada por Blanqui y Barbés. Sus principales afiliados fueron encarcelados y luego expulsados de Francia; el resto se dispersó. Muchos se trasladaron a Inglaterra y otros se refugiaron en Suiza. Desde ambos centros intentaron reorganizar la Liga. Pero fue en Londres donde, amparados por las leyes de reunión y asociación, tuvieron más éxito. Allí se congregaron los elementos más activos, que, encabezados por Schapper, el zapatero Enrique Bauer y el relojero José Moll, lograron restablecer la "Liga de los Justos". Engels los conoció en 1843: "eran los primeros revolucionarios que se echaba a la cara" y le causaron una "impresión imponente".

En febrero de 1840 los desterrados alemanes fundaron en Londres una *"Asociación de Cultura Obrera",* que, además de funcionar para sus propios fines, !o hizo también como agencia de reclutamiento para la *Liga de los Justos*, que la había inspirado y la dirigía. Weitling se encargó de restablecer la organización en París, donde la puso bajo la dirección de Ewerbeck. Lo mismo hizo en Suiza, ayudado por uno de sus partidarios más entusiastas, Augusto Becker. De este modo la organización proletaria se extendía a todos los núcleos de la emigración alemana y mantenía relaciones constantes con Alemania. En 1844 la represión terminó por ahogar el movimiento en Suiza. Weitling, después de un año de cárcel, regresó a Londres. Las persecuciones y las consiguientes deportaciones permitieron a la Liga fortalecer sus contactos internacionales.

Tal era el panorama del movimiento obrero alemán cuando Marx y Engels reunidos en Bruselas trabajan en los primeros esbozos del materialismo

histórico. Sólo había una forma de verificar el sentido revolucionario de su teoría: discutirlo con el proletariado. De la aceptación de éste dependía que se trasformara en un arma revolucionaria. Para ello antes había que dar la batalla contra la ideología de la *"Liga de los Justos*".

LA BATALLA CONTRA LA "IDEOLOGÍA"

La ideología del proletariado alemán era en aquella época una desordenada mezcla de ideas, prejuicios y utopías que tenían sus principales fuentes en el comunismo elemental, artesano y pequeño burgués de Weitling y en el "socialismo verdadero" de Carlos Grün. Ambos gozaban de gran influencia en París: Weitling entre los sastres y Grün entre los ebanistas y curtidores alemanes. Es decir en un ambiente de artesanos que se habían acercado al comunismo en la medida en que la gran industria amenazaba sus oficios. Pero estos, mientras no fueran privados de sus medios de producción, mientras no se enfrentaran directamente con el gran capital, con la burguesía, mal podían tener la conciencia de formar una clase distinta y explotada. Frente a los maestros explotadores, para los oficiales era vital la posibilidad de convertirse en maestros que actuaran de la misma manera con otros artesanos. Por cierto, las frases literarias de Grün acerca de la felicidad humana y la "armonía universal de intereses" les resultarían más aceptable que las largas explicaciones de Engels, fundadas en hechos económicos irrefutables. Entre agosto y diciembre de 1846 Engels intentó en vano atraerlos a "la senda crítica". Pero los planes humanitarios, las campañas pacíficas para hacer la felicidad del mundo, todas las quimeras de Grün, influido por las ilusiones reformistas de Proudhon, empañaba la mentalidad *pre* proletaria de aquellos artesanos rebeldes, a quienes tanto costaba asumir un programa realmente crítico y revolucionario.

En Inglaterra la situación era completamente diferente. La gran industria, la producción en gran escala, la acumulación del capital y el consecuente desarrollo de las fuerzas productivas habían alcanzado un nivel bastante alto. El movimiento cartista hizo que, en diversos estallidos, se expresara revolucionariamente el latente antagonismo de clases entre el trabajo y el capital. Desde el momento en que la *Liga* alejada del ambiente artesano de París se estableció en Londres y se puso en contacto con esta nueva realidad, entró en crisis. Cuando Weitling -expulsado de Suiza- regresó a Londres ya no encontró un medio propicio para sus utopías. A los dirigentes londinenses de la Liga, que buscaban expresar con claridad al proletariado, ya nada les decía su comunismo elemental, con no pocas reminiscencias del cristianismo primitivo. Conforme se acentuaba su decadencia, Weitling se fue convirtiendo en predicador y profeta y, preocupado por crear una lengua universal, se fue separando paulatinamente de lo que le había dado fuerza: la vida de su clase. En 1846 fue a Bruselas, donde rompió definitivamente con Carlos Marx. Poco después abandonaba Europa para dirigirse a los Estados Unidos. Desde ese momento dejó de ejercer toda influencia en los medios comunistas europeos.

También contribuyó a la renovación silenciosa que se gestaba en la liga londinense el hecho de incorporarse a ella dos hombres "que sobrepujaban con mucho a los demás en capacidad de comprensión teórica" (según palabras de Engels): el miniaturista Carlos Pfänder y el sastre Jorge Eccarius, que años después sería el secretario de la *Primera Internacional*.

En 1845 se había fundado en Londres una nueva agrupación; la *"Asociación de los Demócratas Fraternales",* que es probablemente la primera organización internacional de la clase obrera. Su influencia condujo a la *Liga* a ampliar sus horizontes y a afirmar su propio carácter y en su comité ejecutivo figuraban Moll y Schapper. *"Todos los hombres son hermanos"* era el lema de la Asociación, que propagaba activamente las ideas de solidaridad proletaria internacional.

Entretanto, Marx y Engels, que residían en Bruselas desde 1845 habían convertido a esa ciudad en el centro de estudio y de propaganda de sus ideas. En torno á ellos se habían ido agrupando un nutrido número de emigrados comunistas -proletarios e intelectuales- como Moses Hess, Ernesto Dronke, Guillermo Wolff (muerto tempranamente y a quien Marx dedicara más tarde el primer libro de *El Capital*), José Weydemeyer, Jorge Weerth, Esteban Born y varios otros. Ellos constituyeron la *"Asociación de Cultura Obrera"* que funcionó como centro cultural y de propaganda comunista teniendo como eje la teoría de Marx y Engels. Con el objeto de difundirla ambos decidieron también crear un *"Comité comunista de correspondencia"* para mantener un contacto lo más asiduo posible con los demás centros de propaganda comunista y radical de Europa. En Londres contaron como corresponsales a los miembros de la *"liga de los Justos".* En cambio Engels, que viajó a París para preparar el terreno entre los comunistas alemanes, se estrelló allí con la indiferencia o la abierta oposición de los artesanos exiliados, sometidos a la influencia de Grün y Proudhon y desconfiados respecto a los intelectuales. Estos "eternos celos contra nosotros como intelectuales", como escribía Engels a Bruselas, eran una de las barreras que se oponían a la adopción por el movimiento obrero de la teoría que recuperaba sus experiencias dispersas, sus objetivos concretos, que trazaba sistemáticamente, a partir del análisis histórico del papel del proletariado, el camino a seguir para transformar la sociedad.

En mayo de 1846 Marx había escrito a Proudhon para solicitarle su ayuda en la organización del *"Comité de Correspondencia"* en París, pero Proudhon rechazó la propuesta de Marx y asumió la defensa de Grün. En 1847 sobrevino la ruptura definitiva entre ambos a raíz de la dura crítica que Marx hiciera a la obra de Proudhon *La filosofía de la miseria* en *La miseria de la filosofía*. En esos momentos también Hess -que había tomado partido por Grün- se hallaba distanciado de Marx y Engels.

LA LIGA COMUNISTA

A fines de 1846 se había renovado el comité central de la "Liga de los Justos" de Londres. Casi de inmediato los nuevos dirigentes enviaron proclamas a todos los afiliados destacando la necesidad de redactar *"una sencilla profesión de fe comunista"* que pudiera servir a todos de norma general. Para decidir acerca de esto se convocaba un congreso en Londres con el objeto de aprobar un manifiesto que la *Liga* adoptaría como propio. En enero de 1847 el Comité Central dio poderes a Moll para que se trasladaran a Bruselas con el fin de negociar con Marx y Engels el ingreso de ambos en la Liga. Ambos accedieron. Habían ganado la primera batalla: ya eran miembros del único partido organizado de los proletarios alemanes y éste además, estaba dispuesto a aceptar sus teorías.

El Congreso de Londres, que había sido convocado para el 1° de mayo de 1847, se terminó por realizar a partir del 1° de junio. Engels concurrió como delegado de las tres comunas de París y Wolff en representación de la comuna de Bruselas. Se procedió a la reorganización de la *Liga* en *Comunas*, *círculos directivos, comité central* y *congreso*, y se adoptó para ella el nombre de "Liga Comunista".

El artículo primero de los estatutos establecía:

> "La finalidad de la liga es el derrocamiento de la burguesía, la instauración del régimen del proletariado, la abolición de la vieja sociedad burguesa, basada en los antagonismos de clase, y la creación de una sociedad nueva, sin clases ni propiedad privada".

La aprobación de los estatutos y del programa o "profesión de fe" quedó diferida para el segundo congreso. Hubo acuerdo para publicar una Revista comunista mensual, como órgano de la liga. Encabezando el periódico, del que sólo apareció un "número de prueba", en septiembre de 1847, campeaba el lema del futuro *Manifiesto Comunista*: *"Proletarios de todos los países, uníos".*

WEITLING y Proudhon

Franz Mehring en *Carlos Marx. Historia de su vida*.

> "Weitling y Proudhon tuvieron su cuna en las cimas de la clase obrera; eran las suyas personalidades sanas y fuertes, ricamente dotadas y tan favorecidas por el medio que no les hubiera sido difícil escalar posiciones de excepción, esas raras posiciones de que se nutre el tópico filisteo de que las filas de la clase gobernante están abiertas para todos los talentos de la clase trabajadora. Pero ambos desdeñaron esta carrera, para abrazar voluntariamente la de la pobreza y luchar por sus hermanos de clase y de pasión.

Siendo como eran hombres robustos y fornidos, llenos de fuerza medular, predestinados por naturaleza al goce de la vida, se impusieron las más doras privaciones por consagrarse a sus ideales. Una estrecha cama, compartida no pocas veces por tres personas entre las paredes de un angosto cuarto, una tabla por mesa de trabajo y, de vez en cuando, una taza de café negro: así vivía Weitling cuando su nombre ponía ya espanto en los grandes de la tierra, y lo mismo moraba Proudhon en su cuartucho parisíno en momentos en que ya le ceñía la fama europea: metido en un chaleco de punto y calzados los pies en zuecos.

En ambos se mezclaban la cultura alemana y la francesa. Weitling era hijo de un oficial francés, y acudió presuroso a París tan pronto como tuvo edad para ello, a beber en las fuentes del socialismo. Proudhon era oriundo del viejo condado libre de Borgoza, anexionado por Luis XIV a Francia; y no era difícil echar de ver en él la cabeza germana. Lo cierto es que, tan pronto tuvo independencia de juicio, sintióse atraído por la filosofía alemana, en cuyos representantes Weitling no alcanzaba a ver más que espíritus confusos y nebulosos; Proudhon, en cambio, no tenía palabras bastante duras para fustigar a los grandes utopistas, a quienes aquél debía lo mejor de su formación. Estas dos figuras del socialismo compartieron la fama y la mala estrella. Fueron los primeros proletarios modernos que aportaron una prueba histórica de que la moderna clase obrera es lo bastante fuerte e inteligente para emanciparse a sí misma; los primeros que rompieron el círculo vicioso a que estaban adscritos el movimiento obrero y el socialismo. En este sentido, su labor hace época; su obra y su vida fueron ejemplares y contribuyeron fructíferamente a los orígenes del socialismo científico. Nadie volcó mayores elogios que Marx sobre los comienzos de Weitling y Proudhon. En ellos veía confirmado como realidad viviente lo que el análisis crítico de la filosofía hegeliana sólo le había brindado, hasta entonces, como fruto de especulación.

Pero, con la fama, aquellos dos hombres compartieron también la mala estrella. A pesar de toda su agudeza y del alcance de su visión, Weitling no llegó a remontar nunca los horizontes del aprendiz artesano alemán, como Proudhon tampoco superó los del pequeño burgués parisino. Y ambos se separaron del hombre que supo consumar gloriosamente lo que ellos habían iniciado de un modo tan brillante. No fue por vanidad personal ni por despecho, aunque ambas cosas apuntasen también, más o menos visibles, conforme la corriente de la historia les iba haciendo sentirse eliminados. Sus polémicas con Marx revelan que no sabían sencillamente hacia dónde navegaba éste. Fueron víctimas de una mezquina conciencia de clase, cuya fuerza era tanto mayor cuanto más inconscientemente actuaba en ellos."

EL MANIFIESTO COMUNISTA

A fines de noviembre de 1847 se reunió en la sala de sesiones de la *Asociación Comunista de Cultura Obrera* de Londres el segundo congreso de la *Liga Comunista,* al que Marx concurrió representando a la Comuna de Bruselas y Engels a las tres de París. *"Marx* -escribiría años después Engels- *defendió en grandes debates su nueva teoría. Por fin, vencidas todas las resistencias y todas las dudas, fueron unánimente aprobados tonos los principios y se nos encargó a Marx y a mí redactásemos un Manifiesto."* Recién a principios de 1848, Marx y Engels cumplieron el encargo y el Manifiesto salió para Londres pocos días antes de que estallara en París el movimiento revolucionario que en pocos meses se extendería por Europa.

Las concisas y brillantes frases de Marx reflejaban el momento especial en que fue elaborado, cuando la revolución tan temida por las clases dominantes parecía levantarse desde todos los confines del continente europeo. En cuanto a su contenido, es el resultado de los trabajos anteriores de Marx y Engels, la culminación de lo que, hasta ese momento, eran sus teorías.

Las tesis fundamentales se agrupan en torno a: 1) la lucha de clases y la contradicción burguesía-proletariado como motor histórico; 2) el partido revolucionario como partido del proletariado; 3) el internacionalismo proletario.

LA LUCHA DE CLASES

En 1852, Marx dirigió una carta a Joseph Weydemeyer -socialista alemán emigrado a los Estados Unidos- en la que precisaba lo que él consideraba su propia contribución a la teoría de la lucha de clases.

> "En lo que concierne, no hay por qué atribuirme el mérito de haber descubierto ni la existencia de clases en la sociedad moderna ni la lucha que estas clases hacen entre sí. Mucho antes que yo, historiadores burgueses han descripto el desarrollo histórico de esta lucha de clases, cuya anatomía económica fue expuesta también por ciertos economistas burgueses. Por mi parte, lo que hice de nuevo fue mostrar que la existencia de esas clases solo está ligada a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases lleva necesariamente a la dictadura del proletariado; 3) que esta dictadura constituye solo una transición hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases..."

La primera tesis se funda en una investigación empírica de fenómenos sociales observados y analizados en sus estructuras materiales. En el *Manifiesto* presenta las estructuras sociales antiguas, medieval y moderna para poner de relieve el antagonismo de clases en la sociedad burguesa:

> "La historia de todas las sociedades que han existido hasta , nuestros días es la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos, se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada una veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes.
>
> En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa división de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales. La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas. Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado".

La sociedad burguesa es el fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio, ya que, al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción y con esto cambian las relaciones económicas:

> "De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía. El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de las Indias y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.
>
> La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. La clase media industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.
>
> Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya

> no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó entonces a la manufactura; el lugar de la clase media industrial vinieron a ocuparlo los industriales millonarios -jefes de verdaderos ejércitos industriales-, los burgueses modernos.
>
> La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América.
>
> [...] La burguesía moderna, como veremos, es por si misma fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio".

La lucha de clases es una lucha política. En la primera, etapa de su historia la burguesía se constituyó como clase bajo el régimen feudal y la monarquía absoluta. Los éxitos políticos que obtuvo fueron modificando a su favor las relaciones de clase hasta que, constituida ella misma en clase, derrocó al feudalismo v a la monarquía conquistando la hegemonía del poder político en el estado moderno, cuyo gobierno representa sus intereses de clase:

> "Cada etapa de la revolución recorrida por la burguesía ha sido acompañada del correspondiente éxito político. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales; asociación armada y autónoma en la comuna; en unos sitios, república urbana independiente; en otros, "tercer estado" tributario de la monarquía; después, durante el período de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías feudales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el estado representativo moderno. El gobierno del estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa..."
>
> "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ellos todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constante distinguen la época burguesa de todas las anteriores".

Las fuerzas productivas son en sí mismas un producto histórico y social. A ellas corresponden determinadas relaciones de producción que se expresan en formas jurídico-políticas, como las relaciones de propiedad. Cuando, al llegar a cierto nivel de desarrollo, las fuerzas productivas chocan con las relaciones de producción expresadas en las relaciones de propiedad, éstas se convierten en trabas y son necesariamente reemplazadas por otras relaciones.

> "Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio, sobre cuyas bases se ha formado la burguesía, fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de cambio, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, toda la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y se rompieron. En su lugar se estableció la libre competencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa.
>
> Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna se asemeja al brujo que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas contra las actuales relaciones de producción [...] Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean en forma cada vez más amenazante la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa".

Las enormes fuerzas productivas de que dispone la sociedad burguesa ya no sirven para su desarrollo; por el contrario resultan demasiado poderosas para las relaciones de producción, que se han convertido en obstáculos.

> "Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno".

Para superar las crisis que la sacuden periódicamente en esta etapa de su desarrollo, la sociedad burguesa recurre a la conquista de nuevos mercados y a la explotación intensiva de los antiguos, preparando crisis más extensas y violentas. Las armas que usó contra el feudalismo se vuelven contra ella. Y como escribiera Marx en *La miseria de la filosofía*, publicada unos meses antes del *Manifiesto*:

> "De todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria".
>
> "Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios".

El capital no puede crecer sin multiplicar al mismo tiempo el proletariado, ya que el capital solo aumenta si se cambia por trabajo. Aunque es indudable que Marx no había llegado a desarrollar su propia teoría de la plusvalía. Por eso aún considera que el obrero vende al capitalista su *trabajo*. Años después llegará a la

conclusión que en realidad vende su *fuerza de trabajo*: la única mercancía capaz de crear valores mayores que los necesarios para mantenerse a sí misma. Solo la fuerza de trabajo es capaz de crear plusvalía.

> *"En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acredita el capital. Estos obreros, obligados a venderse al detalle, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio sujeto, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.*
>
> *El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter sustantivo y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Este se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensables para vivir y para perpetuar su linaje. Pero el precio del trabajo, como el de toda mercancía, es iguala su costo de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aún, cuanto más se desenvuelven el maquinismo y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo, mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del movimiento de las máquinas, etc."*

MARX y LA ECONOMÍA POLÍTICA

Fragmento de Carlos Marx. *Prólogo de la contribución a la critica de la Economía Política*

> [...] Mis estudios profesionales eran los de jurisprudencia, de la que, sin embargo, solo me preocupé como disciplina secundaria, al lado de la filosofía y la historia. En 1842 - 43, siendo redactor de la *Gaceta del Rhin*, me vi por vez primera en el trance difícil de tener que opinar acerca de los llamados intereses materiales. Los debates de la Dieta renana sobre la tala furtiva y la parcelación de la propiedad del suelo, la polémica oficial mantenida ente el señor Von Schaper, a la razón de la situación de los campesinos de Mosela, y finalmente, los debates sobre el libre cambio y el proteccionismo, fue lo que me movió a ocupar por .vez primera de cuestiones económicas. Por otra parte, en aquellos tiempos en que el buen deseo de marchar en vanguardia superaba con mucho conocimiento de la materia, la *Gaceta del Rhin* dejaba traslucir un eco del socialismo y del comunismo francés, teñido de un tenue matiz filosófico. Yo me declaré en contra de aquellas chapucerías, pero confesando al mismo tiempo redondamente en una controversia con la *Gaceta General de Augsburgo* que mis estudios hasta entonces no me permitían aventurar ningún juicio acerca del contenido propiamente dicho de

las tendencias francesas [...]

Mi primer trabajo emprendido para resolver las dudas que me asaltaban fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, trabajo cuya introducción vio luz en 1844 en los Anales franco-alemanes, que se publican en París. Mi investigación desemboca en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado, no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada revolución general del espíritu humano, sino radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII bajo el nombre de "Sociedad Civil", y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía política. En Bruselas, adonde me trasladé en virtud de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, hube de proseguir mis estudios de economía política comenzados en París. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes o, lo que es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse la conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fueras productivas que caben dentro de ella, jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la

propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos solo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos Designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de antagonismo individual sino de un antagonismo que proviene de las condiciones de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana. Federico Engels, con el que yo mantenía un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial *"Bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas"* (en *Anales franco-alemanes*), había llegado por distinto camino (véase su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo. Y cuando en la primavera de 1845 se estableció también en Bruselas acordarnos contrastar conjuntamente nuestro punto de vista con el ideológico de la filosofía alemana, en realidad, arreglar cuentas con nuestra conciencia filosófica anterior.

El propósito fue realizado bajo la forma de una crítica de la filosofía post-hegeliana. El manuscrito -dos gruesos volúmenes en octava- llevaba ya la mar de tiempo en Westfalia, en el sitio en que había de editarse, cuando nos enteramos de que nuevas circunstancias imprevistas impedían su publicación. En vista de esto, entregamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, muy de buen grado, pues nuestro objetivo principal, esclarecer nuestras propias ideas, estaba ya conseguido. Entre los trabajos dispersos en que por aquel entonces expusimos al público nuestras ideas, bajo unos u otros aspectos, sólo citaré el *Manifiesto del Partido Comunista*, redactado en colaboración con Engels y por mí, y un discurso sobre el libre cambio, que yo publiqué. Los puntos decisivos de nuestras concepciones fueron expuestos por vez primera, científicamente, aunque sólo en forma de polémica, en la obra *Miseria de la filosofía*, etc., publicada por mí en 1847 y dirigida contra Proudhon. La publicación es un estudio escrito en alemán sobre el trapajo asalariado, en el que recogía las conferencias explicadas por mí acerca de este tema en la *Asociación obrera alemana de Bruselas*; fue interrumpida por la revolución de febrero, que trajo como consecuencia mi alejamiento de Bélgica.

La publicación de la *Nueva Gaceta del Rhin* (1848-1849) y los acontecimientos posteriores interrumpieron mis estudios económicos, que no pude reanudar hasta 1850, en Londres. Los inmensos materiales para la historia de la economía política acumulados en el *British Museum*, :a

posibilidad tan favorable que brinda Londres para la observación de la sociedad burguesa y, finalmente, la nueva fase de desarrollo en que parecía entrar ésta con el descubrimiento del oro de California y de Australia, me impulsaron a volver a empezar desde el principio, abriéndome paso de un modo crítico, a través de los mismos materiales. Estos estudios llevaban a veces, por sí mismos, a campos aparentemente alejados y en los que tenía que detenerme durante más o menos tiempo. Pero lo que sobre todo me mermaba el tiempo de que disponía era la necesidad imperiosa de trabajar para vivir. Mi colaboración desde hace ya ocho años en el primer periódico anglo-americano, el *New York Tribune*, me obligaba a desperdigar extraordinariamente mis estudios, ya que en casos excepcionales me dedico a escribir para la prensa correspondencias propiamente dichas. Los artículos sobre los acontecimientos económicos más salientes de Inglaterra y el continente formaban una parte tan importante de mi colaboración que esto me obligaba a familiarizarme con una serie de detalles de carácter práctico situados fuera de la órbita de la ciencia propiamente dicha.

Este esbozo sobre la trayectoria de mis estudios en el campo de la economía política tiende simplemente a demostrar que mis ideas, cualquiera que sea el juicio que merezcan y por mucho que choquen con los prejuicios interesados de las clases dominantes, son el fruto de largos años de concienzuda investigación. Y a la puerta de la ciencia, como a la puerta del infierno, debiera estamparse esta consigna:

Ou si convien lasciare ogni sospetto;
Ogni viltá convien che qui sia morta.

(Abandónese aquí todo recelo / Mátese aquí cualquier vileza".) *Dante*

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO COMO PARTIDO DEL PROLETARIADO

El proletariado antes de constituir el partido político se expresa en varias instancias organizativas: sindicatos, uniones nacionales, etc., que con sus luchas -aún en el plano puramente reivindicativo- logran una unión cada vez más abarcadora de la clase obrera. El *Manifiesto* hace una breve historia de estas diferentes etapas del desarrollo del proletariado:

"La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, están organizadas en forma militar. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de una jerarquía completa de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a' todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro...

> El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.
>
> Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados; después por los obreros de una misma fábrica; más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués aislado que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistas por la fuerza la posición perdida del trabajador de la Edad Media".

Antes que el proletariado alcance el grado de homogeneidad, autoconciencia y organización que necesita para luchar contra la burguesía, ésta, que sí lo ha alcanzado, utiliza a las masas obreras para combatir a sus propios enemigos.

> "En esta etapa los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino de la unidad de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe y por ahora aún puede, poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios, enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía".

La gran industria concentra a los obreros, que primero forman coaliciones para defender sus salarios. Pero a medida que los capitalistas también se asocian, movidos por la idea de la represión, las coaliciones -antes aisladas- forman grupos y la defensa de sus asociaciones se convierte en el principal interés de los obreros.

> "Pero la industria en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí, y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones individuales entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para

> la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques circunstanciales. Aquí v allá la lucha estalla en sublevación".

Los ferrocarriles desempeñarían un papel ambivalente en la revolución francesa de 1848. Si bien en todas partes facilitaron la comunicación favoreciendo la unión de los obreros a nivel nacional, también crearon un nuevo tipo de obrero industrial e imprimieron un nuevo sello al movimiento obrero de importantes consecuencias con respecto al futuro. Los obreros ferroviarios de París construyeron las primeras barricadas, formaron la "vanguardia de la insurrección". Pero a su vez los ferrocarriles desempeñaron un papel importante en el aplastamiento de la insurrección al facilitar el transporte de las tropas y de los voluntarios de las provincias que llegaban a París para engrosar las fuerzas del orden.

> "A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros."

Esta unión es favorecida por el crecimiento de los medios de comunicación creados Por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años".

Al organizarse como clase respecto al capital, la coalición de los obreros toma carácter político y su lucha se transforma en lucha política. Marx y Engels rechazan la ideología de aquellos socialistas como Proudhon para quienes el movimiento social excluía la lucha política.

> "Esta organización del proletariado en clase, y, por tanto, en partido político, es sin cesar socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero surge de nuevo, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarlos a reconocer por la ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra".

En la dinámica de la lucha de clases -que primero es una lucha nacional, en tanto se da contra la burguesía de cada país- el proletariado, organizado como clase (y por tanto, como partido político) alcanza su objetivo necesario: la revolución abierta y violenta que derriba a la burguesía, implantando su propia dominación, de la que se deriva la abolición de la propiedad privada y la transformación revolucionaria de los niveles políticos e ideológicos de toda la sociedad.

> "Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron

de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales sino aboliendo su propio modo de apropiación existente en vigor y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente.

Todos los movimientos han sido hasta ahora por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. [*local*] Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía. Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.

[...] La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables."

Las luchas obreras espontáneas, aunque de hecho constituyan una barrera para la tendencia de la burguesía a agudizar la explotación y contribuyan a la toma de conciencia del proletariado, solo expresan la resistencia al dominio burgués, ya que por sí mismas no pueden articularse con un proyecto político propio. Para lograrlo es necesario que se produzca la teoría científica, ya que sólo ella puede descubrir los mecanismos reales del funcionamiento del sistema. La finalidad de ésta consiste en formar la instancia orgánica de conducción política de la lucha que libra el proletariado, es decir: el partido revolucionario. En el *Manifiesto* se establece la dialéctica entre el partido revolucionario y el resto de la clase obrera:

"¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general? Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses algunos que no sean los intereses del conjunto del proletariado. No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad antes existentes no es una característica peculiar y exclusiva del comunismo. Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas transformaciones históricas.

La revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa.

El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa."

EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUÉS

Fragmento del *Manifiesto* del partido Comunista

"...Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa. A esta categoría pertenecen los economistas,

los filántropos, los humanitarios, los que pretender mejorar la suerte de las clases trabajadoras, loa organizadores de la beneficencia, los protectores de animales, los fundadores de las sociedades de templanza, los reformadores domésticos de toda suerte. Y hasta se ha llegado a elaborar este socialismo burgués en sistemas completos.

Citemos como ejemplo la *Filosofía de la miseria de Proudhon*.

> "Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna, pero sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ella. Quieren perpetuar la sociedad actual, pero sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués elabora en un sistema más o menos completo esta representación consoladora. Cuando invita al proletariado a realizar su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha forjado de ella."

Otra forma de este socialismo, menos sistemática, pero más práctica. intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles, que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, cuando habla de la transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesa -lo que no es posible más que por vía revolucionaria-, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su domino y para simplificarle la administración de su estado.

El socialismo burgués no alcanza su expresión adecuada sino cuando se convierte en simple figura retórica.

Libre cambio, en interés de la clase obrera.

Aranceles protectores, en interés de la clase obrera. Prisiones celulares, en interés de la clase obrera.

He aquí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha dicho seriamente.

El socialismo burgués se resume precisamente en esta afirmación: los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera."

EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO

Una de las premisas fundamentales de la revolución proletaria es su condición de internacional a fin de cimentar la solidaridad y coordinar la acción con el proletariado de los distintos países frente al carácter internacional del enemigo común: el capitalismo.

> "Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, !a nacionalidad.
>
> Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.
>
> El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden.
>
> El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común del proletariado, al menos el de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.
>
> En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro será abolida la explotación de una nación por otra.
>
> El mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí."

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

El proletariado organizado como clase dominante debe dirigir un proceso de transformaciones radicales de la sociedad hasta la completa desaparición de las clases y, por lo tanto, de todo dominio de clase. El *Manifiesto* propone una serie de medidas de carácter económico, que, a su vez, define como objetivos intermedios transitorios:

> "Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia. El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.
>
> Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas

de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.

Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países. Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del estado.

2. Fuerte impuesto progresivo.

3. Abolición del derecho de herencia.

4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.

5. Centralización del crédito en manos del estado por medio de un Banco nacional con capital del estado y monopolio exclusivo.

6. Centralización en manos del estado de todos los medios de transporte.

7. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al estado y de los instrumentos de producción. Rotulación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.

8. Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.

9. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la oposición entre la ciudad y el campo.

10 Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy; régimen de educación combinado con la producción material, etc., etc."

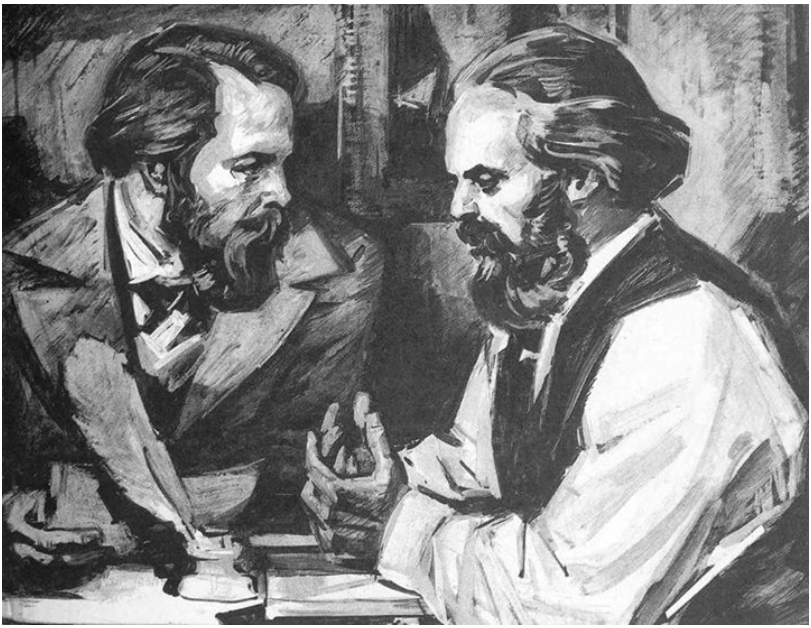
LA EXTINCIÓN DEL ESTADO

El proletariado como clase dominante debe usar su dominio para preparar las condiciones que hagan posible la desaparición de todo dominio de clase -por lo tanto también del propio dominio- y por lo tanto también del estado como expresión de tal dominio.

"Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se

constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime al mismo tiempo que estas relaciones de producción como clase.

En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos."



DE 1848 A LA PRIMERA INTERNACIONAL

En 1848 el movimiento obrero fue derrotado. Aún carecía de la organización y madurez necesarias para convertir su rebelión, casi espontánea, en algo más profundo y radical que un sacudón momentáneo para el orden social.

El inminente derrumbe que pronosticaron Marx y Engels, que temieron los gobernantes y ansiaron los explotados, fue en realidad una más, de la larga serie de crisis periódicas que conmueven la estructura del sistema capitalista. Ni siquiera tuvo la intensidad de la anterior (1841-1842). Según el historiador Hóbsbawn, ambas *"no pasaron de un hecho en lo que era visiblemente un desnivel ascendente de prosperidad económica*". A partir de 1850 casi toda Europa entraría en la fase de la abundancia.

Cuando estalló la revolución de febrero en París el comité central de la "Liga de

los Comunistas" traspasó sus poderes al Círculo Directivo de Bruselas. Casi simultáneamente Marx salía para París, donde se constituiría un nuevo comité central. Las tesis del *Manifiesto* comenzaban a reinscribirse en la práctica revolucionaria de los militantes del movimiento obrero. En la segunda quincena de marzo triunfaba la revolución en Viena y en Berlín. Los miembros de la Liga, encabezados por Marx y Engels, se lanzaron inmediatamente a la lucha. Marx, con artículos de la *Nueva Gaceta del Rhin*; Engels, en el alzamiento del Palatinado. Alentados por la opinión de que el régimen burgués de Alemania tendría que ser forzosamente fugaz, aplicaron la táctica sostenida por el Manifiesto: "Por todas partes eran afiliados a la Liga los que acaudillaban el ala extrema del movimiento democrático", diría Engels más tarde. Las matanzas obreras de junio en París, la derrota de los demócratas alemanes y austriacos en mayo y junio de 1849, pusieron fin a la primera etapa de la revolución.

A pesar de que el triunfo de la reacción aún no estaba consolidado, en el transcurso de 1850 nadie dudaba de que las perspectivas revolucionarias habían comenzado a alejarse nuevamente. Se iniciaba el período de prosperidad. La política de retraimiento asumida en la *Liga* por Marx y Engels originó la escisión de su a la ultraizquierdista, encabezada por Schapper v Willich. En 1852 fueron detenidos y sometidos a un proceso por delitos fraguados por la policía, los delegados de la *Liga* en Alemania. La liga quedó disuelta en 1852. Doce años después, en la *Primera Internacional,* volvería a rescatarse el *Manifiesto Comunista*. Desde entonces su historia se confundió con la del movimiento obrero mundial inspirado por Marx y Engels.

"Actualmente -escribía Engels en el prólogo a la edición inglesa de 1888- *es, sin duda, la obra más difundida y más internacional de toda la literatura socialista, un programa común reconocido por millones de trabajadores, desde Siberia hasta California."*

BIBLIOGRAFÍA

Biografía del Manifiesto Comunista. México, Ed. México S.A., 1949.
Dolleáns, Edouard, *Historia del movimiento obrero 1830-1871*. Madrid, Zero, 1969.
Hobsbawn, Eric J., *Las revoluciones burguesas.* Madrid, Guadarrama, 1964.
Mandel, Ernest, *La formación del pensamiento económico de Marx*. México, Siglo XXI, 1967.
Mayer, G., *Engels.* Buenos Aires, Ed. Intermundo, 1946.
Mehring, Franz, *Carlos Marx. Historia de su vida.* México, Grijalbo, 1957.
Rubel, Maximilien, Karl Marx. *Ensayo de biografía intelectual.* Buenos Aires. Paidós, 1970.
Pude George, *La multitud en la historia.* Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
Cole, G.D.H., Historia del pensamiento socialista. México, F.C.E., 1962.T.I. "Los precursores".